

Novela cristera

Jahel

Jorge Gram

Novela cristera

Jahel

*“Bendita entre las mujeres
Jahel, esposa de Haber Cineo,
Bendita sea en su pabellón”*

(El Libro de los Jueces, cap. III, v. 24.)



Título original de la obra:

Novela cristera Jahel

ISBN 978-607-9106-

1a. edición, 1955.

El Paso San Antonio Texas.

2a. edición

México, D.F., 2012.

Grupo Editorial Éxodo.

Esta reedición de la novela cristera *Jael*, de Jorge Gram, es un homenaje al autor con ocasión de los 60 años de su fallecimiento. Esta edición está enriquecida con un glosario añadido al final de la obra y una breve presentación de la vida y obra del autor por el padre Fidel Puga Cuevas.

© **Copyright.**

Grupo Editorial Éxodo.

D.R. Todos los derechos reservados.

Diseño de portada e interiores:

Grupo Editorial Éxodo.

E-mail: grupoexodo@prodigy.net.mx

SOCIO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA
EDITORIAL MEXICANA 2993

Impreso en México

Printed in Mexico

QUEDA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE LA PRESENTE EDICIÓN POR CUALQUIER MEDIO CONOCIDO O QUE PUDIERA LLEGARSE A CONOCER, SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA DEL TITULAR DEL COPYRIGHT.

David Guadalupe Ramirez (JORGE GRAM)

Nace en la ciudad de Oaxaca en 1889. Murió en el Hospital Civil de la ciudad de Durango el 1º de diciembre de 1950.

Hizo sus primeros estudios en la capital mexicana y los superiores en el Seminario de Durango. Ordenado sacerdote, pasó al Colegio Pío Latino Americano de Roma y se doctoró en la Universidad Gregoriana con la borla de Teología. Tiene la gracia de ser despedido por el Papa Pio XI.

Regresó a México en octubre de 1924. Primeramente fue nombrado Maestro del Seminario Conciliar de Durango, después fue Párroco del Sagrario Metropolitano y Canónigo Lectoral de la Catedral de Durango, a cargo de Monseñor José María González y Valencia. Uno de sus primeros trabajos, de los muchos que hizo, a las ordenes de este obispo, fue el *Dictamen sobre la ley Calles*, como miembro de una comisión de Teólogos.

El Dr. David G. Ramírez se distinguió por sus grandes dotes de orador, estaba considerado como el primero de nuestro país. Se destacan los discursos a los reyes de España y a Mons. Filippi, Nuncio del Vaticano en México recién expulsado por el gobierno, en la visita que hicieron al Colegio Pío Latino.

Rugía en México el furor persecutorio y el P. David G. Ramírez, por su incondicionalidad con su obispo fue castigado con el destierro a Europa. Parte a Roma. Nada lo detenía, las penas del destierro y la persecución en ningún momento lograron callar o, tan siquiera, aminorar su lucha y, desde el viejo continente, se dedicó, entre otras cosas, a defender al movimiento cristero de todas las calumnias del que era víctima. En este viaje publicó un folleto que intituló: **La cuestión de México. Una ley inhumana y un pueblo víctima**. Por primera vez usó el pseudónimo que habría de hacerse célebre: Jorge Gram.

El Padre David Ramírez se adelanta a pedir a los católicos belgas apoyo económico para *la cristiada*, lo cual dará origen a la asociación ***Unión Mundial de Socios Honorarios de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa de México (VITA)***, la que lo lleva también a Holanda y Francia pidiendo una colecta de oraciones y recursos económicos.

Después de los “arreglos” de 1929, que dan término a la primera Cristiada, seguirá sufriendo varios destierros. Posteriormente, por encargo de Mons. González y Valencia, realizó una gran obra de organización de la Arquidiócesis de Durango.

En junio de 1947 se celebra el Congreso Eucarístico de Durango (triumfal contra viento y marea), que se estrenó con el discurso estridente de Don David: “La Eucaristía y La Patria”, y “con un himno eucarístico, cuya letra también fue escrita por él:

*Corazones duranguenses
Jubilosos palpitan,
Y a Jesús Eucaristía,
Entusiastas aclamados.”*

El último año de su vida regresó al Seminario de Durango a dar la clase de Latín. Murió el primero de diciembre de mil novecientos cincuenta.

Sus obras

El Dr. David G. Ramírez también se distinguió como escritor de pluma ágil y agresiva: Escribió una crítica a la ley Calles: *La Cuestión de México (1926)*. Fue autor de interesantísimas novelas como *Héctor (1930)*, *La Guerra Sintética (1935)*, y *Jahel*, que estamos prologando; la primera ha alcanzado varias ediciones. Algunos de sus sermones, discursos y conferencias corren publicados en una obra titulada *La Trinchera Sagrada (1948)*, y se sabe de otros pequeños opúsculos sueltos como ***Memorias de un monaguillo.***

Jahel(1955)

Pasaron muchos años y muchas otras cosas para que *Jahel* fuera publicada. Los editores de la primera edición nos las cuentan: Este manuscrito...Fue hecho prisionero por mano militar en un campo de aviación, allá cuando el 'grito de Guadalajara'. Fue examinado por un grupo de altos jefes del Ejército de la Sala de Banderas de una Jefatura de Zona. Fue luego turnado confidencialmente a los jefes de una logia masónica.

Pasó luego a un juzgado, de donde fue robado y vendido a un ciudadano de la República de Nicaragua. El nicaragüense lo regaló a unas almas piadosas que lo leyeron, lo expurgaron cuidadosamente y...lo arrumbaron.

Volvía el manuscrito a Méjico, cuando un agente aduanal dio con él, lo declaró explosivo y lo decomisó. Permaneció olvidado en una pobre covacha de la frontera. Sin saberla ni temerla, cayó en nuestras manos”.

El estilo de esta novela es costumbrista (que huele al de José María Gabriel y Galán): exalta los usos campiranos del México católico, evoca el crudo realismo del campo y el esplendor perdido de la Patria. “No vemos...sino campesinos felices cuya meta en la vida es rezar, confesarse, divertirse ‘sanamente’, trabajar para el bienestar del amo, defender su fe y su religión y, sobre todo, luchar hasta la muerte por erradicar la tiranía callista, fuente de todos los males de México”, como alguien escribió. La redacción está llena de localismos, que hemos querido respetar, para que el lector disfrute el ambiente que el autor quiere transmitir. Solo hemos cambiado tres signos de puntuación que, pensamos, son errores de dedo en la edición.

Por mucho, el tema que gobierna la obra de Jorge Gram es *el deber de la lucha cívica* incluso hasta el heroísmo, que destaca como obligación. Demos la palabra a Don David:

“Entro ahora, señores ¡miradme bien! con el pulso bien firme y la mente serena a la parte más delicada de mi asunto...Se trata de vuestro deber, y tomo al pie de la letra las prescripciones que el Derecho Público de la Iglesia tiene dadas para estos casos. Después de examinar los tratadistas la actitud de los católicos ante un gobierno indiferente, añaden estas palabras, que quiero pronunciar sin ímpetu ni acometividad: “Si el gobierno civil no es sólo indiferente para con la religión católica, sino que se muestra adverso a ella, deben los católicos defenderla: *strenue ac fortiter*, valientemente, enérgicamente, olvidándose de todo interés humano, y poniendo sus ojos en los principios de orden superior. Aprovechen... las elecciones, prensa, tribuna, reconquisten la libertad y la independencia de sus Iglesia”.

Estas son, secas, contundentes, las palabras del Derecho Público, que vosotros, señores, confesadlo, no habíais meditado bastante. Pero estos remedios, al parecer extremos, quedan cortos en algunas circunstancias.

¿Qué hacer cuando la misma Ley no os reconoce a vosotros ningún derecho o cuando el gobernante os niega el mismo amparo de la ley? Entonces, señores (y ahora voy ya caminando sobre brasas encendidas), a pesar de todas las leyes del mundo y a despecho de todos los gobernantes de la tierra, quedan en vosotros y en mí, todos los derechos que el Criador nos dio junto con el alma racional, y que están consignados en la Ética Natural.

Y pues se trata de un derecho superior al de la vida; si una ley terrena no nos concede garantías, gozamos sin embargo de todas las garantías que nos concede la Ley divina, grabada en la naturaleza de los hombres; a tal grado que si el conculcador de vuestro derecho y del de Cristo, irritado ante nuestra digna actitud, llega por sus actos o por sus medios a transformarse en lo que jurídicamente se llama agresor injusto, entonces, no olvidéis que es vuestra obligación prepararos y defenderos, hasta rechazar la fuerza con la fuerza: si contra una ley injusta hay la reacción cívica, contra el disparo de un arma alevosa hay también en manos de los buenos el digno estallido de un arma que defiende el de-

recho inalienable del espíritu. Y esta defensa, colocada en el terreno que el adversario escogió, nos impone el sacrificio de todo, de todo hasta de la misma vida.

¿Es dura esta doctrina? *Durus est hic sermo*? Pues Cristo no la retira: « Si alguno, dice, no está dispuesto a dejar a su padre, y a su madre, y a su esposa, y a sus hermanos, más aún, su propia vida, no es digno de mí” ¿Por qué habló así Jesucristo? ¡Ah, porque no le falta a Él un pedazo de cielo con qué premiar el cumplimiento de nuestro deber!”

“La audacia, dice Jorge Gram, es el secreto de los éxitos. El hombre audaz triunfa, el hombre tímido perece. La audacia supone serenidad en el pensamiento y rapidez en la ejecución. La historia contemporánea de Méjico no es otra cosa que la derrota de los tímidos.” Jorge Gram, mediante la pluma, lucha contra esta timidez que ha costado muy caro a la Patria.

El que lee y medita Jorge Gram nunca se arrepiente.

Fidel Puga Cuevas, Pbro.

JORGE GRAM

“Bendita entre las mujeres
Jahel, esposa de Haber Cineo,
Bendita sea en su pabellón”

(El Libro de Los Jueces, cap. III, v. 24.)

LIBRO PRIMERO

I

CIELO SIN NUBES

Margarita sacudió la linda cabecita dorada. De un salto se arrancó de la ventana y entró corriendo en la alcoba. En las lunas biseladas del mueblaje de ojo de pájaro se reflejó fugaz su silueta de gacela encantadora.

Abrió rápidamente el cajón de una cómoda y atrapó el acurrucado vestido de baño, bandera primaveral, roja y azul, que hondeó medio segundo en el asta viva de un brazo desnudo. Las zapatillas de garboso tacón habían caído ya, en un ligero sacudimiento de los piececillos diminutos.

—¡Ándale, Margarita!

—¡Ya voy!

Calzóse las sandalias de playa, que se espatarraban ansiosas sobre el tapete. Corrió de nuevo, pescó de un manazo la toalla del lavabo, y apareció triunfal en la calle, tremolando las prendas luminosas y ofreciendo la cabellera rubia al incendio del sol sepentrino que se echó de bruces sobre ella...

—¡Aquí estoy!... ¡Háganme campo! ¿Por dónde me subo?

Un chaparrón de gritos y de risas cayó sobre su vivaracha figurilla como erupción de volcán que revienta de alegría.

La “palomilla” estaba ahí. Estaba ahí cirniéndose y estrujándose sobre el gigantesco camión descubierto, que a guisa de carro alegórico, trepidaba impaciente, orgulloso de su carga, flores y pájaros, encarnados en los deliciosos cuerpecillos y anidados en las almas cristalinas de aquel racimo de muchachas en vacaciones.

Como un hada edenal, aureolada por los revuelos de la ligera veste rosa pálido, dejando a las brisas los honores del pecho y de los brazos ebúrneos, así subió Margarita la tosca escalerilla improvisada, y en dos cadenciosos vuelos se plantó en lo alto de la regia calesa, lanzando un ¡hurra! Ingenuo que exhibió dos sargas de perlas entre el clavel rojo de los labios, y dos ojos azules, tan azules como aquel cielo azul, opulento y magnífico, que la cobijaba.

Trepidó el motor. Risas, apretones, bamboleos, clamoreo de sirena. Aquí un bache que arrulla. Ahí un pedregal que sacude. Las casitas del pueblo; sus ventanas abiertas, repletas de cabezas madurar y ancianas, curiosas, criticonas, envidiosas. Las tiendecillas adormiladas, sin marchantes, con un puñal de sol metido hasta las entrañas del pobre mostrador. Callejones solitarios; basureros prolongados. Ahora cerdos pesados y gruñones que interceptan el paso. Más cerdos, salvajes y libres, que refunfunan al paso del ciclón de la alegría. Luego el jardín, con sus bancos patietosos, y sus macizos hollados. El busto de Juárez, arrequintado sobre una columna vieja y sucia. El kiosco en ruinas. Ahí las Casas Consistoriales, sin arte y sin lujo. Letreros mutilados, paredes embadurnadas, remendadas con proclamos y pasquines que nadie lee, y con Noticias del Registro que nadie consulta. Después, la calle sin banquetas y sin nombre y sin viviendas. Tapias de adobe, con portillos alambrados, interrumpidas a cada paso con boquerones de derrumbes, resguardados por nopales agrestes o por magueyes agresivos...

El camión ruge estrepitoso; el motor se irrita. Lodazales mal olientes engarrafan los neumáticos. Las muchachas, allá arriba, cantan con locura juvenil... Un ramalazo de arbustos espinosos las vapulea. Ellas contestan con grito de espanto risueño... Luego el toldo semiobscuro de los últimos callejones... Árboles a derecha y a izquierda; ramas por todas partes; flores que chocan con las flores de las caras hermosas; juegos florales no previstos, horadación revuelta de un muro de verdor y de frescura; y luego... ¡el saludo del sol!, del sol abierto de los campos infinitos..., un jirón del paraíso en esa nación desdichada que se llama México...

—¡Muchachas, aspiren vida! –gritaba Margarita hinchando sus pulmones-. ¡Aspiren vida, muchachas!...

El oxígeno y el perfume se descolgaban de los árboles, se arrancaban de los inmensos sembrados, se traían matices de azul de las campánulas y del rojo de las dalias, y las modulaciones de fontanas escondidas; y veníanse a meter atropellándose, por el óvalo rojo de las boquillas frescachonas, cómicamente abiertas para engullir la vida que ya de antemano reventaba en el carmín de las mejillas, en la perfección de las formas, del racimo femenino acaudillado por Margarita la sin par.

Allá, en lontananza, las montañas remotas embriagaban su negra mole con un vendaje de nubes. Una gama de matices acariciaba la vista; desde el verde clarísimo de las begonias afelpadas, agazapadas tras las rocas sombrías, hasta el verdinegro montaraz e inaccesible de los pinos adustos, que cerraban, con clave de luto, la opulencia del panorama.

Valle inmenso y feraz, sembrado aquí y allá con el blanco audaz de las haciendas convalecientes, en la parte norte del Estado de Zacatecas. Región bendita, donde la tierra exuberante retiembla de fecunda, donde la primavera obsequia frutos y el otoño enriquece pomos, donde cada palmo de tierra es un tesoro: tesoro de semilla en la faz, tesoro de metal en las entrañas; donde cada hogar, pobre y desmantelado, es un santuario; donde cada corazón es una lámpara votiva, y cada alquería un centro de labradores cristianos y laboriosos..., víctimas eternas de la desgracia mejicana...

—¡Muchachas, canten! —clamó Margarita con todo el hervor de sus floridos dieciocho años.

Y la turba vocinglera, al compás de los suaves bamboleos del espacioso carro, levantó el alboroto de sus voces hasta la altura mareante de las canciones del país...

Veinte minutos apenas hacía que habían dejado el pueblecillo de Sany, teatro central de estos acontecimientos, cuando el estruendoso automóvil dió alcance a un original grupo de peatones.

—¡Párale, Rafael! —gritaron al chofer las muchachas.

El camión se paró en seco, y todas las sonrientes miradas se concentraron sobre el personaje central del humilde grupo. ¡Era un hombre paralítico!

Venía sentado en una antigua silla mecedora, a la cual se habían recortado las patas de balanceo y se había adaptado un sistema de varas, para ser movida como andas de santo. Era una

camilla sin lecho, una litera sin pajes, una silla gestatoria sin aplausos. Era un féretro sin plañideras.

Los cuatro rancheros que la cargaban, sangoloteándola, con inconsciente e involuntaria brusquedad, la colocaron sobre el polvo del camino, y rudos, como inconscientes, ellos y las pobres mujerzuelas y niños que completaban el grupo, se quedaron contemplando el racimo de bellas cabecitas, que les proporcionaban un descanso.

En la jubilada mecedora aparecía semirrecostado, un hombre de edad madura. Vestía saco y pantalón oscuro, una vieja capita negra le cubría las rodillas. Sombrero viejo, de fieltro negro, maltratado y sucio. A pesar del atavío estrafalario de un cuasi mendigo, en el pobre rostro tostado de aquel hombre brillaba una frente luminosa, y unos serenos ojos paternales... Sobre el nudo flojo y grueso de su corbata negra, cruzaba un cordoncillo de seda blanca, que iba a terminar en un bolsito de terciopelo rojo, con bordados de miniatura; bolsillo que asomaba apenas entre el cruzamiento de la chaqueta. Los rancheros estaban descubiertos. El chofer, también se había quitado el sombrero.

—¿A dónde va, tío? —pregunto Margarita.

El hombre de la camilla iluminó su rostro con una sonrisa cariñosa, que repercutió en las mejillas de carmín de la docena de muchachas vocingleras...

II

UN POCO DE HISTORIA

Don Guillermo Soler era el hacendado más venerado de la región. La hacienda de *El Vergel* no desdecía del optimismo de su nombre. Enclavada en el centro del valle delicioso, en los risueños linderos de las provincias norteñas de Zacatecas y Durango, aquella hacienda sonreía perpetuamente bajo la caricia de un río manso y abierto, bordeado de altos y frondosos sabinos.

Desde la “casa grande”, un verdadero castillo señorial, que conservaba en la fachada en carcomido bajo relieve el blasón de los Condes del Mortero, la vista se tendía a placer sobre huertos inmensos, nutridos y olorosos; sobre campiñas interminables, de maíz o de trigo. Se erguía en primer término, blanca y limpiécita, la capilla, con ventanales de colores, esbelto campanario de bron-

ces sonoros y veleta refulgente. Un capellán de la Parroquia cercana oficiaba en ella los domingos y días festivos, en un altar cuidado personalmente por “el amo”, y en un ambiente de cristiana observancia.

Las largas tardes del verano caían mansas y suaves, como una caricia, sobre los músculos fatigados de los rancheros y caporales, que se tiraban de largo a las puertas de las gigantescas trojes, tendido el vistoso sarape sobre el suelo apisonado, y el sombrero charro derrumbado tras la cabeza. Aquellos rancheros tenían fulgor inteligente en las pupilas, y conatos de cultura en las camisas recias y limpias bajo la zamarra de cuero.

Frente al bostezo del sol crepuscular, a paso lento de millonario, se acercaban las vacadas inacabables... Entre mugidos de terneros y cornadas de cutrales, entre gritos de vaqueros y carcajadas de chiquillos, las reses opulentas, orgullosas, de húmedos belfos, ijares frescos, fina cornamenta y ubres frondosas, entraban a la hacienda, como niñas consentidas, coquetonas bajo la vista de “la familia”, y de los empleados, y de los caporales y de la gente toda, que sentía en las entrañas y en el atavío, y en la naturaleza, la satisfacción de la conciencia y la plenitud del bien económico.

Aquel constante y tranquilo regocijo se filtraba por los poros todos de la hacienda, y lucía de nuevo vital y hermoso, en los guitarreros nocturnos, en las apacibles serenatas, en las lunadas solemnes, en los bailes y cuadrillas, en coleaduras y rodeos, gallos y corridas, jaripeos y carreras; fiestas populares con que el año solar marcaba los bordes de la siembra, y de la cosecha, y del espunte y del herradero, y de la apoteosis pirotécnica y folklórica de la fiesta del Patrono.

El Vergel era una excepción en el maremágnum de haciendas de aquellos años del Centenario de la Independencia. En cada hogar había pan y paz. Don Guillermo Soler, el hacendado, era un tipo del hacendado cristiano, contraste agudo del latifundista liberal. Por eso la gente era feliz, le amaba a él y a la familia. Pagaba al peón con justicia; le facilitaba en la tienda de raya un comercio barato, en vez de exprimirle en ella el cogüelmo y el sudor.

Don Guillermo era un verdadero estudioso de la sociedad contemporánea. Era católico a macha martillo. Confesaba y comulgaba; pero estaba muy lejos del tipo que reduce su catolicismo a las prácticas de piedad. Su hacienda era su escuela y campo de observación. Era también su laboratorio social. Conocía libros

y obras, que apenas oíanse nombrar en la época. Las Encíclicas de León XIII, sobre el Socialismo, sobre los Obreros, sobre el Principado Civil, eran agua corriente para él, a quien Ketteler hubiera nombrado su ecónomo y Federico Laplay su socio.

Los Huertos Obreros del Abate Lemir eran un hecho floreciente en su hacienda. Sus trabajadores formaban una “Compañía”, organización que en la Edad Media hubiérase llamado “gremio” y actualmente “sindicato”. Don Guillermo no era un capitalista: era un patriarca. No era el amo: era el padre. Su riqueza no era su hacienda, sino el bienestar de su gente. El Cura de Sany lo apreciaba; el entonces Jefe Político le temía. Don Porfirio Díaz mandó en cierta ocasión que lo vigilaran. Don Francisco I. Madero lo invitó a la revolución del 10.

La enorme casa solariega, era la casa del pueblo. La esposa del amo era una providencia; otros parientes, nacidos y crecidos en la hacienda, eran los brazos enérgicos que ligaban al amo con todos los granjeros y aparceros. Cuando por aquellas campiñas pasó el vendaval de la revolución maderista. Don Guillermo se fajó su pistola y salió a recibir al Jefe maderista Felipe Moya.

El Jefe saludó con respeto a Don Guillermo, y con comediamento impuso el préstamo.

Don Guillermo abrió la caja fuerte en presencia de los jefes alzados, y sacó una talega de mil pesos. El Jefe maderista iba a firmar el recibo. Don Guillermo no quiso recibo ninguno.

En seguida, el Jefe maderista convocó a los campesinos. Se reunieron todos frente a la casa grande. Desconfiados, silenciosos, expectantes.

Moya les habló desde arriba del caballo piafante e inquieto:

—Pues... a ver quiénes se vienen con nosotros a la revolución. ¡Quéjense, ahora que hay modo! ¿Cómo los trata el amo?

Los rancheros comenzaron a mirarse unos a otros. Un viejo rompió el silencio y dijo:

—Pos... la verdad, nosotros no tenemos de qué quejarnos... Este amo es güeno como el pan...

—Pero... ¿no los explota con la tienda de raya?...

—No señor. ¿Pa qué es más que la verdá?

—Nos sale hasta más barata la mercancía -añadió otro.

—¿Y los jornales?

—Seis reales, con casa y habitación, y monte.

—Y huerta -añadió otro.

—Y nos prestan, y nos dejan hacer nuestra luchita.

—¿Y las escuelas?

—¡Pos ahí están! Con unas madrecitas de la Capital; y nuestra iglesia, y la doctrina la dan las señoritas.

—Y las medicinas nos las da la señora.

—Y nos cura.

—¡Y nos cuida!

—A mi papá ella le sobó el pie l'otro día —añadió un muchacho.

El Jefe Moya estaba edificado.

Volvió sus ojos alrededor, y de un vuelo midió el placer que brindaba la hacienda.

Uno de sus soldados, ranchero de otra región, que llevaba, como todos los alzados de entonces, una imagen del Santo Niño en la copa del sombrero, exclamó:

—¡Ah, chivarras! ¡Si así fuera el amo de nosotros, no le habíamos quemado la hacienda!

Volvió Moya al portal del caserío. Ahí estaba Don Guillermo, tranquilo y macizo.

—Don Guillermo —le dice el maderista—, yo sé que en esta hacienda hay un tesoro.

—Sí, señor —contesta Don Guillermo—. ¡Pase a verlo!

Entraron. Por aquellos largos corredores había pasado la fortuna inocente y sencilla del gran propietario cristiano. No había lujos procaces, pero había comodidad y satisfacción. Don Guillermo se acerca a la puerta de una cámara.

En el centro de ella, bajo la luz cenital de un tragaluz abierto en el techo, una dama, hermosa y distinguida en su madurez, cosía unas prendas. A su lado, una niña, ángel de oro, en cuyos ojos azules retozaba la inocencia de sus seis años, leía un libro con estampas.

Don Guillermo las miró con ternura, y dijo a Moya:

—¡Este es mi tesoro!

El Jefe Moya se inclinó respetuoso.

Aquella dama era la esposa de Don Guillermo.

Y aquella niña era Margarita.

Si así hubieran sido todas las revoluciones... Si el levantamiento popular de 1910 hubiera culminado en el encumbramiento del sincero visionario don Francisco I. Madero... Si todo hubiera sido la victoria de aquellas multitudes campesinas que sintie-

ron el látigo del mayoral porfiriano, tal como los curas de pueblo sentían el desprecio del hacendado latifundista... Si aquel movimiento hubiera cristalizado y permanecido en el reconocimiento de la libertad cívica, ejercida por un pueblo que se lanzó a las armas cargado de reliquias sagradas, que bajaba del caballo para besar la mano del sacerdote; un pueblo entero que triunfaba en seis meses de una dictadura de treinta años... Si al voltear de los mundos se hubiera detenido estático en la realidad popular del 1911, cuando una simple chispa de libertad civil presentó ante el mundo político mejicano el cuadro de un Congreso de la Unión, equilibrado en su misma complejidad multifacial... Restañadas las heridas de la revuelta maderista, enderezados los senderos económicos, señalada la ruta para la reivindicación proletaria, capacitado el catolicismo social para hacer la exposición de sus anhelos en plenas Cámaras, y cristalizarlos en congresos agrícolas y semanas sociales...

Momento único de sinceridad y verdad, en que el pueblo sentó prácticamente la tesis culta y racional, de que su vida para ser plena debe ser católica. Eclósión entusiasta del perfume y floración de doctrinas sociales, germinadas entre la suavidad del Evangelio y el fervor del patriotismo; adormecidas bajo el régimen porfirista, y luego, campeadoras en aquellos periódicos inolvidables de La Nación, en Méjico; El Regional, en Guadalajara; El Criterio, en Durango.

Pero don Francisco I. Madero, hostilizado ya por sus infidentes Pascual Orozco y Emiliano Zapata, sucumbió bajo el brillo de las charreteras y entorchados de Félix Díaz, de Mondragón y de Huerta. La dinastía porfiriana de nuevo en el poder. Con todo un pueblo defraudado a su alrededor. Era el año de 1913.

Fácil le fue entonces a un gobernador norteño, Venustiano Carranza, emprender la revancha contra la dinastía suscitada por Victoriano Huerta y compañía. Pero al lanzarse Carranza, se encontraba con un hecho nuevo: el catolicismo social representado en la vida pública.

Para los eternos detentadores del poder, para la dinastía de los cleróforos, este hecho era de grande significación. El "cadáver del fanatismo", sepultado en el Cerro de las Campanas en 1867, resucitaba impasible, y se presentaba en la arena pública del país, pleno de convicciones, limpio de conciencia, aclamado por todo un pueblo que inconscientemente se asqueaba del liberalismo.

Aquel improvisado Partido Católico Nacional como un resucitado que viene del otro mundo era un fiscal, era una amenaza para el grupo de los políticos crónicos. Y para el anticlericalismo dominante, sería un baldón. En el orden social y político era intachable; en el orden moral, era edificante. En sus principios era inconmovible. Era una fuerza, contra la antigua cínica fuerza. La flecha desecristianizadora se embotaba. La trayectoria irreligiosa se rompía. Era menester ahogar al lobezno. El lobezno era el partido honrado de la gente honrada, guiada por principios honrados, para crear un gobierno honrado en una patria honrada.

Don Venustiano Carranza viró el timón de la revuelta. Ya no fue su único objetivo volver por el honor de Madero, el demócrata. Más urgente era aplastar al progresista elemento católico, triturar sus raíces, pulverizar sus remotos cimientos. Y la revolución carrancista prodigó los zarpazos antirreligiosos del pavoroso periodo “preconstitucional” de 1914 y 1915.

En todos los países se venera hipócritamente a la Ley. Los políticos se quitan el sombrero para pronunciar esta palabra. La Ley lo es todo. Como suele ser la disposición de la razón al bien común, suele también ser la venganza cobarde para el desahogo del déspota. En Jerusalem, la Ley fue una cruz. En Francia, la Ley fue una guillotina. En Méjico hacía falta una Ley con clavos o con cuchilla, para ofrecer ya legalmente el holocausto de ese elemento políticamente incontaminado, que había sido ya azotado por la iniciativa privada.

Y se hizo esa Ley. Se llamó la Constitución de 1917. ¡Una sorpresa para el pueblo mejicano! Carranza se quitaba la máscara, dibujada en el Plan de Guadalupe. Ya no era el vengador de Madero: era el perseguidor del catolicismo en Méjico. Carranza venía a ser el antagonista espiritual de Madero.

Madero luchó por la libertad política.

Carranza impuso el exclusivismo político.

Madero miró el hambre del pueblo, y mandó a los ricos abrir sus graneros.

Carranza vio el catolicismo del pueblo, y aplicó árnica en sus llagas abiertas.

Madero armó al pueblo para derrocar al tirano.

Carranza desarmó al pueblo, para entregarlo en manos de un grupo favorito.

Los maderistas pidieron: Sufragio efectivo y no reelección.

Los carrancistas pidieron saqueo.

Los maderistas traían imágenes religiosas en la copa del sombrero.

Los carrancistas fusilaban las imágenes y quemaban los confesonarios.

Madero fue un apóstol.

Carranza fue un judío.

Madero fue el redentor.

Carranza fue el carcelero.

La obra de Carranza consistió en el monopolio revolucionario antirreligioso. Así salió su engendro. Una constitución improvisada, mosaico de progresos y retrocesos, de blancuras y negruras, de libertades y de garfios, de confesiones y de hipocresías. La imagen perdurable de la eterna doblez política de aquel perseguidor frío con aspecto benigno de patriarca.

Las fieras tienen cuatro garras. La Constitución, fiera hija de fieras, ostentó cuatro artículos occisivos de la libertad proclamada por Madero.

El Art. 3º mataba la libertad de enseñanza.

El Art. 27 mataba el derecho de propiedad.

El Art. 5 mataba la libertad de asociación.

El Art. 130 mataba, sacrílegamente, la misma libertad de conciencia.

Las fobias revolucionarias de 1914 y 1915, se revestían grotescamente con el suntuoso nombre de Ley.

El atropello se volvía justicia. El atentado se convertía en virtud.

La ley, el supremo fetiche, la del rito “guillotina”, la del rito “horca”, estaba hecha. La encabezaba el supremo pontífice de la veneración legal, el de las barbas floviales, como las barbas de Aarón.

La procesión carrancista se puso en marcha. La carnicería reempezó, hasta fatigar los brazos de los nuevos kamushis.

Ínfulas sangrientas pasaron de una cabeza feroz a una cabeza demoniaca; la suprema ceremonia del abominable rito, se desenvolvió y perduró a través de los años nefastos... ¡Carranza, Obregón, De la Huerta! ¡Calles! ¡Calles el perpetuo! ¡Luego Calles el imprescindible! ¡Y luego Calles el Máximo!

Y como en los horrores de huichilopxtli, ante esa Ley Parapeto, el sacerdote mejica en turno presta siempre la cuchilla infatigable, ató codo con codo a los 16 millones de esclavos desnudos,

y reanudó el lento y continuado sacrificio iniciado brutalmente en 1913, legalizado en 1917, y prolongado inexorablemente hasta los días actuales de 1933.

En medio del fácil degüello, se han sentido conatos de catástrofe, ímpetus de redención... ¡Nada importa! Al margen de las víctimas, la mano izquierda del sacrificador va dejando la huella de otros crímenes de trasmano... Un muezín mata a otro muezín, y el rito continúa. Villa, Carranza, Obregón, Ángel Flores, Gómez, Serrano; todos archimandritas del rito sangriento, caen también bajo la cimitarra constitucionalista...

Este es el teatro de esta novela. Al fondo, el resplandor sangriento del incendio perpetuo. Se oyen gritos de víctimas, y esteriores de moribundos. La escena a media luz, deja entrever los esfuerzos de la gente honrada que se obstina con Don Guillermo Soler en olvidos y perdones, tiñendo el ambiente gris con pinceladas rosa y azul de virtudes y optimismos... Y en medio del mar hirviendo, lacrimante, sangriento, como una burbuja de oro, el alma de Margarita Soler que recorre paso a paso el camino señalado al pueblo mejicano por la inclemencia de los tiempos...

III

EL BAUTISMO DE FUEGO

—¡Mamá! ¡Mamacita!... ¿Dónde está mi mamá?...

—¡Cállate, Margarita! ¡Cállate por Dios! ¡Nos matan!

—¡Mamá, mamacita!...

Y suavemente, calladamente, Margarita sollozaba recargando su frente de diez años sobre el seno de Ruperta, la vieja nana de la familia...

¡Qué tiempos aquellos! ¡Cómo los recordaría después entre lágrimas la radiosa Margarita!

Era allá, por 1914, cuando la avalancha socialista de Carranza, después de haber devorado con su lava de incendio la ciudad de Durango, y, de haber derrumbado con estrépito la Troya huerista de Torreón, descendía como un rasero implacable por todas las villas y haciendas del valle.

—¡Mamá, mamacita!...

La tenue voz se oía; pero los labios que pronunciaban aquella sagrada palabra, se perdían en las tinieblas... Margarita tendía sus

bracitos tímidos, y tocaba las duras rodillas de la nana, que se sentaba en una silla desvencijada...

Por las tristes rendijas de la enorme puerta, si filtraban mancos chispazos de luz de media tarde... Tres largas horas de agonía... para aquellas dos almas inocentes, escondidas en un pajar...

Margarita, en la tregua de un sollozo, se acercaba a las rendijas... ¡Qué triste estaba la hacienda! Aquellos hombres que pasaban, como visión dantesca, por el objetivo de su observación, no eran los que ella amaba y conocía, no. Sus rostros aparecían feroces, sus lenguas barbotaban palabras extrañas y heridoras. Llevaban grandes fardos en el anca del caballo... corrían de aquí para allá... Desde su rendija vio Margarita cómo era macheteado el caporal Don Pedro... Cada disparo de arma le había hecho estremecer... Margarita, temblando de pies a cabeza, buscaba a tientas como un consuelo, el caritativo regazo de las sombras... y de nuevo reclinada sobre la huesosa rodilla de la nana tornaba a musitar:

—¡Mamá! ¿Dónde está mi mamá?

De pronto, un formidable disparo resonó a medio metro de la puerta.

—¡Viva Carranza! –gritó una voz escalofriante.

Margarita y Ruperta se quedaron petrificadas.

El hombre del grito se retiró al galope.

Margarita y Ruperta respiraron. Margarita ya no lloraba. Los niños suelen tener la clarividencia del valor, y enjugan las lágrimas cuando éstas son inútiles.

Margarita se volvió a asomar por la rendija. Nunca vio el sol poniente, rojo y encendido, filtrarse con mayor primor entre el follaje de los árboles. ¡Rayos deliciosos! ¡Con qué gozo Margarita deseaba tender sus brazos desde el fondo de su abismo de dolor, y coger esos rayos y besarlos, y comérselos con el delicioso saboreo de los dulces que le brinda su padre...

—Mira, nana; ven a ver.

—Mira, traen a Don Pedro... ¡Vienen para acá!

La vieja se acercó pesadamente a la rendija. En efecto, un grupo de carrancista, unos a pie y otros a caballo, llevando en el centro al fiel viejo Don Pedro que cojeaba dolorosamente, se acercaba precisamente a la puerta en que atisbaban las cautivas.

Como si instantáneamente aquella puerta les quemara, así se retiraron de ella, y volvieron a hundirse trémulas en las tinieblas.

Y heladas de espanto escucharon este diálogo:

—¿Qué hay en esa troje?

—¡No hay nada señor!

—¡Aquí está el maíz!

—¡No, señor!

—¿Pues qué hay entonces?

—¡Le digo que nada!

—¡Ábrela, pues!

—No traigo aquí la llave.

—¿Dónde está?

—En el despacho.

—Ve por ella. Y tú, acompáñalo.

—Don Pedro, cojeando (llevaba una pierna herida) se retiró de la troje. Un carrancista, pie a tierra, le acompañaba.

La audacia es el secreto de los éxitos. El hombre audaz triunfa. El hombre tímido perece. La audacia supone serenidad en el pensamiento y rapidez en la ejecución. La historia contemporánea de Méjico no es otra cosa que la derrota de los tímidos. Don Pedro, en su inculto magín, llevaba estereotipadas estas ideas.

De pronto, de un agarrón arrebató de manos del carrancista las riendillas del caballo, y cuando éste se dio cuenta, ya Don Pedro estaba bien montado, y el machete en manos de Don Pedro caía sobre el soldado, el rifle del carrancista caía al suelo. Don Pedro, en una garbosa tangente lo levantaba, y salía disparado en vertiginosa carrera...

—¡Tengan su llave, hijos de un tal!

Un momento después desapareció entre una nube de polvo, perseguido por toda una legión de demonios...

Margarita y Ruperta en su seco escondrijo contenían anhelantes la respiración. Resonó el tropel. La cabalgata se retiró. Un disparo. Gritos. Otros disparos. Luego quietud. Silencio. Ruperta se atrevió a fisgar. La noche entraba y envolvía plaza y jardines en el silencio zozobrante de su abrazo.

—¿Y mi mamá? ¿Y mi papá? —murmuró de nuevo suavísimamente Margarita.

—Ahorita los vemos ¡Espérate!

La vieja se tragaba heroicamente la verdad de los hechos. Don Guillermo era conducido como prisionero por las fuerzas de Natera; la señora, acompañada de un mozo, iba en seguimiento del prisionero. Ruperta quedaba con el encargo de no abandonar

a Margarita. Y en aquella troje habían sido escondidas y encerradas por el mismo caporal Don Pedro.

Ruperta acarició amorosamente a Margarita, y con voz casi maternal:

—¿Quieres dormir un poquito? —le preguntó.

—¿Y mi mamá?

—¡Ahorita la vemos! Pero mientras, descansemos.

Y sin esperar respuesta, la vieja, tentaleando, cogió la mano de Margarita obediente. De sus pies, arrancaba la montaña de paja que a lo largo del granero subía hasta el techo. A grandes pasos inciertos, ascendieron un poco. La paja seca crujía, cada paso era un hundimiento. Perdían ambas el equilibrio, no sabían si caminaban de pie o de rodillas; las manos libres de cada una se apoyaban también en la paja altiva. Margarita sentía sus rodillitas desnudas arañadas por la afilada viruta. Ruperta acariciaba con su mano huesosa la paja inocente y acogedora. Las tinieblas eran ya perfectas. La ascensión era suficiente. A media altura y a media troje, la suave montaña ofrecía un lecho quieto y suave en su conjunto, aunque mordedor y duro en el detalle de sus aristas y quebraciones. Margarita se sentó. Clavó su codito, y sobre él tendió los bucles de oro.

—¿Te acomodaste bien? —preguntó Ruperta.

—Sí, pero me pica la paja en la mano, y en las orejas, y en el pescuezo...

Ruperta se quitó el rebozo, lo dobló, y lo tendió dificultosamente bajo la cabeza de la bella durmiente del pajar...

—¿Y no rezas? —preguntó de pronto Ruperta.

—¿Pues qué aquí vamos a dormir de veras? —respondió Margarita.

—Tal vez, no; pero es mejor que reces.

Margarita se arrodilló bamboleándose sobre la paja, e invisible, como un ángel, cruzó sobre el pecho las cándidas manecitas, y rezó a media voz:

*“Jesusito de mi vida,
eres niño, como yo;
por eso te quiero tanto,
y te doy mi corazón...”*

La ternura de aquella plegaria envolvió el tierno corazón infantil, y la pena de la hora anudó aquella garganta, que rimó el último verso con un sollozo... Margarita lloró un ratito... Luego, por el breve escote del cuello, sacó un pequeñito escapulario, lo besó y continuó:

*“Oh Virgen María
botón de clavel;
mi madre me ha dicho
que te ame con fe...”*

No pudo más. Se dejó caer sobre la paja y rompió a llorar, con todo aquel torrente de lágrimas represadas en aquellas negras horas de inicial cautiverio.

Ruperta sacó su rosario y se puso a rezar también llorando...

*

Margarita abrió los ojos, y la obscuridad plena le besó las pupilas. No recordaba dónde estaba. Movi6 sus deditos. No, aquello no era el lino de sus limpias sabanitas, ni la pluma de su almohada. No estaba en su camita. Aquel ronquido, no era el suave respirar de su madre... ¡Paja! Lo recordó todo. Estaba sobre pajas, como el Niño de Belén... Y evocó místicamente la serenata angélica de las felices Noches Buenas... Por contraste, evocó también las impresiones de aquella tarde.

—Ruperta, ¿estás despierta?

—Sí; ¿qué tú no has dormido?

—Sí, pero oye, ¿quién es Carranza?

Ruperta se extrañó de la pregunta. Pero encontró su razón lógica. Aquel grito de “¡Viva Carranza!” También a ella le campañeaba atrozmente en los oídos.

—Pues es el Jefe de la Revolución.

—¿Y qué es la Revolución?

—Pues la Revolución es esto.

—¿Esto es la Revolución? ¡Ay, qué horrible! ¿Y cuánto dura la Revolución?

—¡Uf!... Unas veces dura poco; otras veces dura mucho. Pero siempre es así. Para nosotras es este pajar, oscuro y con lágrimas. Para Don Pedro es una cintareada y una estampida; para tu papá y tu mamá, es estar con el alma en un hilo; para los carrancistas

una buena aporreada, y para Carranza la Presidencia de la República.

Margarita no entendió más que lo del pajar. Y cesó de hablar. De pronto... "mih... mih..." Lloridos temblorosos, como de muchachos recién nacidos, angustiosos. Margarita se estremeció y se hizo bolita aterrorizada.

—No te asustes, son los gatos —dijo Ruperta igual de asustada.

¡Marrau! ¡Marrarrau! ¡Marrau! ¡fff...! Y unas sombras demoniacas, con patas de verdad, pasaron sobre los cuerpos tendidos de las cautivas.

Margarita se puso a temblar. Sus dientes castañeteaban.

Ruperta fingiendo entereza, le dijo:

—¡No te asustes, son los gatos!

Margarita se cobijó con su terror. Y en medio de él meditaba las palabras de Ruperta: ¡La Revolución es esto!

El abismo llama al abismo. Un terror sigue a otro terror. Aquellas dos inocencias convulsas volvieron a la vida bajo la reacción de un nuevo espanto.

Tropel de caballada se avecinó a la puerta. Dos formidables golpes rajaron las tablas y dejaron a las dos mujeres mudas de terror.

La puerta de la troje se abrió.

—¡Aquí hay paja! ¡Toda la que quieran!

Sonaban las espuelas contra la piedra del umbral. Instintivamente la niña y la vieja se apretujaron, se hicieron ovillo y contuvieron la respiración. Al vago clarear de la noche externa, irónicamente apacible, columbraron dos siluetas de genízaros, que se adelantaban, se inclinaban, se enderezaban, se retiraban, salían, y volvían a entrar, y a inclinarse, y a enderezarse y a Salir...

Aquella visión inofensiva les atenuó el terror. Los dientes ya no castañetearon, pero los cuerpos continuaron helados.

Unos caballos relinchaban a la entrada. Se les oía sacudirse, se les oía ramonear. Comían paja.

Uno de aquellas sombras rompió a hablar:

—Oye, ¿y el viejo?...

—Siempre no lo afusilaron.

—¿Pues qué pasotes?

—Ahí lo llevan pa Zacatecas, con la columna.

—¿Y se fue también la vieja, verdad?

—¡Ah que diasco de vieja curra!...

—¿Y la chamaquilla “güera”?

—¡Lástima! Dicen que no está en la hacienda, que está todavía en el colegio...

—¡A mí se me hacer que por ahí anda! ¡Al cabo está muy chiquilla!

—¡Sí! Pero qué tal pa un plagio...

—¡Palabra que sí!... ¡Hija de hacendado!

Ruperta lo comprendió todo. Margarita lo adivinó. Se escapaban, pero estaban a la orilla del abismo. Y dieron gracias a su propio terror, que las dejó más muertas que vivas.

Pasó la escena, las voces se acallaron, las sombras se alejaron, y la noche amenazante custodió la entrada. Y Margarita y Ruperta volvieron a dormir recostadas sobre las serpientes terroríferas de sus propios pensamientos...

De pronto, en medio de su sueño, Margarita se sintió muy calentita, casi confortable. Dobló sus rodillitas, y se acomodó muy a gusto. Pero algo extraño le cosquilleaba en la nariz, y en la garganta y en el pecho. Se pasó la manita por el rostro, pero el nuevo tormento perseveraba. Abrió entonces los ojitos, y como tocada de un resorte, pegó un grito y se incorporó trémula.

—¡Ruperta, Ruperta!

Frente a ellas, a unos cuantos metros de ellas, en dirección a la puerta, se levantaba grandiosamente siniestro un formidable abanico de llamas crepitantes.

A la luz de la hoguera brillaron los ojillos de Margarita, y sus cejas enarcadas y su boquita demudada, todo irónicamente orlado por el rubio pabellón de sus cabellos...

—¡Virgen Santísima! —clamó la vieja, levantándose de un vuelo. ¿Salir? ¿Escapar? ¡Imposible! La puerta estaba interceptada por un grueso muro de llamas formidables. ¿Correr al través de ellas? ¡Tropezar, caer!

Azoradas, locas, ambas volvieron sus miradas en torno.

—¡El ventanillo! —clamó Margarita. ¡El ventanillo!

Y apresuradas, ansiosas, asfixiándose, emprendieron la nueva ascensión sobre la montaña de paja, en dirección al elevado ventanillo que se percibía tenuemente en el fondo. Y tropezándose y hundiéndose, y cayendo y levantándose, niña y vieja treparon decididas, mientras las llamas, incontenibles y arrolladoras avanzaban implacables hacia ellas.

Y llegaron al ventanillo... ¡Horror! Gruesos barrotes de madera lo hacían impracticable...

—¡Papá! ¡Papá! —gritó desesperada Margarita.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio! —clamó Ruperta enajenada...

Y el eco suave y tranquilo contestaba despiadado:

—¡...pá!... ¡...ilio!...

Agarradas a los barrotes, como enfurecidas, golpeándose el rostro contra ellos, con las mejillas ensangrentadas, ambas cuitadas repetían su grito:

—¡Auxilio!... ¡Nos quemamos!

Como un tenue zumbido, como un suave y tupido golpeo sobre la tierra, con toda claridad de tropel de caballos en desenfundada carrera, así llegó hasta el ventanillo la esperanza de salvación... Las llamas mientras tanto, se acercaban más y más, y la humareda coronaba sus cabezas... Unas chispas encendieron el rebozo de Ruperta... Se lo quitó violentamente y lo arrojó a la pira... La pira contestó con una acometida feroz...

Un hombre llegó a caballo, y lo sentó, soberbio, al pie del ventanillo, ¡Era Don Pedro, el caporal!

—¡Échese, niña! —gritó.

—¡No quepo!

—¡Sí cabe! ¡Búsquele!

Margarita, como pajarillo atontado, ensayó los diversos intersticios de los barrotes. El fuego lamía ya golosamente la pared. Por fin, la linda cabecita cupo, y pasó el bracito, y el pechito. Ruperta empujaba, ya quemándose las piernas. Don Pedro esperaba afuera, de pie sobre el caballo obediente, y tendiendo los brazos hacia el cielo.

Por fin, Margarita, desde el ventanillo se arrojó al vacío... Y Ruperta, al mismo tiempo perdió el equilibrio y cayó derrumbada sobre la hoguera... Unos gritos horrorosos corearon la caída de la vieja.

Cuando los forzudos brazos de Don Pedro estrechaban a la niña que lloraba gritando ¡mi nana!... ¡mi nana!... un nuevo tropel de caballos resonó en torno del granero abandonado.

—¡Viva Carranza! —rugió una voz estentórea.

—¡Viva Dios, que es lo primero! —contestó Don Pedro. Cayó a horcajadas sobre el caballo y arrancó como un rayo...

Una rociada de balas lo acompañó en su veloz carrera...

Tres horas después, en una cama de una alcoba de la casa parroquial de Sany, una niña yacía desmayada y yerta.

Y en otra cama de otra alcoba de la misma casa, un hombre lleno de balas agonizaba. Y en la troje incendiada los huesos de Ruperta se convertían en cenizas.

IV

EL "TÍO" Y SUS AVENTURAS

Algunos días más tarde, entre un gentío inmenso que esperaba ya dos días y dos noches el paso de un tren para el sur, en la estación de Cañitas, un individuo de premeditado aspecto vulgar, conversaba con una rubia muñequita puesta a su cuidado:

—¿Y en Aguascalientes están mi papá y mi mamá con los muchachos, señor Cura?

—Sí; pero no me digas señor Cura. Dime siempre "tío".

Desde entonces tuvo Margarita ese "tío" que ha conocido el lector cuando después de ocho años han caído ya sobre él las diez plagas de Egipto.

Margarita encontró a sus padres desolados en la simpática ciudad de Aguascalientes. Estaban instalados provisionalmente en un hotelucho del barrio del Santuario.

La conmovedora escena, los besos, los abrazos, las lágrimas, los agradecimientos al Cura, no son para ser descritos.

Unos días más tarde Margarita era recibida con los brazos abiertos en el famoso Colegio de la Inmaculada, obra de romanos sostenida contra viento y marea por aquella mujer benemérita, la Madre Julia Navarrete...

Aquella ciudad era un hervidero en 1914. El avispero revolucionario situaba entonces ahí su colmenar, presintiendo ya la formidable ruptura del famoso Pancho Villa, con el venerable Don Venustiano Carranza, Jefe del Ejército Constitucionalista.

La revolución carrancista había tomado ya su matiz característico, y lejos de venir restableciendo la amplia libertad democrática de Madero, mostraba ya, en medio de la furia bélica, sus marcados caracteres impíos, extraños evidentemente a la cacareada finalidad de la revuelta consignada en el Plan de Guadalupe.

—Quédese –decían los aguascalentenses al Cura de Sany–, ¡quédese! ¿Qué va a hacer a Zacatecas? ¡Lo muelen en el camino los carranclanes!... ¡Aquí se aprovecha el tiempo mientras con los Padres Navarrete...! ¿No los conoce: Juanito, Panchito?

Pero el Cura, con ese arrojo natural de los clérigos mejicanos, cuando se trata del ministerio, después de tiernas despedidas de la familia Soler, se lanzó a la aventura, capoteando trenes militares, durmiendo en los patios de las estaciones, cambiando a los cinco días su chaqueta por una comida en Colorada, replegándose de nuevo hasta Zacatecas, después de aguantarse una noche de chubasco entre las soldaderas, sobre el techo de un furgón...

En la estación de Zacatecas, se secaba al sol, tiritando, cuando una voz garbosa le dice:

—¡Señor Cura!...

El Cura vuelve el rostro sorprendido, y se encuentra con un revolucionario bien enjaezado, a lo federal, rechoncho, colorado, con insignias de alto jefe.

—¿No me conoce? –preguntó el militar.

—¿Padre Triana! –contesta el Cura, azorado.

—¡General Triana! –corrige donosamente el militar. Y sin darle tiempo a salir del estupor:

—¡Véngase! –le dice. Vamos a mi hotel, que ya tengo hambre de charlar con un amigo...

Lo que el mocetón General Triana llamó su “hotel”, no lo era en realidad. El Cura de Sany creyó de pronto ser conducido al Hotel Francia, o al Hotel de la Plaza, los más conspicuos de la zarandeada ciudad; pero no. Aquel rollizo y sano muchachón lo condujo cariñosamente, por sobre rieles y sobre agujas, pisando negras arenillas de carbón hasta las cercanías de un verdadero tren militar. Entre la serie de carros, se destacaba limpio y pulido un soberbio “pulman”, en cuya parte exterior, en gruesas y grandes letras doradas se leía: “General de Brigada Dionisio Triana”.

Un avispero de soldados y de empleados zumbaba en los estribos y plataformas del convoy, y entre ellos se destacaban jóvenes y apuestos, los oficiales del Estado Mayor.

El carro estaba confortablemente dispuesto. Alcoba, comedor, recibidor, oficina, baño, todo estaba técnica y muellemente ordenado. Aquello parecía mejor un “boudoir” de princesa, que un carro de campaña revolucionaria.

Triana y tras él el Cura, pasó hasta el compartimiento alcoba, se tiró, con kepí y mitasas, con guerrera y arneses, en la ancha y muelle cama, y señaló al Cura un sillón, en que él, ún meticoloso, en camisa como estaba se sentó.

Curioso observaba el Cura la estancia. Una lamparita veladora, una pistola escuadra, unos lentes, unos guantes... Un retrato: Triana grande: Triana a caballo. Otro retrato grande: Triana a pie. Otro: Triana de civil. Otro: Triana... ¡de cura! Sotana, cinto, bonete..., un breviario en la mano... Otro retrato: una muchacha espléndida. Muchos retratitos adherido a a las paredes: Triana en muchas poses, unas veces solo, otras con la muchacha espléndida...

El General fue el primero en hablar:

—Con que... ¿qué dice? Señor Cura, ¿qué anda haciendo?...

—Pues voy a Sany, General...

—¡No me diga General! Hábleme de tú, como siempre... Dígame “Dionisio”.

El Cura comenzó a entrar en calor.

—¡Vaya, Dionisio! ¡Qué bueno que te muestras así con nosotros!

—Pues soy el mismo. Ya hasta le escribí al Rector del Seminario, y le digo que acabando la campaña me vuelvo al colegio, para ordenarme...

—¿Y cómo resultaste militar?

—Ya lo ve, señor Cura. Yo fui a vacaciones a Torreón. Me hospedé en el cuartel con mi tío Martín. Ahí andaba yo como en el Seminario. Rezaba el oficio en los patios, no me quitaba ni la sotana... Me querían los soldados, me trataban bien los oficiales... Una sorpresa a la plaza nos obligó a salir, y ya en campaña, yo oí decir que los curas eran mujeres, y por amor propio pedí a mi tío un rifle y un puesto... y por primera vez combatí... Y al sentir que los ojos de todos contemplaban en mí al “cura”, al “seminarista”, me sentí enardecido, me adelanté a mi línea y ocupé el primero una posición enemiga... ¡El cura! Desde entonces se me reconoció como valiente, y hoy, a los seis meses, soy General, consentido de Villa y del General Ángeles; sin más preparatoria militar, que la seria disciplina de un seminario... El General Villa lo comprende bien. Y me ha dicho: Tráigame a todos sus padrecitos, y formaremos la mejor División del Ejército...

Sonrió un tanto vanidosillo el Cura de Sany.

—Ya me he sonsacado algunos seminaristas de Durango. Ahí vienen Flores y López, y Simbeck. Todos han salido unos leones... Suben más aprisa que los otros.

—¡Vocaciones perdidas!

—¿Por qué perdidas? ¡Vamos a volver!

El Cura de Sany movió la cabeza incrédulo.

—¡Se pierde el espíritu! ¡Se pierde!

—¡No, señor Cura! Mire, yo me he conservado bien. En Torreón aún rezaba el Oficio Parvo. Ahora no lo rezo porque ya hasta el libro perdí; pero sé rezar en latín todavía. En San Pedro de las Colonias fui a misa, y hasta le iba a ayudar. Mire, todavía me acuerdo; Introibo ad altare Dei... Confiteor Deo Omnipotenti...

—¡Ojalá! —contestó el Cura de Sany, sin hacerse ni tantita ilusión por la perseverancia de aquellos noventa y nueve justos...

—¿Y has reflexionado que esta revolución viene contra la Iglesia?

—Creo que ese es un error, señor Cura. La Iglesia tiene un lugar muy aparte. Los obispos han hecho mal en darse por ofendidos; eso los solidariza con Huerta, y eso explica algunas violencias de carácter irreligioso... Pasará la hora de la tempestad, y triunfante la Revolución, la Iglesia y los católicos tendrán la libertad que Madero les reconoció... ¡Vamos contra Huerta! ¡No vamos contra la Iglesia!...

—Pero se quiere envolver a los católicos con el huertismo...

—Algunos lo hacen. Pero ni lo piensan sinceramente, no lo externan a sus anchas. Todos sabemos perfectamente que el Partido Católico estaba feliz con Madero, que sólo reconoció a Huerta después que lo reconocieron las cámaras y las legislaturas... Todos sabemos aquí en la Revolución, que Huerta le ha dado sus buenos palos a los católicos. Don Gabriel Fernández Somellera, Presidente del Partido Católico, y el señor Zepeda, Director de La Nación, fueron deportados por Huerta. Sabemos que en las elecciones los católicos estuvieron contra Huerta, y sabemos que es un diputado de los católicos, Don Perfecto Méndez Padilla, quien levantó la voz para reprender a Huerta, en las Cámaras. Por todo esto, en nuestro ambiente revolucionario no se nota concienzudamente esa atmósfera de antirreligión, que algunos sospechan...

—Pero, mira, Dionisio, tú sabes los públicos sacrilegios, hasta los tormentos que se han aplicado a algunos sacerdotes...

—¡Son casos aislados, de algunos atrabancados!... No falta gente de malas ideas, y de instintos sacrílegos... Pero la Revolución tal como la conduce el Sr. Carranza, tal como la secunda el General Villa..., no va, no puede, no tiene por qué ir contra la Iglesia... Hasta creo que eso sería quitarle la popularidad.

—¡Dios quiera que yo me equivoque! —añadió el Cura de Sany—. Pero esta no es una revolución, esta es ya la Revolución, fatal, arrolladora... Ha comenzado con un pretexto: derrocar al usurpador Huerta. Ustedes luchan, son los beneméritos; ustedes exponen su vida; pero la Revolución seguirá su curso, y un día, ustedes los luchadores se espantarán del aspecto que la Revolución toma... Verán que el objetivo es totalmente distinto, los medios distintos y hasta el enemigo distinto... Ustedes sentirán que no era ese el ideal de la lucha serena y franca, temeraria y avasalladora... Pero ustedes mismos, tendrán que inclinar la cabeza con todo y el águila de generales o las estrellas de jefes... Y quizá los mande quien no luchó, quien no expuso su vida: un grupo de políticos falsos, arteros y mañosos... Ese grupo brotará. Quizá ya se esté incubando, y la Revolución llegará no a ser una redención, sino a ser el tormento íntegro del pueblo mejicano...

El General escuchaba. Pensaba. Rumiaba.

—¡Puede ser! —exclamó—. Es difícil atajar una revolución desbocada... Pero hay entre nosotros elementos tan sinceros y decididos, que si viéramos fallidos nuestros ideales, lucharíamos de nuevo contra los engañadores...

Calló un momento el General. Y luego, en suave soliloquio, pronunció esta palabra: ¡Carranza!... ¡Mi General Villa no le tiene mucha confianza a Don Venustiano!... ¿Quién sabe? Carranza fue senador porfirista por 15 años. Don Francisco I. Madero le desconfiaba. Carranza era reyista, y se hizo maderista. La traición de Huerta purifica a Carranza, y le lanza a la restauración... democrática... y luchamos bajo su mando, por la honra de Madero y con el estandarte de la Constitución... Somos el Ejército Constitucionalista, que lucha de nuevo por el "Sufragio efectivo. No reelección". El día que Carranza cambie de objetivo, ya no será el restaurador, será el usurpador... Entonces no cuenta ni con nosotros ni con el pueblo... En fin, por lo pronto. ¡adelante!... ¡López!, dile al Chato que traiga unas cervezas.

Cumplida la misión, entró López, militar joven y fornido; se quitó la gorra galoneada, y saludó al Cura de Sany, besándole la mano...

—Ya ve cómo somos todos cristianos. También éste va a volver al Seminario.

Luego apareció el Chato. Un correcto mesero de restaurant aristocrático; expedito, serio, que sirvió a todos sus bocks de cerveza espumeante.

El Cura reanudó al día siguiente su viaje al Norte. Pero ya iba ajuareado con un fino traje claro que le dio el ex – seminarista y llevaba en el bolsillo un buen fajo de billetes carrancistas, que sin contarlos siquiera le había obsequiado el rumboso General de Brigada Dionisio Triana.

Unos cuantos meses después de este diálogo, la formidable División del Norte, al mando de Villa, se rebelaba contra Carranza.

Y unos cuantos años más tarde, Carranza el “constitucionalista”, derogaba la Constitución, y promulgaba la Constitución de 1917, en la que brillaban como hierros encendidos los famosos artículos persecutorios contra el total pueblo católico.

Y en el cementerio de Aguascalientes, junto a la barda de adobe derruido, se pudría al sol y a la lluvia una triste cruz de palo negro, señalando el sepulcro de uno de tantos fusilados. En el brazo transversal de la cruz, se leía este nombre: “Dionisio Triana”.

V

CUANDO EL TRAQUETEO

El Cura mientras tanto pasaba las de Caín. Hoy Villa, ayer Carranza; en nombre de los “Constitucionalistas” o en nombre de los “Convencionistas”, ya oficialmente, ya extraoficialmente, unas veces por “orden superior”, otras por “iniciativa privada”, apuró hasta las heces, sin saber cómo, el cáliz de aquellos lacrimosos años... Hambres y rencores, orgías y escándalos, furoros y festejos, sacrilegios y beaterías, todo convulso y revuelto: tal fue el espectáculo cotidiano que el Cura de Sany presencié, ya en poder de los carrancistas, ya en el de los villistas; ya desde las ventanas del curato, ya desde una celda de la cárcel, ya desde el escondrijo de una choza, o desde la hendedura de una peña...

El poblacho quedó en cueros. Las familias pudientes huyeron. Sólo quedaron esos sedimentos de la miseria, el pueblo hambriento y desnudo, trémulo y azorado, bajo el látigo y el estallido

de una revolución incomprensible... El Cura se sintió solo, pero firme. Como todos los curas de ese tiempo. Sin más rey ni roque, que su propia conciencia sacerdotal. Sin más compañía que los pobres que tenían hambre en la ciudad y las fieras que tenían hambre en las montañas... Los campos escuetos, y ociosos, se tostaban al sol. Los ganados dispersos y robados ofrendaban sus pieles a los agentes financieros de la revolución, dejando cientos de cadáveres en las cumbres, bajo un cielo inmensamente azul, surcado y oscurecido por el pasmoso escuadrón de los zopilotes negros e insaciables...

La peste, el hambre y la guerra... Esa es la historia de aquellos años. El tifo, la gripe, el "abrazo de Carranza". El Cura cayó, el tifo le acogió, como un abuelo cariñoso, que envuelve al nietecillo para que no presencie las escenas de horror... Tres meses de inconsciencia perfecta, de luto en derredor, de miseria extrema, en que los mismos mendigos socorrían a la familia del Cura... Un día, un oficial revolucionario, movido a compasión, mandó al médico militar, que visitó al Cura, y le inyectó, como se inyecta a un desahuciado... Y cuando algunas semanas más tarde, el Cura, aún cadavérico, era acercada a la misericordia del sol, veía por las calles solitarias la constante procesión de los mendigos, en pelotón, corriendo de aquí para allá: viejos trémulos, mujeres harapientas, chiquillos semidesnudos y desnudos por completo, con cazuelillas en las manos, pendientes de las cáscaras que tiraban al suelo los militares que comían... Y para amenizar el concierto de la tribulación, a la mejor hora, la gritería espantosa, los tropeles, las carreras, las blasfemias, toques de clarín, y luego la balacera formidable, intensa, prolongada, que ponía un rictus de espanto en los rostros macilentos, que despoblaba en un abrir y cerrar de ojos todas las plazas y las calles, que alcanzaba a algunos decrepitos a media calle, poniendo el deseado punto final a las míseras existencias, y que dejaba el oído presto para esperar el grito final, que denunciara cuál era el bando de verdugos que quedaba dueño de la arena...

Si esos años famosos dejaron huellas marcadas en todos los rostros, si enjugaron todas las mejillas y ahondaron todos los ojos, mayor destrozo hicieron en el Cura de Sany, que lentamente, a despecho de su plena edad madura, fue desjarretando sus miembros y nulificando sus músculos; ahrojando su naturaleza física con reumatismos tercos y progresivos, hasta dar a la postre con él

en un sillón de inválido, que mal improvisaron los viejos sirvientes, únicos familiares perseverantes...

Y cuando por el año de 1919, triunfante ya plenamente el carancismo, fueron volviendo a sus tristes lares las ovejas dispersas, cuando Don Guillermo Soler, viudo ya, volvió a Sany, de paso para la reliquia de hacienda; cuando entró al curato, acompañado de sus dos hijos mocetones, y de la linda Margarita, llorando se arrodilló a besar la mano del Cura inválido, imagen exacta de la invalidez general en que a esas fechas quedaban bajo la Ley, todos los sacerdotes católicos.

VI

FRENTE A "LAS CUATRO MILPAS"

La presencia de Margarita era mucho lujo para la destartalada población de Sany. La muñequita deliciosa, que por última vez pasara por aquella villa, sumergida en los horrores de la cercana tragedia, volvía convertida en una preciosa fascinadora...

El Colegio de la Inmaculada había modelado en ella el ideal de un corazón femenino, y Dios en ella ostentaba las opulencias de la belleza arrebatadora.

El cielo incrustó en las pupilas el halo de su inocencia azul. Las margaritas silvestres, reflejaron en su tez la blancura de sus pétalos; una saete de sol naciente incrustó un beso de carmín en sus mejillas, y el incendio rubicundo de las tardes opulentas destiló su gota de sangre en sus labios divinos... Y el oro de las mieses que murieron, y de las espigas profanadas, después de explorar, en busca de refugio, los flecos fantasmagóricos de las nubes, en las ricas apoteosis del sol fascinador, vinieron decididamente a posarse sobre el lecho perfumado de su linda cabellera...

"Eres paloma, y eres linfa; flor de amor y de poesía; capullo delicado de un vivir esplendente... perla sutil y delicada; alma de querube en carne de mujer; pedazo de azul, sobre las glebas grises y desconsoladas..." Así hablaban en su lenguaje, al paso de Margarita, la brisa y las flores y las aves...

¡Oh gran generosidad de aquellos cinco años! Mientras fueron avaros y duros con la República entera, habían sido generosos y pródigos con Margarita.

La belleza tiene sus leyes fatales e inexorables. Dios dijo a la mejilla: enciéndete. Y al pecho: hínchate. Y al corazón: arde. Y al entendimiento: luce. Y Margarita obedeció, mientras los hombres enlodaban la vida azarosa de los hombres... Don Guillermo, el hombre probo, en medio del cataclismo, se sentía orgulloso de su hija. ¿Qué importaba a él su propia vida, trasladada a un plano de miseria económica, entre el ajetreo constante de nuevas ocupaciones, pescadas al azar, que transmutaban por completo la fisonomía de su vida?

El antiguo hacendado, sin más elementos que su honradez, su ingenio y sus brazos, apechugó con el desconcierto, y enderezó a duras penas, decentemente, el timón de su condición económica, entregado al improvisado comercio de cereales... Poco le dolían los zarandeos de aquella vida febril, siempre amenazante en todos los órdenes, mientras veía a su niña impregnarse suavemente del gran ideal, y a sus hijos preservarse de la fetidez del ambiente, en el Colegio de los invictos Hermanos Navarrete.

Aquel orgullo de *pater familias*, logró mantener a flote la nave familiar, contra el viento y marea de los formidables disloques políticos, con sus rechazos de crisis financiera, y con la negra pena de la completa ruina hacendaria... *El Vergel*, paraíso perdido, enjuto, consumido, arrasado..., esqueleto de una vida laboriosa que se recuesta cara al sol, único amigo fiel y constante...

Cuando sonó la hora del retorno, cuando la revolución ahíta, no halló hueso ninguno que roer en la periferia y en los campos; cuando los agricultores contemplaron la Babel Carrancista, encastrada en los palacios oficiales de las capitales, entonces, medrosamente, sigilosamente, dolorosamente, volvieron al terruño, al terruño huérfano y árido, a intentar una nueva creación *ex nihilo*, cavando en la peña viva con el gesto heroico del hombre de Rodó.

Así volvió a Sany Don Guillermo, con sus hijos, primer escalón hacia *El Vergel*, cadáver de hacienda que hedía en el sepulcro de abandono cruel de cinco años...

Y por aquellos feraces alrededores silvestres, salió una buena mañana de junio de 1919, en viaje de exploración, preñado de tristes presentimientos y dolorosos desengaños.

Un residuo de peón le acompañaba. Un jumento flacucho le soportaba. No había caballos, ¡ni uno! En muchas leguas a la redonda. No había caminos. La maleza y las lluvias, los derrumbes y los aniegos, se encargaron de borrarlos. Eran las "grises lontananzas muertas", las herederas de los halcones y collados.

Don Guillermo se hizo violencia a sí mismo para no dejar caer su corazón entre el abrojo de la senda obstruida. Ni un viajero, ni una bestia, ni un recental. Liebres y conejos, eso sí; palomillas silvestres, dueñas absolutas del campo inculto, en tácita alianza con sierpes y lagartos.

Cinco horas más tarde, la visión consoladora del valle... La lujuria de la naturaleza salvaje, como protesta contra la miseria del hombre... Por todas partes yerbajales altivos, flores silvestres, ramazones de cucurbitáceas, charcas inmensas con tules y lilas; el río, cambiando de curso; arenales nuevos, y nuevas corrientes. Y tras el consolador desbordamiento de la naturaleza rústica, tras el copudo penachón de la arboleda legendaria, como el cadáver de las ilusiones muertas, como el derrumbe y el fracaso de todos los sudores, el hombre de hierro se encuentra de manos a boca con la osamenta miserable de "la casa grande", del teatro de sus amores...

El hombre lloró. Toda la historia de la hecatombe resucitó en su memoria, para estrujarle el alma, y poner agua en sus ojos...

Las chozas derruidas, la iglesia deshecha, las trojes abatidas, la casa incendiada... ¡No quedaba piedra sobre piedra...!

Resuelto, estoico, entró a la casa grande, si entrar puede llamarse trasponer un montón de piedras para posarse sobre un montón de escombros... Los patios eran foresta. Al igual que en las selvas, las culebras y los ardillones se escurrían entre las cañas de rozagantes... Los techos de soportales y de estancias habían venido abajo; y del escombros circundado por bardas de piedra renegrida por el incendio, surgían, como de reproche, las lanzas de los gruesos tabicones... Don Guillermo, férreo y robusto, de pie sobre las cenizas de su obra, volvió melancólico el rostro hacia un rincón de las ruinas... Y el recuerdo de su alcoba matrimonial acarició dolorosamente su frente... Ahí, ahí él había amado, ahí había sido bendecido su amor, ahí había nacido su linda Margarita... ¡Crack! ¡Crack!... ¡Crack!... El graznido estridente turbó sacrílego el recuerdo, y un ave fatídica se levantó, cerniéndose torpemente sobre aquel profanado nido de amor...

El hombre fuerte, se sobrepuso al desaliento. Contempló sus brazos aún de acero, y palpó su corazón aún de fuego. Su misión era luchar, y luchar denodado por el porvenir de su familia. ¡Volvería a la hacienda! Descargaría pantanos, desmontaría selvas, roturaría campos ya cegados... Con sus hijos, hijos de león, arran-

caría a la tierra hosca el pan y el vino para el hogar, la miel y el trigo, y la paz y el amor, anudados a su ímprobo trabajo, resucitarían aquel *Vergel*, para que en él brillaran de nuevo, como un hechizo, el bucle de oro y la sonrisa celestial de Margarita.

Y sin desprenderse totalmente del domicilio improvisado en Sany, la tienda del hogar de Margarita se plantó de nuevo en el cascarón miserable de *El Vergel*. Se echó un velo a los negros recuerdos del pasado, y con la férrea decisión de los judíos vueltos de la cautividad, se empezó la reconstrucción de aquel templo de trabajo, de la industria y el amor...

“Hay que reconstruir...” Lo que la Revolución arrasa, el hombre honrado debe resucitar. Nuestra misión es esa: hacer que perdure la patria, a pesar de todas las hecatombes... Pasó la hora de los lamentos, llega la hora del trabajo. Los odios se aduermen, las pasiones se aquietan, los revolucionarios se revisten de ecuanimidad, la libertad del hombre comienza a respetarse, disimulando cuerdateamente los artículos disonantes de la Ley. ¡Bienvenida sea la paz! ¡paz delicada y frágil, pero al fin paz! Perdonemos al salteador, esté donde esté. Supongamos que existe la legalidad, y cumplamos con nuestro deber trabajando y amando a nuestros semejantes... ¡Que ellos se conviertan y vivan, mientras nosotros trabajamos en paz!... ¡Amemos a Dios! ¡Aumentemos nuestro hogar! ¡Consolemos a la patria, y ganemos nuestro cielo!

Tal era el pensar de Don Guillermo, y en él formó y amacizó el carácter y la belleza de la muchacha, que se convirtió en jilguero y en flor, en poesía y en canto, que embriagó a todo el mundo desde Sany hasta *El Vergel*, por todo el valle, por todos los campos... que animó a muchas familias indecisas a volver a sus glebas, y que poco a poco, hizo volver a la vida aquel yerto jirón de paraíso mejicano...

Y volvió la vida a sonreír. Y con ella el bullicio, y la alegría, y el afán de las obras buenas, y los ruidos domingueros y las fiestas y saraos, más humildes mil veces que antaño, pero animosos y consoladores siempre. Y la iglesita de Sany se vistió de alegría, y la capilla de *El Vergel* renació de sus cenizas, y el cura inválido, cogiéndose a la mesa del altar, volvió a entonar el “Gloria a Dios y paz a los hombres...” Y volvieron los niños a las aulas del saber, y los comerciantes a ensayar sus operaciones, y hubo ya días de campo, y verbenas, y fiestas patrias, y desfiles, y posadas, y Año Nuevo...

¡En fin, el elenco vibrante de la vida que se obstina en vivir, arrullado por el aleteo infatigable de los espíritus rectos...!

¡Qué ricos y qué dulces fueron ya entonces los sueños de Margarita! En la plenitud del juvenil poema de su vida, consagrada a una modesta vida de firme acción, repartida entre el pueblo y la alquería, entre las familias y la sociedad, estimada, halagada, consentida, no habría cambiado ni su casa ni su vida por el más linajudo palacio de una reina. Rodeada sólo de gente buena, honrada y cristianota, esperaba tranquila el porvenir, no un porvenir fastuoso y dilapidador, de rica mundana y frívola, sino el futuro sereno y plácido, entre la decencia económica del trabajo fructífero, y bajo la caricia sincera de un futuro amor, sólido, ingenuo, íntimo y sostenedor.

¡Dieciocho años...! Camaradería ingenua, limpidez de conciencia, como las aguas saltarinas del regato, como los sencillos alelúes de los huertos... Transformación plena, lava encendida y pura, rebosante, y asomándose al cráter del corazón, esperando el momento señalado por Dios, el toque de la varita mágica, el “¡Sésamo, ábrete!” para dar entrada, triunfal y solemne, al amor, o quizá a Alí Babá con sus cuarenta ladrones...

Margarita está en flor... ¡De rodillas, querubes ambiciosos del amor! Pasó el invierno... La primavera de la paz, ha teñido de rosa el erial ceniciento de la patria. Y *El Vergel* se despereza, entre rompimiento de capullos, resurrección de huertos, balidos de tiernos recentales; restauraciones paulatinas pero firmes, que repercuten en golpes de alegría constante en el pecho encantador de aquella mujer joven...

Y los mozos hermanos, duros y laboriosos a la vera del tesonero Don Guillermo, transforman en paraíso de nuevas esperanzas, el helado cementerio de los sudores de ayer... Y Margarita, tesonera e infatigable, se cose a la faena, de sol a sol, hasta triunfar en la reconquista y estabilizar una nueva existencia, ganada y conquistada por el concurso formidable de todos los brazos y todos los músculos de la familia...

En el fondo de una nueva galera, se plantó una cruz, en el lugar preciso de la muerte de Ruperta, la nana. En el cementerio de Sany, se plantó otra, sobre el sepulcro de Don Pedro, el caporal; y de una a otra de esas cruces, se tendieron por llanuras y caminos, las guirnaldas invisibles de los encantos de Margarita...

Mientras el Cura inválido, en el trono sublime de su sillón, conducido frecuentemente en hombros de los fieles labriegos, proseguía su labor de enjugar las frentes sudorosas y los ojos bañados en lágrimas..., hasta que una tarde, la tarde misma que describimos en el primer capítulo, en uno de tantos paseos melancólicos, al llevar el Viático a un lejano moribundo, miró detenerse ante él, en pleno campo espléndido, un robusto camión rebosante de espléndidas almas femeninas, y entre el surtidor de sonrisitas, oyó escapar la argentada voz de Margarita, “la única”, que le saludaba así:

—¿A dónde va, tío?

Todos, en aquella ocasión, obedecieron la misma consigna interior. Estaba escrito en las tablas del derecho común. Salieron los dos forzudos jóvenes de la caseta del camión, las muchachas, benévolas se arrinconaron sobre un extremo de la misma plataforma, y choferes y rancheros, a una, montaron el sillón con todo y su Cura inválido, en la galana calesa, y trepada una parte de la triste comitiva del párroco, la máquina echó a correr satisfecha y desafiante...

El Cura sonreía agradecido. Estaba acostumbrado a esos *raids*. ¡Cuántas veces había hecho el recorrido de su casa a la parroquia, montado en las espaldas de robusto jayán!

—Sigue tu boruca, sobrina —dijo el Cura cariñoso a Margarita.

—Muchachas, exclamó ésta, ahora vamos a cambiar de repertorio, porque mi tío trae al Santísimo.

—¿Qué cantamos, pues? —preguntó otra.

—¡El Himno Eucarístico! —respondió Margarita.

Y cantaron:

*“Hostia, sol de amor,
tu luz inflama el corazón de Méjico leal...”*

Como una caja de música, inundando de armonías místicas la fastuosa llanura, avanzaba el carro, convertido en ostensorio vivo cuajado de ángeles en torno del relicario vivo tallado en un pecho sacerdotal. Los labriegos que en contario venían, los jinetes, los aldeanos, todos inclinaban la cabeza descubierta, y se postraban de hinojos, sobre la gleba desnuda, en mudo gesto de fe clarividente...

Al llegar a Santa Mónica, término del viaje sagrado, un numeroso grupo de labriegos se arrodilló. Las muchachas, sin dejar el

canto, hicieron lo mismo, mientras el Cura inválido era descendido de la plataforma... En el momento del religioso desembarco, aparecieron a vuelta de una próxima esquina dos nuevos jinetes. Uno de ellos, flaco y seco, aparentaba cierto rango oficial: gorra tejana, blusa de trinchera, piernas entubadas y pistola al cinto. Al pasar frente al grupo tocó casi reverencialmente el ala de su sombrero.

Cuando se hubo retirado aquel hombre, Margarita exclamó:

—¡Ah, muchachas! Ya nos vio Atilano...

—¡Y qué le hace! —contestó otra decidida.

—¡Sí le hace! —añadió un rancharo— porque ese Atilano es muy maldito...

Y todos se quedaron contemplando la inquietadora figura que se alejaba cortejada simbólicamente por una nube de polvo...

VII EL "CHINCHE"

Atilano Banda... ¡Valiente mequetrefe!

Pluguiera al cielo que este personaje de novela mexicana fuera realmente un hijo de la ficción, y no un personaje histórico, padre y prototipo de una especie corta en número y larga en tentáculos.

La Revolución Mejicana, esa formidable eclampsia, que tiene polos tan disímbolos como la inocencia infantil de un Madero y el diabolismo servil de un Calles, presenta al observador estudioso estos cuatro matices de adoradores: los pazguatos, los matasietes, los opíparos ¡y los chinches!

Los pobres pazguatos, secuaces revolucionarios del primer matiz, lo arriesgan todo en aras de la diosa, sin ganar más que el traqueteo de la vida, la desgarradura del pellejo, la gloria tonta del recuerdo, y el retorno a la vida privada del cuarto o de la casucha, cuando no obtuvieron en algún encuentro la condecoración de un balazo decisivo. Estos han sido los más. Han llegado a muchos miles. Cándidos labriegos, patriotas sencillos, rectos, bien intencionados. A su paso, los quince millones de espectadores pasivos mejicanos sólo tienen un gesto de compasión. Lo arriesgan todo, dicen, sin ganar nada.

Atilano Banda era revolucionario. Pero no tenía la gloria de pertenecer al matiz de los pazguatos, sencillamente porque nada había arriesgado nunca. Ni Madero, ni Carranza, ni Villa, ni nadie, le miró nunca con su 30-30 en la mano, ofreciendo su prominente esternón a las balas enemigas...

¿Era un matasiete? El tipo matasiete, matiz segundo del enjambre revolucionario, aparece de pronto, como el caballo en los naipes, según expresión de Gómez la Serna. El matasiete es una figura ecuestre, como Marco Aurelio en Roma, como Bolívar en Buenos Aires, como Carlos I en Charing Cross, como Espartero en Logroño, como Garibaldi en el Pinci, como Carlos IV en Méjico, o aunque sea como González Ortega en Zacatecas. No se siente, no se concibe a sí mismo sino a caballo, en pose triunfal; con el desplante del Centauro del Louvre, con el Amor en ancas; con el garbo triturador de Federico el Grande, de Berlín; y la mirada olímpica del Bartolomé Colleoni, de Venecia. ¡El caballo! ¡El caballo ante todo! El matasiete se da su fama de Alejandro Magno, y procura imitar los contoneos de Gengis Kan. Cuando el legítimo, debe ostentar por lo menos el grado de "general". Por lo menos, porque a esa dignidad no llegan todos los generales. La Revolución en el dialecto macarrónico, les llama "caudillos". Pancho Villa, fue un caudillo. Obregón fue otro caudillo. Esos revolucionarios suelen ser en menor número que los pazguatos. ¡Naturalmente! Como ellos, lo arriesgan todo; pero se distinguen en que éstos sí ganan mucho. Su sacrificio les luce. Su temeridad les fructifica. Llegan a ser magníficos. Se visten de oro y plata, formando viboritas en los entorchados militares. En la cachucha alemana, como símbolo de su preponderancia, llevan bordada una aguililla.

Estos revolucionarios son valientes; desprecian con el pecho la vida, aunque la retienen con las uñas... Obregón, caudillo, despreció la vida perdiendo un brazo; pero con el otro acarició a la vida reteniendo sus trenes especiales, y sus palacios, y sus haciendas y sus millones...

Al paso de estos revolucionarios del segundo matiz, los pazguatos reniegan envidiosos, y los quince millones de espectadores pasivos, se inclinan medrosos y timoratos... También se inclinan a recoger los mendrugos de oro que sueltan por la cola de sus caballos... Son ricos. ¿Qué mal hacen en pagarse espléndidamente las hazañas de su valor sin límites...?

¿Pertenece a este matiz Atilano Banda? ¡No!, responde unánimemente la crítica histórica. En la escala revolucionaria ¿cómo

iba a escalar el grado de matasiete, si no había logrado auparse ni siquiera al de pazguato?

¡Los opíparos! Tercer matiz de la familia. Estos señores no arriesgaron nada y ganaron mucho. Sacaron las castañas con la mano del gato. Suelen no ser militares. Porque el militar requiere asaduras, y ellos las tienen atrofiadas. No son revolucionarios de fuerza; pero sí son revolucionarios de maña. No se tallaron el pecho en la barricada, ni se tostaron la frente al sol de la campaña, no durmieron sobre los sudaderos del caballo, ni cruzaron a nado los arroyos impetuosos. Fueron revolucionarios con cota de malla y armadura del siglo XII, guarecidos en su torreón infranqueable; trabajaron por la causa como periodistas de terreno ocupado; como agentes financieros en productivo terreno neutral. Fueron mentores y consejeros, árbitros y contadores; cabecitas, mejor que cabecillas. Estrategas consumados desde las inaccesibles cumbres de su ideal. Diplomáticos y enredistas, tinterillos y prestidigitadores, son cachaza y mala intención; y así, mangoneadores triunfales en el momento de la victoria. Ellos no desfilan en el paseo triunfal; pero lo contemplan desde los balcones de palacio. El ejército abajo, ellos arriba. El ejército se limpia el sudor; ellos se entripan con el botín. ¡Son los opíparos! En el folklore revolucionario se les llama: “El Primer Jefe”, “el Señor Presidente de la República”, el Señor Ministro, “el Señor Embajador”.

¡Los opíparos la supieron hacer! ¡Claro está! En este pícaro mundo, según dicen los mejicanos, “el que tiene más saliva traga más pinole”. Ellos se burlan de los militares. Les llaman por delante “mi General”, por detrás “el soldadón ese”. Se burlan del pueblo; en los manifiestos que ellos escriben le llaman “pueblo soberano”, y en lo particular le llaman “la plebe”. Cuando se acerca mucho a sus mansiones, cuando hay peligro de que pise sus alfombras, entonces mandan al “soldadón” que le arroje a culatazos... Para ser “opíparo” no se necesita ser valiente: se requiere ser vivo. En vez del militante imperativo “¡avanza!”, ellos usan el imperativo oportunista “¡atrapa!”. Los opíparos son los políticos de alto coturno, color tornasol, camaleones maravillosos, gatos sagaces para todas las caídas, y contra todos los ratones. Carranza fue porfirista, y reyista; quiso ser convencionista, esto es, villista, y no dejó de ser carrancista, hasta el jacal adverso de Tlaxcalontongo, en que lo perdió todo el mísero día en que lo arriesgó todo. En los documentos oficiales han sustituido la palabra República

por la palabra Revolución. Y ya no hablan de “los intereses de la República”, sino de “los intereses de la Revolución”, para hacer creer a los militares, que ellos, “los opíparos”, también saben echarse balazos. Los opíparos eran demócratas, ahora prefieren la “High Life”. Saben portar el *smoking* y el *tuxedo*, porque el busto no está resentido de las carrilleras. Y calzar chinela de baile en las recepciones de las embajadas, porque su tobillo no fue estropeado por las espuelas de Amozoc. Sus automóviles son los más flamantes entre los últimos modelos. Los muelles cojines son más suaves que las banquetas de los cuarteles... Cuando pasan detrás de un general, le sacan la lengua. Pero, en fin, hacen bien. ¿Qué culpa tienen ellos de no ser tarugos como los demás hombres?

Los opíparos no son odiados. Sólo son envidiados. Tienen una ventaja: procuran estar bien, no alterar el ritmo de sus contracciones vermiculares. Y como tienen ojos de lince, no gustan de problemas terribles, ni mucho menos de provocarlos.

Los quince millones de espectadores pasivos mejicanos, veneran a “los opíparos”, no por la matrícula revolucionaria de que presumen, sino por el dinero que chorrean... Y como llevan la sartén por el mango, a ellos obsequian la ofrenda de todos sus huevos fritos.

¿Y Atilano Banda? Con su cara de chiflido y sus ojillos oblicuos ¿pertenece al flamante matiz de los opíparos? ¡No!, contestaban sus botas remendadas y su tejana sudada. ¡No!

Hasta aquí, el personal revolucionario de Méjico coincide con el de todas las revoluciones, así sean de diferentes planetas. Pero hay una clase especial de la Revolución Mejicana, un producto exclusivo, que transforma por completo la fisonomía de la misma. He buscado para el individuo de esa clase un nombre especial, y lo he encontrado: el “chinche”.

El chinche tiene sus puntos de contacto y sus diferencias con los revolucionarios de los demás matices; pero sobre esos pros y contras, tiene su nota característica: es el revolucionario que no arriesga nada, y en esto se parece a los “opíparos”, ni gana nada, y en esto se parece a los “pazguatos”. El “chinche” ni arriesga ni gana nada; pero lo *daña* todo. Su misión es *fastidiar*, a todos y en todo. Cuchillito de palo que lastimo, o puñal disfrazado que mata. La revolución misma se retuerce por los “chinches”. Sin ellos, los pazguatos, los matasietes y los opíparos, vivirían en el edén. Sin ellos, sin los “chinches”, los quince millones de espectadores pasi-

vos, habrían perdonado sinceramente a la Revolución sus estridencias.

Como el insecto que le da su nombre, el “chinche” apenas llega al tamaño de una lenteja, aunque sueña con dimensiones de verdolaga; pero para eso debería llegar a tarántula, siendo nada más chinche. Como la chinche, despidе olor fétido. Los mismos matasietes o caudillos, habituados a los “B.O.” mencionados por la higiene americana, les hacen el gesto. El “chinche”, como su homónimo, pica, chupa la sangre; por eso produce escozor en las carnes vivas de toda una república, carne de paz y carne de revolución. Pica, y chupa, y se desliza, y se esconde. Y duerme en las axilas de los grandes, y reposa en los lechos de los próceres, y ayuna en las cuarentenas de los reveses; y perdura en las secas cascarillas volátiles de su cuerpo de invierno... Y semeja estar muerto, para entrar en calor, y bullirse, y revivir, cuando le brinde nuevo calor un nuevo cuerpo sanguíneo y caliente. El “chinche” torna a la vida, y vuelve a picar, a chupar, a producir escozor, a despedir su olor fétido. El “chinche” tiene un orgullo especial en sentirse chinche. Desprecia a los pazguatos, reniega de los matasietes, ridiculiza a los opíparos, y se siente el “colmo” de la Revolución. Al verse flaco y pobre, se cree un “Quijote”; al hacer el mal que hace, se siente un “cauterizador”. Su delicia es pensar que se le teme, aunque no se le teme tanto a su persona (suele ser collón), sino a su lengua y a sus ardides. Se lisonjea al sentirse odiado. Tiene la conciencia de que no pierde en ello, pues lo invitan a todos los saraos, los hombres de paz, y a todas las parrandas los hombres de guerra. Y los periodistas le hacen bombo, y los sacristanes le hacen reverencias, y las muchachas le hacen ojitos... Porque es el “chinche”, precisamente por eso, para que pique menos, para que chupe menos, para que su olor sea menos detestable...

Este individuo germina en todas las latitudes. Su posición es secundaria, pero su influencia es decisiva. Es corto en número, pero es largo y firme en tentáculos. Los opíparos y los matasietes –confusión inefable–, obedecen de buena o mala gana al “chinche” despreciable. Su ambiente favorito es la secretaría de un municipio, la diputación de un estado, o las oficinas del Partido Político Oficial. Por ellos se han llenado de inocentes las cárceles y de víctimas los camposantos. Y nuevas guerras se han suscitado, y nuevas fortunas se han derrumbado. Por ellos, Méjico, con todo y

sus revoluciones, se ha estancado en la noche de una barbarie anacrónica. Son el aguijón contra el pueblo, son la esencia del genio malo, incrustado en el cuerpo y el alma de la Revolución.

Eso es Atilano Banda de pies a cabeza: un “chinche”.

VIII LA TRAYECTORIA DEL PILLO

¿Qué vientos maléficos le arrastraron, como a las hojas secas, hasta aquellos huertos floridos? ¿Qué ocultos designios de la Providencia permitieron que aquel hombre perverso sentara de nuevo sus reales en aquel jirón de tierra bendita bañada de sol?

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Demonio en la entraña!... ¡No te alcancé con mis manos, pero las manos de otra madre te han de estrangular...!

Con esas palabras le había despedido de Sany la hembra furiosa de su madre, hacía ocho años. Y él, larguirucho como espárrago, con sus desmazalados dieciocho años, había escapado de la paliza con un leño ardiente, que la madre sobresaturada, blandía. Él, Atilano, saltando descalzo por las piedrotas de la cerca hogareña, huía de la desesperada punición para irse a sentar, con sonrisa procaz, sobre una peña del breñal cercano, rumiando entre masticones de chicle barato, las palabras del espaldarazo definitivo... Aquel era Atilano Banda, en 1914.

Sus antecedentes no eran mejores. Vago de nacementa, cual lobezno cobarde, pronto volvió el mordisco en pago de la misericordia. El Cura le recogió del estiércol, le talló con la piedra pómez de su paciencia domadora, le desasnó, le socorrió, le soportó una y muchas veces; hasta lo hizo entrar al Seminario, para metamorfosearlo en la máquina de la Omnipotencia Divina, Pero el Seminario, en una natural contorsión, le repelió, como indigno de tender a la altura, como incapaz de convivir con almas de ideal, como ser podrido, que contamina un ambiente puro... Y el Cura recibió a su criatura, y aún tuvo piedad de él, hasta cansarse de él y de sus diabluras, y entregarlo a la madre, único ser heroico que aún no se convencía de la índole retrógrada y desvergonzada del muchacho.

Desde entonces, y así lo recordaba Atilano, aplanado en su ruin pedestal, había vivido como el perfecto holgazán, sin rey ni

roque, sin padre ni madre. Palizas, había recibido muchas. Unas de su madre, otras de los vecinos menos dejados. La policía de Sany le conocía de cara y de mañas; y en distintas formas, se le había señalado la salida del pueblo, para conjurar su presencia como una calamidad pública. Atilano, clavando su mirada estúpida en el pedregal por donde había escapado, y en el portillo por donde había salido, miró de pronto volar, por encima de las tapias, en dirección suya, unos trapos miserables, que cayeron y se extendieron sobre el suelo polvoriento de la calle. Atilano los reconoció: eran “sus garritas”. Quería decir que su madre se sostenía en lo dicho: que lo expulsaba definitivamente...

Atilano miró aquellos residuos de su vida filial, y se quedó, como imbécil, mascando chicle. La tarde fue cayendo, piadosa sobre la madre indignada y sobre el hijo estúpido, clavando aún en la toca de sus meditaciones huera. Y la noche sucedió a la tarde. Y encapotó los ojos y el alma del imberbe, aún cosido a su piedra del mal hijo.

El sol de nuevo día iluminó la piedra mugrienta. Atilano empero, el del alma más mugrienta que la piedra, había desaparecido.

Los vecinos de Sany respiraron.

Era el año de 1914.

El muchacho rodó por el mundo turbulento de la República, rodó como duro peñasco que se desprende por la ladera abrupta, dejando harapos y pellejos, recuerdos y blasfemias, a cada choque de infortunio. El descenso encalleció sus plantas y sus manos, curtió su piel, cauterizó sus llagas abiertas, esculpió en su espíritu el carácter del estoico y la mueca del cínico; abrió y sació en su entraña el hambre del epicúreo, y le adobó soberbiamente para hacer de él manojillo de ortigas y nido de víboras. De la encrucijada y el arroyo, sus escuelas primitivas, pasó a los vivacs y campamentos de tirios o troyanos. No fue nunca soldado, sólo fue pillete. Robó a militares y a pacíficos. Se aguantó cintarazos y puntapiés. Viajó de mosca en los convoyes de carga, y de proxeneta en los trenes militares. Las ciudades del interior, oyeron sus silbidos y le miraron cruzar sus calles con las manos en los bolsillos y el chicote en los labios inmundos... La cantina y el burdel utilizaron sus servicios de mandadero, y le botaron mendrugos de pan y de vicio, para refocilarlo. Y un día cayó en la urbe de los palacios, para incorporarse como río sobre el mar, en el torrente

constante de los golfos capitalinos, rateros y pendencieros de baja estofa, en donde Atilano se encontró como en su centro. De ahí, a barrendero de un Juzgado Menor, a alcahuete de un licenciado, a camarada de un líder socialista de la pandilla de Juanes, a miembro del Instituto de Cultura Socialista, a reportero infame de un periódico de barricada, y a socialista agitador avanzado, con carta blanca entre los corifeos del hampa; todo fue una súbita caída por su propio peso en el transcurso breve de unos cuantos años...

El socialismo entonces no tenía aún registro legal. La misma revolución mostraba aspavientos ante las profesiones socialistas, como hoy los hace ilógicamente ante las ejecutorias comunistas.

Cuando los socialistas de Méjico, aún clandestinos, decretaron su gira terrorista de 1921, como una presentación y como un programa, ante la República entera, Atilano Banda tuvo el honor de formar parte en la memorable correría.

La madrugada del 6 de febrero del mismo año, cuando los socialistas hicieron estallar la famosa bomba de dinamita en la casa del anciano Arzobispo de Méjico, ahí estaba Atilano, parapetado valientemente tras los pilares del portal del Mercaderes.

El 8 de mayo del mismo 1921, Atilano cuidaba la puerta del campanario, mientras un su camarada socialista izaba la bandera rojinegra en la torre de la catedral de Morelia. Y cuatro días más tarde anduvo envuelto en aquella misma ciudad, en la balacera contra los obreros católicos.

¿Qué le iban a importar a Atilano los cadáveres regados en las calles de Morelia, cuando sus compinches de la Metrópoli, ese mismo día invadían en mangas de camisa la Cámara de Diputados, y ondeaban desde la tribuna la bandera rojinegra en las narices mismas de los diputados revolucionarios?

Y antes de quince días –fue esto el 26 de mayo mismo–, ya repuesto de las impresiones de Morelia, fue el grupo de Atilano Banda el que asesinó a las autoridades municipales de Jaconá, en Michoacán, y plantó en las torres la bandera socialista.

El 4 de junio, la pandilla maléfica está ya en Guadalajara, y señala su presencia con un bombazo de dinamita socialista, en la residencia del Arzobispo valiente, Mons. Orozco y Jiménez.

El día 1º de julio, Atilano y sus jefes aparecen en las ciudades de la Laguna. Al profanar la iglesia parroquial de Gómez Palacio, en medio de todos los horrores que la prensa hizo del dominio público, Atilano Banda frente a sus camaradas que se limpiaban el sudor y se fajaban los calzones, se conformó con esta proeza:

¡arrojar al suelo las hostias consagradas, y ponerse a bailar sobre ellas!...

¡Linda hoja de servicios para el perdulario! ¡Y cómo lamentó, el desgraciado, que la bomba que puso el 14 de noviembre ante la Virgen de Guadalupe, en la Basílica de Méjico, haya respetado, contra toda ley física, hasta el cristal mismo que custodiaba el prodigio guadalupano!

Atilano Banda está a punto. Un diputado lo adopta. Lo protege, y le consigue “chamba”. Y con un sueldo irrisorio, pero con “uñas libres” para las buscas, Atilano es nombrado Agente de la Comisión Agraria, con facultades en su Estado natal de Zacatecas.

Por esos días, el 3 de mayo de 1922, otro atentado socialista en el templo de Jesús, de Zacatecas, consterna a la República. Los vasos sagrados robados, las Sagradas Formas pisoteadas por el suelo...

Y días después, Atilano Banda, como una maldición, vuelve a entrar a Sany, de donde saliera ocho años antes, bajo el flagelo de la maldición de su madre, cuyas manos ya no le alcanzaron...

IX

SIGUE EL DIA DE CAMPO

Ni quien volviera a pensar en el famoso Atilano.

Bajado que hubo el Cura inválido, con la divina carga del Sacramento, el amplio y descubierto carro dio un rechinido estrepitoso, repitió sus bufidos, trepidó de cabeza a cola, y arrancó de nuevo, sacudiendo los tiernos pescuecillos de la docena de muchachas.

—¡Ay! —fue el grito unánime de las doce gargantas blancas y opalinas...

—¡Sigue la bola! —clamó Margarita. Y frente a los rancheros, pasó como una exhalación el carro triunfal, resonando melodías y carcajadas por todos sus costados, y oliendo a flores y a gasolina por todos sus poros...

—¡Adiós! ¡Adiós! —clamaban desde su veloz plataforma, agitando como bandera los vestidos de baño...—¡Adiós! ¡Adiós!... ¡A la tarde pasaremos por el señor Cura!... ¡Adiós!...

Mientras los rancheros sonrientes, inmóviles, las miraban marchar, con unos largos y lentos ojos de simpatía.

Las muchachas del lugar... Flores silvestres de olor purísimo. Doncellas ingenuas y francas; almas primaverales, fragantes y luminosas. Perlas de la alquería, y pajarillos del campo. Palomas torcaces de arrullos virtuosos. Vírgenes impolutas de alma y cuerpo. Hijas cariñosas, que acarician la barba venerable del padre anciano. Esposas fidelísimas que enjugan el sudor en la frente del amado. Madres infatigables, que tararean cantos de amor, con el tierno capullito de vida prendido a los pechos...

Ojos de lugareñas mejicanas, que saben arder, e incendiar, asaetear y herir, para luego anegarse en lágrimas de corazón estrujado. Mujeres mejicanas, que rezan en español y en cristiano, que perfuman las pobres iglesitas con el incienso de suspiros hondos, y las riegan con el agua florida de sus lágrimas. Gacelas medrosas en la carne, y altivas en el espíritu; que rumian el encanto de la virtud, y prestan pecho de roca a las corrupciones del siglo... Princesas coronadas con lirios y con rosas, que sonríen como campanitas de plata, y que miran como pedacitos de cristal. Almas transparentes, como lagos tranquilos; sin dobleces ni misterios, en cuyo fondo límpido, sólo brillan con diafanidad espiritual las guijas limpias y sencillas de sus virtudes intangibles... Corzas blancas de Sany, palomas amorosas del Súchil y Río Grande, cervatillas ingenuas de Chalchihuites y Sombrerete; damitas versallescas en los salones linajudos, ágiles amazonas en las fiestas campestres; reinas de Sabá, por lo nobles; émulas de Ruth, por lo sencillas; castas náyades en los remansos verdiosos; pájaros en las selvas semioscuras; flores en el jardín, y estrellas vivas en la negrura de las noches majestuosas... Gotas de gloria, que diamantean en el manto profanado de la patria, emulando con su temblor fecundo, el temblor marchito de los cristales de sus llantos.

Y todo ese primor de paraíso, y de poesía, y de encantos de leyenda medioeval, y de florituras de la época, todo, encerrado y combinado en la flor lozana de *"El Vergel"*, en Margarita, en sus rizos, y en sus ojos, y en su talle, y en sus manos, y en sus pies, y más que todo, en su alma radiante de querube soñador; todo incrustado y encarnado en ella, como una estrofa, como una canción, como un verso, como un ¡ay! suave y sencillo de una linda sorpresa amorosa...

Aquel carro triunfal volcó el cesto de sus bienandanzas fragantes a la orilla del río... Y los altos sabinos agitaron trémulos el pabellón de sus penachos dormilones, y las aguas ansiosas se fingieron dormidas, y las mariposas se encendieron en celo, y las

flores empezaron a coquetear, lanzando saetillas de perfume al paso de las ninfas visitantes... Y los audaces mosquitos se acercaron con su violín a dar concierto en los oídos mismos de las reinas, y más cerca, codiciosamente golosos, besaron frentes y mejillas, hasta morir hartos de ahíto, de fresca sangre real... Y el tranquilo rincón se iluminó de gloria. Sobre el césped cayeron las canastas sonajeras y pesadas, entapadas con blanca servilleta, como viejas chochas; asomando por un rincón el palo ineludible de un cucharón o una sartén. Y cayeron también tintineantes, las cajas de refrescos embotellados en primorosas miniaturas, coronados presuntuosos con encaje de hojalata. Y... ¡allá va! Como sapo indefenso, cayó también sobre la yerba, en viaje aéreo desde la troca, el fardo aguado de los trajes de baño, confundidos en el abrazo de la inmensa toalla gruesa y sedosa... Y frutas y fiambres, y raquetas de tenis, y pelotas, y el fonógrafo -orquesta de emergencia-, y suavemente, pesadamente, en brazos del chofer, como una carga de dinamita inflamable, la caja de los discos, con las formidables canciones del repertorio mejicano...

Los serviciales mozos se retiran discretamente. Fueron a buscar leña seca para la lumbre. La parvada de muchachas recorrió el paraje.

—¡Aquí! -gritó Margarita.

Y volaron por los aires, de mano en mano, como trozos arrancados del iris, los luminosos trajes de baño.

—¡Adentro, Margarita! -clamaron muchas voces. Y la dorada visión, como diosa perseguida, vibró de pies a cabeza, corrió sobre el césped con la gracia de una Diana, posó ambos pies sobre una raíz protuberante de un sabino añoso, flexionó las elásticas piernecillas, balanceó los brazos carnosos y torneados, se enderezó, como un resorte, y como un ave caudal, se desprendió del suelo. Su cuerpo estético se confundió en una línea blanda y curva, luego en una cruz luminosa, después en una flecha, cabezada con oro, que hundió el encanto flexible de sus formas en el abrazo voluptuoso de las aguas transparentes... Resonaron los cristales de la linfa, mil círculos concéntricos se abrieron reverentes a su paso, y un aplauso atronador resonó por tierra y por mar. La nereida entraba en las aguas, en busca del palacio encantado...

—¡Eo! ¡Eo!...

Así gritó la risueña cabecita resurgida.

Con las crenchas doradas remojadas, adheridas, pegadas, como miedosas de ahogarse lejos de ella, saludó de nuevo con una sonrisa a la luz del día, y luego se tendió, cuan larga y fina era, surcando la amplia fuente con su cuerpo leve de diosa.

Después del baño el *picnic*. Las cabelleras mojadas, rociando briznas frescas a mozos y garzones que han llegado a la fiesta. Ellos sudorosos del trajín y del viaje, ellas frescas por la brisa y el baño. Ellas, danzoteando alrededor de la fogata improvisada. En la mano la toalla, y en la otra un emparedado de pan y frijoles refritos, que se hacen nudo en el tragadero, obligando a pedir:

—¡Agua!... ¡Agua!

—¡Aquí hay cerveza! –suenan la respuesta esperada.

Y no falta el galán acomedido, algo atrojado en presencia de la ninfa, que saca el pesado llavero, y en él, pendiente como sardina en anzuelo, la llave que descorcha las lindas botellitas cerveceras.

—¡Ay!... ¡Ay!

—¡Chúpale! ¡Pronto!

Y ahí los escándalos y los aspavientos, porque la cerveza impetuosa brota como explosivo inesperado, entre un manto de indignación espumosa.

Se perfilan los idilios. Cada galán, modesto y tranquilo, siente cabe si los hacendosos servicios de determinada doncella. Ojos van, y ojos vienen.

—¡Tú, Agustín, no has comido!

—¡Ándenle, muchachos! Aquí hay gorditas...

—Y aquí hay “güeras”, añadió maliciosamente Margarita.

Dos chicas se secretean.

—¡Ah, Margarita!... ¿Oyes lo que dice Amparito?

Margarita, empuñando en una mano el frasco de cerveza y en la otra un prosaico pan con chorizo, exclamó cómicamente:

—A mí, n’amás me gusta que dali gustu al cuerpo...

—Oye, dice Amparito que ya sabe...

—¿Qué ya sabe qué? –acude Margarita, punzada por la semipiterna femenina curiosidad.

—Que... ¡Acércate, y te digo!...

—¡Lagarto! ¡Lagarto! –contestó Margarita al escuchar el secreto. ¡Toco madera! ¡Uy!

Y en una cabriola de danzante rusa, arrojó al aire la sandalia que protegía su piececillo desnudo.

Y recogida la sandalia se sentó a la vera de la muchacha, pacífica y rendida. Después de un rato de silencio. Amparito, burlesca:

—Margarita, vuelve a tirar tu sandalia.

Y todas se morían de risa.

—¡Lagarto! ¡Lagarto! –contestaba a media voz Margarita, tratando de acurrucarse en busca de sueño, sobre el carnoso muslo de su vecina. Pero irreductible, gracias al diablillo avisgado que en las entrañas siempre llevaba:

—¡Ah! ¡Esperen! –dijo de pronto, incorporándose. Les voy a hacer la estatua de Madame Recamier.

Y parodiando el óleo de David, descalzó ambos pies, extendió ambas piernas, flotó hacia un lado la falda sobre la yerba, puso una mano palma arriba sobre la rodilla, y frunció cómicamente el hociquito de seda.

—¡Ay! me estás clavando el codo, rugió Amparito, esfumando instantáneamente la artística figura.

—Ahora... ¡Amor y Psiquis! –anunció incontinenti la insoporrible locuela.

Y antes de que Amparo, la víctima, sentada aún sobre la yerba, se pusiera a la defensiva, ya Margarita la sujetaba con una rodilla sobre el estómago, y aprisionando con ambas manos la cabeza amiga, plantaba en su frente un envidiable beso.

—¡Cómo mueles, Margarita! –clamó la opresa esquivándose.

—¡Ahora, atención! –añadió aún la inquieta-. El triunfo de la tigresa.

Y como una ídem se arrojó sobre su atormentada amiga, roneando, mordisqueando, besuqueando y oprimiendo, hasta rodar ambas por el suelo entre las risas y los aplausos de los espectadores.

—¡Ya sosiégate, Margarita! –dijo insinuante la discreta Consuelito García.

—¡Margarita, –clamó desde su lecho de retamas otra amiga del borlote-, hazme la Diana Cazadora que hiciste el otro día!

—¡No! –contestó la estatua viva-. Ya me regañó Consuelito.

—¡Margarita! –gritaron otras-, ¡la escena de Jahel!

—¡Sí!... ¡La escena de Jahel! –dicen todas.

—¡No! ¡Ya me cansé! ¡Vayan a la porra!... ¡Muchachos! ¡Flojotes!... ¡A cantar!

—¡A cantar!

X

¡ZAS!

Cumplidoras, como las que más, Margarita y compañía, ya bajando la tarde y soñoliento el sol, hartos los espíritus de campo, y vacíos los cestos de comestibles, de vuelta al pueblo, recogieron al Cura inválido, y lo depositaron a la puerta misma del amplio y solitario presbiterio.

Era ya de noche. Cosa rara en noches de novela: aquélla era sin luna. Una noche común y corriente. Oscura en las calle, tenebrosa en los callejones, quebrantada en el jardín por cuatro focos birriados, que a duras penas se mantenían encendidos sobre otros tantos postes, oblicuos de cansados.

La troca, dejado el Cura, dio dos o tres vueltas alrededor del jardín, o Plaza de Armas, y aburrída de flores y canciones, puso punto final al paseo mandando a cada mochuelo a su olivo.

Al día siguiente, un rayo de sol se quebraba sobre la vidriera de la oficina parroquial. Grande, desmantelada. Piso de ladrillo. Sillas de palma. Estantes sin ornato. Un gran crucifijo en la pared. A un lado, un calendario de una fábrica de velas, con un acólito pintado. Un armario color rojizo, sobre cuatro zancos despintados.

Y no se critique de pobreza y negligencia, que en peor estado la hallara el Cura, cuando la *evacuaron* los constitucionalistas.

En los bancos del zaguán esperaban unas mujeres, con unas criaturas llorando. A la puerta, dos rancheros, y tres rancheras, se asomaban medrosos, al despacho. *Bautismosy casorios*, cuando el Cura aún no tomaba el desayuno.

Sentado el párroco a la mesa en un monstruoso equipal forrado de cuero, movía penosamente su taza de café con leche, dominando de un solo golpe de vista el patio empedrado, el zaguán enlosado, y un pedazo de calle terrosa.

—Mira —dice de pronto a la sirvienta—, ahí está el Comandante. Pásalo a ver qué quiere.

Salió la sirvienta, e hizo entrar hasta el comedor al humilde comandante de la policía del pueblo.

Entró éste, descubriéndose con encogimiento, acomodándose el pistolón, y sacudiéndose las polainas carcomidas.

—¡Ave María Purísima, Apolonio! —saludó el cura—. ¿Qué me traerás por ahí? Porque tú no eres de buen güero.

—Pos no, señor Cura. Pero dice el Presidente Municipal que quiere hablar con usted. Qué usted dirá si va p'allá, o él viene p'acá.

—¿Tú no sabes para qué me quiere?

—Pos no, señor Cura... Pero le diré que venga él; pos usted está malito.

—¡Sí! Mira, dile que me tenga lástima, y que venga a la hora que guste.

Cruzaba Sany por uno de esos períodos políticos, en que después de muchos ensayos ruinosos, viene a dar el gobierno del Municipio a manos de algún vecino correcto, que cuenta con la confianza de todos, y que, naturalmente, a pesar de su investidura oficial revolucionaria, reconoce en el cura al vecino más distinguido y benéfico para el pueblo. Favorecía esta actitud el ambiente mismo que el gobierno general de la República aparentaba mantener, de un juicioso olvido de las recientes clerofobias, y un cuerdo disimulo de las últimas leyes anticatólicas. La fiera dormía.

Así se explica la confianza con que el Cura, de autoridad y estima reconocida, hablaba al Comandante y enviaba recado al Presidente.

Llegóse pues éste, un buen rato más tarde, con cara de contradicción envuelta en atentos modales.

Ayudó él mismo a transportar, casi en peso, al Cura, del sillón del comedor a una poltrona de la sala de recibo. Y ya ahí, a solas, habló de esta manera:

—Señor Cura, se trata de una comisión bastante molesta para mí. Tenga usted la bondad de leer este oficio, que he recibido hoy de Zacatecas.

—¡A ver! —dice sonriente el Cura serenísimo—. “El pan nuestro de cada día...”

Desplegó, ayudado del Presidente Municipal, el papel, en cuya cabeza se leían los consabidos membretes, alrededor del águila enfurruñada del escudo mejicano. —“Poder Ejecutivo del Estado. —Zacatecas. —Sección Primera. —Mesa Gobernación. —Número... Asunto...”

Y el texto rezaba así:

“Al C. Presidente Municipal.

Sany, Zac.

Ha llegado a conocimiento del C. Gobernador del Estado, que en ese Municipio se acaba de celebrar un acto religioso de culto

público, encabezado por el Cura Católico, en compañía de un grupo de las llamadas '*Hijas de María*'. Como este acto constituye una violación del Art. 24 de la Constitución General de la República, que a la letra dice: 'Todo acto religioso de culto público deberá celebrarse precisamente dentro de los templos, los cuales estarán siempre bajo la vigilancia de la autoridad', el Ejecutivo del Estado ordena a usted haga las debidas investigaciones y proceda a consignar los hechos delictuosos que resulten.

Reitero a usted las seguridades de mi atenta consideración.

Sufragio Efectivo. No reelección.

Zacatecas... de 1922.

El Secretario del Despacho,

X.....".

Habituado el Cura, como todo sacerdote mejicano, a las intempestivas coces de la bestia revolucionaria, no hizo gran aspaviento al enterarse del oficio; pero sí lo sumió en perplejidad el no recordar a punto fijo cuál fuera el acto de culto externo a que el papel hiciera mención.

Las Hijas de María habían tenido, era cierto, sus juntas ordinarias; pero en ello no había habido un solo paso fuera del templo...

—Yo voy a contestar que son puras mentiras —dijo con resolución el Presidente—. ¡Y ahí le cortamos!

—¡Muy bien! —contestó el Cura—. Y esté usted seguro que no ha habido nada.

Y dos horas más tarde, a la Secretaría de Gobierno, en Zacatecas, llegaba este mensaje:

"De Sany a Zacatecas, el... de 1922. —C. Secretario de Gobierno. —Zacatecas. —Palacio de Gobierno. —Oficio suyo ayer. Hónrome comunicar informes son falsos. Ninguna violación Ley que he protestado cumplir y hacer cumplir. —Firmado: El Presidente Municipal".

El asunto había terminado con carpetazo seguro. Al día siguiente, patitieso el Presidente, recibió un nuevo oficio:

"Poder Ejecutivo del Estado. —Zacatecas. —Sección Primera, Mesa... etc.

Al C. Presidente Municipal. –Sany, Zac.

Enterado del mensaje suyo de ayer, el Ejecutivo del Estado ratifica en todos sus puntos el oficio anterior. El hecho a que se hace referencia fue una procesión al rancho de Santa Mónica, en la que se cantó el que llaman “*Himno Eucarístico*” por las Hijas de María y los vecinos cuyos nombres obran ya en esta Secretaría.

El Ejecutivo lamenta que usted ostente tal disimulo a favor de los elementos clericales, y conmina a usted a sincerarse, procediendo con toda energía contra los culpables.

Protesto a usted las seguridades de mi consideración muy distinguida.

Sufragio Efectivo. No reelección.

Zacatecas... de 1922.

El Secretario del Despacho,

X.....”.

La noticia de este segundo oficio corrió por el pueblo como un reguero de pólvora. El Presidente, desolado, acudió al Cura para precisar los hechos, y más que ello, para descubrir quién era el chismoso maléfico que podía, sin objeto ninguno, alterar la fecunda tranquilidad del vecindario.

Departieron pensativos e indignados, Cura y Presidente, cuando, sin ser llamada por nadie, acercándose al olor de la novedad que mucho le atañía, hizo su aparición a la vez medrosa y atrevida, la graciosa culpable de todo aquel embrollo, Margarita.

—¡Ah, sobrinita! –dijo cariñosamente el señor Cura. Venga usted acá, y prepare su equipaje, porque de este hecho vamos a dar a las Islas Marías.

—¿Pues qué pasó? –interrogó la rubia, con aire más bien de asustadilla.

Se le puso al tanto del chisme, y el Cura agregó:

—¿Pues quién andaba por ahí? ¿A quién vieron ustedes?

—¡Ah, ya caigo! ¡Que no fue otro! ¿Sabe quién? ¡Atilano!

—¡Atilano!

Margarita confirmó su aserto con un pucherito muy gracioso y con un movimiento de la linda cabeza.

—¡Ya está! –dijo el Cura.

—¡Ese fue! –agregó el Presidente.

—Y hasta yo dije: Ah muchachas, ya nos vió Atilano. Y Rafael dijo: De veras, porque es muy maldito.

Y se quedó pensando en perpetuo mohín, cruzando la pierna y moviendo nerviosamente la rodilla.

—¿Y qué de veras eso es delito? –preguntó al fin.

—Mire, Don Antonio, léale a esta niña el texto de la Ley. Ahí está en el librero la Constitución.

Abrió y leyó Don Antonio:

—“Todo acto religioso de culto público deberá celebrarse precisamente dentro de los templos”.

—¿Y cómo yo he visto en las revistas grandes procesiones en las calles?

—Pero eso es en otros países, sobrinita.

—¿Y en otros países es bueno, y aquí en Méjico es malo? ¿Por qué?

—Porque lo prohíbe la Ley.

—¿Pero quiénes hicieron esa Ley?

—¡Aquí tienes los nombres!

Margarita cogió el libro abierto, y leyó:

—“Luís Manuel Rojas...” ¡Ah, esto es una letanía!...

—No pasan de doscientos –repuso el Cura.

—Y a esos doscientos de porra ¿qué les molesta lo que no le molesta al pueblo entero?... ¡Ah! Si yo los cogiera... –agregó la chica levantando en son de amenaza sus manecitas armadas de diez finísimas uñas.

Rieron de buen talante el Presidente y el Cura, de las ingenuas bravatas y nesciencias de Margarita.

—De la Ley, no hay que hablar –continuó el Cura. No es tiempo, y hasta está prohibido criticarla.

—¡Va! ¿Prohibido criticarla? –interrumpió Margarita–, cuando yo critico hasta a mi abuelo...

—¿Y de veras, señor Cura? –interroga el Presidente.

—No es broma –continúa el Cura sonriente. Vea usted el artículo 130, párrafo 9, si mal no me acuerdo.

El Presidente, leyendo en el libro que le presenta Margarita:

—“Los ministros de los cultos nunca podrán en reunión pública o privada, hacer crítica de las leyes...” ¡Ápale!

—El consuelo es que esas leyes suelen ser letra muerta por lo duras. Pero siempre estamos expuestos al chicotazo...

—¡Como el de ahora!

—¡No! Esperamos en Dios que ahora no haya nada. Sencillamente hay que probar que no ha habido violación de la Ley. ¿Fue procesión? ¿Fue acto de culto externo? Yo iba de particular,

ustedes iban de día de campo ¿Qué ceremonia de culto externo es ésa?

—Señor Cura –dijo el Presidente– ya ve usted en el aprieto en que yo estoy. Lo que voy a hacer es consignar al Juez el hecho; el Juez es bueno, y lo hacemos poner fin al asunto.

Por la tarde, es el Juez quien se entrevista con el señor Cura. Margarita está presente. Habla el Juez:

—Señor Cura, todos nos damos cuenta de que esto no tiene importancia. El mismo gobierno de Zacatecas procura aparecer tolerante; pero no faltan “achechiques” cuyo afán es molestar. Y este papel, como aquí está demostrado, lo ha hecho Atilano Banda. Como consta que cantaron el Himno Eucarístico, y que algunos rancheros se arrodillaron, para apaciguar a éstos, hacemos así: Le impongo a usted y a Margarita una multa de cincuenta pesos a cada uno, y nos quitamos de bullas...

Margarita se quedó fría. El Cura frunció el ceño.

El Juez prosiguió:

—Yo veo la infamia, la ve el Presidente, quizá la adivina el Ejecutivo del Estado; pero existe la Ley, y a estos metelones no se los quita uno de encima de otra manera. Más vale salir así del paso, y evitarnos golpes futuros. ¡Le aseguro a usted que ese maldito Atilano va a ser el ave negra del pueblo!

Pensativos quedaron los penados. En el presupuesto de ambas familias, aquella suma representaba muchas privaciones y sacrificios.

—¡Total, cien pesos! –clamó Margarita. ¡Yo los pago! ¡El señor Cura no debe nada! Pero me dejan ponerle su maltratada a ese “chinche” de Atilano.

Cuchicheos por aquí, rabietas por allá, imprecaciones *sottovoce*, reniegos, corcoveos: eso produjo la determinación del Juez por todo lo largo y lo ancho del poblado.

Afortunadamente para Margarita, las muchachas se cotizaron, en debida solidaridad y repercutió la multa en doce jefes de familia, que aportaron en conjunto el total, recibido con displicencia por el Juez, y aplicado con displicencia por el Presidente a las mejoras materiales de la escuela.

Resultado: Contrariados y displicentes, un Gobernador, un Secretario de Gobierno, un Presidente Municipal y un Juez. Castigados, un Cura y una linda princesa. Amolados, doce laboriosos

padres de familia. Disgustados, todos los vecinos. ¡Pataleo general entre bastidores!

Causa única de todo, un solo individuo: Atilano Banda... ¡el chinche”

XI

BANDERITAS Y GALLARDETES

Los ciudadanos y ciudadanas de Méjico son muy buenas gentes. Sufren con paciencia, olvidan injurias, besan la mano que flagela, y aunque en su interior están trinando, según dicen, exteriormente no llega la sangre al río.

¿Dirán ustedes que Atilano, constreñido por la conciencia popular, hubo de salir con la cola entre las piernas, oyendo el estallido de la general reprobación, como ocho años antes había salido bajo los tizonazos y las palabrotas de su madre?

¡No, señores! Nada de eso. Muy campante. El batiboleo y las murmuraciones no le tocaron el pelo de la ropa. Y los comerciantes le siguieron atendiendo, y las viejas lisonjeándolo, y los jóvenes del lugar, novios y hermanos de las muchachas ofendidas, siguieron chacoteando con él por las tardes, en los bancos del jardín; y a Margarita y a sus amigas se les fue pasando el coraje, de manera que a los treinta días vista, como las letras de cambio, la patochada de los cien pesos perdió su relieve y su color, entre el agua corriente de los sucesos mejicanos.

Y aquella mañana ¡tronó la bomba!

No crea el lector que se trata de bomba en sentido metafórico, no; tronó una verdadera bomba infernal, negra como su pólvora, ruda como un pedrusco; tronó, con estampido de cañón, que aturdió a todo el pueblo y repercutió de monte en monte con sucesivas resonancias interminables... Y tras aquella bomba, otro estallido, y otros... Y luego balazos por aquí, y disparos por allá, y repiques de campanas, y gritos, de esos gritos vibrantes y balanceados que sólo en Méjico saben dar los “peladitos”.

Los vecinos de Sany se estremecieron, pero no se asustaron. Lo que es el hábito. Y tenían razón. No había motivo, no era asonada. El Gobierno Revolucionario estaba en paz. La bestia humana sobre que cabalgaba había tascado el freno, y cogía su paso de

camino con la mejor resignación del mundo. A nadie extrañaron ni las bombas, ni los balazos, ni los repiques ni los alaridos. Y si algún ciudadano hubiera asomado las rubicundas narices por la ventana de la tibia alcoba, habría sentido palpar el anchuroso corazón al mirar frente al jardín, tiesos como husos, a los seis “carnitas” de la policía, tirantes los brazos, formando una H mayúscula con el rifle viejo y mugriento; y levantando sus ojos el curioso impertinente, habría visto el reloj de la parroquia, con sus dos manecillas perfectamente divorciadas, una tendida exactamente hacia el zénit, y otra apuntando hacia el nadir, y precisada con esto la hora matutina de las seis, volviendo los ojos soñolientos hacia el frontis de las Casas Consistoriales, habría visto lo mejor, lo grande y lo pequeño, lo heroico y lo penoso, en indescifrable contubernio. Habría visto enredarse como serpiente desgarrada, sobre el seco palo del asta, el mustio lienzo heroico y sufrido, que al llegar a la altura incontaminada, refrescado por la brisa y besado por el sol, se echó a ondear despabilado y magnífico, olvidando sus modorras de prisionero, y recordando sus andanzas gloriosas... El verde palpitante robado a los campos fértiles, el rojo opulento de la sangre épica, el blanco ingenuo del pueblo sencillo, cuyo espíritu se enfurecía impotente como el águila rampante, sin acabar de matar nunca la serpiente de todos los despotismos... Drama vivo de gloria y de opresión, entonado por el sagrado trípico de la bandera...

Y al volver el rostro, suspirando, el curioso vecino, al hundirse de nuevo en las mantas remendadas pero calientes, echaría un último vistazo al gigante calendario exfoliador que ostentaba, con cifra arrogante, esta fecha luminosa: “16 de Septiembre”.

Y volvería a dormirse, evocando la figura de aquel Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla, que en una madrugada como aquélla, con su verbo de sacerdote, y ante el altar de su parroquia, iniciaba la independencia de Méjico al grito de “¡Viva la Religión y muera el mal gobierno!”

*

Margarita también dormía. Su padre y familia toda había dejado *El Vergel* para pasar en la casa de Sany las fiestas patrias.

Margarita dormía. Dulce enigma es el rostro de la mujer dormida. ¿Qué cosa contempla la pupila entoldada con la tierna

cortina de un párpado cerrado con trencilla de pestañas? ¿Qué voces resuenan en sus oídos interiores, y qué palabras musita, el labio entreabierto, tembloroso y encendido, estrelladas tal vez contra la roca marfileña de los dientecillos perceptibles?... Y el dulce palpar del seno infatigable, ¿qué ilusiones ocultas arrulla, o qué palomas de tierno amor acaricia? ¿Cuál es el límite de ese mundo interior que vive y recorre el alma de la mujer dormida? Ahí es ella flor y ave; es hada y es reina, mira lo porvenir y resucita lo pasado. Viaja y goza; sufre y llora; ama y ríe; recuerda y olvida. Y esa maga primaveral de la ilusión, toma ahí, para ella, formas palpables y tangibles...

¡Margarita dormía! Como bajo el manto de arte clásico griego, su forma de mujer se modelaba yacente... Los brazos ebúrneos y candentes se desmayaban desnudos sobre los almohadones de plumón, dejando apenas asomar por la garganta, el discreto azul pálido de la pijama. Bajo la cofia risueña, rebeldes y vivarachos, se derrumbaban los rizos de oro, como gusanillos de luz... ¡Tan bella estaba, que hacía cuatro horas el ángel del amor la contemplaba estático!

El bombazo patriótico la sacudió. Turbó su sueño, pero aún sus ojos resistieron a abrirse. Se retorció amodorrada, dejó escapar dos pujiditos, volvió a acomodar la mejilla encendida sobre el suavísimo brazo, y se dispuso a seguir... Un nuevo estallido hizo vibrar los cristales de la ventana. Margarita persistió en mantener sus ojos cerrados. Pero el alma entera se había despertado. Sin duda que un recuerdo no grato, le aguardaba en los umbrales de la vigilia interior. Porque la bella frunció los labios con disgusto, se los remojó luego con la pícara lengüita, y dejó escapar estas palabras extrañas en un amanecer de virgen:

—¡Bruto!... ¡Estúpido!

El ángel del amor que estático la contemplaba, se quedó azorado.

La cosa tenía fácil explicación. Y cualquiera amiga estaría dispuesta a dar todo el significado.

Aquel bruto, aquel estúpido era nada menos que Atilano Banda, que había osado aquella noche, en el baile del "Grito", requerir de amores nada menos que a Margarita...

¡Lagarto! ¡Lagarto!, había dicho siempre Margarita, cuando en las bromas de tertulia, le colgaban al feroz tipo. "¡Lagarto, lagarto!" había repetido solemnemente, a la orilla del río, cuando, como recordará el lector, Amparito le dijo en secreto el ridículo

nombre. Y... lo que ella nunca se pensara, que el pelado aquel, sabiendo perfectamente que a todas las muchachas les caía como patada en el estómago, aun antes de su chisme de a cien pesos, en vez de esconder debajo de un ladrillo su cara de poca vergüenza, se había presentado, tan cursi como siempre, en el baile del “Grito”, y había escogido precisamente a Margarita para hacer ante ella el papel que repatea hasta las entrañas a toda muchachita de Méjico. ¿Cuál? El declararle su amor, en las circunstancias más contraproducentes del mundo. Y aquí es donde todas las amigas sinceras de Margarita le daban de pleno la razón, y la ayudaban a rabiar contra el cursi badulaque que en ella ofendía a la palomilla entera de Sany.

Porque imagínense ustedes. En primer lugar, es axioma conocido en Méjico entero, que en los bailes todo mundo se declara. Luego, vean ustedes el papel de echador con que presenta su figura Atilano, hasta provocar uno que otro guiño burlesco. Después, venir oliendo a copas, a tequila vil, a ofrecer rudamente ceremonioso el brazo a Margarita, y comenzar a platicarle que él tiene mucha influencia política en Zacatecas y en la Capital: que en Méjico tiene otros negocios, y que tenía mucho partido. A la siguiente pieza, un poco más oloroso, sigue la misma historia, y entonces suelta sus disparos de floreo a quemarropa sobre la mejilla de Margarita. Le dijo cuanta vulgaridad le cabía en su vulgar y huero meollo. Mientras la pobre Margarita sonreía por defuera cortésmente, al tiempo que por dentro se sentía en ascuas... Y a renglón seguido, sin darse por entendido de las excusas que ponía la sitiada para ya no bailar con él, vuelta con el pesado, y entonces sí, a lo descarado, un buen apretón, y para variar, un pisotón, y con tan lastimoso prólogo, un “yo la adoro a usted, Margarita”, con una voz arrastrada, aguardentosa, asquerosa, en la que Margarita sintió la suprema burla hecha a ella por aquel petulante desfachado, y para colmo atreverse él a decirle que él era el que las había defendido cuando las denuncias de Zacatecas... Margarita no pudo más. Y sin dejar de sonreír gentilmente, alegó una oportuna desazón, invitó al bruto a sentarse, y buscó la compañía de sus amigas, diciendo en secreto a la primera que encontró.

—¡Estoy que trino con este estúpido!

La fiesta no tuvo ya atractivo para ella. Siguió aparentando buen humor, ya que se había desembarazado de su cursi preten-

diente; apresuró la salida, con Don Guillermo y sus hermanos, y fue a dar a la cama echando las imprecaciones que su educación le permitía, contra el bobo currutaco que le había echado a perder toda la fiesta.

Por eso al despertar, al dibujarse en su mente la reciente andanza, prorrumpió con toda razón en aquellas dos palabras fácilmente disculpables: “¡Bruto, estúpido!”

Por supuesto que el tema del día, entre el racimo de empedernidas locuelas, fue el de la cuestión Margarita-Atilano. ¡Horror!

A las doce del patriótico día, cuando las desveladas bailadoras volvieron a encontrarse juntas, cuando Margarita hizo su reaparición en la escena, curada de la pesadilla, y echando todo a buena parte, he ahí de las bromas y de los gracejos, que aumentaron la intensidad del jolgorio.

—¡Ah, Margarita! ¡Cómo no habías dicho! ¿Eh?

—Con razón andaba Atilano ayer comprando una corbata *derniercri*.

—¡Sí, sí, *derniercri*!

—También estrenó zapatos...

—El lujo que te vas a gastar, Margarita...

—Que el viaje de bodas va a ser a París...

—Y luego te escribimos: Madame Atilané de la Bandé...

Y el chubasco caía sobre el rostro sonriente y divertido de Margarita, que a pesar de su coraje, recibía las bromas encantada del ridículo que hacía el famoso Atilano Banda.

Desde los balcones de la casa de Zayas presenciaron el desfile.

—¡Ahí viene! ¡Detente, corazón! —exclamó la primera guasona, al percibir al héroe del abanicazo, que se acercaba entre los empleados municipales... Y pasó éste, como quien pisa sobre lana, en medio de las miradas y sonrisa un poquitín burlesca de Margarita.

Por la tarde el juego de la Sortija.

—¿Vienes Margarita?

—¿Y por qué no?

—¡Como dicen que estás tan enojada!

—¡Anda! ¿Crees que voy a dejar de divertirme?

Sobre la improvisada tribuna, orlada con pino y cortinas tricolores, se instalaron las reinas, entre ellas Margarita. ¡Y cómo

reían a costa de Atilano, que vestido de charro caracoleaba pretenso, en derecha de las reinas!

—Margarita ¿cuánto apuestas a que hacemos que dispare Atilano?

—¡No, por Dios, no sean gorronas!

—Sí es por ti. Ya verás.

Y el diablillo color de rosa de Amparito, al pasar el susodicho Atilano, le dice muy serena:

—¡Señor Banda, señor Banda!

—¡A las órdenes, Amparito!

—Por favor, añade zalamera, dígale a Rafael mi hermano, que nos mande unos refrescos.

—¡Ahorita se los mando yo!

—No, señor Banda, usted no; dígale a...

—¡Ay, cómo eres Amparo!

—¡Déjalo, que gaste, por tonto! Al cabo todo es robado.

Y unos momentos después, ni tardo ni desmañado, se instalaba un vendimiador a la vera de la tribuna, repartiendo sorbetes de vainilla, y gaseosas de IronBrew a diestra y siniestra, bajo la alta vigilancia de Banda, que, apenas presentía la resistencia de alguna chica, decía:

—Que no falte ninguna, Amparito.

Y no paró hasta cerciorarse de que la rubia inaccesible, sin despegar los ojos de los charros que en aquel momento jugaban, tendió el brazo por un lado, cogió distraída su botellín de Iron Brew, y lo acompañó de un “gracias” tan aguado y tan descolorido, que Atilano, que lo esperaba con el micrófono aguzado, sintió la suprema vergüenza del pelo que toda pandilla le estaba tomando...

El alboroto siguió. Margarita gozaba, pensando en las bilis que estaba tragando el presuntuoso, quien no supo si agradecer o maldecir, el que todas las muchachas, ¡y la Margarita entre ellas!, después de haberse regodeado con los refrescos, le gritaron a distancia, en coro, en coro unísono, uniforme, a compás, marcándolo visiblemente Amparito:

—¡Muchas gracias, señor Banda!

El centauro fuese corrido a confundir con los jugadores. Despechado y altivo, por disipar sus penas, pidió una vara, para probar fortuna.

Verlo las reinas, y prorrumpir en la más ensordecedora algarabía, que suscitó la risa en el pueblo entero, fue todo uno.

—¡Ahora, señor Banda! ¡Arriba Atilano!

Este se alejó, para disponerse a la carrera. Y tocándole su turno, metió espuelas al mísero caballo, cogió un buen galope, y haciendo la trampa de retardar el movimiento, bajo el arco de cintas, tuvo la suerte de ensartar también una. ¡Menos mal! Y ahí fue la alharaca de las muchachas, y gritos, y pataleos, y aplausos, y ¡hurras! y ¡vivas!, que llevaban evidentemente el sello de un cho-teo premeditado, sangrante, convulsivo.

—¡La diana! ¡La diana!

Resonó, iniciada por un jocundo tarareo, la inconfundible diana mejicana, la que electriza al pueblo en los grandes triunfos toreros y deportivos; resonó ahí, bajo el toldo del cielo azul, entre barreras de potreros y de bardas, entre piafar de corceles, entre murmullo de multitud divertida... Gallardo y vivaracho himno de aplauso, que se escurría en los oídos de Atilano, con todas las sequedades de una ironía.

La deliciosa iniquidad de las rapazas no tocaba a su fin.

—¡Atilano!... ¡Atilano! ¡Vengan para premiarlos!

Modestos, gallardos, sencillos, se acercaron los caballeros para recibir la escarapela, prendida en el pecho por manos femeninas. Y buena maña de dieron las risueñas, para hacer que la de Atilano tocase ser impuesta por Margarita.

Ésta, serena y piadosa, con la sencillez de la deferencia más amarga para el premiado, tomó la escarapela y la prendió en la solapa del fracasado de la noche pasada. Pálido y serio se mostraba el galán; sonriente y campante la doncella. Momento crítico que la inicua compañía, aconsejada por Amparito, amenizo por una verdadera tempestad de tosidos, nutridos, sonoros, significativos, diabólicamente burlescos; sucedidos por ataques de incontenible hilaridad que les duró toda la tarde.

Atilano Banda podía anotar, para orgullo de su colete, ¡que había sido el héroe de las fiestas patrias!

¡Y quién sabe!... ¡Las bromas de las amigas suelen ser de buen agüero! ¡Quizá Margarita no era aún para él de todo punto inaccesible!... ¡Conque si acaso!..

XII EL AMOR PIDE POSADA

Tiene razón el amigo lector. No hemos hablado del corazón de Margarita, ni de sus achaques de amor.

Una chica, del olor, del color y del sabor de Margarita, evidentemente no cuadra en el molde casquivano de una beata melindrosa.

Como en las grandes caminatas matinales, Margarita sabía pararse gallardamente sobre las cumbres, dejando a la brisa el desgobierno de sus bucles, aspirando a pulmón lleno la vida de la altura, y contemplando cara a cara la luz vibrante y roja del gigantesco sol naciente; así Margarita, en la cumbre perpetua de su encanto virtuoso y bello, dejaba el aura popular envolver, sin mancillarle, sus oídos, en floreos y en galanterías; escuchaba el zumbido de las saetas disparadas a su corazón, a toda hora y en todos los días de su enloquecedora primavera, y contemplaba, cara a cara, sin miedos ni temblores, el sol naciente del amor, que ante ella se diseñaba, aún entre brumas, como un celaje, como una aurora, como un fuego consumidor, pero aún lejano y mer-mado...

Ejemplares como este, son frecuentes en las gayas tierras de Méjico. Se encuentra uno con muchachas espléndidas, bellas, distinguidas, ilustradas, hacendosas; capullos indudables de la “mujer fuerte” de la Escritura, y al preguntarse quién es el galán afortunado que sacará esa prenda, se descubre que las lindas alhajas no tienen novio. Viven en medio del mundo, iluminando todos los saraos con su gracia y sus sonrisas, pero guardando el amor, como un talismán sagrado, en el relicario inviolable de su pecho virgen...

—Yo no he amado todavía...

—¿De veras, Margarita?

—De veras.

—¿No ha tenido usted novio?

—¿Novios? ¡Sí! Las cargas.

—¿Y cómo dice usted que no ha amado?

—Porque no he amado.

—Pues ¿qué clase de novios ha tenido?

—Novios, así nomás, de pasadita. Contrato por tres meses.

—¿Pero usted no se ha enamorado de alguno de ellos?

—¡No!

—¿Y ellos lo sabían?

—¡Sí!

—¿Cómo lo sabían?

—Porque yo les decía: mira, yo te correspondo, pero sin compromiso de quererte.

—¿Y aceptaban?

—¡Sí! Y ahora, sin ser novios, los trato igual.

—¿Le gustaría enamorarse de un hombre?

—Tengo miedo... Se sufre mucho. Pero sí me gustaría. Ese hombre todavía no aparece. Yo lo presiento. Hay algo en mi alma que me dice: Margarita, se acerca la hora de amar. El amor nos llega de improviso, de sopetón, como aguacero de verano; a vuelta de esquina, ataca a mansalva. Yo adivino que mi lucha va a ser corta, más aún, creo que el amor será bienhechor para mí. Seré feliz cuando ame. Porque yo no me he burlado del amor, y no sufriré las venganzas del amor.

—Pero usted ha engañado a sus novios.

—No he engañado a nadie. Se los he dicho muy clarito.

—Pero al ser sus novios...

—Debía amarlos ¿verdad? Pues, no señor. Una cosa es ser novio, otra cosa es ser amado. Para novios, hay muchos, y no me quejo de ellos; pero amado... aún no surge un hombre en el camino de mi vida. La mujer tiene mirada analítica. En el hombre hay muchos seres: el hombre, el amigo, el novio, el amado, el esposo. Hombres, veo a muchos. Amigos, a muchos trato. Novios, he tenido. Falta el amado. Y hasta que encuentre al amado, y lo transforme en el amante, entonces diré: he aquí al esposo. Yo sé cuando se es feliz. Cuando el ojo del alma encuentra todos esos aspectos encerrados en un solo corazón. Cuando la mujer, al tener en sus brazos al esposo, comprende y siente con toda evidencia, que ahí tiene aprisionado al amado, al novio, al amigo y al hombre. ¡Ay de mí, si para encontrar un amigo, tengo que acudir fuera del esposo! ¡Ay de mí, si para encontrar el hombre, tengo que salir del hogar!... Por eso no me precipito. Soy joven, tengo veinte años... El amado se acerca... Oigo ya el ruido de sus plantas en las arenas del jardín, y escucho el ruido del ramaje bajo mi ventana... Ya quizá acecha por los cancelos, y atisba por las celosías...

—¡Margarita, usted es mujer!

Diálogo filosófico, sostenido con sinceridad de paloma, entre la mujer ingenua y un estudioso de la psicología femenina.

Y como Margarita lo esperaba, pasada la caricatura de requeiebros, que Atilano Banda inició y prosiguió a raíz de las fiestas septembrinas, una calma octaviana en las moradas interiores envolvió el espíritu de la doncella, como atmósfera de paz, como un silencio hondo y sentido, en que el alma avizora con inconsciencia callada y ansiosa las misteriosas lontananzas de la vida...

Y un día, de los altos pinares de la sierra, que rodeara *El Vergel*, volaron los grises flecos de pinabete, para ornar las salas y corredores del caserío de los Zayas, en Sany. Y de puertas y de arcos, pendieron, vistosos y alegres, romboidales farolillos japoneses. Y se activó en el pueblo el comercio de papel de China de colores, de luces de Bengala, de velitas de fantasía; y en el mercado se vendían por todas partes naranjas, cañas, cacahuates, nueces y tejocotes. Canastos por aquí, canastos por allá. Y los eternos vividores, tiritando de frío, cubiertos con el *sweater* de lana, el chal arrollado al cuello, las manos frías y la nariz colorada, llenaban alegres sus cestos con la obligada mercancía.

En casa, colgada de un palo soportado por dos sillas respaldadas, se balanceaba chica ollota de barro... Y un cortejo de damitas, asesorado por una escolta de chamacos, embadurnaba con engrudo o pegamento de harina la seca panza de la tinaja, y del basurero de papeles coloridos surgían flores, y tiras, y gusanos, que poco a poco iban vistiendo el barro de gracia y de color, hasta dejar hecha de la servil olla, la fantástica figura de un clavel gigantesco, boca abajo, con pistilos de oro, cáliz de plata, y tallos de sogá de esparto.

En el bocón de aquel abismo, se volcó el cuerno de la abundancia: naranjas relumbrosas, aromáticas; membrillos color gualda; nueces rugosas, grandes como puños; cacahuates sonadores como cascabeles; trozos de caña dulce y jugosa, saquitos de confites y avellanas, bombones y cigarrillos de chocolate, todo lo que las miradas de un niño goloso pudieran codiciar en los escaparates de nuestras confiterías.

—¡La piñata! —clamaron jubilosos los chicuelos, bajo la vanidosa sonrisa de las artistas. ¡La piñata!

Y de las olvidadas alacenas, donde empolvados y arrumbados estaban hacia once meses, fueron sacados los propicios "Peregrinos". Ella, la Virgen Santísima, dulce y tranquila, con el semblante de amorosa expectación más adivinando que esculpido en el pobre barro de la pequeña escultura; con su pañuelo de sol,

pendiente del sombrero de anchas alas, en posición sedente, para colocarse en el pedestal del burrito, que resultó con una pierna rota; y “él”, José, el Varón Justo, esposo de la Virgen María, erguido, adusto, tieso, son su báculo ya sin flores y sus alforjas sobre el hombro...

¡Diciembre! ¡Diciembre mejicano! ¡Diciembre religioso, en que la tierra se enfría para implorar el calor del cielo! ¡Hielo en la carne y fuego en el espíritu! Misterios de Diciembre: el misterio azul de la Inmaculada, el misterio tricolor de Guadalupe, y el misterio escarlata del Nacimiento del Verbo, precedido de esas fiestas de hogar y de templo, encantadoramente íntimas, divinamente bellas y dulces, ¡las Posadas!

¡Las Posadas! Para entender esta palabra hay que vivir en Méjico.

Nueve días de Posada. Nueve veladas religiosas-festivas, en que se conmemora el penoso viaje de María y de José, desde el Nazaret de Galilea hasta el Belén de Judea, y se les supone pidiendo alojamiento en los villorrios del tránsito.

Las Posadas en la casa de Zayas eran famosas. Allí asistía de contrato, el enjambre bullidor de Margarita y sus amigas.

Noche primera, el 16 de diciembre. En la amplia sala, un improvisado altar, sobre el cual estaban, tiernos y sencillos, los Santos Peregrinos, en sus andas de madera, listos para emprender la marcha. El gran claustro de señoras respetables, quietas y calladas, la cabeza cubierta con el abrigo de estambre, esperaban que comience el rezo. Chiquillos, hablando en secreto, entran y salen. Las muchachas, por allá adentro, preparando *sándwiches* y los ponches, y los obsequios y aguinaldos. Los pollos, en el zaguán y en la banquetta, fumando y charlando. Unos cuantos, comiéndose a colgar la piñata, en el ancho portalón. Amparito hace los honores de la casa. A la cocina llega, como ciclón, la noticia de que van a ir “los ingenieros”.

Margarita, sin saber por qué, sin decírselo a nadie, tiembla en su interior. ¿Los ingenieros? No los conoce, no las ha visto. Pero se los supone. Por eso el corazón le ha dado un vuelco, preguntando algo vago, confuso, misterioso.

—¡Muchachas, que se vengan!

Resonó el grito a la puerta de la sala. La parvada dejó la cocina y comedor, y se entró en la sala.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

—Por la señal... Jornadas en honor de María y san José. Primera Jornada. Acto de contrición para todos los días. Señor, que en tus inefables designios...

Las muchachas se apiñaron sobre el ángulo último del salón. Rezaron guiadas por la madre de Amparito. Todo mundo mostraba recogimiento. Una vieja regañaba a los chiquillos. Margarita, muy quedito, se puso de pie, se sentó al piano, y llamó al coro de cantantes.

—¡Listas muchachas!... ¡Ahora!

Y en medio del murmullo amorfo de un Ave María, contestado por la asamblea entera, Margarita con un cabezazo, en el que vibran sus rizos fantásticos, dejó caer sus manos sobre el piano, y firme, sonoro, nutrido, resonó el popular cántico del momento.

—*Oh peregrina agraciada,
Oh dulcísima María,
yo te ofrezco el alma mía
para que tengas posada.*

Nueve veces resonó el estribillo, en memoria de los nueve meses que el vientre virginal fue relicario del Verbo Encarnado. Cada vez la cantiga brotaba con mayor brío y ardor, como eran los afectos encendidos de la madre expectante... Luego el ritmo cambió. Una nueva melodía brotó de aquellas manos y de aquellos pechos; el motete se dedicaba a los dos dulces esposos de la sagrada historia.

—*Humildes peregrinos,
Jesús, María y José,
mi alma os doy, y con ella
mi corazón también...*

Así cantó, sencilla y devota, Margarita. Su voz, ligeramente quebrada, como filigrana de cristal se difundió por la sala entera, envolviéndolo todo en un ambiente de pureza... El coro, luego, tomó por su cuenta la melodía, y el concurso entero reforzó el conjunto, en que se combinaban los armónicos de las voces angelicales de los niños con las voces cansadas y llorosas de las mujeres ancianas... Siguió el rosario, alternando con canciones marianas. La "schola" desenvolvía su repertorio... Y llegó la hora ansiada de la procesión... El concurso perdió su compostura. El silencio religioso se rompió. Grandes y chicos comenzaron a hablar, primero a media voz, luego a voz entera. El murmullo atronó la sala.

Los Peregrinos comenzaron a moverse sobre las andas levantadas en hombros de cuatro niños.

- ¡Mi vela!
- ¡Mi pito!
- ¡Te quemas!
- ¡Cállate, o te pellizco!
- ¡El pandero, Inesita!
- ¡A mí las castañuelas!
- ¡Vámonos las de afuera!
- ¡Chist...!

Ordenóse por fin la procesión. Un enjambre de chiquillos, sin distinción de clases, abrió la marcha, con velitas encendidas en una mano y pitos ensordecedores en forma de pajaritos, llenos de agua. Luego la mitad de las cantoras, que en el histórico diálogo, harían la parte de los Peregrinos. Luego los mal llevados esposos, temblando en su frágil vehículo, rodeados de velitas azules y rojas, que surgían entre un lecho de musgo artificial. Y por último, el grueso del ejército, las damas serias de la casa, los vejestorios del vecindario, las comadres del lugar, todos cantando, bajo el arco veneciano de multicolores farolillos, y al resplandor magnético de las intermitentes luces de Bengala. ¿Y los señores? Serios, atentos, unos con vela, otros sin ella, formaban respetuosa valla, flanqueando la procesión que se movía, para no perder el contacto con ella. Margarita y otras cuatro, quedaron en el interior de la sala vacía. Contestarían de adentro, como huéspedes, al ruego externo de los Peregrinos.

Un himno amenizó la marcha. Dióse la vuelta al patio, y la procesión vino a estrellarse contra la puerta cerrada de la sala.

Las muchachas de afuera comenzaron a cantar:

—“*En nombre del cielo*

*os pido posada;
pues no puede andar
ya mi esposa amada”.*

Las de adentro, como quien canta del fondo de un pozo, contestaron:

—“*No es aquí mesón,
pasen adelante.
Yo no puedo abrir,
no sea algún tunante...”*

Tras de la clara repulsa, los humildes Peregrinos continuaban su penosa marcha, rodeados de aquel tumulto ensordecedor de pitos, y envueltos en las lumbres de las velitas.

La columna se detenía frente a otra puerta entrecerrada. Por el angosto resquicio se divisaba la cama señorial, con su solemne colcha blanca. La voz lastimera de los caminantes volvió a escucharse, por boca de las muchachas:

—*Venimos rendidos
desde Nazareth!
Yo soy carpintero
de nombre José.*

La puerta no se abre. La procesión se pone de nuevo en marcha. Llegan una vez más a la gran sala. Las puertas permanecen aún seca y duramente cerradas. Resuena el clamor de los cuitados caminantes. La suerte mejora. Se oye la voz del interior, que contesta:

—*¿Eres tú José?
¿tu esposa es María?
Entren peregrinos,
¡no los conocía!*

Las puertas se abren. La multitud irrumpe tras los Peregrinos y la algazara estalla.

¿Qué cosa tiene Margarita? ¿Qué escalofrío indiscreto ha corrido por su cuerpo, desde la segunda petición de posada? ¡No lo sabe! ¡No lo comprende! Un presentimiento la conturba sabrosamente, y le hace temblar la voz en la rica garganta, y apresurar los latidos de su corazón.

Un sentido nuevo, una voz nueva, le parece que canta muy suave a las mismas puertas de su alma. Alguien le parece que reproduce la estrofa:

*“En nombre del cielo
Os pido posada”*

¿Quién será? No lo sabe aún. Lo cierto es que ese temblor envolvió su carne y su alma, desde que, a media procesión, una amiga exploradora vino volando, y por la puerta entreabierta les cuchicheó esta noticia:

—¡Ahí están ya los ingenieros!

*

Cuando los Peregrinos, y tras ellos la multitud, se desbordaron sobre la sala, Margarita disimulada pero ansiosa, se comió la puerta con los ojos. Pero no descubrió nada de importancia. Los mismos niños, las mismas viejas, las muchachas y algunos muchachos, de los de siempre.

Salió al corredor, comisionada como estaba de atender a los obsequios. Sus ojos voraces recorrieron todo el patio, en una mirada rápida y corta, pues la llevaban a las volandas sus compañeras... El corazón adivino latió con prisa. Allá en un extremo del portalón, en un corrillo de señores, en el cual estaba Don Guillermo, se escuchaban voces gruesas, bien timbradas, desconocidas; y en la lejana penumbra, se bosquejaban dos figuras masculinas nuevas para ella. ¡Decididamente tembló!

—¿Qué tienes, Margarita? —le gritó en la cocina, dándole un sopapo, Amparito, al ver que se quedó como lela, antes de servir un ponche.

Margarita se rió. Pero estaba fría.

Al volver a cruzar el patio la parrandilla, se oyó una voz, grave y enérgica, que clamó:

—¡Muchachas! ¡Vengan para presentarles a los señores ingenieros!

Margarita sintió que el mundo se le venía encima. Y se echó en brazos del abismo, al ver venir el grupo de caballeros, terrible, en orden de batalla.

—La señora de la casa... y ésta, mi hija Margarita...

La nombrada, atenta y serena en el exterior, pero presa de una misteriosa confusión dentro del alma, sólo vió, en aquel concurso a un hombre, al tiempo que su corazón le dijo a gritos: ¡Ese es!

Y tendió la fina mano temblorosa, sin decir nada, a aquel hombre que veía por vez primera, que la estrechó con delicada cortesía, acompañando el saludo con estas palabras:

—Ingeniero Ponce.

Supo la bella dar modales correctos a la tormenta abrupta que se desató en su pecho. Sinceramente, se decía a sí misma, que aquel hombre no le gustaba, no lo esperaba así; aunque no podía decir a punto fijo cómo lo deseaba; pero sentía que ese era el

hombre que el Destino le señalaba, el hombre que ella esperaba en medio de la ardiente primavera de su vida.

¿Habría en el pecho de aquel hombre la correlativa disposición? Margarita no sabía responder. Su dignidad de mujer, por lo pronto, le imponía la obligación de matar en su pecho todos sus raciocinios, presentimientos, temblores y cataclismos. Se revistió de serenidad y de cortés indiferencia, aunque sentía que en el alma llevaba ya una brida que sería difícil ocultar.

Pasada la primera impresión, entre el ofrecimiento de su ponche, o entre la frase de atención, no desaprovechó Margarita la oportunidad de reconocer más por espacio al personaje, que como caído del cielo, le oprimía, aun nebulosamente, pero le oprimía el corazón. Y más de una vez, sus ojos se encontraron con los del hombre que, a decir verdad, le parecieron a ella poco expresivos para la expresión volcánica que ella esperaba de ellos. Eso sí, el tipo le fue gustando. Su moreno color, tirando a bronce invulnerable. Oscurecido el entrecejo con una ligera línea vertical, señal de un hombre de convicciones firmes, y amigo del pensamiento profundo. Y cómo acentuaba su aire varonil, aquella "trinchera" de gamuza, bien cortada y bien ceñida; y aquellas botas de montaña, recias, como para escalar cumbres. Le parecía más bien serio. Pero le estaba encantando la seriedad. Ya le oyó hablar. Su voz era gruesa y sonora. Con ligeras inflexiones de cortesía distinguida... Ingeniero Ponce... Ingeniero... No le disgustaba la profesión. Un hombre sabio, que domina a la naturaleza. Este, era ingeniero, era constructor. Ya lo sabía ella. De esos que rompen montañas y tienden altos puentes sobre los ríos, para que el tren, dócil y obediente, corra por el camino señalado por ellos.

Todo eso pensaba Margarita, sin percatarse ya de los otros dos colegas de su elegido, que para ella ocuparon ya lugar secundario, tan secundario como el que pasaban ya a ocupar todos los pollos de Sany, y todos los hombres del mundo entero.

Una pregunta se hacía interiormente Margarita. ¿Si serán subjetividades unilaterales? Pero era entonces el momento en que sus ojos se encontraban con los del ingeniero; y por lo menos la hacían aplazar la cuestión por inoportuna.

Llegó la hora de la piñata. Pendoleaba la olla emperifollada, esquivando afortunadamente los garrotazos de ciego de los chiquillos vendados.

Declarados ineptos éstos, se llamó a turno a las muchachas. Un aplauso y ovación recibió el acuerdo.

—¡A ver tú, Margarita!

Margarita se acercó al centro del redondel, y Amparito se dispuso a vendarle los ojos. Pero el pañuelo usado para los chicos, no alcanzaba para envolver la cabecita y rizos de oro de Margarita. Al notar pues la insuficiencia del pañuelo, Margarita tiende garbosamente la mano, y sacudiendo los dedos:

—Presten —dice— un pañuelo grande para mí.

Y antes de terminar la frase, el ingeniero Ponce daba dos pasos hacia ella, y del bolcillo de pecho de la “trinchera” salió, haciendo olitas, como serpiente luminosa, una grande mascada color perla, que por mano del ingeniero llegó a las de Margarita. La seda acarició las manos, las manos acercaron la seda a los ojos de cielo de la muchacha, y cubrieron el carmín que tiñó la dulce faz, en el momento en que los labios:

—¡Gracias! —dijeron, tan suaves como las manos, como el carmín, como la seda.

Aquella venda fue de cielo para Margarita. El hombre se acercaba, y le brindaba una venda. No veía ya nada. Sólo veía al hombre. Y lo sentía tan cerca, que el perfume de aquel hombre, y el calor de aquel hombre, ella lo estaba aspirando, con fruición, con ansía, y lo sentía, como celeste anestesia, que se le iba metiendo hasta las entrañas...

Ya no le importaba el garrote, no la piñata, ni el rebumbio. Había otra fiesta para ella, muy suya, muy de ella sola. Fiesta plena y callada, pero rica y sabrosa: ¡Era el amor que pedía posada!

Había que terminar. Margarita, so pretexto de que no podía respirar, se movió la venda, localizó la piñata, y le asestó decisivo garrotazo. Estalló el fantoche, lloviendo las entrañas de confites y frutas, cayó como plaga la turba de codiciosos, de golosos, de envidiosos, y de tramposos, y Margarita, como una estatua, quedó en medio, de pie, con el garrote inútil en la mano derecha, con el pañuelo del ingeniero bajado ya al cuello, y con la mano izquierda oprimiendo la seda perla contra su corazón. Y el ingeniero la contemplaba...

Margarita se creyó triunfante.

Al deshacer el nudo para doblar la suave prenda y volverla al dueño. Margarita observó en una preciosa labor el nombre bordado en una esquina. Su corazoncito dio un vuelco de alegría.

Conocería aquel nombre. Aquel nombre, sonoro como un bronce heroico, se le quedó incrustado en los ojos del alma: "Arturo".

El nombre le encantó, como le había encantado la profesión, como le había encantado el apellido. ¡Arturo Ponce! Le sonó a perlas...

Devolvió el pañuelo, sintiéndose avanzar más de firme por el camino que pisaba.

De pronto, el corazón le dio un nuevo vuelco. Un vuelco de alarma prematura. "Arturo". Aquel nombre había sido bordado ahí por mano de mujer. Luego, había otra. Luego se estaba engañando. Luego todo el ideal soñado en una hora, se derrumbaba ante sus ojos, con el estrépito desolador de una completa hecatombe.

Y Margarita, antes de abrir las puertas al amor, sintió por vez primera en su vida, los sufrimientos indecibles del amor, involucrados en el mantón de los celos...

Aquella noche Margarita no durmió.

¡Gran Dios! –exclamaba en ferviente soliloquio–, esta es la verdad; estoy enamorada.

Y repasaba punto por punto los minutos de la velada. Cuando le dijeron: "Ahí están los ingenieros". Cuando él ¡él! le dijo: "Ingeniero Ponce". Después, reproducía en su imaginación todos los detalles, desde la frente partida en dos por un pensamiento hondo hasta las botas para escalar cumbres. Luego... ¡el pañuelo! Y volvía a aspirar aquel olor tan rico, tan varonil, tan sugestivo, tan trastornador. Ella sabía que había perfumes muy finos para uso de los caballeros. Y así estaba perfumada aquella mascada, con un perfume exquisito, pero que en nada se parecía a los perfumes que ella y sus amigas empleaban. Era hombre de distinción. Y el pañuelo llevaba también un aroma especial, que ella recordaba haber aspirado cuando su padre abrió las finas cajas de habaneros legítimos. Tabaco fino, aromático, viril, de hombre, y hombre fino. También el pañuelo estaba calentito. Esas "trincheras" son muy buenas para conservar el calor. Y como el pañuelo iba en la bolsa interior, por eso estaba calentito. Era el calor de su pecho, el fuego de su corazón. Y Margarita temblaba de aquella intimidad en que había estado con el corazón mismo de su ingeniero. Pero... ¿y el bordado? Porque muy cierto es que estos ingenieros tratan mucho mundo. Y como son corteses y finos, donde quiera hacen su agosto. Ese pañuelo está bordado por una novia. O lo que es

peor, se lo ha regalado una amante. ¡Horror! Y yo me vendé con él... ¡Dios mío! Y creer que de veras puede esto ser así. Una amante... Pero yo haría que se enmendara. Seguro que sí. Pero si es una novia, y si es buena chica, como yo, ¡pobrecilla! ¿Y cómo se lo quito? ¡No, es de ella! Pero entonces, ¿yo? ¿Sola en el mundo? ¿Por qué? ¿Con que se esa novia no lo sabe querer? Sabrá Dios qué clase de muchacha será, ¡si será una loca! ¡Quizás! Y le anda tirando flechazos, cuando él se reserva todo para mí. ¿Y dónde vivirá esa mujer? ¿En Méjico? ¡Malo! Se la pega. ¿En otra ciudad?... ¿Rancherita, como yo? De todos modos, esa condenada mujer es mejor no verla nunca. ¡Si la encuentro, le saco los ojos!

Sonaron las horas, una tras otra. Y el comentario dulce y amargo a la vez, perduró en el duro insomnio, hasta cerca de la madrugada.

Margarita durmió un poco, con un sueño fatigado y tristón. Y se levantó tarde, doliéndole la cabeza y con tamañas ojeras.

Y como no pudo aguantar su propio tormento, y como no creyó prudente confiarlo a ninguna de sus amigas, tomó la resolución, frecuente en mejicanos y mejicanas, de cualquier color político que sean: acudir al hombre discreto y de confianza, al Cura.

Fue pues Margarita, entre risueña y apenada, en busca de su tío, el Cura inválido. Éste, al mirarla, comprendió que había gato encerrado en aquel corazoncito. La invitó a sentarse, paternal y cariñosamente. Margarita contaba con la amable recepción de su tío. Se sentó. Titubeó un poco, no hallando por dónde empezar. Comenzó ingenuamente por reírse de sí misma y de su pamplina, y, sin dejar de reír, rompió de pronto a llorar, escondiendo el rostro entre sus manos...

—¡Sobrinita, por Dios! ¿Qué te pasa? —dijole el Cura cariñosamente, sin alarmarse demasiado, ya que Margarita reía en medio de su llanto—. ¡Vamos, vamos! ¡Cuéntame lo que quieras de lo que traigas en ese pechito!... ¡Ante todo, confianza!

Descubrió Margarita su rostro risueño y lloroso, y al ver la mano del Cura tendida hacia ella, por principio de cuentas, la cogió con ambas manos y la besó filialmente. Al notar que la había mojado con sus lágrimas, la enjugó con su pañuelito bordado, y ya serenada provisionalmente, volvió a reír, y dijo al Cura:

—La verdad, señor Cura, estoy enamorada de un hombre.

Y volvió a reírse, escondiendo el rostro, avergonzada de su atrevimiento.

—¡Y no es más que eso, mujer? –Preguntó el Cura, con la cara más fresca del mundo–. ¡Ándale! ¡Desahoga! ¡Desembucha!

Abierta entonces de par en par la puerta de la confianza. Margarita dejó caer, como un hilo de miel que destila, dejó caer suavemente, gota a gota, paladeando ella misma cada palabra y cada sílaba, la larga historia de sus presentimientos, con notas marginales sobre su proverbial frialdad. Después, las agonías internas en la reunión de los Zayas. Y ahí se pulía Margarita en acentuar los pormenores, en hacer a conciencia el análisis de su corazón. Al llegar el momento de la presentación y citar el nombre que el Cura esperaba con curiosidad, éste, sin poder detenerse la interrumpió:

—¡Ah, el ingeniero Ponce!

Aquella exclamación alarmó a Margarita.

—¿Qué? ¿Lo conoce usted, tío? ¿Me puede usted decir algo de él?

—Sigue, sigue, sobrinita –contestó el Cura, temeroso de romper el dulcísimo hilo de la confianza–; sigue y no me hagas caso a mí.

Reanudó Margarita su relato. En las primeras frases luchando con la desconfianza que amenazó invadirla. Contó los tormentos de la noche de insomnio. Su ira con aquella mujer desconocida, probable.

—Y ahora, padre –terminó–, aquí me tiene usted, hecha una loca, con un dolor de cabeza con estas ojeras, y con una vergüenza terrible de mi misma...

Halagüeño recibió el Cura el epílogo de la tragedia.

—¡Bien! –exclamó disponiéndose a dar el diagnóstico y la receta–. Total, una loquita, hecha una loca, un dolor de cabeza y unas ojeras... ¿Te parece un cataclismo? ¡Pues no, eso no es nada! Ojeras, y dolores de cabeza, se acabarán, hoy mismo. Y tu locura, no es locura; al contrario, es el corazón que hace su deber. Me dices que tienes vergüenza de ti misma. ¿Por qué? ¿Qué mal has hecho? ¿Qué impudencia has cometido? ¡Ninguna! Sentir, no es consentir. Y el consentir mismo, sólo es pecado y bochorno, cuando se consiente en algo malo, ¿Hay aquí algo malo? ¿En el objeto, en el fin, en las circunstancias? ¡Vamos a verlo! ¿Te gustó ese hombre, verdad?

—¡Sí, padre!

—¿Sabes si es casado?

—¡No, padre!

—¿Y si lo fuera?

—¡Yo creo que me moriría!

—Pues no, Margarita, para que no te vayas a morir te voy a dar una buena noticia; el ingeniero Ponce no es casado. Y te digo algo más, es un hombre que vale. Yo lo conozco muy bien. Hombres de esos deberían querer las muchachas. Y si Dios te lo diera a ti, harían ustedes la pareja más feliz del mundo. Te diré que te alabo el gusto.

Como néctar de los dioses, cayeron aquellas palabras sobre Margarita. Su amor la purificaba, la enaltecía.

—El objeto de tu amor –prosiguió el Cura– es bueno. Su fin, ya lo sé, no es divertirse, no el *flirtear*, sino llegar a ser su esposa. Todo está bien. Pero, ¿y las circunstancias?

Margarita arrimó su silla, sin quitar sus miradas del rostro del Cura.

—¡Cuida bien de las circunstancias! Siente tu amor, pero no lo demuestres con imperfecciones. No te precipites, porque el amor verdadero es paciente. No lo platiques, porque el amor verdadero es callado. Si buscas al esposo, no llames al calavera. Si quieres con el alma, pon guardias a tu cuerpo. El *flirt* no es el amor. El amor es la virtud. Que él te vea virtuosa, y si él ama la virtud, te amará a ti. Si no la ama, nada has perdido. Los chismes enturbian el amor. No des comidilla al vulgo, guarda tu amor en secreto. Que sólo lo conozcan los que tiene el derecho de asomarse al abismo de tu alma. Fuera de ellos, nadie. Tú eres buena, Margarita; pero el amor te exige ser santa. Si quieres acertar en tu vida, hazte piadosa, sinceramente piadosa. El amor es un don de Dios. Pídeselo. Yo creo que estas noches de Posadas, van a ser las noches de tu conquista. Empréndela con devoción, con religiosidad, como quien recibe un sacramento. Trata a ese señor con sinceridad, con sencillez. No te esfuerces por nada. Ni por aparentar lo que no sientes, ni por disimular lo que te anima. Sé diáfana, y que a través de tus gestos y palabras, se perciba el fondo de tu virtud inconfundible. ¿Quieres hacerlo así, Margarita? ¿Quieres comenzar virtuosamente, un camino que termina en glorias de martirio?... ¡Ánimo pues, mi amada sobrinita! Y enderézate orgullosa de haber recibido la gracia del amor... Y ven acá, siempre que quieras, cuando estés contenta y cuando estés triste. Mientras haya un sacerdote en cada pueblo, nunca faltará un consejero y un consolador en las cuitas del espíritu... Y ahora que te vayas,

llégate a la iglesia, y ora un poquito ante el Sagrario. Ahí está el Amor.

Margarita ya no reía, pero lloraba. El sacerdote enmudeció. Un momento de silencio meditativo envolvió la figura primaveral de Margarita y la invalidez del párroco. Luego la joven besó aquella mano, y salió. Entró en la iglesia y oró con el fervor más nuevo de su alma. Al terminar se sintió fuerte, se sintió feliz.

Al salir de la iglesia, el sol quebróse sobre el resto de cristal de sus lágrimas. Pero la naturaleza le sonreía.

¿Qué cosas tan lindas le había dicho el señor Cura?... ¡Ese hombre comprendía lo que es el corazón!

De pronto, una voz a medio jardín:

—¿Qué tal de Posadas, Margarita?

—¡Horror! Era el lobo de Atilano Banda, que resucitaba en ella la idea de la vulgaridad.

XIII MAR ADENTRO

Aquella noche Margarita se presentó en las Posadas espléndidas como nunca. Estaba feliz. “Siente tu amor”, le había dicho su tío. Y ella lo había sentido, desde que se peinó las crenchas de rubio querube, desde que se vistió el distinguido *ensemble*, desde que hizo la piñata, desde que preparó los aguinaldos.

Nadie conoció los tormentos y agitaciones por que había pasado su alma la noche anterior.

Comenzaron los rezos, y los cantos. Margarita flechaba periódicas miradas a la puerta. A medio rosario, se oyó en la calle la llegada de un automóvil. El ruido de la gasolina que se descarga, las portezuelas que se abren, las mismas que se cierran, voces gruesas, pasos en la banqueta, en el zaguán. ¡Son ellos! ¡es él! El corazón volvió a dar vuelcos en el pecho de Margarita, pero unos vuelcos deliciosos, como una esquila que llama al pueblo a una gran fiesta.

Esa noche inventó Margarita ser de las de afuera, para apresurar el momento de la revisión de sus valores. Mas salido que hubo, y dirigido una mirada de ráfaga a la *bolita* de los señores, sintió una honda pena, un vacío enorme, un eclipse total en las

entrañas: el ingeniero Ponce no estaba ahí. Desde aquel momento todo fue amargo para Margarita. Palidecieron los farolillos, desentonaron los cánticos, todas las conversaciones le chocaron, y los mismos Santos Peregrinos le parecieron importunos.

Terminada la procesión, logró acercarse al grupo de caballeros, y al saludar al ingeniero García, se atrevió a preguntarle:

—¿Y el ingeniero Ponce, no vino?

—¡No, señorita! Y lo sintió mucho, pero lo detuvieron en el campamento con una comisión.

Margarita disimuló. Pero los *sándwiches* le supieron a ceniza, y los ponches a agua con sal. Después, tristecita, y caído el piquito, se fue a sentar en un rincón. Al medio minuto, ya estaba ahí, a su lado zalamero y mimoso, el nunca bien visto Atilano Banda.

—Margarita —le dice—, ¿qué le pasa? Usted que es la alegría andando.

—¡Ay! —contesto Margarita mintiendo—, ¡tengo una jaqueca horrorosa! (Y añadiendo para sí: Monstruo detestable, ¡qué te importa lo que tengo!).

—Si me lo permite usted, aquí tengo una aspirina.

—No, muchas gracias. No quiero tomar nada. (¡Fastidioso! ¡Chocante!).

Atilano sin hacer caso de la repulsa, sacó del pecho una cartera insulsa, y de ella un sobrecito con una pastilla. Lo dio a Margarita. El sobre estaba calentito. Pero a diferencia del calorcito de la noche pasada, éste le dio asco, un asco atroz.

—Tómela, Margarita. Me sentiré muy honrado.

A la instancia de Atilano, Margarita engulló la pastilla. Y con el disgusto y la contrariedad, sintió náuseas. Cada atención de Atilano picoteaba sus nervios.

Margarita optó por marcharse. Aquella situación le era insupportable. Para colmo de sus males, el bobo de Atilano se ofreció a acompañarla. Ella invitó también a Amparo. La pobre Margarita iba renegando. Cada vez Atilano Banda le tomaba el brazo para subir una banqueta, sentía deseos de contestarle con un codazo. Llegó por fin a la casa, y se encerró, desolada.

Amparo y Atilano volvieron al jolgorio. Al volver a incorporarse al grupo de caballeros, el ingeniero le preguntó:

—¿Qué anda haciendo, señor Banda?

Y este, sin poca ni mucha vergüenza, se atrevió a contestar:

—Mi novia se sintió mal, y la fui a llevar a su casa.

—¿Quién se puso mala? —pregunto el otro.

—¡Margarita –contestó Atilano Banda con toda su boca.

*

Por aquella puerta de su recibidor, miró el Cura al siguiente día asomarse de nuevo la cabeza de Margarita.

Volvió a sentarse en su misma silla, para volver a desahogar la nueva congoja.

—¿Qué pasa, sobrinita? ¿Qué hay de nuevo?

—¡Nada, padre; que no fue anoche! Y yo me sentí desolada. Y me fui a mi casa.

—¡Pobrecilla, pobrecilla! –comento con cariñosa voz el sacerdote.

—¿Y dormiste bien?

—Sí, padre. Un poco mejor; pero despertaba con mucha tristeza, con mucha. ¿Verdad que ahora si estoy enamorada?

—Sí, Margarita; así lo creo. Pero no se te olvide, ahora necesitas mucho control. No vayas a dejar que tu corazón haga locuras.

—Padre, ayer me dijo usted que ya conocía al ingeniero. ¿De veras?

—¡Ah, golosa! Quieres que te endulce el oído ¿verdad?

—No es eso, padre; pero me interesa conocerle tomando informes de él, antes de...

—¿Antes de qué?

—De dejarme ir.

Rió sabrosamente el Cura.

—Antes de dejarte ir, cuando ya te has lanzado de cabeza...¡qué célebre! Te platicaré lo que yo sé.

Margarita arrimó más aún la silla, y atendió con todas sus potencias y sentidos.

—Este muchacho pertenece a una buena familia de Guadalajara. Yo los conocí en Aguascalientes. (Margarita abría tamaños ojos). Arturo entonces estaba en el colegio con los Jesuitas, en Saltillo. Cuando el colegio se cerró, por la revolución, mandaron a Arturo al colegio de Belice, también de Jesuitas. Ahí se recibió, protegido por la bandera de Inglaterra. Ahora que vino con la escuadra de exploración del ferrocarril de Mochis, vino a saludarme. Me trajo saludos de casa. Y se conoce en él, al profesionista distinguido, culto, varonil, entero, formado de pies a cabeza por los Jesuitas. Es un cristianote a carta cabal. Sus ideas son limpias, nítidas. Su corazón espléndido.

—¿No es casado? –preguntó Margarita con zozobra.

—¡No! –contestó el padre, resucitándola. Yo le pregunté: ¿Cuándo te casas? “Son muy exigente, padre”, me contestó. Estas son mis noticias.

—¿Y no sabe usted quién le bordaría su mascada?

—¡Bah! –contestó el Cura–, ya mero quieres que te diga si te soñó anoche. Espera un poquito. ¡Calma, calma! Todo lo sabrás a su tiempo. Por lo pronto, no te desconsueles, estamos en el *statu quo* de hace veinticuatro horas.

—Estamos un poquito mejor.

De nuevo se desfleó la noche sobre Sany. La reunión de los Zayas se renovó. Las Posadas suelen tener su flujo y su reflujo. Aquella tercera noche estaba animadísima. Tres piñatas, muchos aguinaldos, más ricos ponches, mucha gente. Esa noche había música. El vocinglero estrépito alcanzaba los más altos diapasones. Margarita procuró dominar sus nervios y sus ilusiones, y asistió a la fiesta, ataviada con graciosa sencillez, sin pizca de pretensiones, “resignada a lo peor”, como ella se decía.

Por sí o por no, no quiero ser de las de adentro. Y al salir con su pandero de lazos rojos y gualda, a la vera de los Peregrinos, se le encendieron de pronto mil soles dentro del alma, como si los ángeles de Noche Buena se hubieran anticipado: ¡Ahí estaba él!

Y el pandero se le volvió loco entre las manos. Al pasar cerca de él, el ingeniero Ponce, serio, erguido, con su *cache-nez* rojo al cuello, la miró, sí que la miró, animando sus ojos con una apenas perceptible sonrisa, y la saludó con una suave inclinación de cabeza. Margarita correspondió con todo el poema de una virgen ingenua, escrito en el cielo azul de sus ojazos, orlado con la dádiva angelical de una delicadísima sonrisa...Tras el hombre, se perfilaba el amigo. ¡Margarita respiró! ¡Verdaderamente el ingeniero valía! ¡Era guapo! ¡Parecía de bronce! ¡Así sería de firme en sus ideas, y de fuerte en sus amores! ¡Inconmovible, invulnerable! ¡Qué bien se viviría dentro de aquella fortaleza!

Llegada la hora de romper filas, sin más preámbulo, el ingeniero Ponce buscó a Margarita, y Margarita buscó al ingeniero Ponce. Y se instalaron en el primer banco propio para un *tête a tête* provisional.

—Supe que anoche se fue usted enferma, Margarita.

—¡Ay, ingeniero! ¿Quién le contó a usted?

—Me lo dijo el compañero de la Llata. Y yo temía no tener hoy el gusto de verla.

—¿No le contó el ingeniero de la Llata que preguntamos por usted? —añadió Margarita, pluralizando el verbo.

—Me contó que *usted* preguntó por qué no había yo venido. Y esto me complació altamente. Ya ve usted, anda uno solo por el mundo, como alma en pena; y la más pequeña amabilidad, la recibe uno con sumo agrado.

—¡Margarita! —gritó entonces una muchacha, rompiendo el suave hilo de la conversación—, ¡que dónde dejaste...!

No terminó la chica. Margarita ya estaba de pie. Llamó a Amparito, la dejó con Ponce, pidió a éste disculpa con un “ahorita vengo”, y se fue a la ingrata faena que le partía su felicidad.

—¡Qué simpáticas muchachas he encontrado!... —dijo el ingeniero.

—¡Ande! —contesta Amparito— ¡a poco también usted nos quiere volar! ¡Ni nos creemos!

—Tiene usted razón. Pero, aunque todas son simpáticas, yo lo decía por Margarita.

—Ella si que lo es; pero ni crea que se vuela.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Y usted conoce a su novio?

—¿Al mío, o al de ella?

—¡Al de ella!

—No ¿y usted?

—Yo si.

—¿Pues quién es? —pregunta sorprendida Amparo.

—Yo no lo puedo creer; pero él lo dice.

—Ya sé, ya sé. Atilano Banda.

—¡Ese!

—¡Qué bárbaro! Dígale que miente, que miente con toda la boca. Margarita no lo puede ver ni pintado.

—De modo que Margarita...

—¡No tiene novio! —añadió Amparo completando la frase—. No le gusta nadie.

—¡Ha!... —exclamó Ponce.

Volvió en esto Margarita, que despachó su comisión por el sistema más rápido.

—¡Dame mi lugar! —pidió a su amiga con imperio.

—¡Oye!, le decía yo al ingeniero que a ti no te gusta nadie.

—Según y conforme –observó Margarita, desconfiando de la universalidad de la negación.

—¿Verdad, Margarita, que según y conforme?

—¡Claro!

—¡Si viera usted que yo también soy muy exigente!

—Si, ya me lo habían dicho.

—¿Se lo habían dicho? ¿Y quién?

—Una personita que lo conoce a usted.

—¡Ah, el señor Cura!

—¡El mismo!

El ingeniero lo adivinó todo. Amparo se retiró de nuevo.

—Me da gusto, Margarita, que tenga usted noticias mías. Usted me ha simpatizado mucho. Es precipitado el decírselo. Pero yo no tengo por qué callarlo. Yo le ruego a usted que procure conocerme bien. Tengo esperanzas de que algún día usted sea para mí lo que no he encontrado todavía en mi vida.

—Me gusta, de veras, ingeniero, su manera de hablar. Un caballero como usted es siempre un buen amigo. Seamos buenos amigos. Y no pensemos más. Dios dirá.

Siguieron conversando, en santa paz y compañía. La fina charla del ingeniero le sabía a Margarita a miel sobre hojuelas. La agasajó, la atendió, con una corrección y pulcritud irreprochable; y Margarita no fue escasa en mostrarle que su trato y amistad verdaderamente le complacían.

Se despidieron esa noche satisfechos.

Al tender su mano:

—¿Lo espero mañana? –preguntó Margarita con audacia.

—¡Sí! –contestó él.

Y al pronunciar aquel monosílabo, la voz le tembló.

XIV
MEMORIAS DE UN SOÑADOR

—¿Qué encanto secreto tiene esa mujer para mí? —se preguntaba más tarde Ponce, tendido en su cama de lona en la remota soledad del campamento—. ¡No, no puede ser aquélla! ¡Sería un cuento de hadas! Hay muchas rubias en el mundo, y muchos ojos azules, y selvas de rizos de oro. Pero sus ojos me vieron como quien ve a un viejo amigo. Y yo vi en ella un ser que hace tiempo vive en mí...Sí, aquella chiquilla era tan linda como ella. Y también se llamaba Margarita, ¿Será posible? Y si la fortuna pusiera en mis manos ese bien soñado...y si hubiera yo vagado en mi soledad, teniendo al fin la dicha de encontrarla...porque yo la adoré, la doré con toda el alma, sin poder decírselo nunca, y sin esperar volverla a ver nunca...¡Querube ensoñador! ¡Ángel risueño! Que nunca supiste la estela sangrienta que dejabas a tu paso...Sí, es aquella Margarita hecha mujer. Me lo dice mi pecho, me lo dijeron sus ojos. He cerrado mi alma al amor: pero si llama ella, el rastri- llo se eleva, el puente levadizo se tenderá, y entrará, como reina y señora, llevando en su mano una antorcha divina para alumbrar las oscuras lobregues de mí espíritu...Visión de ayer, inolvidable colegiala, vuelve, vuelve a mi lado arrullada por la suave vibración de tu nombre: ¡Margarita!

A la noche siguiente, Ponce leyó más hondo en los ojazos soñadores de Margarita. No quiso empero interrogar, por temor de ahuyentar la dicha esfumando el misterio. Las dos almas, sin embargo, se aceptaban. La antigua ilusión podría ya estar celosa de la realidad nueva.

Terminó la fiesta. El ingeniero Ponce se incorporó al grupo que volvía a sus casas. Las parejas se fueron formando, y él quedó a la vera de Margarita. La soledad del jardín hizo prolongar el paseo, y provocar las confidencias.

—Margarita—habló el ingeniero, poniendo una vibración especial en cada silaba—, quiero salir de una duda. ¿Usted ha estado en Aguascalientes?

—¿Yo? ¡Sí! ¿Por qué?

El ingeniero sintió que todos los ángeles del cielo le brindaban la dicha.

—Entonces yo creo haberla conocido desde entonces. ¿Estaba en un colegio?

—Sí, en el de la Inmaculada.

- ¡Margarita! Es entonces usted...
 —¡No sé!
 —La protagonista de aquel drama...
 —¡Ah, sí! De un drama. Me llamaba yo...
 —¡Jahel! –ruge triunfante el ingeniero.
 —¡Jahel! –repite transportada Margarita.

El alma de Ponce estalló. Cogió con furia el brazo de Margarita, entrelazó sus dedos con los de ella, y rompió como un brazo de mar, espumeante, rugiente:

—¡Margarita! ¡Mi Margarita! A ti buscaba, a ti esperaba. Te adoro, Margarita; te adoro desde entonces con toda el alma...

Y en la mano lilial, marchita y fría, estampó un beso hambriento, candente, como el fuego de amor represado que le quemaba las entrañas.

Margarita tembló de pies a cabeza. La felicidad le caía de improviso, como un baño de fuego, que no le permitió responder nada...¡nada!

*

¡Noche piadosa, de fulgores opalinos! Noche arrulladora, que confundes en uno el ensueño y el pensar de los corazones que se aman! ¡Qué dulce y aterciopelada caíste sobre aquellos dos seres! Tuviste calor suave en la risueña alcoba, toda llena de perfumes, y de ternuras femeninas. Fuiste vida encendida en el lejano campamento, y fresca brisa en la cumbre de la montaña. Y en los ojos viriles de obsidiana, y en los azules femeninos, fuiste venda cariñosa que aduerme consentidos y mimados: y coordinaste las palpitations de entrambos corazones, e inspiraste los mismos paisajes y los mismos recuerdos de días lejanos. Y volaste presurosa de la montaña a la ciudad, de la alcoba al campamento, retocando las figuras, completando las escenas, afinando las estrofas, fidelizandolos contornos, haciendo de ambos seres dormidos y amantes, un mismo ensueño vivo, tangible, palpitante, que ella y él tornaron a vivir.

¡Jahel! Fue allá, en la vida de colegio, en una noche de fiesta. ¡Qué lindo refulgía el escenario en aquel salón todo lleno de cristales! Ahí los pebeteros, y los cortinajes, y las columnas coronadas con jarrones egipcios...y ella Margarita, en el dulce encanto de sus doce años, fúlgida, deslumbrante, con la aureola dorada de sus rizos nimbando la faz de querube, con una diadema azul, cortando la blancura de la límpida frente. El, Arturo, arrojado por una marejada de la vida a aquella ciudad, conducido por la mano

de un amigo a aquel colegio, a aquella fiesta; él, con el alma rebo-sante de su juventud plena, con el alma llegada y dolorida ante la iniquidad inmensa que le había arrojado del colegio suyo, a punta de bala y a ventarrón de incendio, que había cruzado entre escombros humeantes, soportando el peso de la sabia ancianidad de un profesor jesuita que agonizaba: él que sentía a la afrenta nauseabunda de una persecución fácil e hipócrita a lo que él tenía en más estima: a su ciencia y a su fe. El, con todos los ansiosos poros del alma abiertos en pleno, atisbando por todas las ventanas del espíritu la llegada de alguna idea salvadora, regeneradora, purificadora, restauradora, en medio de la desgracia de la patria convulsa...El, miraba todo su ideal, encarnado de pronto, en aquella rubia criaturilla, artista y mujer, oro en los rizos y en el alma, vibración en la carne y en el espíritu...Aquella alma y aquel cuerpo de mujer, encarnaban una idea y un sentimiento; una idea de fuego, y un sentimiento de volcán. El la contemplaba de hito en hito, absorto, como en un éxtasis sagrado, enamorado de todo lo que era ella: de su túnica hebrea, de sus pies descalzos, de sus brazos desnudos, de su boca, de sus ojos, de su gesto, de su altivez; y más aún de su espíritu que vibraba todo entero, tan natural y tan artístico, en aquellas sus actitudes medrosas, dubitativas, resueltas, trágica, heroicas, sublimes, inspiradas todas en un hecho histórico grabado en la historia del mundo por el mismo Espíritu de Dios.

—¡Ahí está! —decía señalando la supuesta estancias vecina—. ¡Ahí está! ¡Es él, el brazo férreo que asesina a los hijos de mi pueblo! Ha llegado a mi tienda. Ha llegado sediento y rendido. Ha dejado sus carros falcados, ensangrentados con la sangre de Israel. ¡Ha venido a llorar su derrota, y a meditar en la revancha! ¡El es la desgracia de Israel! El mueve los ejércitos, y los ejércitos sacuden nuestras murallas. El da la voz, y las teas incendian nuestras ciudades. La vida de Israel está en sus manos, y él es el enemigo. Los reyes mismos que nos odian, descansan en él. ¡Sisara, Sisara! ¡Dios te ha puesto en mis manos! ¡La paz de Israel se deberá a una mujer!...

Arturo, incorporado, adelantado el cuerpo y la mente a la fila de los espectadores, se comía con los ojos la figura de Jahel, que vivía tan sinceramente la misma vida de su país.

Jahel se acercaba cautelosa a la estancia del fatigado adversario. Luego tomaba en sus manos un rico jarrón etrusco, y proseguía confidencial:

—¡Sí, me ha pedido de beber! ¡Beberás, Oh Sísara! Beberás la leche de mis majadas; pero también mi pueblo beberá el vino de su libertad y de su paz.

Jahel se entraba en la alcoba del fugitivo. En el escenario aparecía entonces un coro de ángeles, embalsamando el ambiente con sus turíbulos perfumados. Un rugido de trompetas preludaban el tema profético de la victoria, y el coro entonaba las palabras que la Biblia consigna en el Libro de los Jueces:

*“Sizara será entregado
Por medio de una mujer”.*

Los ángeles se alejaban. Pero el hálito divino saturábalo todo; se adhería a los cortinajes, se enroscaba en las columnas, se confundía con las llamas quietas de los pebeteros, acariciaba las flores de acanto de los capiteles corintios, y las flores vivas de los jarrones de Etruria...

¡Jahel reaparecía, animada, sonriente!

—¡Bebió! —clamaba, enarcando dramáticamente las cejas y abriendo en óvalo de admiración sus labios...

—¡Bebió! le he cubierto con el cortinaje, y duerme...¡Duerme!

La pequeña artista, en gesto de sorpresa, se oprimía el pecho, dilatada sus varicillas, y exclamaba:

—¡Qué rico perfume envuelve mi tienda! Más rico es que el cinamomo y que el cedro. Su olor enciende mi cerebro y sacude mis entrañas...¡Ah! Sisara, duerme, descansa. Mañana te desperezarás y volverás a los pies de Jabín tu rey, y le pedirás nuevos ejércitos, y nuevos carros falcados, para oprimir de nuevo y seguir haciendo pedazos a mi pueblo...¡Ah, mi pueblo! Yo soy una israelita, de esas mismas cuyos vientres desgarras para devorar a los hijos...Mi pueblo gime por ti, mi pueblo lucha contra ti... ¡Sisara, Sisara! Si tú resurges. Israel entero me culpará a mí...¡Tiemblo! ¡Ah, es preciso! Dios de Abraham, ¡salva a mi pueblo!...

Transformada, enajenada, Jahel crispaba sus diminutos puños, presa de una excitación misteriosa. Arturo, en medio de la distinguida concurrencia, suspendía el aliento. En el escenario, las luces eléctricas se apagaban, y sólo quedaba la llama azul de loa adustos pebeteros, reforzada por el rayo opalino de un reflector cambiante. ¡Jahel retrocede, espantada de sus mismos pensa-

mientos! Sus ojos relampaguean, sus rizos se esparcen: es el momento de la terrible decisión...¡Sola! ¡Sola frente al enemigo! ¡Sola frente al problema! Oyendo a martillazos la voz de su pueblo víctima, y sin más consultor que su conciencia. Sus ojos, agrandados, se pasean trágicamente por los rincones de la escena. De pronto fulguran, fijos en una credencia de patas de león. No sonrío, porque su mueca es trágica. Paso a paso se acerca y coge, temblando, un objeto que despide dorados resplandores siniestros...Entre el público cunde una corriente eléctrica. Algunos pretenden ponerse de pie, para observar mejor los movimientos. Jahel ha cogido otro objeto más grueso y pesado. Ya se acerca al proscenio, vaporosa, transportada, parece una visión, parece un fantasma... Los espectadores lanzan un ¡ah! De estupor. Jahel lleva en la mano izquierda un magnífico clavo dorado, largo y terrible, y en su mano derecha empuña un pesado martillo de plata...Vuelve entonces la revuelta cabeza incendiada en el oro de sus rizos, hacía la alcoba en que descansa Sísara, el general de los ejércitos enemigos. Vacila, titubea un instante...

—¡Dios de Israel! —clama por fin y avanza en un feroz paso resuelto.

La escena queda sola; los espectadores mudos. En aquel terrible silencio de expectación se oye el golpe macabro de un martillazo, el crucifijo de un cráneo que se desquebraja, el aullido de un monstruo que sucumbe y el grito de una mujer horrorizada...

Jahel aparece en la escena. Ya no lleva clavo ni martillo. Con ambas manos se oprime el pecho, y agitada resuella, y se limpia con la siniestra mano la frente bañada de sudor helado...Ya no habla: ruge.

—¡Ah está! ¡Ahí está! ¡Sísara, Sísara! —clama con la voz entrecortada—. ¡Ah! ¡He taladrado sus sienes! ¡He juntado su sueño con la muerte!

Presas entonces de conmoción febril, hinca en tierra una rodilla, y esconde el rostro demudado entre sus manos. El oro de su cabellera se vuelca sobre la escena, y alrededor de él, como estrellas en torno del sol, aparecen los ángeles con tubas y con cítaras. La escena se inunda de luz, la música de los metales rompe en una clarinada soberbia, que estremece todos los nervios, y entre el lujo de visión y colorido, de música y movimiento que envuelve a Jahel fatigada, yerta, irrumpe el coro alado con el sublime, himno tomado textualmente de la Biblia:

—“¡Bendita entre las mujeres, Jahel, esposa de Haber, bendita sea en su pabellón!

Pidióle Sísara agua, y le dio leche, y en taza de príncipe le ofreció la nata.

Con la izquierda cogió un clavo, y con la diestra un martillo de obreros.

Y mirando donde heriría a Sísara en la cabeza dióle el golpe y taladróle con gran fuerza las sienes.

—Cayó Sísara entre los pies de Jahel, perdió las fuerzas, y expiró después de haberse revolcado por el suelo delante de Jahel.

Quedó tendido en tierra, exánime y miserable.

¡Bendita entre las mujeres, Jahel, esposa de Haber, bendita sea en su pabellón!

¡Perezcan, Señor, como Sísara todos tus enemigos, y brillen como el sol en oriente los que te aman!

¡Bendita entre las mujeres Jahel, esposa de Haber bendita sea en su pabellón!”

Al oírse llamar bendita por un canto divinamente inspirado, Jahel, la genial criatura, levantó su cabeza y descubrió su rostro. Un nimbo de luz anidó en sus ojos. Volvió entonces el rostro y el brazo hacía el despojo trágico; un visaje de horror contrajo sus labios purpurinos; luego, quietamente, serenamente, levantó sus brazos y sus ojos hacia el cielo, dibujó en sus mejillas los hoyuelos de una sonrisa celestial, y clamó, en la plenitud de su dramatismo:

—¡Israel, Israel, pueblo mío! ¡Goza ya de tu paz!

Cayó el telón. La concurrencia, arrebatada, enloquecida, se hizo trizas en una hecatombede aplausos. Todos los ojos lloraban, en todas las almas sentían. Arturo, hundido en su butaca había clavado el rostro entre sus manos, y en el fondo negro de sus ojos cerrados, veía brillar la figurita ardiente de aquella chiquilla, tan linda, tan artista; que vivía su papel, porque era mejicana como él, porque quizá había también palpado el dolor y el incendio y la muerte y el hambre de paz y de justicia, que roe las fauces del pueblo mejicano...

Arturo levantaba la cabeza volcánica ante un rumor que le sorprendió. El telón se alzaba. Los artistas bajaban a besar la mano del Obispo que presidía. Decididamente Arturo estaba enamorado de aquella muñequita genial. Ella se acercaba, recogida graciosamente la túnica, descalcita. Arturo la miró muy de cerca. Era una criatura, con todo el genio y el alma de una mujer. Rubia,

luminosa, diáfana, excelsa. Los aplausos atronaban la sala. Los ángeles seguían risueños los pasos de Jahel. Ya volvían los artistas. Arturo dio un paso hacia la *pasarella*, y audaz, casi sacrílego, al pasar la encantadora muchachita, en secreto le rugió al oído:

—¡Divina!

La chiquilla no se dio cuenta. Luego Arturo enloquecido, con voz vibrante de varón, lanzó un grito que atronó la sala:

—¡Viva Jahel!

Y el teatro entero se incorporó como enajenado a aquel grito de apoteosis.

El padre Natividad Soto cogió el brazo a Arturo, y le dijo:

—¡Estas loco!

Arturo comprendió que aquella era la verdad. Luego le preguntó:

—¿Quién es esa chiquilla?

—Margarita...¡quién sabe qué...!

—¿De dónde es?

—¡De muy lejos!

Aquella noche Arturo soñó con Jahel. Al día siguiente recordó la crónica de la fiesta, de un periódico local. Después compró una linda caja de dulces, y la mandó al Colegio con una tarjeta de decía:

“Para Jahel.

Arturo Ponce”

Margarita comió dulces, sin saber quién se los había enviado. La Directora había escamoteado la tarjeta. Arturo partió para Méjico, luego para Belice. Escribió a un amigo. Le pedía una fotografía en que estuviera Jahel. A Margarita le susurraban sus amigas que “un señor” se había enamorado de ella. Margarita no daba atención al asunto. Al colegio de Belice llegó el retrato anhelado. En el grupo de colegialas estaba Margarita. Arturo besó el retrato, y lo colocó en su cartera. El mismo escribió en el reverso:

“Recuerdo de una noche que iluminará toda mi vida. Margarita Jahel, de muy lejos”.

Después, rodó, solo por el mundo. Decepcionado en su soledad. Volvió a Aguascalientes. Ni rastro del colegio, ni de amigos. Viene a los campamentos. Lo invitan a las Posadas, ve a aquella nueva mujer. Todo su corazón vibra con la excitación de sus recuerdos. Los acalla. La nueva doncella le encanta. El teme violar sus recuerdos. Se domina. La noche que falta a la Posada, sabe

que ella se enfermó, y lo siente muy hondo, como si se enfermara la chiquilla del retrato. Sabe también que el bruto de Atilano Banda la llama "su novia" y se enfurece. Comienza a hundirse su antigua noche luminosa. El nombre de Margarita le hace estremecerse. El temor de la infidelidad a la pequeña Jahl le hace reprimirse en las investigaciones. Aquella noche última, el alma y los ojos le hablan muy claro: —¡Es ella! ¡es ella!—le dicen. El, meticoloso, se atreve a preguntar. Y la respuesta sincera y fidedigna revienta en su espíritu la vieja ánfora de su inocente y firme dilección. La noche reproduce todas las luminosidades de aquella lejana noche triunfal, y resuenan, en ambas fantasías, acordes, armónicos, los himnos y los coros, y resplandece los pebeteros, y aroman los turíbulo, y aplaude la naturaleza entera, y cantan los ángeles, y sonrían las estrellas, y resuenan, sobre los cristales de la alcoba de ella, y sobre las lonas de la tienda de él, el mismo himno triunfal que coronó la escena bíblica:

“¡Bendita eres entre las mujeres
Jahl, esposa de...”

*

Las almas de los amantes lejanos, suelen dejar en los lechos la masa de los cuerpos dormidos, y salir a bogar, unidos en un efluvio de amor...Y visitan los bosques cuajados en la luz de la luna; y secretean en las tibias alcobas, y se visitan mutuamente; y prolongan coloquios y paseos, hasta que la luz del alba les encierra de nuevo en la prisión de la carne. Abren entonces los amantes sus ojos, y recuerdan el placer nocturno. Le llaman ensueño; pero es ensueño idéntico en ambos, porque las dos almas tomaron parte real en él.

Arturo y margarita así corrieron juntos aquel mundo de recuerdos y aquel presente de amores. Recordaron lo mismo, sintieron lo mismo, pensaron lo mismo, y amaron lo mismo. Los dedos de las almas se entrelazaron, y los cabellos se confundieron con la sublime compenetración de los cuerpos astrales. A la mañana siguiente, un rayo de sol y un canto de alondra saludó a Margarita desde la ventana. La bella durmiente se estremeció radiosa, y rebosante de dicha clamó:

—¡Arturo mío!

Y en la cumbre de la montaña, un alerazo de la brisa y un grito del mayoral, sacudió la modorra del ingeniero Ponce.

Abrió éste los ojos, y dando un nombre al cúmulo de sus triunfos, exclamó:

—¡Mi Margarita!
Y entrambos, se escucharon mutuamente.
¡Estaban en plena posesión!

XV EL ASPID EN LA FLORESTA

Aquel noviazgo fue un triunfo. Sany entero lo recibió con plácemes.

—Encanto de muñeca tan linda y tan buena –decían las viejitas. Dios le conserve ese novio tan bien ajuareado.

—Ande, si lo que yo le he dicho: cristiano y trabajador, ¡es una lotería!

—Y dicen que es de lo mero formal. Educado con los Jesuitas, nomás fíjese.

—Y feliz que ésta Don Guillermo, y los muchachos.

—Bien dice la Escritura Sagrada –decía una catequista: “La mujer buena será el premio del hombre honesto”.

Y el aguacero de lisonjas a quemarropa, y de buenos augurios a boca de jarro, continuaba cayendo sobre aquel noviazgo ideal, por todos alabado, envidiado por todas.

Un solo ser, como la serpiente en el paraíso, trémulo y libido, se enroscaba en su rabia despechosa: Atilano Banda.

No sentía sangrante el corazón, sino rasgado su orgullo. No era el amor lo que le mordía, era el odio lo que le trituraba. Frente a aquel sano idilio, tuvo una clarividencia momentánea: la de propia ruindad. Y por vez primera, apreció la hondura del vacío en que se encontraba. Vacío de ideales, vacío de amores, vacío de amistades sinceras, vacío de familia, vacío de obras, vacío de creencias; sin más propiedad que la lanceta emponzoñada de su malevolencia infatigable y cobarde. Todos los días más de su vida de fango volvieron a heder en su pecho. Todas las miserias de su baja moral se concentraron en su presente crisis. Todas las septimias de sus ideas disolventes se rebulleron de nuevo en el lago amargo de su conciencia derrumbada. Y del golfo, y del socialista, y del revolucionario, y del pendenciero, quedó en el espíritu de Atilano el eterno producto de la época mejicana, hernia y tizón, postema y clavillo, en el seno mismo de aquella revolución y de aquella sociedad zarandeada: *el chinche*.

El chinche entró de nuevo en acción. Su lema: fastidiar. Su sistema: la hipocresía. Su método: la cobardía. Su arma ¡sacrílego!: ¡la Ley!

¡Qué buen látigo es la Ley, en manos de los sayones! ¡Qué fácil es apalea a los perros cristianos, con el palo sagrado de la Ley!

Un día, en Querétaro, en 1917, se reunieron los carrancistas, y produjeron una nueva Constitución. Pero en aquel venerable documento, aparato que debía ser en defensa de los intereses de la comunidad, hacían falta unos garrotes. Al hombre más distinguido le sirve siempre un garrote tras de la puerta. Esto no lo pensaron ahí en Querétaro los legisladores: lo pensaron los jacobinos. No fue obra de los constructores, fue locura de los iconoclastas. Y entre la sonora majestuosidad de esa Constitución, que repitiendo axiomas cristianos, protegía con su manto las dignidades proletarias, chilló desafinado, estridente, inesperado, intempestivo, con el silbo de una culebra en un concierto de ruiseñores, la blasfemia antilibertaria de los artículos nefastos.

Un artículo contra la libertad de enseñanza, el Art. 3º: Toda enseñanza será laica, aún en los colegios particulares.

Un artículo contra la libertad de prensa, el Art. 7º: Los periódicos de carácter confesional, no podrán informar ni comentar hechos políticos.

Un artículo contra la libertad de asociación, el Art. 5º: Se prohíben las órdenes religiosas. Se prohíben las organizaciones políticas relacionadas con alguna religión.

Un artículo contra la libertad de profesión, el Art. 3º: Los sacerdotes no pueden dirigir colegios. Los sacerdotes extranjeros no pueden fungir en la República. Todos están sujetos a la suspensión civil de su ministerio, según el Art. 130.

Un artículo contra la libertad de propiedad, el Art. 27: Templos, colegios, curatos, obispados, asilos, todo pasará a ser propiedad de la nación. Los sacerdotes no podrán heredar ni testar libremente.

Un artículo contra la libertad de creencias, el Art. 130: Las fiestas religiosas confinadas a los templos. Los templos y los sacerdotes, a merced del gobierno civil.

Y la Constitución de 1917 guardó tras de su puerta gloriosa el garrote antirreligioso de un mazo de cuerdas flagelantes.

¿Por qué fue antirreligioso? Para tener largo alcance. Si fuera anticientífico, no habría llegado a los sapientes. Si fuera anti-

aristócrata, habrían escapado de él los plebeyos. Sólo un flagelo antirreligioso podría azotar las espaldas de un pueblo entero. Sería óptimo instrumento de venganza contra cualquier víctima: contra un rico, contra un pobre, contra un sabio, contra un proletario, contra un hombre, contra una mujer, contra un viejo, contra un niño.

Porque era sencillamente antirreligioso, y el delito religioso era el más fácil de encontrarse en el pueblo mejicano.

La Revolución, si quería ser sinceramente redentora, no necesitaba de esa antinomia. Por eso en los programas de Carranza, no aparecía. Los luchadores de buena fe nunca pensaron en ese término. Los mismos "opíparos" no soñaron con esa blasfemia cristalizada. Los mismos "matasietes" podrían vivir su vida orgiástica sin la monserga de esos artículos. ¿Quién entonces los ideó? ¿Quién los gestó? ¿Quién los abortó, en medio de la sorpresa estúpida de la misma asamblea constituyente? ¡Un cerebro anormal! El hombre maléfico: ¡el chinche! Con sus minúscula pandilla de media docena de chinches. Y esa media docena, hizo inclinarse a todo un Congreso Constituyente, y amedrentarse a todo un pueblo.

Y el garrote quedó ahí, por obra y gracia de unos cuantos chinches, a disposición de cada chinche que germinara en cada tiempo y en cada lugar.

Atilano Banda era un chinche. Se relamió las fauces de orangután al pensar en aquel basto sagrado, en aquel cómodo garrote, aureolado en su mente sacrílega con el venerando apellido de la Ley.

Atilano armado de semejante instrumento se sintió vengado, fuerte, triunfador, invulnerable.

Con aquella única cachiporra le bastaba para herir a todos sus odiados: a Ponce, el ingeniero; a Margarita, la noble; a Don Guillermo, el laborioso; a los hermanos, al cura, a los munícipes, a las muchachas, a los mismos altos mandatarios. ¡Ah, qué buen látigo es la Ley en manos de un sayón! ¡Qué fácil le era a Atilano apalea a todo perro cristiano, con aquel palo sagrado!

El endriago se encerró en su cuchitril, noche a noche. Compró unas manos de papel de oficio, puso cinta nueva a su maquina portátil, consultó un carnet manuscrito que le había regalado otro chinche su amigo, y trabajó con tesón unos cuantos días. Desde su mesa despintada tendió su hilo venenoso. Había

que explotar el texto de la Ley, por él resumida en aquellos solos artículos. Y no sólo el texto, sino el espíritu, el mismo que animó a la minoría chinche que los impuso. Había que apelar al cielo por la Ley. Un sistema frío de denuncias, un calculado sistema de azuzamientos, era fácil y seguro aplicarlo sin más recursos que el garrote legal en manos de la malevolencia concentrada.

¡A la obra!

Al margen un sello garigoleado, con su águila rebelde. "Estados Unidos Mejicanos" -Comisión Agraria.- Sany. Zac.-C. Gobernador del Estado.-Palacio de Gobierno.-Zacatecas.- (Aquí comienza el garbo). El desempeño leal y sincero de mi comisión revolucionaria, me obliga a comunicar a usted, pidiendo justicia, los hechos siguientes:

1º El ingeniero Arturo Ponce, de filiación clerical, congregante jesuita, Ingeniero en Jefe en el Campamento B de la Compañía Explotadora de Bosques, de la Sierra de Mochis, Zac., ha organizado festividades religiosas, la última de ellas el 12 de diciembre, haciendo que se diga misa en campo raso.

2º El mismo Ingeniero, con ocasión de las llamadas fiestas guadalupanas, ha organizado una agrupación política de tendencias clericales.

3º El mismo Ingeniero Ponce, se atreve a defraudar los salarios, imponiendo a los trabajadores una contribución o limosna para dichas beaterios.

Como estos actos son evidentes violaciones de la Ley, (esta palabra fue toda en mayúsculas) respectivamente en sus artículos 24, 130 y 123, con todo mi carácter (aquí se infló Atilano) de Representante de la Comisión Agraria, ruego a usted, señor Gobernador, ordene se proceda en contra del susodicho Ingeniero Arturo Ponce.

Sufragio, efectivo. No reelección.

Sany,Zac...de enero 1923

Atilano Banda.

Agente de la C. A.

Con copia al Secretario de Gobernación.

Con copia al Secretario de Industria y Trabajo.

Con copia a la Cía. Explotadora de Bosques.

Con copia al Comité E. de la Sociedad Anticlerical Mex.

Con copia a la Revista "Rumbos Nuevos", órgano de la misma"

Otro para empujar.

“Señor Gobernador del Estado:

Los que suscribimos, ansiosos de ver realizadas las promesas de la Revolución, comunicamos a usted que el Presidente de este Municipio se ha echado en brazos de los clericales, es compadre del cura, lo visita, y permite que en sus barbas (las del Presidente) se viole la Ley, pues el cura es hasta medio gachupín, cosa prohibida en el Art. 130 de la Constitución, con quien celebra críticas de la Ley, violando también el mismo artículo.

Esperamos de su íntegro revolucionarismo (sic.), señor Gobernador, haga imponer la Ley aplicando al dicho indigno Presidente Municipal el debido castigo.

Sufragio, efectivo. No reelección.

Sany,Zac...de enero 1923.

Firmados:

Atilano Banda.Atilano B.

A. Banda

Con copias...(Aquí la misma letanía de sucursales)”.
La chispa prendió. El Gobernador, mal de su grado, previéndose contra el alboroto de la Liga Anticlerical y de la revista “Rumbos Nuevos”, dio severas órdenes para proceder contra Ponce, y dictó auto de extrañamiento contra el Presidente Municipal. La Liga Anticlerical, en la ciudad de Méjico, prestó debida repercusión al chisme, atronando las orejas de los radicales ministros Tejeda y Morones.

Una buena tarde, el ingeniero Ponce, en la quietud del campamento, como prueba sensible del garrote sacroempuñado por el chinche, recibió la comunicación siguiente:

“Compañía Explotadora de la Sierra de Mochis.
Gerencia.
Ave. Bucareli 304.-Méjico, D.F.
Teléfono Ericsson: 6-20-20. mexicana: L-86-21.
Cable: MICHIS-.Ap. Postal 345.
Sr. Ing. Arturo Ponce.
Campamento de Chalchihuites, Zac.
Estimado Ingeniero:

Ya debe usted estar informado del alboroto armado por los radicales, con motivo de la participación que usted ha tomado en algunas cosas religiosas.

Esta Compañía siempre ha estado satisfecha del trabajo de usted, y lee su nombre con orgullo en las listas del personal; pero

esto no quita que de estas agitaciones se resistan gravemente los intereses de la Compañía.

Rogamos a usted evite en lo venidero todo acto que dé pretexto a los agitadores contra la Compañía, absteniéndose de participar en obras para nosotros muy respetables, pero que en las presentes circunstancias nos comprometen.

Quedamos de usted, estimado ingeniero, afmos. attos. y Ss. Ss.

Cía. Explotadora de la Sierra de Mochis”.

El tentáculo de Atilano Banda dio pruebas de su perversa longitud. En la soledad del campamento, con la frente envuelta en la brisa helada, a la espalda las manos, y en el alma el gusanillo de la conjuración, el digno ingeniero evocó la figura deleznable del *chinche*, una de tantas sanbandijas de las que él a diario destripaba con su bota fuerte claveteada.

Al día siguiente, el ingeniero Ponce contestaba:

“Si mi conducta –decía– daña a los intereses de la Empresa, pueden ustedes cuando gusten ordenar mi retiro”.

La Compañía respondió, reiterándole su confianza.

Un mes más tarde, nueva carta sobre el asunto. Eran lodos de los mismos polvos.

“Estimado Ingeniero:

Con pena comunicamos a usted que la Compañía sigue sufriendo ruidos ataques, con pretexto de que usted observa ciertas prácticas religiosas. Últimamente se nos ha amenazado con un boicot de parte del Gobierno y un recargo de consideración en las contribuciones forestales.

Estas molestas maniobras, debidas, según sabemos, a intrigas de la Liga Anticlerical, en mala hora azuzada por alguna persona de Sany, nos pone en la dolorosa necesidad de prescindir de los óptimos servicios de usted como Ingeniero en Jefe del Campamento B en Mochis.

Somos los primeros en lamentar la brusca medida, que sólo es repercusión de la injusticia que contra la Compañía se está cometiendo.

Acompañamos en cheque contra el Banco de Londres y Méjico el valor de tres meses de sueldo, como indemnización a usted debida, y le prometemos presentarlo ante cualquier negociación similar, en donde usted pueda desempeñar quizá con mayor libertad su eficiente trabajo.

Quedamos de usted siempre a las órdenes, sus attos. Servidores y amigos.

Cía. Explotadora de la Sierra de Mochis”.

Para el hombre honrado, joven y fuerte, que tiene ya bien marcada la trayectoria de un porvenir, fundada en la base de su honradez incommovible, una sorpresa de estas es un golpe de maza que le entonetece el cerebro. Su porvenir, matemáticamente calculado sobre los factores de su trabajo y de su amor, quedaba horriblemente desnivelado, volcado, en la ridícula postura de una obra maestra que se derrumba...salir de ahí, de aquel jardín opulento, salvajemente frondoso, regado por la mano misma de Dios...Dejar aquellas vecindades dulcísimas, aquel Sany de las casitas blancas, que él divisaba cada tres o cuatro días desde las cuestas de Cantuna...¡Dejarlas a ella, a ella, a Margarita, confiando los hilos de su amor al frágil canevá de una insuficiente correspondencia!...Volver a las grandes ciudades, a orientarse de nuevo, a colocarse de nuevo, a enderezar el barco ladeado, lejos de ella, con la perpetua pena de las prórrogas para el retorno feliz y conquistador de las nupcias...

¿Y todo por qué? Porque a Atilano Banda se le había ocurrido. ¡Una catástrofe causada por una oruga!

¿Es posible, se preguntaba Ponce, que las orugas puedan tanto? El hecho le contestaba. Pero ellas ¿son invulnerables, son invencibles? La figura desgarbada de Atilano ante él se dibujó en todo su ruin mezquindad. Reunió entonces sus recuerdos. Todo Sany temblaba bajo el azote sórdido de aquel cobarde e hipócrita. ¿Quién era Banda? Un pigmeo, un nulo. Y ese nulo acogotaba a todo el vecindario. ¿Quién dice, se preguntó el Ingeniero, que no debe uno defenderse de ese áspid? ¿Por qué debemos todos estar sujetos a la baba corrosiva de su insolencia? ¿Por qué?

Pero ¿es esto cristiano? ¿No pienso acaso por venganza?

—Perdona— le dijo dulcemente Margarita. ¡Perdona! Esa es la orden que te doy.

Ponce obedeció al amor y perdonó. Su problema fue diestramente resuelto. Tenía dinero en ahorros. Tenía espíritu de actividad, brazos y cerebro. Y sin dejar aquellos risueños aledaños, donde anidaba la paloma de su amor, se asoció a los hermanos de Margarita, para trabajar con todo el empuje de su fuego y de su amor en aquella hacienda bendita de El Vergel, donde el sol de otros tiempos jugaba con los bucles de su amada.

Atilano Banda se sintió defraudado en sus esperanzas. El garrote legal no había logrado acabar con la víctima. Y prosiguió.

Un nuevo escrito denunció a los amos de El Vergel, de violar el Art. 3º. Por facilitar la instrucción religiosa en la hacienda.

Y un nuevo oficio, en la extrema villanía, dirigió el tiro certero contra la misma Margarita.

Había organizado la activa muchacha una Academia Femenina, en la casa de Zayas. Unas veinte o treinta chicas se dedicaban a labores y arte, bajo la dirección de las mismas amigas.

Atilando Banda denunció el hecho. Era una violación flagrante del Art. 3º por ser alumnos todos católicos y por haber un día invitado al cura.

Más aún, la casa misma debía decomisarse a sus dueños, por mandarlo así el artículo 27.

La denuncia recalentó todos los ánimos en Sany. Cada víctima directa o indirecta rugió indignada. El hacendado, el Presidente, el Juez, las alumnas, el dueño de la casa, las familias de las alumnas, todo mundo se estremeció al golpe del latigazo hipócrita. ¡Aquello rebasaba! ¡Se desbordaba el cáliz!

Un "pelado" se aventuró a decir:

—Yo pondría remedio a esto.

—¿De qué modo? —le había preguntado otro.

—Con mi cuchillo... ¡y ni hacía pecado!

El mismo Gobernador del Estado se fastidiaba con aquel hombre chismoso. El Gobernador, desde la altura de su puesto, comprendía lo que valía en la práctica gubernamental, el disimulo en cuanto a esos artículos agresivos. Pero Atilano Banda le hostilizaba, y le toreaba, y le cercaba, con sus fáciles maniobras de resultados tempestuosos.

La Academia se cerró. Margarita, herida, ofendida, entró en su hogar con la convicción de una derrota humillante...

La carta de una amiguita de Zacatecas, le esclarecía la razón de su pena. Decía así:

"Zacatecas, el ...de febrero de 1923.

Maggy:

La señora del Gobernador me ha contado lo que has sufrido. Pero consuélate. Todas te queremos más ahora. El mismo Gobernador, según dice la señora, está muy apenado. Y dice que ya no saben qué hacer con ese hombre, causa de tantas calamidades. ¿Sabes quién? Banda.

Aquí mismo todos reniegan contra él.

Consuélate pues. Los hombres pasan y las virtudes quedan.
Las obras de la virtud son inmortales.
¡Adiós! Salúdame a tu Arturo.
Te besa
Concha”.

XVI

EL CABALLERO DE LA LANZA EN RISTRE

¡Había un hombre! Un hombre que amaba, y que sentía. Era el ingeniero Arturo Ponce. Cuando llegó a sus oídos que el *chinche* había lastimado directamente a Margarita, se estremeció de pies a cabeza, y se envolvió en un agrio escozor que le baño la piel entera. Un tizón encendido sintió en la frente y en las manos un hormigueo febril contrajo sus dedos.

Por la parte, ensilló su caballo, y sin decir nada a nadie, tomó el camino de Sany.

Al trote del buen potro, sus ideas se asentaban, y sus calenturas se entonaban. Las frescas ramas de los sauces golpeaban su gorra tejana y rayaban su “trinchera” de gamuza. En su cerebro hervían mil ideas encontradas. El quería esclarecerlas, purificarlas, legitimarlas. ¿Iba a vengarse? Su conciencia le decía que no. ¿Iba a vengar a su amada? ¡Si! Pero no era eso sólo. Iba a defender a todo el pueblo. Iba a aplastar la oruga. ¿Tocaba a él hacer esa justicia? ¡El no quería pensar! El juicio estaba hecho, la sentencia estaba dada. En la conciencia de todos, en el aire que se respiraba, en el terror general, desde el Presidente, el Gobernador, todos. Hasta el mendigo, todos señalaban al delincuente, todos masticaban la palabra de la sentencia. Sólo faltaba quién la aplicara. ¿Podría aplicarla él? ¡Nadie se atrevía! Era exponerse a morir, exponerse a caer. Entonces aquel papel era un papel era heroico. El nimbo del heroísmo iluminó las sombras en su cerebro. ¡Eso es lo que faltaba! ¡Un hombre heroico!...

Las sombras envolvían la montaña, en el silencio de la noche crujían las ramas secas trituradas por las pezuñas del corcel orgulloso...Las alimañas serpeaban ocultas en la hojarasca. Arturo horadaba las tiniebla...Un nuevo pensamiento, como un hachazo, desbarató de nuevo la construcción de sus ideales. Y lo que iba a hacer ¿sería un pecado? ¿Es pecado ser héroe? ¡Mi heroísmo será

penado por los hombres y castigado por Dios! ¿Podré yo matar a un hombre, por salvar a todo un pueblo?...El tormento en la conciencia retuvo la marcha. El camino se hacía penoso. Se acercaba la hora. Una visión fulguró entre las sombras intensas. ¡Margarita! Sí, pensó el Ingeniero, solazándose en la celeste imagen. Dulce amor, eres tú la que intimó mi resolución. Por ti sentí el ultraje, por ti medí el mal, por ti concibo este plan temerario...Pero, ¿es esto pecado?, volvía a preguntar la conciencia. Los primeros farolillos de Sany le hicieron estremecer siniestramente... En vez de contestar a su pregunta, llevo la mano derecha al cinto y comprobó la portación de la pistola. Un sudor frío bañó su cuerpo. El nunca había matado. Si, ya lo recordaba. Un día, en la Huasteca Veracruzana, había matado a un leopardo que rondaba hambriento y feroz la choza de una familia. Y la familia, una mujer y dos niños, le habían besado después las manos...¿Acaso aquél no era peor que una fiera? Una fiera sin hambre y sin valor; una fiera cobarde e hipócrita. ¡Matar! ¡Palabra horrenda! ¿Pero no es a veces vivificar? El sembrador mata el grano, y nace el trigo. El héroe mata al monstruo, y vitaliza la patria. David mató a Goliat, y es celebrado. La justicia humana permite matar, la justicia divina, lo permite también. ¿Será esto un heroísmo o será un crimen? Puedo consultar...Pero consultar es vacilar y vacilar retroceder y retroceder es fracasar. ¿Es mi conciencia la que me arredra o es el miedo a mi propia incomodidad? ¿Es o no es ese hombre el azote feroz del pueblo? ¿Hay en el mundo quien nos haga justicia contra él? ¿Tiene o no tiene derecho el pueblo de Sany a defenderse contra ese bandido? ¿Puedo o no puedo yo ser el brazo defensor de ese pueblo, en el que vive y sufre la prenda de mi amor?...Y una límpida voz, en la conciencia, le gritaba: ¡adelante!

Entró en la ciudad. El caballo golpeaba las baldosas de las primeras calles. Pero...¿y si la conciencia me engaña? ¿Si es ella cómplice en esta intempestiva incertidumbre? Ahí está el dulce hogar de mi amada. Ignora mi presencia. ¡Qué lindas ventanitas! ¡Qué suave el fulgor de aquella lámpara rosa!

Ponce siente la tentación de detenerse. Oye de pronto el arpegio del piano. ¡Es ella! En la penumbra de la calle, se detiene, contempla con ternura la linda figurilla. Es talle bien ceñido, la manga apretada hasta el puño. La espalda perfecta. La nuca de ágata. Los bucles abiertos en dos crenchas flotantes. ¡Linda, seductora! Pero detenerse es retroceder; hablar es flaquear. Al sentirse novio, desaparece el hombre. Busca una caricia, es resistir a

la gloria. El Ingeniero titubea. La conciencia se estremece una vez más. ¿Seré un héroe, o seré un criminal?...En la estancia, Margarita ha sonado un preludio...Y canta...Parece reconocer aquel canto. Lo oyó hace muchos años. Sí, es el mismo. ¡Oh palabras divinas, que caéis en el alma que os ansia! Margarita evoca la noche gloriosa de su niñez, artística. ¡Aquel canto es el himno de Jahel!

“¡Bendita entre las mujeres...”

El Ingeniero no pensó más. Se afirmó en los estribos, movió las riendas, y se apeó frente a la tétrica vivienda de Atilano Banda. Y llamó con dos fuertes puñetazos sobre la puerta.

—¿Quién es? –gritó asustada una pobre vieja.

—Soy el Ingeniero Arturo Ponce, busco a Atilano Banda.

Había en aquellas palabras un sabor tan hosco, tan feroz, tal altivo y tan resuelto, que tronaron como una erupción volcánica en las orejas y en la conciencia del propio Atilano, que en la pieza contigua se encontraba. Y el chinche lo adivino todo aquella aparición era su ruina.

—Ahorita viene– dijo la pobre vieja.

Ponce, sin esperar, entró tras la vieja. El quinqué de petróleo iluminó el rostro del ingeniero. Banda lo miró, y vió en él tan terribles destellos, intuyó tal rayo de la justicia vengadora, inexorable, que antes de escuchar la primera voz tonante del vengador, sin tener asaduras para enfrentarse con aquel hombre en cuya traza miraba toda la iracundia de un pueblo, con toda la desgarrada cobardía de su especie, se arrancó de la silla en que estaba sentado, en una zancada alcanzó la puerta, brincó sobre una cama, salió al patio, saltó una cerca de piedras, y desapareció entre las sombras.

Fiero y terrible, como una estatua quedó el ingeniero. Con los brazos cruzados, con la frente hormigueante de furor, con la rabia incontenible del fracaso, con el desprecio más humillante para la sabandija escurridiza...y con el problema agudizado por aquel mismo conato infructuoso. ¡Ah! ¡Miserable! ¡Y qué tranquila hubiera quedado mi conciencia si te hubiera derribado a mis plantas!

Como fiera enjaulada se paseó largo rato por la sala del cubil, mordiendo los labios de rabia. ¿Esperaría? ¡Si! Esperaría. Hasta media noche, hasta el siguiente día. Pero el paso no debía quedar a la mitad.

Atrancó las puertas interiores. Metió el caballo, apagó el quinqué. Y se apostó, como un león, frente a la entrada. La vieja había también desaparecido.

El ingeniero sentía un horrible deleite en permanecer ahí. Arrancarse de ese lugar, era dejar su obra incompleta. Dejar con la vida a Atilano, era prolongar el suplicio de aquel pueblo, y más que todo, el de su amada. Su furor primitivo se confundió con la vergüenza del golpe falso. ¡No, no era posible! ¡No fracasaría! Era hombre, y no podía retroceder. Y continuó clavado, como un monstruo terrible a la puerta de aquella caverna.

Noche, muy noche, cuando ni las luces ni las estrellas iluminaban el caos de aquellas horas, escuchó ruido de pasos.

—¡Quién vive! —grito Ponce con el más feroz rugido.

Y una voz dulce y tierna, voz de amor y de cielo, contestó con el matiz indefinible de la más delicada ternura:

—¡Arturo!

Era Margarita.

La fiera se transformó. Todas sus rabias amainaron, todos sus rencores se suspendieron, todo su arrebato se aquietó, y entre el espumarajo de su tempestad interior, brotó un rayo de ternura, como el fulgor de una estrella en noche de tempestad.

Margarita no venía sola. La acompañaba su padre y el Presidente. Ella estaba pálida, demudada, le castañeteaban los dientes.

—Vámonos, Ingeniero, le dijo el Presidente. Ese desgraciado no volverá ya.

Y ahí mismo, en la oscuridad, apenas horadada por una linternilla eléctrica, el Presidente contó al ingeniero cómo la vieja había llegado temblando a decirle lo que había pasado, y cómo al mismo tiempo supo que Atilano pedía, con una cara larga de terror, un caballo prestado para alejarse a toda prisa del pueblo.

Y efecto, unos quince días después, una carta de Atilano comunicaba que este pigmeo había ido a caer de hocicos hasta el otro lado de la frontera con Estados Unidos.

Sany respiró. Todas las clases sociales se sintieron liberadas. El ingeniero Ponce era el benemérito.

Margarita se sentía orgullosa de él.

El ingeniero, mientras tanto cavilaba. Se había puesto tristón, meditabundo y pensativo. Aquella aventura había agitado profundamente todo su ser intelectual y moral. Urgía en él un minucioso inventario, una rigurosa revisión de su conciencia. El se había resuelto matar a Atilano Banda. La ausencia definitiva de

éste había sido un óptimo resultado. El heroísmo se cumplía, sin los peligros morales del crimen.

Pero, ¡y si lo hubiera matado!...

El hecho no se había realizado, pero el problema quedaba planteado en su cerebro con todos sus complicados detalles pavorosos...

**LIBRO
SEGUNDO**

XVII

LUNA DE MIEL

¡Se casaron por fin!

El mes de abril, sentado en el regazo de la maga primavera, les vio pasar, envueltos en sonrisas y azahares, un buen día de 1924.

Si el curioso lector no fue invitado a la boda, que formó época en los fastos de Sany, consuéllese, que el que esto escribe sufrió el mismo desaire.

Y si desea el lector noticias de la novia, y si hace la pregunta sacramental de “¿y cómo estaba ella?”, cierre sus ojos, envuélvase en su sueño de poesía, acumule todos los encantos que de Margarita han quedado esparcidos a lo largo de esta viviente historia: imprégnelos de luz divina, blanca y radiosa, y caiga de rodillas, que lo que ante el lector surgirá será el virginal hechizo del amor encendido en el fuego sagrado del Amor Vivo. ¡Salve, mujer! ¡Salve, esposa! ¿Quién podrá dar forma de palabras a los afectos que sugieres? Flor de azahar, envuelta en tul de espumas, blancas y pura desde la frente hasta las telas últimas del espíritu. Saliste del templo, como un ángel medroso que desconoce la tierra...y te apoyaste en su *brazo*, para sostenerte y para guiarte...Y él sonrió complacido y orgulloso ante la envidia que se asomaba por mil ojos. ¡Se había adueñado de un ángel!

—¡Margarita! ¡Margarita! ¡Flor de pétalos blancos, y de corazón de oro! ¡Eres mía!

Así pensó, que no habló, el esposo.

El tiesto del hogar, que adornaba las dulzuras de Sany, quedó roto. La flor del querubín de las crenchas de oro, fue trasplantada a El Vergel.

Nueva vida de belleza, de virtud y de amor, estremeció la hacienda entera. En un rinconcito penumbroso y radiante a la vez, con sombra de rocas y de árboles por un lado, y bruscos golpazos de sol por el otro, ahí asentó la dilección de su nido el ingeniero Ponce.

¡Ingeniero y galán enamorado! ¡Cómo estaría aquello! Técnica y romanticismo, ciencia y arte, cultura y amor. Viajes, estudios, experiencias, ensueños ideales, capítulos todos de la basta erudición de Ponce, vinieron prestos en consejos, para sugerir la idea, para trazar los planos, para escoger maderas y cementos, para elegir colores de mosaicos y azulejos. Y los rudos albañiles conocieron misterios ignorados de construcciones modernas; y las hembras humildes se extasiaban ante aquellas arcadas airoosas y leves, de remembranzas venecianas. ¡El mobiliario! ¡Qué asombro! ¡Qué sobriedad, qué gracia, qué elegancia! Un vergel en medio de otro vergel. Semillas del país y de tierras lejanas vinieron a germinar en el jardincillo frontero. Simetría, previsión, todo pensado, todo medido por el cerebro del galán, que era un ingeniero, un constructor. Nido pequeño, alcoba de amor, saloncito regio de recibir, bufete chic de estudio, comedor de aristocrática intimidad, salita de hada para la *rueca y el hueso*, pieza de baño robada a gran hotel neoyorkino, despensa bien distribuida, con armazones y anaqueles, cofres y depósitos técnicamente calculados. Cocina de *pullman*, pequeña y completa, alegre y rutilante. Y tras los corrales, discretos y mesurados, con conejeras como copas sobre mástil y ponederas calientitas para aves domésticas, un cuarto grave y macizo, especie de taller o de fábrica, con una modernísima planta doméstica de energía eléctrica, que bañaría de luz, noche a noche, cámaras y porches, jardines y pórticos.

Ahí anidó la diosa. A cien pasos de la casa grande, reconstruida, en donde quedaban las habitaciones de padre y hermanos, y las oficinas de la hacienda.

La luna de miel se filtró al través de enramadas y trapeadoras; endulzó madreSelva y caracoles, que ensombrecían rumorosos y perfumados las ventanas múltiples y amplias, veladas con vasillos rozagantes de barritas de bronce.

Ahí emprendió Margarita con señorial maestría, esa lucha íntima de conquista plena, de ese período que el vulgo ignorante o engañado apellida irónicamente luna de miel.

Ahí ambos pichones consolidaron los cimientos de esa unión perpetua, única, indisoluble, bosquejada en el noviazgo, iniciada ante el altar, consumada en la alcoba, y perpetuada en la mutua comprensión de los espíritus, en la fusión de los ideales, en la conspiración de los planes venideros, en el continuo sacrificio de las inclinaciones o defectos individuales.

Margarita acertó. Bien preparada en la escuela del hogar, madre adoptiva de sus hermanos y de Don Guillermo, sabía de corrido los mandamientos y las manos hacendosas, el secreto de la ropa lista, y del almuerzo a punto, que cautiva la parte prosaica de los más románticos galanes. Culta y previsora, consciente de su misión de atractivo del hogar, cuidó que el oro de sus bucles, y el carmín de sus mejillas, siguieran siendo para el esposo el encanto que fueran para el novio.

—¡Anda! —le decían algunas ignaras—. ¿Para qué te arreglas si estás en el rancho?

Y ella respondía:

—Para que Arturo se sienta en París.

¡Que jugosas confidencias brotaron de aquellas almas cuando la tirantez amorosa de los primeros días fue aquietándose y transformándose en una confiada convivencia: cuando ella y él pudieron entrar y salir libremente de casa o de cámara, sin temor de herir la vidriosa susceptibilidad del otro!

¡Con qué seriedad hablaron de lo porvenir, y acariciaron de común acuerdo esa virtud que se llama previsión!

Coquetamente, él sentado en su escritorio, ella echada de codos cerca de él, cosquilleándole las recias orejas con el ramal de la cabellera, redactaron y firmaron documentos de futura habilitación. Una póliza de Seguro de Vida, por él. Un Seguro Dotal, para el último de sus hijos futuros.

Con qué juiciosa conformidad resolvieron el problema de la alcancía para ella, puesta en lugar seguro, el más seguro que pudieron discurrir: una cuenta corriente en dólares en el *Nacional Bank of Commerce*, de San Antonio de Texas.

Monumento de salud, sangre y alma, rosa en las mejillas, energía en los músculos, tal fue el regalo de bodas que Margarita aportó al broncinero galán, y tal fue el talismán que ambos acordaron conservar como requisito indispensable para una eterna felicidad, fecunda y alegre, remota de achaques ridículos y de chochees tempranas.

—¡Margara, Margarita, Margaritona! –le decía el esposo efusivo, en íntimo arranque de admiración por su salud espléndida–, tú no debías ser “margarita”, debías ser “amapola”.

—Es que la amapola se queda para el corazón. ¡Y qué talante de reina desplegaba Margarita cuando su ingeniero la presentaba en las fiestas aristocráticas de Sombrerete y de Chalchihuites! ¡Qué orgullo tan noble y tan fundado henchía el corazón de Arturo, al contemplar la gracia y la elegancia de su *dama*, al oír los cuchicheos de admiración, casi de envidia que brotaban ante él, dueño y señor de aquella mujer bella y distinguida de pies a cabeza!

—¡Majestad! –le dijo Ponce en cierta ocasión, al despojarla del rico abrigo de pieles, de vueltas de una regia velada.

Ella, halagada y tierna, respondió:

—Mi señor ingeniero, abra sus brazos para sentarme en mi trono.

Ponce reventaba de felicidad. Ni en el cielo ni en la tierra habría encontrado otra mujer como aquella.

Porque era, ante todo, lista. Lista para atrapar el amor, para atizarlo, para precaverlo, para inmortalizarlo, pendiendo, par la eternidad, en la gracia de sus bucles de oro.

Porque Margarita no había desoído los mil y un consejos que, santos y mundanos, curas y filósofos, libros y periódicos, han dejado regados en la senda del psicólogo saber. Su mirada comprensora, confirmó la conseja popular de que nada es perfecto en el mundo. Y apechugó con las pequeñas disonancias de carácter o de costumbres que en su ingeniero descubrió. Que él prefería cojines. Que él gustaba de leer en voz alta cuentos de revistas por las noches; ella, que prefería soñar, escuchaba con lela atención los episodios policíacos que a él conmovían. Que él prefería los potajes un poco más salados; ella amoldó su gusto y aprendió a comer con más sal. ¡Adaptarse! Ese fue su secreto, para ser feliz y hacer feliz.

Así corrieron aquellos primeros mese de mutuos invisibles vencimientos, hasta conquistar la completa unificación, dos seres en una sola alma, que vaticinaron los Libros Sagrados.

La esposa joven había sustituido su infantilismo de nova, por una graciosa y sería cordura de matrona en botón. Y quien la hubiera escuchado alternar con Ponce sobre los planes futuros, hubiera admirado casi a una filósofa que se apoya en los princi-

pios inmovibles del cristianismo. La finalidad de entrambos estaba para ellos perfectamente definida: amarse, una e indisolublemente. Para ello, ser buenos, casi santos. Luchar, por tanto, contra sus propias debilidades y contra los enemigos de su felicidad; y para triunfar, pedir a Dios fuerza, y constancia, y gracia, y amor. Ser, entonces, piadosos. Ser fervorosamente religiosos. Y así lo fueron. Con sobriedad, con distinción, con conciencia. Más allá... ¡los hijos! ¡Todos los que Dios quiera! Heredar en ellos la propia felicidad, y para ello, la misma fe y el mismo vigor. Hacerlos también sanos y buenos, laboriosos y ricos, sensatos y cristianos. Por tanto, pensar en el remoto problema de la educación. Fruto de sus entrañas, alimentados con el sudor de ellos, regados como flores con sus lágrimas y con sus besos, ellos, ¡sus padres! ¡él y ella! ¡Arturo y Margarita! Los cultivarían como plantas delicadas, hasta hacer de ellos los cedros del Líbano, que conquistarán el cielo...

Ambos pensaban acordes. Sus almas progenitoras vibraban al unísono. Aquel *chalet* paradisíaco (si hubo chalets en el paraíso) sería el relicario de una familia feliz.

Aquel pensar delicioso abría ante ellos el ideal social. ¿Qué es la sociedad? El conjunto de familias. Ellos pondrían el modelo trabajarían, ahorrarían, educarían. Y cuando hubiera muchas familias como la de ellos, cuando por todo el valle se multiplicaran casitas como la de ellos, cajas de música con flores de amor y pájaros de inocencia cuando todos cultivaran y realizaran los mismos ideales, entonces habría también una patria feliz y noble y rica, sobre la base progenitora de una justicia y cristiana...

Y pusieron sus ojos en el hogar. Que quien mejora su hogar, hace patria.

*

La señora... “viviente imagen de la madre muerta”...supo descubrir otro resorte que cimenta en los esposos jóvenes la felicidad. Porque fue tal su adhesión al marido, a su galante ingeniero, que sentía ella, muy claro, la vocación del teodolito y de la escuadra. Y se asomaba con fruición al mar azul oscuro de los planos heliográficos que el ingeniero tendía sobre mesas zancoas, y gustaba de calcular medidas y tantear profundidades, y localizar riachuelos, y puentes los mismos que ella cruzaba en sus paseos matinales. Y no contenta con leer y saborear la leche blan-

ca del nombre escrito al pie: "Arturo Ponce, Ingeniero", gustaba de explicarse cada una de las líneas y de los signos en que sin duda su esposo dejaba prendidas las guedejas de su ingenio.

—Mira— decía ella con gracia encantadora—. De nuestro nido a la presa hay "un gеме". Un gеме vale...¿cuánto vale?

Y atentamente escuchaba la lección de las escalas dimensionales que él magistralmente la exponían en los planos topográficos. Con qué delicia, con qué deleite intelectual y sentido, Arturo Ponce cambiaba con ella impresiones sobre abstrusos temas técnicos. Cuántas veladas íntimas se sazaban con verdaderas charlas profesionales, que ella escuchaba con atención de colega entendido. Interesaría o no interesaría aquello a Margarita, averígüelo el lector; de todos modos, ella parecía absorta en los problemas de la resistencia de tales cementos, y en el declive de tal acequia, o en la eficiencia de tal máquina. Discípula más amante y más rendida no figuró nunca en los anales de ningún Instituto de artes Constructivas.

Es triunfal para el hombre sentirse maestro. Es dulce para la mujer beber sorbos de sabiduría en la cuenca del amor. Nuevo lazo que une con primor y con fuerza dos corazones. Por eso Arturo, sobre el sediento cerebro de su tierra amiga y esposa, trasegaba su cultura íntegra, unas veces gota a gota, entre el yantar sabroso o el pasear confortable, otras veces a borbotones ricos y espléndidos en las charlas nocturnas, sentados en el pórtico sobre mimbres blanqueados, o encerrados en el estudio, ante grandes libros ilustrados. Ahí descubrió Margarita que Ponce era un sociólogo. Ahí aprendió en él robustas vetas de ciencia y de acción, que ella no había sospechado en él. Ahí descubrió que Ponce era un luchador social, del campo católico, perfecto comprensor de la historia general y patria, observador de los acontecimientos, justificador de los valores, vidente, certero de los tiempos futuros, perpetuo anhelador de tiempos mejores, que él afirmaba ser posible conseguir. En cuestiones sociales era un coloso.

—Nuestra tierra— decía— se debate entre el liberalismo que pasó y el comunismo a donde tiende. En ambos encontrará la desgracia. Nuestro deber es marcarle la ruta salvadora y constructora de la democracia cristiana. El catolicismo social es desconocido entre nosotros. Y la culpa la tenemos los católicos. Las minorías todas han ensayado sus sistemas y los han impuesto. ¡Sólo la gente honrada no ha proclamado el suyo, y contando con

una masa de diez y seis millones de afiliados todavía se cree débil para imponerse!

Margarita, ya por cristiana, ya por esposa, admiraba aún más a su amado. Y gustaba de ver su retrato en las crónicas de semanas sociales, de congreso agrícolas, al lado de Anacleto González Flores, allá cuando media docenas de profetas se obstinaban en predicar en el desierto del borreguismo mejicano.

Aquel nido de amores fue una nueva cuna para Margarita. Una vida superior henchía la ya robusta vida de su espíritu. Su maternidad, bosquejándose en la secreta entraña, también se anunciaba en los albores de un nuevo espíritu. Su maternidad se extendería a grandes obras, a grandes empresas. De aquella casita irradiaría la limosna del ejemplo, y la lumbre de la idea...Sería el hogar doméstico ejemplo y pauta, ensayo y lección, mina y granero; y su fuego y calor se tenderían sobre la hacienda entera, y sobre el valle y sobre la región y sobre la patria. ¿Cómo no? Si él, el hombre, era un constructor en medio de la hecatombe miserable de los tiempos...

El sociólogo y el padre de familia se tendían ya la mano en la persona de Ponce.

—¿Sabes -le decía él a ella-, un problema muy triste que se nos presentará en lo futuro?

—¿Cuál?

—La educación de nuestros hijos. La escuela debe ser la prolongación del hogar. Y en Méjico se quiere que nuestro hogar sea prolongado con una cueva de ladrones.

Margarita escuchaba silenciosa, interrogante.

—Podemos ponerlos con las madres -se atrevió a observar.

—Las madres -añadió sentencioso Ponce- están haciendo el triste e involuntario papel de cómplices. Con su calidad de religiosas, están sirviendo de tapaderas al crudo laicismo.

—¡Los mandaremos al extranjero! ¡Los educaremos nosotros mismos!

—Serían mejores medidas...¡Ah! Si supiéramos luchar..¡Pero este pasguatismo imperdonable nos va a poner mañana en trances inconcebibles!

—¡Pues lucharemos por nuestros hijos!

—¡Lucharemos!...¡Hoy somos fuertes! Quizá cuando ellos nos pidan escuela, dentro de diez años, podamos darles escuela y no caverna.

Así se solidificaban los afectos y los quereres. Y los problemas generales, que en Méjico se presentaban pavorosos, eran estudiados con íntimo interés en aquel rinconcito de paraíso, cuajado de flores, ornamentos con nardos y con lirios, donde la madre selva, desflecada y opulenta, tamizaba la luna de miel, que rielaba mansa y callada sobre los cristales velados por cortinas policromas, donde una mujer linda y jovial prendía encantos en todos los rincones, donde un hombre de hierro y de fuego caldeaba el ambiente y encendía la carne y enardecía el espíritu con su ingenio, con sus ideas y con sus amores.

XVIII BERCEUSE

MARÍA LUZ

Nació en "El Vergel", el 20 de febrero de 1925, y fue bautizada en la Capilla de la misma

Hacienda el 5 de marzo del mismo año.

Sus padres: el Sr. Ingeniero Arturo Ponce y la Sra. Margarita Soler de Ponce.

Sus padrinos: El Sr. Don Guillermo Soler y la Srita. Amparo Matilde Vosher.

Como en Belén, alrededor de aquella cuna se postraron reyes y pastores. María Luz, o Marilú, como la llamaremos en adelante, entraba al mundo bajo los más halagadores auspicios. ¡La primogénita!

Caporales y mayordomos, medieros y colonos, todos fueron a felicitar a Don Arturo por el presente que Dios le había puesto en los brazos de su mujer.

Y por la alcoba de Margarita, tímidas y reverentes pasaron todas las buenas mozas de la hacienda, haciéndose mieles con la recién nacida, que mal ajo si se daba cuenta del alboroto levantado a su alrededor.

El día consignado en las esquelas se celebró el bautismo. De luengas tierras vinieron los invitados. El Cura de Sany, tumbado en su poltrona de inválido, algunos ingenieros del memorable campamento, un médico de la Compañía, acabado de llegar de la

Capital de la República, y el *bouquet* en la masa de las rapazas de Sany, que venía a hacer indiscretas preguntas a la experimentada Margarita.

Música: la de El Vergel, alternando con la típica de Sany, antigua creación de Margarita. Hospedería: la casa grande, remozada por el trajín ufano de Don Guillermo y los muchachos. Bufet: el comedorcito del *chalet*; fumador: el salón de recibo; y sala de sano discreteo el porche frontero, pavimentado con mosaico y ornamentado con helechos.

La capilla ardió como ascua. Los monaguillos se lavaron la cara, y la *troupe* de los chiveritos se preparó para el asalto a los padrinos en la conquista del “volo”. El Cura de Sany, expresamente traído para el caso, se enderezó apoyado en el brazo de Arturo y del doctor, y desde ese columpio humano, sonriente y cariñoso, hizo todos sus litúrgicos menesteres sobre aquel fruto del vientre de Margarita. Marilú se comprometió por su parte, primero, a no llorar; segundo, a saborear el bocadito de sal –*salem sapientiae*– que el Cura le atacó, con sus dos dedos gruesos, y a aguantarse como los hombres, mejor dicho, como las mujeres, el chorro de agua helada con que el Cura acompañó las palabras sagradas: “María Luz, yo te bautizo...”

Cruzado que hubo la comitiva el mar encrespado de chiquillos irreductibles que desde la capilla hasta el chalet tironearon a Amparito y saquearon a Don Guillermo, hicieron entrega de su cristiana a la regia madre, que pálida como un “santo entierro”, y ataviada con modesta kimona, esperaba en la alcoba del chalet. Margarita se comió a besos a la dulce niña, le hizo mil arrumacos, y fue a sentarse con ella en brazos, en su tibio rincón. Allá afuera explotó la alegría, sólo visible para Margarita y la neófita al través de los cristales, a donde se acercaban las amigas a sonar con las uñas transmisión telegráfica de espontáneos arrumacos a la niña y a la madre.

La reunión del fumador se recortaba ante Margarita como una pantalla de cinematógrafo. Puros señores. Arturo, con su desplante de héroe de la fiesta, y su acendrado ceño de Artigas el uruguayo, encendía con su maquinita de gasolina los cigarros de los amigos. El doctor, esbelto, blanco, distinguido. El señor Cura, tumbado en el comfortable, ¡pobrecito! inválido, ¡y tan bueno con ella! Don Guillermo, avejentado pero macizo, despacioso pero expedito. Los muchachos, con más ganas de jarana que de otra cosa. Ya entraban, ya salían.

En la alcoba, algunas señoras distraían la atención de Margarita, impidiéndole contemplar a sus anchas la película. En el fumador, se animaba la charla. El Cura hablaba, y todos atendían. Después hablaba el doctor, y todos quedaban mudos. ¿Qué platicarían tan interesante? Arturo no despegaba los ojos de los labios del doctor. Luego todos movían la cabeza. Y la conversación seguía con interés. Arturo, Don Guillermo, hablaban, y los demás aprobaban. Pero todos serios, casi enojados. ¿Por qué?

Margarita estaba intrigada. Maldito el caso que hacía a la viejilla que le contaba boberías...

Y vaya que la conversación del fumador valía en verdad la pena...

—Señor Cura —comenzó por decir el doctor—, ¿y a usted cómo le ha ido con los ramalazos del cisma?

—Hace tres días recibí una carta de ese pobre apóstata. Invita a los párrocos a la apostasía, nos promete dinero y todo el apoyo del gobierno de Calles.

—¿Qué farsa más inmundada! A mí me tocó en Méjico. Hace precisamente diez días, si, fue el 25 de febrero. Yo pasaba cerca del templo de la Soledad, noté el alboroto, gritos, tropel, majaderías. Yo apreté el paso. Unos momentos después supe que echaban fuera a empellones y a palos, al Cura Párroco, y que eran los cismáticos, fundadores en aquel momento, de la Iglesia Católica Mejicana. Pero lo horrible del caso es que allanadores eran obremos de la Crom, y policías disfrazados, y que el atropello fue fraguado por el Ministro de Industria, con el beneplácito del Presidente Calles.

—¿Es posible? —preguntaron todos a coro.

—Como ustedes lo oyen. El mismo licenciado Valenzuela, Secretario de Gobernación, le hizo ver a Calles el mal precedente que se sentaba con aquello. Y basta leer los oficios que se cruzaron entre Calles y el miserable Patriarca. No cabe duda, esto no es más que un nuevo ardid revolucionario para darnos la puntilla a los católicos. Como nuestro pueblo se resiste a abandonar su fe, creyeron ser más fácil el truco de sustituir la Iglesia Católica por una Iglesia fantoche. Y entonces el plan era decisivo. Por eso ahora la Crom y el Partido Laborista, todos órganos del Ministerio de Morones, ponen a la Iglesia *gofir* por las nubes.

Calló el doctor, y un silencio de sensación siguió a sus palabras. Dio una fumada y continuó:

—Ahora cunde la alarma por todo el país. Se habla de cismáticos que preparan asaltos a las principales iglesias en toda la República. La noche que pasé por Aguascalientes, estaban los vecinos armados ya, custodiando la iglesia de San Marcos, que se decía amenazada.

—Y el Gobierno, ¿qué hace? —preguntó Don Guillermo.

—Oficialmente, debía dar garantías, y custodiar los templos; pero como no lo hace, los católicos los custodian por sí mismos. Con peligro de que los cismáticos asaltantes resulten enviados del mismo Gobierno.

—Y eso si complica el asunto —observó Arturo.

—De hecho si lo complica, aunque en derecho no hay diferencia. Supongan ustedes, yo sé que unos ladrones piensan venir esta noche a robar. Me preparo para la defensa. Vienen. Yo me defiendo. Hiero a uno. Corren los demás. Luego resulta que el herido es nada menos que el Presidente de la República. Pues no le hace. Bien herido está conforme a derecho. Y yo no tengo delito alguno. Yo no disparé contra el Presidente, yo disparé contra el agresor.

—¡Claro! —respondieron todos.

—Los católicos, como pueden resguardar sus bodegas o graneros, resguardan sus templos, ya que el Gobierno no se los quiere resguardar. Si los que asaltan son gobiernistas, quiere decir que los defensores apuntarán sobre los gobiernistas...

—Muy cierto —acepta el doctor—. Y queda entonces en claro que el Gobierno es el agresor, lo cual no muda en nada el derecho de los defensores.

Este era el diálogo que Margarita no oía, al mirar, al través de los cristales, las figuras silenciosas.

—Menos mal, continuó el doctor, que ahora se hallan algunos animados a defender sus iglesias, y que no sea muy mal visto esto por la generalidad.

—Lo que yo he pensado siempre— añadió Arturo—.

Estos asaltos, sólo son un detalle gráfico de lo que a todas horas está haciendo el Gobierno. ¿Qué diferencia hay entre el asalto a palos, en la Soledad, o la destinación de este o del otro templo para bibliotecas públicas?

—Se la quitan con la Ley —interrumpió el Cura.

—Deje usted que los cismáticos hagan un artículo constitucional —repuso Arturo— que los autorice para asaltar templos, y diga usted si el hecho no queda en su escueta brutalidad.

—¡No cabe duda! —responde el Cura—. La Ley brutal no justifica las barbaries.

—Luego con todo y Ley, el Gobierno es agresor.

—Su Ley es una verdadera agresión.

—¿Y qué dicen del asalto, abierto o disimulado, a nuestros derechos de enseñanza, y de profesión y de conciencia y de cultos?

—Otra agresión.

—¿Y qué hacemos ante esas agresiones?

—¡Nada, absolutamente nada! —rugió el doctor.

—¡Nada! Repitieron todos.

—Caso curioso el de Méjico. Una totalidad de pueblo honrado, zarandeado hecho añicos por una minoría irrisoria.

—¡Tiene la fuerza! —dice el Cura.

—Eso es lo gracioso —responde el doctor—, que una minoría se apodere de la fuerza y una totalidad no pueda apoderarse de ella. Yo encuentro en esto una grave culpa de las clases directoras.

—Y de nosotros —agrega el señor Cura—. Hemos fomentado, con nuestra tonta buena fe, un borreguismo fatal. Y hemos creído nosotros mismos que el pueblo por ser católico debe estar a merced de todos los despotismos.

—¡Chóquela, señor Cura! —Eso era lo que yo quería decir, y no me atrevía. Es una verdadera desgracia que cuando queremos los ciudadanos organizarnos para una formal acción defensora, tengamos que movernos en un ambiente de displicencia o el menos de indiferencia de parte de los jefes eclesiásticos. ¡Qué honda amargura nos invade entonces! ¡Ojala estos retumbos determinen la hora de que en el campo cristiano todos ocupemos nuestros puestos, y apechuguemos con la responsabilidad y los compromisos que nuestro puesto lleva anexos.

—Me parece —dice don Guillermo— que eso bastaría para poner esta República como Dios manda.

—Ahora comienzan a cambiar las cosas. Hemos en Méjico ya un buen número de seglares resueltos a organizar el elemento católico. Ya nos imaginamos la empresa de romanos que vamos a acometer. Se trata de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. Será una organización cívica, de carácter legal, que unirá a todos los que estamos cansados de tantos atropellos. Y ya verá usted, los primeros obstáculos que vamos a encontrar van a ser la pasi-

vidad de la masa, y ¡quizá la indiferencia en algunas alturas eclesiásticas!

—¡No, eso no! —dice Don Guillermo.

—¡Ojala! De todas maneras es un buen paso. Tenemos sobre nuestra conciencia de un siglo, el pecado del retroceso.

—Esa organización se impone —añadió con aseveración Arturo.

—¡Muy cierto! —añadió el Cura.

—Y ustedes —prosigue el doctor—, por supuesto, no se nos escapan. Con ustedes contamos.

—¡Por supuesto! —añadió Arturo.

—¡Si señor! —añade Don Guillermo.

—¿Y conmigo? —preguntó el señor Cura.

—De ustedes —contestó el doctor— nomás queremos la bendición, que nos encomienden a Dios, y que no nos vayan a atajar... ¡Con eso nos conformamos!

Pensativo y serio se quedó el Cura con aquella última advertencia.

Llegan a ese punto, cuando a la puerta del comedor, con la dulce palidez del lirio fecundo en el rostro sonriente, apareció Margarita.

—Caballeros, ¡pues qué cosa tan sabrosa platican, que están como embobados? Yo los veía por el vidrio, y ya se acercan, y fruncen el ceño, y se agachan a un tiempo... ¡Parece una película de conspiradores!

—¡Aquí, esposita! Por lo pronto siéntate. Las madres tempranas, en su butaca.

—Decíamos... —inventa el doctor— que la luna de Zacatecas...

—Es la más a propósito para la luna de miel —arrebata Arturo.

—Es la más a propósito para enredar mentiras —añade riendo Margarita. —¡Sabrá Dios, cuando los señores se juntan, mal andamos!... Pero no han tomado ni una copita... pues ¿qué les pasa?...

—Estaba tan sabrosa la conversación del doctor —dice Arturo—. Pero no estés pensando mal, Margarita, nos estaba dando unas buenas noticias...

—¿Sí? —responde la bella pálida—. Y por eso ponían esas caras tan serias. Ya verá, el doctor, me está viniendo a alborotar la gallera...

—No, señora. Es verdad les daba buenas noticias. Les decía que ya vamos a fundar en Méjico la Liga.

—¿De maridos? ¡Dios nos asista!

Rieron todos de buena gana. El doctor continuó:

—No, señora; que lo diga Don Guillermo, que es el más grave.

—Protesto por lo de grave –dice el Cura.

—La Liga Defensora de la Libertad Religiosa –nota Don Guillermo.

—¡Ah, carambas! –interrumpe Margarita poniéndose seria.

—Ya ve usted, señora, por qué nos veía usted tan ceñudos; pero, verdad, que es buena noticia...

—¿Cómo no? Y a mi señor ingeniero le van a dar por su puro gusto.

—Y a mí también –añadió Don Guillermo.

—Y las mujeres, doctor, ¡no tenemos vela en el entierro!

—¡Ah, señora! Si estoy por creer que ustedes van a ser las meras buenas...¡Quizá hasta nos hagan quedar mal!

—Pues dígalo en Méjico, que sea de veras...

Mientras en estas consideraciones se debatían en el comedor, y mientras la jarana se desenvolvía en los porches del *chalet* y en sus aledaños, al patio de la hacienda llegó un hombre a todo correr de su caballo y preguntando por el señor Cura. Se apersonó con Amparito, y le entregó un recado escrito que el sacristán de Sany enviaba para el Cura. El mensaje, corregida su linda ortografía, decía así:

“Señor Cura: Le noticio que andan díceres que esta noche nos pegan los cismáticos en la parroquia. La gente está alarmada y quieren velar dentro de la iglesia. Véngase que ya me anda –Indalecio.– Post data: Los policías están con nosotros, y el Presidente también”.

Imperturbable leyó el Cura el recado. La presencia de la dama, delicadísima en su salud, le obligó a disimular por completo.

—¡Un enfermo! –dijo por todo comentario, pasando con grande naturalidad el papel al doctor.

Leyó éste los garabatos de Indalecio, se echó el papel a la bolsa, y trazados sus planes violentamente, dio principio a realizarlos, con estas palabras:

—Pero está esto muy sofocado, y a la señora le hace mal el humo. ¿Qué nos permite usted que abramos las ventanas? ¡Nomás que hace frío!

Margarita cayó redonda en el garlito, y contestó:

—Mejor me voy a ver a mi niña.

Y se retiró.

El doctor entonces sacó el papel y lo mostró a Arturo y a Don Guillermo.

—Yo me voy luego –dice el Cura.

—Y nosotros lo acompañamos.

—¡No, muchas gracias! Don Arturo debe quedarse con su esposa, y el doctor debe cuidar a la enferma.

—Nuestro deber es no dejar a usted solo. Usted es nuestro padre, y usted es un inválido.

—¡De hecho y de derecho! –añadió sentenciosamente el Cura— ¡como todos los sacerdotes de Méjico!

XIX CARRAMPLONES

El automóvil en un dos por tres empacó al personal del fumadero, en medio del asombro de músicos y danzantes. Y partieron los seis contertulios, sin más armas que las ordinarias. Hora y media de veloz carrera los puso en las goteras de Sany, en donde un retén de hombres armados les marcó el alto.

—¡Quién vive! –se escuchó entre el zumbido del motor.

—¡Gente buena, con el señor Cura! –respondieron algunos.

—¡Ah! Son de los nuestros.

—¿Pues qué pasa? –preguntó el Cura.

—Pues esperamos a los cismáticos, que dizque van a tomar la Iglesia, y a matarlo a usted.

—No hay cuidado –dice el Cura—. ¡Vamos a llegar al curato!

El curato era un caos. Una apretura de gente, adentro y a afuera; mujeres, chiquillos, policías, pacíficos ensarapados; el sacristán en la azotea con una pistola sin tiros; las puertas todas abiertas. ¡Una imagen perfecta de la desorganización y del desbarajuste!

—¡El señor Cura! ¡El señor Cura!...¡Y su estado mayor! –corrió en un rumor confuso.

—Háblenle a Indalecio –gritó el señor Cura– y al señor Presidente.

Llegó Indalecio, alborotado de la cabeza, raspado de las manos, saltón de los ojos, con tamaño pistolón en brazos, como criatura.

No pudo menos de sonreír el Cura al ver las trazas del general en jefe.

—A ver, Indalecio, ¿qué es lo que pasa en concreto?

—¿En concreto?

—Sí, hombre; dime quién trajo la noticia, y qué noticia es, palabra por palabra.

—Pues la noticia yo no la ví, pero la trai Doña Gertrudis.

—¡A ver, Doña Gertrudis!

—¡Doña Gertrudis...!Doña Gertrudis!...

Sacaron a tirones a la aludida de en medio de un ponteduro de viejas. Agitada, sudorosa, cortada.

—Pos sí, Señor Cura, a mí me escribió Atilano.

—¿Atilano? ¡Ave María Purísima!

—¿Pero respira todavía esa sabandija? —preguntó Arturo.

—Y dice que ya les escribió a los cismáticos que vinieran a Sany, y que hicieran papilla...pos dicho sea con perdón, a usted, señor Cura.

—¿Y eso es todo, Indalecio?

—No, pues también nos dijeron que en Zacatecas y en Aguascalientes había alarma.

—¿Dónde está el Presidente?

—Fue —respondió el comandante— a pedir instrucciones por telégrafo.

—Yo voy a buscarlo —dijo Arturo.

—Por lo pronto —añadió el señor Cura— déjenme decirles dos palabras.

Y levantando la voz, continuó:

—¡Óiganme! ¡Silencio! —¡Óiganme!...Les doy muchas gracias por la voluntad que me muestran al venirse todos al curato por la alarma. ¡Está bien! Pero esto necesita ser en buen orden. Tranquilícense. Y por lo pronto, las señoras, óigánlo bien, todas las señoras, con sus niños, váyanse a sus casas. Ya está bueno que descansen. Quédense los hombres, nomás, mientras viene el Presidente. ¡Vamos, pues! ¡Las señoras a dormir!...¡No pasa nada!...¡Hasta mañana!

Comenzó el ajeteo de la evacuación. Parecía una Misa de Gallo, con todos sus pisotones y sus codazos. Cuando Arturo volvió

con el Presidente, el ambiente del curato ya era respirable. El pelotón de rancheros no era comparable con la suma total.

De la conferencia con el Presidente resultó que, en efecto, había alarma en Zacatecas y en Aguascalientes; pero el contagio de Sany, sólo obedecía a la famosa carta de Atilano. De todos modos, buenas eran las precauciones, al menos en forma de simulacro o entrenamiento. La autoridad municipal con sus policías comprendían su deber, y agradeció a los ciudadanos su aprestamiento. Se convino, pues, en que la policía custodiara las entradas de la población, y los voluntarios la iglesia y el curato. La policía al mando del comandante, y los voluntarios a las órdenes de Arturo.

—No hay necesidad de aspavientos. Ni hay fundamento en la alarma. Quédense aquí diez hombres armados, y todos los demás, a sus casas. Si los necesitamos, los llamaremos con la campana.

La guarnición se redujo, pues. Arturo, para no desairar a la gente, despachó dos hombres a la torre, dos a la puerta de la Iglesia, dos en el patio. El, con el doctor, con Don Guillermo y “los muchachos”, se instalaron en los aposentos del señor Cura.

—¡No pasa de esto, de una alarma tonta!

—Por ahora —dijo el doctor—; pero mayores cosas nos esperan.

—¿Quién vive?

—¡Gente buena!

—Oiga —dice el doctor— cómo se la recargan aquéllos. Parece la mera verdad. Lo que es de veras, si vinieran los cismáticos, los hacíamos garras.

La gente se ve bien dispuesta. Imagine si la supiéramos aprovechar, y organizar bien. Si así como acuden en bola a una cosa de éstas, acudieran a poner su parte en una organización bien pensada, no estaríamos como estamos.

—Esa empresa de los directores, abarca en toda su amplitud el problema, y el campo, y disciplinar todos sus contingentes.

—Lo primero que deben hacer los directores es saber hasta dónde puede extenderse su acción. Yo no sé por qué se encogen, y se encierran en un estrecho círculo, y si llaman a luchar, luego advierten que no vayamos a pegar recio. Esto es ya mucho que estemos armados en estos momentos, sabrá Dios la regañada que después nos cueste.

—La regañada será a mí —dice el Cura—; porque admito gente armada en mi casa. Pero hay la disculpa de que fue por acuerdo del Presidente.

—¿Y si el Presidente hubiera sido de los cismáticos?
—¡Quién vive! —resonó de pronto el grito estentóreo.
—¡Que quién vive! —se oyó más fuerte—. ¡Responda, o tiramos!

—¡Que no vayan a tirar, por Dios! —dice el Cura.
—No, Señor Cura. ¡No le digo! ¡Déjenlos, que tiren!
¡Pum! Resonó el tronido macabro en la oscuridad de la noche. Todos los centinelas se alistaron.

—¿Qué fue? —preguntó Arturo saliendo al patio.
—¡Si le pegué! —decía uno de la torre—. ¡Que! ¿No lo oyes? Estará herido.

Salió Arturo y acompañado de un voluntario fue a examinar el jardín en que se suponía el herido.

—¡Ah, qué centinelas tan buenos! —exclamó—; miren lo que mataron.

Sobre la yerba seca se revolvía un rico marrano sangrante y moribundo.

—¡Menos mal! —dijo el Cura al saberlo.

—Mucho cuidado, Señor Cura. Eso es lo malo, las aflojadas. Usted ya nos bendijo, ¿verdad? Bueno, pues quédese de sacerdote, y no se meta a jefe de escolta.

—Cuando formemos la Liga, ya me imagino las trabas que nos van a poner ustedes mismos.

Mientras esto en Sany sucedía, en el Vergel corrió el *secreto* como reguero de pólvora. Los músicos se negaron a seguir tocando, las muchachas se dispersaron; algunos rancheros se decidieron a tomar providencias con cuchillos y carramplones, y las amigas íntimas irrumpieron, sin escrúpulo, en la alcoba de Margarita.

Ver Margarita el revuelto, notar las reticencias, observar las caras pálidas y la ausencia rápida de los señores, fue para ella signo más alarmista que si le hubieran dicho toda la verdad.

*

El estallido nervioso no se hizo esperar. Cuando a las primeras horas de la mañana los señores volvieron a El Vergel, Arturo se encontró de manos a boca con la noticia: Margarita se agitaba enfebrecida.

El doctor se acercó al lecho de la enferma, y su rostro dijo algo que en Arturo resultó una estocada.

La alcoba, y el chalet, y la hacienda, y el valle, se tiñeron de ese color ceniciento de las hondas penas. La alarma de Sany había

pasado, pero dejaba como rastro un cuerpo femenino y materno debatiéndose con la muerte...un recién nacido cosido a pechos extraños, y un hombre sumido en espantosa desolación...

Silencio. Penumbras. Respiración anhelante. Secretos de enfermeras. La mesa de noche llena de frascos y de cajas. Olor de botica. ¡Un quejido suavísimo! En la cámara contigua un canto de cuna. A la puerta de la alcoba dos figuras varoniles, tiesas, hieráticas, mudas: el doctor que lo sabe y Arturo que lo siente.

Arturo entra en la alcoba. Se acerca. Vuelve a quedar de pie, a medio metro de la cama. Se sienta en la misma. Coge la mano de Margarita. Está ardiendo. Le toca la frente. Quema. Le arregla los bucles, la acaricia. Ella abre los ojos...y sonrío. ¡Aquella sonrisa es una esperanza!

Arturo se pone de pie, suavemente, quietamente. La vuelve a contemplar. ¡Qué linda! ¡Qué buena! Margarita ha cerrado los ojos. Duerme. Arturo recuerda la sonrisa, y comulga devotamente con ella. Se retira paso a paso, y vuelve al lado del doctor, llevando ya el consuelo de aquella sonrisa.

—El peligro ha pasado —dice suavemente el doctor—. La señora tiene una resistencia a toda prueba.

Arturo se rehace. Se escucha de nuevo la canción de cuna. Arturo pasa a la otra alcoba, y toma en sus brazos a Marilú, y se la come a besos.

—¡Pobrecita hija mía! ¡Comienza a probar la maldad de los hombres!

XX

UN DIALOGO JUGOSO

Pero ¿ha usted visto, ingeniero —decía el doctor a Arturo algunos días más tarde, mejorada ya la salud de Margarita—. Ha usted visto cómo tocamos y palpamos las consecuencias del sectarismo oficial? ¿Cómo de eslabón en eslabón, viene la desgracia a caer sobre los inocentes? Este caso es símbolo. Soy médico. Visito los hogares de los pobres y de los ricos; he trabajado en toda la República y me he cerciorado de que las víctimas de la impiedad oficial, no son únicamente los curas y las monjas, sino el pueblo entero de la República.

—¡Un pueblo víctima!...

—¿Pero víctima de quiénes?...¡De unos cuantos!

¿Por qué? Porque no está organizado.

—Nosotros debíamos organizarlo.

—Pero no lo hacemos.

—Porque nosotros mismos ignoramos la amplitud de nuestro cristianismo.

—Muy cierto.

—Creemos que el cristianismo nos manda ser aborregados.

—Creemos que nos pone a merced de todos los despotismos.

—Confundimos el concepto de gobierno con el de tiranía.

—Y besamos los pies al tirano, creyendo que eso nos manda

Dios.

—Y creemos hacer pecado, con reprimir las tiranías.

—Lo primero que necesitamos es orientarnos.

—Existen orientaciones muy claras, muy precisas, muy amplias, muy avanzadas.

—¡Quién las ha dado?

—¡La Iglesia!

—¿Quién es la Iglesia?

—La Iglesia Docente. El Papa, los teólogos.

—La historia también.

—La filosofía.

—¡La Biblia!

—Todo eso habla a los católicos de Méjico.

—¿Y qué les dice?

—Ponte en pie, avanza con decisión y ¡reina! *Intende prospere procede et regna!*

—¿Usted cree que los católicos pudiéramos gobernar a Méjico?

—Si seguimos confundiendo el catolicismo con el pazguatismo, no. Si nos erguimos, y nos envolvemos en el manto del catolicismo social y de la democracia cristiana, sí.

—Los católicos somos ciegos.

—Sí, porque no vemos siquiera que se quiere acabar con nosotros.

—También somos ciegos porque no vemos nuestra propia fuerza.

—Y también porque no vemos nuestros propios derechos.

—¡Urge organizarnos!

—¡Urge ilustrarnos!

- ¡Todo urge!
- ¿Y quién puede hacerlo?
- ¡Nosotros!...¡Ustedes y yo!
- ¡Yo y Usted!
- ¿De qué manera?
- Fundando la Liga Defensora de la Libertad Religiosa.
- Y preparándonos para defender la verdad.
- Defender nuestros derechos.
- Y nuestras familias.
- Y nuestros intereses.
- Y nuestro bienestar.
- Y el de nuestras familias.
- Y el de nuestro pueblo.
- Y el de la región entera.
- Y el de todos los mejicanos.
- ¿Somos todos?
- ¡Todos!
- Doctor, usted sabe curar.
- Ingeniero, usted sabe construir.
- Para curar, hay que saber amputar.
- Para construir, hay que saber derrumbar.
- ¡Derrumbaremos!
- ¡Amputaremos!
- ¿Solos?
- Llamaremos a los que sufren.
- Y a los que aman.
- Y a los que piensan.
- Y a los que sienten.
- Sin vacilaciones.
- Sin cobardías.
- Sin torpezas.
- Y enseñaremos a nuestros hermanos el ejemplo de la cristiana libertad.

—Doctor, ¡usted vale!

—¡Lo que vale es la idea!

He ahí el diálogo jugoso de dos hombres cultos, unidos con el pueblo y con la gleba. Si aquel diálogo, vertical, afilado, penetrante, hubiera sido escuchado por dieciséis millones de mejicanos, se habría escuchado un rugido de tempestad, preñado de esperanzas. Un estampido horrisono, concretado en este formidable monosílabo: ¡bien!

La canción de cuna volvió a escucharse. Marilú lloraba. Tenía hambre. Arturo la acaricia de nuevo. El doctor, mientras tanto, salió al porche del chalet, a saborear el rico sol de la región bendita.

*

Cuando rodaron algunos meses: cuando el abril de las mañanas frescas, y el mayo de las siestas floridas, y el junio de las pomas maduras, y los meses del hervoroso estío embellecieron la naturaleza, la carne y la sangre de Margarita se fueron reanimando; tiñeron e hincharon las mejillas pálidas, restablecieron el fulgor de los azules ojos, mayor sonoridad pusieron en su acento y más calor en sus sonrisas. Sus músculos se confortaron, la leche de sus pechos se enriqueció y volvió a sus brazos el dulce serafín de ella nacido, a prenderse con amor y con avidez a aquella fuente rica de vida y de espíritu.

Arturo respiró. Volvía a la vida. Pero la fresca salud de Margarita hacía más resaltar a sus ojos el ambiente de todo el país desolado. Mientras gota a gota Dios tornaba la salud a su amada, los hombres del Gobierno, gota a gota, arrancaban la vida a la República. ¡Cuántos nuevos zarpazos en aquellos meses! Los cismáticos en Méjico eran protegidos y obsequiados por Calles con un Templo. Los católicos eran castigados, y su iglesia de la Soledad se destinaba a petulante biblioteca. Nuevos templos eran asaltados por los favorecidos. Los demás empleados de Calles volvían a entusiasmarse, y el Gobernador Zuno, en Guadalajara, se lanzaba contra seminaristas y contra monjas, y a palos y a bayonetazos allanaba el domicilio social de la Unión de Damas Católicas; y en el lejano Tabasco, panino glorioso del ateísmo bolchevique, el inmortal Garrido disponía que los sacerdotes católicos renunciaran a su celibato. La fiera se encrespa. Se reanuda la mancha exterminadora contra la gente honrada y laboriosa, en cuyo número se contaba Arturo.

Una esperanza le animaba. Los oprimidos habían resuelto organizarse. La Liga Defensora de la Libertad Religiosa era ya un hecho. El y su esposa, y los parientes y los vecinos, estaban ya incorporados a ella. El doctor infatigable y diestro, laboraba intensamente en la Capital al lado de los beneméritos fundadores. La resolución era heroica, pero necesaria, inaplazable. Los nuevos

caudillos se presentaban inermes y solos, pero confiados en que su gesto, y su lucha desigual y su fracaso mismo, sería un grito formidable de reconquista...

El valle de Sany se inundó de vida, se electrizó de ideas. Los minúsculos boletines de la Liga templaban todas las almas y caldeaban la sangre. "Exigimos la reforma de la Constitución, que atenta a nuestra libertad religiosa; y juramos ante la nación entera que emplearemos nuestras energías para conseguir esta reforma".

Aquel grito repercutía de valle en valle y de monte en monte. Todos los que sufrían el espolazo intermitente de la Ley; todos los que conocían el garrote sagrado de los artículos antilibertarios, todos los que tenían hambre y sed de justicia, experimentaron la ola de la esperanza, y el espolazo del enemigo. Margarita y Arturo, con los ojos puestos en Marilú, y en su hogar, y en sus campos y en su patria, se ofrendaron por la suprema obra: ¡Dios y mi Derecho!

—¿A dónde vamos? —se preguntaba Arturo—. ¡No lo sabemos! ¡Sólo queremos caer, en el caos que se avecina, con la conciencia de haber cumplido con nuestro deber!

XXI

ANTE EL NERON REDIVIVO

Era la hora del poder de las tinieblas. Desde febrero de 1926, el diabolismo callista se desbordaba en toda su desvergüenza. El palo sagrado de la Ley, sale a relucir furiosamente, con los látigos de los cinco artículos persecutorios. El mismo Distrito Federal pone el ejemplo. Un zarpazo de la fiera aprehende en la ciudad de Méjico a cuanto sacerdote católico extranjero se encuentra. Sorprendidos a media calle, en el altar, en el púlpito; sin equipaje, sin dinero, hasta sin sombrero; pasados por los sótanos de una cárcel, luego en un tren, van a dar al Puerto de Veracruz, y son volcados en un bodegón de emigrantes en el primer barco mercante. Otro zarpazo derrumba los colegios que aún parecían católicos, las casas de religiosas, los monasterios disimulados, los hospitales y asilos de caridad. Llorando, desorientadas, como enajenadas vagan por las calles de la Capital y por las de las ciudades, las tiernas monjas, las niñas asiladas, los enfermos de los

hospitales; con el terror, con el hambre, con la agonía incrustada en el semblante. El pueblo se conmueve, aquí y ahí, a lo ciego, a lo loco, a lo impremeditado. Arremete contra los asaltantes, soldados y policías, y vienen los tumultos, y las carnicerías; las balas callistas desgarrando las vísceras del pueblo desarmado...

Y cuando los zarpazos hansofocado a las víctimas y aterrizado al pueblo entero, en el Palacio Nacional se escucha el rugido feroz de la condena contra los ciudadanos católicos.

Calles contesta a las protestas de los obispos mejicanos, con la bocanada sacrílega de su famosa Ley Penal contra los Delitos de Cultos.

Pero la Liga está ya en pie. Con sus 20,000 socios, reclutados a las volandas entre la humareda del incendio, y con la conciencia de la simpatía del pueblo entero, contempla de hito en hito la actitud de los treinta y seis obispos mejicano, que deliberan sobre el cráter en ignición.

Toca a su fin el mes de julio de 1926. En los muros derruidos de los villorrios, en las paredes pétreas de las ciudades, en los periódicos oficiales, en los mismos cancelos de los templos, como un guante arrojado a la cara de Dios, aparece la rabiosa Ley Penal sobre Delitos de Culto.

Aquella lejana minoría insignificante: aquella media docena de "chinchas", que en 1917, diez años antes, impusieron los cinco artículos religiocidas a los doscientos constituyente carrancistas, que llevaban escapulario y medallas debajo del chaquetín; aquellos ínfimos "chinchas" desde el fondo de sus infiernos de réprobos impenitentes, o del fondo del tugurio de fracasados inútiles, debieron enorgullecerse. Su pequeño escupitajo, en manos de Calles, se transformaba en una ola, una ola de sangre y de fuego que envolvería a la República entera.

Para los Obispos, jefes de la Iglesia Católica, aquella urgencia inexorable de la Ley era un formidable caso de conciencia, que debía resolverse antes del día 13 de julio. Reunido el mayor número de ellos en la ciudad de Méjico, comunicados clandestinamente con los obispos que ya estaban recludos en prisión, deliberaban angustiosamente sobre la orden que debían dar a sus sacerdotes.

La aplicación del artículo 130 imponía sencillamente la apostasía. "La Ley no reconoce personalidad alguna a las agrupaciones religiosas, denominadas iglesias. Los ministros de los cultos serán

considerados como personas que ejercen una profesión, y estarán directamente sujetos a las leyes que sobre la materia se dicten”.

Luego el Gobierno de Méjico mandaría en los sacerdotes, y mandaría en ellos sobre materias religiosas, y mandaría sin importarles Obispos ni Papas. Una iglesia josefista, un culto callista, un sacerdocio revolucionario.

El Cura inválido, en Sany, conversando más de una vez con Arturo, se estremecía en su sillón ante el nebuloso horizonte que le rodeaba.

—Hasta hoy –decía– hemos continuado nuestra misión sacerdotal, gracias a que no se ha exigido el cumplimiento de la Ley. El próximo día primero de agosto será ya otra cosa. Para ejercer nuestro ministerio tendremos que solicitar el registro de la autoridad civil, dar el inventario de los objetos del culto, en una palabra, reconocer como nuestro único superior al Estado.

—Esto es apostatar.

—Así lo creo yo.

—La solución ya estuvo dada, cuando el problema se presentó en Durango.

—Sí. Aquí tengo un ejemplar de la circular que el Arzobispo Mendoza dio a sus sacerdotes en mayo de 1923.

El Cura señaló a Arturo un fajo de papeles. Arturo buscó y leyó:

—“Prohibimos a todos nuestros sacerdotes recaben o acepten el permiso o la patente para ejercer su sagrado ministerio. Esta prohibición la hacemos bajo pena de suspensión a *divinis ipso facto incurrenda*, considerándolos, además, como apóstatas tráfugas e indignos del carácter sacerdotal...Llegado el caso, mandamos que todos los sacerdotes de Durango se abstengan en lo absoluto de ejercer su ministerio, mientras no sea derogado el Decreto, que se clausuren los templos y se consuma el Sagrado Depósito. No obstante lo mandado, los señores sacerdotes están obligados aun con peligro de su vida a proporcionar los auxilios espirituales absolutamente necesarios a los moribundos. – Durango, 23 de mayo de 1923.

—Francisco, Arzobispo de Durango”.

—¡Descanse en paz! –añadió el Cura.

—Con plena tranquilidad en su conciencia de prelado –añadió el Arturo.

—Pues esa es la solución –dijo el Cura.

—¿Suspender el culto en toda la República?

- ¡No hay otra!
—Sí, la hay.
—¿Cuál?
—Seguir ustedes ejerciendo, hasta que los maten.
—¡Sería más heroica!
—¡El cristianismo es heroísmo!
—¡Únicas soluciones!
—¡Únicas! En el terreno canónico no se conoce otra.

*

El día 30 de julio, Margarita y Arturo, con la tierna Marilú, huéspedes del Cura de Sany, comentan los terribles pronósticos.

Una multitud de fieles, venidos de todos los confines de la región, atropellan constantemente al pobre Cura pidiéndole sacramentos. El viento popular anuncia que la Iglesia Católica suspenderá sus funciones en toda la República, y los fieles piden los últimos sacramentos como para morir.

—¿Se retiran ustedes, o se dejan matar? —pregunta Arturo al Cura.

Margarita, impresionada, espera la respuesta.

—Oficialmente no sabemos nada. Los Obispos todavía no hablan.

—Y si no llega orden para mañana ¿usted qué hace? —pregunta Margarita.

—Yo —contesta el Cura— sigo apacentando a las ovejas que mi Obispo y Dios me han encomendado.

A la puerta del comedorcillo se presenta un mensajero. Trae dos cartas, una para el Cura, otra para Arturo.

La del Cura viene en mimeógrafo, con duplicado que pone en manos de Margarita.

Los tres personajes se abisman en sus lecturas, absortos, concentrados, mudos. Fruncen los ceños, tiemblan los labios. Margarita palidece. El Cura mueve la cabeza. Arturo se enciende. Los criados se entiesan. En el patio y en las afueras se cuchichea.

—¡Muy bien! Dice por fin el Cura.

—¡Magnífico! —comenta Arturo con seriedad espantosa. En aquel momento, en brazos de la niñera, llora Marilú.

—¡Hijita del alma! —exclama Margarita.

Abraza su hijita, y rompe a llorar.

El papel que leyó el Cura decía así:

“Poder Ejecutivo del Estado –Zacatecas.– La Secretaría de Gobernación en telegrama fechado ayer dice a este Gobierno lo siguiente: Circular núm. 103. Tiene conocimiento el Ejecutivo de que el clero católico, como un alarde de rebeldía y una demostración de desconocimiento a los preceptos constitucionales, ha dispuesto suspender el servicio del culto público religioso a partir del 31 del corriente mes, fecha en que entrará en vigor la Ley reformativa del Código Penal. Como el Ejecutivo considera esta medida como una nueva maniobra del clero, para desvirtuar la vigencia de la Ley Suprema de la República, agitar la opinión pública y procurar que surjan alteraciones del orden, por acuerdo del C. Presidente recomienda a usted dicte las disposiciones que crea necesarias para que la Ley, sin distinciones de ningún género, sea, respetada y acatada por todos...También encarezco contestarme de enterado avisado a esta propia Secretaría el cumplimiento de estas instrucciones y las consignaciones que haya sido necesario hacer, así como sobre el cumplimiento de todas las leyes y disposiciones relacionadas con el ejercicio de cultos. En la seguridad de que el Ejecutivo contará con la eficacia y patriótica colaboración de usted en su empeño de respetar y hacer cumplir la Constitución Política de la República, lo saluda afectuosamente. El Secretario, A. Tejeda. –Lo que transcribo a usted para su conocimiento y afecto. El Secretario del Gobierno del Estado”.

—“Muy bien” –había dicho el Cura. La resolución episcopal llegaba a su conocimiento a través del berrinche gobiernista, pero llegaba.

El papel que leían Margarita y Arturo, era la resolución de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, para reprimir la acción persecutoria del Gobierno. Decía así:

“L.N.D.R. –¡Dios y mi Derecho!– A los Católicos”:

Debiendo comenzar a regir el día 31 del presente la Ley expedida por el Presidente de la República, la Liga Defensora de la Libertad Religiosa espera que todos los católicos de la Nación pongan en práctica la acción cívica, término medio entre la inacción y la acción armada.

El programa de acción será este:

- 1º. A partir del día 31 de julio, los habitantes de la Nación Mejicana que amen la libertad desarrollarán una acción general de defensa o bloqueo en todo el país.

- 2º. Este bloqueo consistirá en la paralización de la vida social y económica en todo el país, por los medios generales siguientes:
 - a. Abstención de dar anuncios y comprar aquellos periódicos que se opongan a esta acción.
 - b. Abstención de hacer compras que no sean las indispensables de cada día.
 - c. La mayor abstención en el empleo de vehículos.
 - d. Abstención de diversiones.
 - e. Limitación del consumo de energía eléctrica.
 - f. Abstención de concurrir a las escuelas laicas.
- 3º. Toda persona amante de la libertad deberá constituirse en propagandista eficaz de esta acción, en manera particular y enérgica contra los que pretendan romperla o debilitarla.
- 4º. Se intensificará la acción contra las personas o grupos enemigos de la libertad.
- 5º. Todo católico deberá enlutar el frente de su casa en señal de protesta.

Estos procedimientos no deben causar escrúpulo ni espanto, pues se trata de un caso extremo de vida o muerte para la Iglesia Católica en Méjico.

Méjico, julio 22 de 1926. –Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa”.

—Mira, Carlota –dijo Margarita enjugando su llanto–, ve a decir a las señoritas Garza que ya no me encarguen los vestidos.

—Mira, Felipe –dijo Arturo–, avisa a Don Manuel Leal que ya no me mande a El Vergel ni vino ni cigarros.

—Óyeme, Felipe –agrega el Cura–, dile a Don Gaspar que hoy mismo me corten la luz eléctrica.

—Voy –dice Margarita– a decir a Amparito que saque muchas copias de este programa.

—Y yo voy –dice Arturo– a conseguir el patio de Zaya para hablar a la noche a todo el pueblo...

XXII EN LA TORMENTA

El aullido de la fiera crispó los nervios de la nación. Y la ola de calosfrío presagió la catástrofe.

Con la suspensión de los cultos, los obispos esquivaban el cuerpo: la víctima se escapaba. Con el boycott, la Liga Defensora asestaba el feroz pinchazo económico: se desangraba el verdugo.

La fiera aulló. Aulló en sus declaraciones burlescas y mentirosas a la prensa americana. Aulló en las conferencias de algunos ministros en el teatro Iris, de Méjico. Aulló en los discursos trágicos de las manifestaciones de la CROM, y aulló en las jacobinas arengas de la Cámara de Diputados. Aulló, negando el derecho constitucional de petición a los millones de católicos, y botando al cesto entre chiflidos, los memoriales en que se clamaba por la libertad.

El pinchazo económico y la suspensión de los cultos la habían herido, la había burlado. Los curas, encerrados en sus casas practicando el culto privado, ni se sometían a la Ley, ni se echaban su dogal al cuello. Y el boycott, mientras tanto, ideado y organizado por los seglares católicos, rompía estrepitosamente el delicado equilibrio económico. A los quince días de declarado el boycott, los seis principales cinematógrafos de la Capital de la República, sólo contaban con la sexta parte de su público habitual. En las mismas dos primeras semanas, en la sola Capital, se retiraban del tráfico ocho mil automóviles, anunciando un descenso de ingresos por noventa y seis mil pesos a la Tesorería Municipal. Las estaciones de gasolina sufrieron en la venta una baja de ocho mil pesos diarios. Del Banco de Méjico se retiraron en los primeros ocho días, depósitos por valor de siete millones de pesos. Los principales almacenes, casas francesas bien conocidas en Paris, redujeron su personal a una tercera parte, y aun así tuvieron que apelar a las reservas para no quebrar. En la Cámara, el diputado Gonzalo N. Santos se vió obligado a reconocer la formidable herida, con estas palabras: "Eso que hemos dado en llamar *ridículo boycott* es algo muy serio, que está produciendo una crisis económica peligrosísima para la Revolución".

En otros países, en otras mentalidades, semejante escándalo económico habría alarmado saludablemente a los gobernantes, les habría puesto en evidencia la popularidad del descontento, y les habría hecho enderezar el timón corrigiendo leal y patrióti-

camente los errores legales de unos cuantos alocados, que tal desastre ocasionaban en las conciencias y en la República.

Pero Calles era el hombre terco. Su retablo de estadista no podía ostentar otra inscripción que ésta: "Cartucheras al cañón, quepan o no quepan". Y ya que en la justa legal él estaba llamado a sucumbir, acabó de romper con las leyes mismas, y en la eclampsia feroz de su derrota, levantó el descaro de su cimitarra, y tocó a degüello general sin contemplaciones.

Comenzaron a caer las víctimas envueltas en su sangre. No hubo formalidad legal, ni juicio, ni delito. El asesinato aleve, cobarde, por orden del César. Los jefes militares abatieron la gloria revolucionaria de sus insignias hasta la infamia del asesinato pagado.

En Chalchihuites, Zacatecas, a dos pasos de El Vergel, el 15 de agosto de 1926, cayeron acribillados a balazos el Cura Luís Batis, y los jóvenes Salvador Lara, Manuel Morales y David Roldán.

El anciano don Manuel Campos, con algunos campesinos, fue muerto en Momax, del mismo estado de Zacatecas, el 21 del mismo mes.

Los jóvenes Joaquín Silva y Manuel Melgarejo, fueron fusilados el 12 de septiembre en Zamora, de Michoacán.

Al siguiente día, el 13, fue muerto el Padre Aguilar en Juana-catlán, de Jalisco. El Padre López, por los mismos días, era asesinado en la Sierra de Durango.

Un poco antes había sido muerto en Puebla el Sr. Don José García Farfán, y aun pendían de un árbol, en Jalisquillo de Nayarit, los nueve ahorcados con el fusilamiento del párroco.

El delito único: la propaganda del boicot, o el culto católico privado. Ejecutores: los miembros del Ejército de Calles.

*

En esos días, a fines de septiembre, cuando en el ambiente se masticaba ya el terror; cuando la abstención económica y social, decretada por la Liga, era ya amargada por realidades sangrientas y por presagios macabros, una noche, una noche quieta y callada, que fuera de amor y de paz en otro país dichoso; cuando Margarita, envuelta en plácida kimona, acomodaba el suave lecho de Marelú, Arturo, que había estado sospechosamente pensativo aquella

tarde y aquella noche, se acercó a su dulce esposa, envolvió en su brazo el cuello blanco y grácil, pasó su rica diestra bajo el mentón dulcísimo de la amada, y suave, delicadamente, casi con devoción, beso los castos labios de Margarita... Acaricióle la dorada cabelle-
ra, aureola de virtud, oprimióle el talle esbelto y vibrante, y suavemente la condujo consigo... Margarita se dejó envolver con radiante alegría en aquella caricia interior y exterior, legítima y santa.

Muy juntos los cuerpos, casi tan juntos como las almas, se sentaron en el rico sofá, que se hundió voluptuoso a su peso.

Margarita reclinó su cabeza de ángel sobre el hombro del esposo, abandonándose a la suave placidez del mimo cariñoso...

—¡Margarita! —dijo Arturo después de unos instantes.

Aquella palabra, en aquella ocasión, tenía un matiz especial, una resonancia misteriosa. Todo el cariño se encerraba en ella, pero también envolvía una inconfundible amenaza de tragedia.

La esposa lo intuyó. Se estremeció de pies a cabeza. Enderezó el busto, metió todo el cielo de sus ojos azules en la noche de los ojos negros de Arturo, y preguntó extrañada:

—¿Qué cosa?

Arturo sonrió. Y volvió a acariciar blandamente la linda cabcita.

—¡Margarita! —Volvió a decirle—, quiero platicarte un proyecto, mejor dicho, una resolución.

La amada concentró sus potencias y sentidos.

—Tú sabes lo que está sucediendo. El país se ha convertido en una verdadera encrucijada. Nuestras vidas, y nuestros bienes, están a merced de los hombres del gobierno. Yo, como hombre honrado, como esposo tuyo, como padre de Marilú, tengo obligación de defenderte a ti, y defenderme a mí; y como ciudadano, tengo obligación de defender a todos mis hermanos; y como cristiano, tengo el deber de defender la libertad religiosa y los derechos de la Iglesia. Hasta hoy, tú y yo hemos defendido. La defensa se ha estrellado contra el capricho del perseguidor. El Gobierno ha tirado la careta, y se muestra ya con toda la avilantez del agresor que asalta en un camino. Los medios pacíficos están agotados. No queda más que un recurso, y yo con otros, estoy dispuesto a echar mano de él. ¡Margarita, te lo diré claro: me voy a levantar en armas!

Margarita no respondió. A la luz opalina de la lámpara que iluminaba la escena, el rostro de la bella palideció hasta morir la

transparencia de la nieve. Mil gusanillos de hielo corrieron en todas direcciones por todo el grácil cuerpo. Los azules ojos, ensombrecidos, contemplaron con angustia callada el rostro del hombre. Aquel rostro confirmaba las palabras, y certificaba la dura decisión. El hombre de una pieza estaba ahí. Se revelaba en el fruncimiento del ceño, se ostentaba en el ligero rictus de los labios vibrantes, se asomaba por la ventana de aquellos ojos de águila, negros, penetrantes, como flechas de obsidiana. En el alma y en el cerebro de Arturo, aquella decisión era lógica, y era definitiva. Margarita lo comprendió al punto; por eso enmudeció, para prepararse interiormente al rechazo despiadado de aquella noticia. Y por toda respuesta, Margarita presentó unos ojos muy abiertos, un ligero agitar la respiración, unas lágrimas irreductibles en el ostensorio de las pestañas, un flexionar de flor marchita en su cuello, un amplexo de mujer con aquel hierro de batalla, y un romper a llorar, manso y callado, sobre el hombro del valiente que se iba...

La soledad, el abandono, ella y Marilú, el perpetuo temor de la catástrofe, la agonía incesante, la muerte en torno de él, en todas partes, a todas horas, luego la miseria, en una palabra: la catástrofe. Ruinas por todas partes. Ruinas en el hogar, ruinas en los cuerpos, ruinas en las almas. Visión angustiosa, contemplada por unos ojos azules en unos instantes llorosos.

El hombre no lloraba. Sus pupilas horadaban las paredes de la estancia, y contemplaban el panorama mejicano de la feroz agresión. Si nosotros, volvía a pensar, no adoptamos el partido de los héroes, lamentaremos la misma catástrofe sumada con la vergüenza de nuestra complicidad...

—¡Arturo! —Dijo al fin Margarita, luchando con el sollozo—. ¡Yo sé quién eres tú! Tú sabes pensar, y conoces tu deber. Si tú lo has pensado y resuelto, yo debo resignarme a mi martirio sin límites... Pero, óyeme, Arturo; tu esposa sucumbe ante esta decisión. Veo un abismo ante ti y otro ante mí. ¡Háblame! ¡Anímame! ¡Confórtame! ¡Ilústrame! Que mi alma comparta tu fuerza y tu valor; que la luz de tus ideas esclarezca también mi senda. ¡Que sienta yo lo que tú sientes, y sufra yo gloriosamente con tus mismos gloriosos sufrimientos!

—Sí, mi linda esposa. Anímate, enorgullécete si yo tomo esta actitud. Tú debes estar feliz en que yo cumpla abnegadamente con mi deber. ¿Quieres que sea yo un buen esposo, y un buen

padre, verdad? ¿y un buen mejicano y un buen cristiano, no es así?

—La cabecita llorosa, trémula, respondió que sí, ansiando escuchar las palabras del conforto.

—Pues por eso he pensado seriamente, y me lanzo a la lucha. Yo debo defenderte a ti, y a Marilú. Ustedes, tú y ella, están amenazadas. Tu porvenir, tu salud, tu bondad, tu hogar, y todos estos mismos bienes de Marilú, están a merced de estos enemigos. Ya ves, roban, despojan, matan. Están ya a las puertas. Yo tengo obligación de defenderte. Como yo, muchos hombres ven la misma necesidad, y reunidos, defenderemos a nuestras familias. Ellos atacan ahora nuestra libertad religiosa. Nos prohíben ejercer nuestra religión, buscar y encontrar en ella luz para la mente y fuerza para el espíritu. Con esto nos inutilizan, corrompen a la sociedad entera, y por tanto a la patria, vician nuestros hogares, destruyen nuestra mente y malean el corazón, cerrándonos y obstruyéndonos hasta la vía misma de la salvación eterna. Yo, como cristiano, tengo que abrirme paso y abrirle paso a la Iglesia que me salva con sus sacramentos, con sus enseñanzas; como mejicano debo abrir paso al torrente vivificador del bien, que regenere a mi patria: yo como esposo y como padre, debo poner a ustedes, a ti y a Marilú, en posesión de los mayores bienes de abajo y de las fundadas esperanzas de arriba. Si los demás no lo hacen, yo debo seguirlos. Si yo no lo hago, tú debes avergonzarte de tu marido y Marilú debe avergonzarse de su padre, que no supo cumplir con el deber de defenderlas...

—¡Pero te vas!... —repuso Margarita en su gemido.

—Me voy para volver a traerte la paz y el amor sin zozobras ni temores...

—¡Podríamos mejor esperar la muerte aquí todos juntos!

—Yo puedo esperar aquí la muerte para mí solo; pero no puedo ni debo esperar la muerte de mi esposa ni de mi hija... Tengo obligación de resistirla.

—¿Y te vas solo?

—¡No! Se van conmigo tus hermanos.

—¿Mis hermanos?

—¡Sí!

—¿Y mi papá?

—¡Él se va contigo!

—¿Conmigo y con Marilú? ¿Qué yo no me voy contigo?

—¡No! ¡Tú te quedas con Marilú y con tu padre!

—¿A dónde?

—¡A Estados Unidos!

—¡Arturo!...

—¡Sí, Margarita!... ¡Es la única solución! ¡Esto no tiene remedio!

—¿Y cuándo es esto?

—¡Cuánto antes! Tú saldrás mañana mismo. Tus pasaportes se te extenderán en Monterrey. Don Guillermo te espera en Sany. Irá contigo a la frontera, y de ahí a San Antonio. Ahí recibirás noticias mías.

Margarita rompió de nuevo a llorar. Todo el edificio de su felicidad, coloreado por el halo de las ilusiones, se venía abajo en una formidable hecatombe interior, sin más perspectiva que el negro boquerón de un infierno desconocido.

—Sí, Arturo. Todo está bien. Pero anímame. Yo sé que es tu deber y mi deber. Pero soy tu esposa, soy tu amada, y me arrancas el alma al separarte así de mí... ¡Anímame! ¡Confórtame! Yo prefiero irme contigo, acompañarte, sufrir contigo los peligros, y las hambres y los fríos... ¡yo no quisiera dejarte!...

—¡Salve, mujer! Eres, oh Margarita mía, lo que yo siempre busqué en ti: la cooperadora de mis empresas. Pero yo no debo exponerte. Tu hija necesita de ti. Tu padre está anciano y enfermo. También necesita tus desvelos. ¡Espera y confía! Esto pasa. Y nuestra vida será más feliz... Mira, ¿quieres que te anime? Puedo hacerlo: me basta demostrarte que es mi deber. ¿Has leído esas escenas en que los esposos dejan a las esposas por marchar a la guerra? El alma de la esposa se hace añicos, pero el deber le grita: “esa es tu ofrenda”. ¡Van a la guerra! A defender un palmo de terreno; y la patria los aplaude y Dios los bendice. Yo también voy a defender a mi patria; voy a defenderla contra los malos hijos, unos cuantos que la están asesinando. Es una guerra justa, más aún, es una guerra santa. He estudiado muy despacio el papel de mi conciencia. Esto no es una sedición; el sedicioso es el tirano que perturba el orden público y hasta la paz de las conciencias. Mira, yo sé de memoria la palabra del derecho, enseñada por los grandes maestros cristianos. Y veo claramente que pecamos, si no ponemos el único medio que nos queda para defender nuestra fe. La Santa Biblia que hemos leído juntos nos enseña el ejemplo de los Macabeos: Supieron un día que millares de sus conciudadanos fieles a la Ley de Dios, se habían dejado matar sin lanzar siquiera

una piedra. “Y cada uno de ellos dijo a su prójimo: Si todos obramos como han procedido nuestros hermanos y no luchamos contra los gentiles para defender nuestras vidas y nuestra Ley, en poco tiempo nos borrarán nuestros enemigos de sobre la haz de la Tierra. Y tomaron esta resolución: Luchemos contra todos los que vienen a hacernos guerra en sábado, y no muramos todos como murieron nuestros hermanos sin combatir”.

Margarita miraba en vago, con sus grandes ojos llorosos, cansados...

—Tú conoces la historia de las Cruzadas. Llevan la guerra hasta oriente, con las bendiciones del Papa, con el aplauso de Europa. Iban a combatir, por el derecho de visitar el Santo Sepulcro... La nuestra será una cruzada. Nos la impone la tiranía. Nos la pide el deber. La conciencia está tranquila. Dios nos bendice. Seremos los soldados de Cristo...

—¿Y la Santa Iglesia?

—La Santa Iglesia, la Esposa de Jesucristo, bendice necesariamente al hombre que se sacrifica por ella. Su bendición no necesita resonar en los labios de nuestros pastores: ha resonado ya en toda la historia de sus gloriosas luchas.

—¿Al Señor Cura le has dicho?

—¡No! En primer lugar su dictamen no nos hace ya falta. Y en segundo lugar, ¿qué necesidad tenemos de complicar más aún la delicadeza de su situación? Nosotros comprendemos una obra, aceptando también nosotros toda la responsabilidad... Margarita, es necesario que lo comprendas. El Gobierno callista tiene trazado su programa. Hoy alega el sencillo registro de sacerdotes; pero él pretende aniquilar la Iglesia. Cuando la haya postergado, no habrá valladar que le contenga. Lo devorará todo: familias, posesiones, nuestros hijos, nuestras esposas... La defensa se impone, para evitar el desastre bolchevique...

—¡Arturo! Yo debo ser esposa digna de ti. Señálame el camino, y márcame mi puesto. ¡Te lo juro, estaré donde me ordenes! Una cosa te pido: ponme a trabajar por nuestra causa bendita. Estoy dispuesta a todos los sacrificios.

—¡Bien, amor mío! Eso es lo que ambiciono, ofrendarme junto contigo. Tú trabajarás. Serás mi brazo fuerte. Te iré dando mis órdenes una por una. En las grandes guerras la mujer tiene un papel muy importante.

Levantó Margarita los ojos, y los puso en la estatua de Jesús, que presidía el salón.

—¡Cristo Rey -exclamó- recibirá nuestros votos! Esta misma noche nos consagramos a Él.

Dijo, y en un arranque original, acudió a la cuna. Marilú sonreía en su profundo sueño. Sacó al ángel de su lecho, le envolvió en sus brazos, y volvió al lado de Arturo.

—¡De rodillas! -exclamó.

Arturo se arrodilló a su lado. Marilú dormía.

—¡Oh Cristo Rey! -Clamó Margarita en un arranque de visión—. Recibe en esta noche nuestro holocausto... Nuestra hija, nuestro amor, nuestras personas y nuestras vidas, todo está a tus divinas plantas... Entramos a la senda terrible, sin más ambición que la de realizar tu reinado de paz y de amor en nuestra patria...

Marilú despertó. Sonrió. Margarita y Arturo sellaron el rito doméstico con un ósculo en la frente de aquel ángel...

XXIII HACIA EL DESTIERRO

Las cenizas del hogar fracasado lo envolvían todo, las almas y los cuerpos, las estaciones y los caminos. El tren, vulgar, inmisericorde, estrepitoso, escandaloso, con bufidos en la máquina y tableteo en los carros, echándose las de gran señor, dominador, avanzado, se contoneaba -contoneos de ferrovía desajustada- dentro de una constante nube de polvo, caldeada por un sol de desierto... Polvo fino y sutil, blanco, penetrante, invasor: que secaba las gargantas anudadas, que enturbiaba los ojos llorosos, encenizaba los vestidos, y las felpas de las butacas, y se prendía en las cejas y en las pestañas, y se colaba por los resquicios de puertas y ventanas cerradas a más no poder.

Tren jactancioso y miserable, con dos carros rebosantes de proletarios irredentos, y un carro de distinción, sólo ocupado en un rincón miserable, por la miseria de una familia truncada, tres personajes, cada uno con otra horrenda miseria en el espíritu...

Margarita, Don Guillermo, Marilú... El rincón penumbroso y solitario, arde en el horno del desierto polvoriento... Las cortinillas están echadas... La modorra y la fatiga lo envuelven todo.

Don Guillermo ha acentuado en sus pómulos salientes y en su nariz afilada todos los vestigios de sus sesenta y cinco años de dolorosos trabajos... Margarita, bella flor marchita, lleva en sus

ojeras escrita toda la elegía de su pena... El alma llora en el interior. Seis días de viaje incómodo, de trajín en hoteles y en andenes, no han suavizado en un ápice la horrible tortura. Aquel ferrocarril la lleva al negro caos, para librarla de otro negro caos. Atrás deja el misterio doloroso, adelante la espera el dolor de otro misterio.

Sale de entre enemigos, y camina hacia los extraños. Dos durezas, dos crueldades se la disputan. Vuelve sus ojos al derredor; un anciano, su padre. Está cansado ya, cansado del viaje, cansado de la vida, cansado de la inicua tragedia. Dormita, rendido, impotente. Le han obligado a arrancarse dos hijos de las entrañas, y él mismo arrancarse de las entrañas de su patria... ¡Dormita! ¡Parece un profeta de la decepción! Su cuerpo se ha doblegado, más pronto que su alma. En Saltillo ha sufrido ya un síncope, y el viaje le va arrancando la vida... Marilú, flor de pasionaria, tendida dulcemente sobre el *reps* del asiento, oculta en las mantillas empolvadas. Inocencia y debilidad, condenada al destierro, y a la orfandad prematura...

Arturo... el hombre, el amigo, el esposo, el amado, el todo de ella, de su alma y de su cuerpo; fuego del corazón, luz de la mente; sostén alegre del hogar, rey de su hogar y padre de su vida. ¡Arturo! Y esa sola palabra la incitaba a sollozar, con admiración, con veneración por aquel hombre a quien antes celebraba como un genio, a quien ahora contemplaba como un héroe, a quien mañana rendiría culto como a un santo... Y aquel recuerdo de la oblación heroica centuplicaba sus fuerzas, y enaltecía sus decisiones... ¡Sufrir, sufrir, sí! El ostracismo, la soledad, la miseria... ¡Sufrir! Irse consumiendo con Marilú prendida a los benditos pechos, irse consumiendo como el incienso de un turibulo, como el perfume de una flor sagrada, para elevarse a modo de oración, a guisa de hostia santa, por Dios, por mi patria, por mi Arturo... Sufrir en mí y en él; sufrir en mí y en mi hija, y en mi padre y en mis hermanos. ¡Qué linda vocación, qué satisfacción plena, qué dulce bálsamo para esta herida que hoy comienza a abrirse y que irá tomando tamaños infinitos!...

Ahí habían quedado las estaciones, con sus casetas chaparras, pesadas, con su hormiguero de gente pobre, inconsciente, envuelta en la llamarada canicular y en el perpetuo torbellino de polvo... Sabinas, Monclova, nombres de revolución, de carrancismo, traídos y llevados en los periódicos, allá veinte años antes, cuando Carranza se levantó en Coahuila, cuando ella, Margarita,

hundida en una bodega, miraba el primer incendio y se despedía de las primeras víctimas proletarias...

Aquel militar que subió en Sabinas de Coahuila, ha dejado a un lado el periódico. Margarita lo contempla de hito en hito. Vuelve a temblar, como ha temblado en Cañitas, y en Torreón, y en Saltillo, cada vez que la miran con insistencia. Cree ser descubierta como esposa de un "cabecilla", ser plagiada, ser propuesta a su valeroso Arturo a cambio de una sumisión cobarde...

El militar se acerca a ellos. Margarita siente que las rodillas se desmayan. Sobre aquel desmayo, sobre su palidez, sobre su calosfrío, el militar se acerca a ella, y con garbo, bien que cortés, le pregunta:

—Señora, ¿ustedes van a pasar al otro lado?

Margarita, lívida, demudada, no entendió ni jota.

Don Guillermo despertó, se incorporó frío:

—¿Qué dice usted, señor? —preguntó azorado al militar.

Este, indiferente, volvió a preguntar:

—Que si van a pasar ustedes al otro lado, al lado americano.

—¡Ah! ¡Sí, señor! —contestó Margarita, aún desconcertada.

—¿Me hacen favor de sus papeles?

—¿Los boletos? —interrogó Margarita, comenzando a buscarlos.

—No, señora —contestó aún cortésmente el militar—, sus pasaportes.

Margarita y Don Guillermo se cambiaron una mirada de angustia. Don Guillermo, como quien juega el todo por el todo, sacó los pliegos consulares, recabados en Saltillo, con el falso testimonio de algún amigo ya entendido, y los puso en manos del militar.

Este se retiró con ellos, y volvió a sentarse, leyéndolos.

Margarita y Don Guillermo quedaron silenciosos. Ambos repetían mentalmente todas las palabras y detalles de los pasaportes, que ellos conservaban en la memoria. Desde el sello del Gobierno de Coahuila, el retrato, los pormenores de éste, el texto, las generales, su nombre... Margarita Soler de Ponce... de Ponce... ¿Sabrán ya todo, y eso es lo que buscan?

—No hay que temer nada —dice Don Guillermo—. Por los papeles no hay cuidado.

Ambos, sin decirlo, comprendían en qué estaba el peligro. Si el levantamiento de Arturo era ya un hecho, ellos, sin duda, serían detenidos en la línea divisoria...

El tren llegó a Río Escondido. Treinta minutos más, y las cosas cambiaban. Y la obra de Arturo se escapaba de un fracaso a boca de jarro. Ellos estarían en tierra americana, con un nuevo problema a la vista.

Por fin... ¡Piedras Negras! Los carros de segunda se desangran, y al carro de primera suben otros dos o tres militares. El que leía se pone en pie, y entrega los papeles. Conferencian. Escriben. Vuelven la cabeza y contemplan el grupo. La palidez se acentúa en los rostros cansados de los viajeros. Margarita ya espera la orden: “¡Dense por presos!” Los segundos son angustiosos. El papeleo continúa. Abajo la gritería de siempre. Margarita y Don Guillermo oyen todo en confusión, hundidos en su enajenamiento explicable.

Los militares han terminado. Vuelven a ellos. Uno trae unos nuevos papeles.

La firma del señor, aquí –exclama–. Y aquí la de usted, señora.

Margarita coge temblorosa el papel. Don Guillermo, igualmente. Y ambos firman, sin saber qué cosa. Habría podido ser su sentencia de muerte. Don Guillermo siente que su frío se convierte en calentura. Es natural. Las fatigas, el formidable sacudimiento nervioso. No ha dormido en cinco días. No ha comido ya en tres. En Saltillo ha tenido ya un síncope. A las puertas de la patria, todos sus ocultos achaques se abren en flor. Al volver el papel con la firma, le parece entregar sus derechos a la vida. El destierro se abre ante él. ¡Estados Unidos! Huye de Calles para guarecerse con Poinsett...

Los militares han bajado. El tren reanuda la marcha. ¡Con qué descaro brilla el sol! Parece que ofende. De pronto, la férrea jaula del puente... Los rodajes toman resonancias de abismo. El alma se oprime. Esa barranca muerta y calcinante es el Río Bravo, el río maldito; ese puente es el puente de los suspiros... Los rodajes sollozan, el eco de sus goznes se hunde en el vacío... ¡Méjico, Méjico sangriento, Méjico cruel, pero siempre Méjico! ¡Adiós! Margarita esconde su rostro entre las manos y rompe a llorar...

Una caseta de madera. Un puentecillo de lo mismo. Un grito en plenas orejas, rotundo, como taconazo de bota militar:

—*¡Passports! ¡Passports!*

Y un “gringo”, bien colorado de rostro, y bien apretado de carnes, trajeado con caqui, tocado con gorra texana, tiende la mano blanca y rugosa.

Margarita y Don Guillermo se dejan tutear y obedecen. Marilú desciende en brazos de su madre. Don Guillermo vacila, no puede tenerse en pie. Margarita le sirve de apoyo. El último escalón de estribo, lo baja con horrible dificultad.

Entran a la caseta. Dos Médicos, cubiertos con blanquísimo mandil, los esperan.

—*YoutalkEnglish?* –pregunta uno de ellos a Margarita.

—*Just a little bit* –contesta Margarita con modestia.

El Médico sonrío amable. Margarita puede decir que ha conquistador a Norte América.

Sus ojos azules, sus labios, su pulso, y su tierna Marilú por añadidura, son revisados por los clínicos, mereciendo el dictamen:

—O. K.

Luego sigue Don Guillermo. A primera vista los médicos pusieron mal gesto. Don Guillermo está pálido como la cera. Le introducen el pequeño termómetro en la boca reseca... Le inspeccionan los pulsos. Le mandan sentarse.

—*Wait a minute* –le dice un médico.

La cara de Don Guillermo dice que no entiende el inglés.

Margarita toma el pulso a su padre. Está ardiendo.

De pronto, Don Guillermo levanta los ojos con indecible angustia, los clava en Margarita, los cierra, y se desjarreta sobre el sillón en un total desmayo intempestivo... Margarita siente abrirse la tierra a sus pies.

Uno de los clínicos –¡gran generosidad!– le pasa un pomito diciendo secamente a Margarita:

—¡Déle esto a oler!

La linda emigrante, apretando con el brazo izquierdo el cuerpecillo de Marilú, y sosteniendo con las rodillas la postura sedente de su padre, ministróle la esencia reactiva... Don Guillermo comienza a reaccionar.

Entra otro médico. Más viejo, más serio, más seco, más hosco. Se planta en jarras ante Don Guillermo. Lo contempla frunciendo el ceño, y frunciendo los labios. Se acomoda visajudo los lentes hexagonales... Habla con los otros. Por último dice a Margarita:

—¡No puede pasar!

—Se alivia en unos cuantos días –responde suplicante Margarita.

—Pasará entonces —contesta el médico viejo.

—Y no habló más.

Recibió Margarita cédula de salud para ella y para la nena. Don Guillermo no obtuvo certificado. Marilú adivinó la congoja de su madre, y se puso a llorar. El llanto de la niña hizo reaccionar el ánimo de Margarita, y habló así a su padre:

—Papá, volvamos a Piedras Negras, mientras usted se recupera.

—¿Le llevo las maletas, señora Margarita?

La viajera volvió el rostro sorprendida. ¿Quién la había reconocido? Su nombre ahí pronunciado, no le causó la óptima impresión que suele causar en estos casos. Era un pobretón desaseado el que así hablaba. Feo, andrajoso de pies a cabeza. Margarita se le quedó mirando. ¡Horror! le gritó su espíritu. Aquel ganapán repugnante en su porte, en su mirada, en su sonrisa servil, en sus modales, en su voz, en todo, era en persona el enemigo malo, el cínico de Sany, ¡el mal nacido y mal criado de Atilano Banda!

Margarita se estremeció. Todos los temores, todas las sospechas, todas las desconfianzas, se rebulleron en su corazón penado.

El indigno, sin esperar respuesta, cogió las maletas, y echó a andar rumbo a la ciudad americana de Eagle Pass.

—¡No! —Le dice Margarita—. Volvemos a Piedras Negras.

Volvió grupas el “pelado”.

Volvieron a pasar aquel puente terrible. Largo, como la tragedia mejicana. Margarita no hablaba, no pensaba, no sentía. Se dejaba llevar maquinalmente, como una autómatas, bajo el flagelo de un sol poniente encendido, insolente, que no lograba empero penetrar al negro caos de su mente atribulada.

Otra vez Méjico. Un Méjico ya postizo. Sin afinidad con el alma. Amenazador. Agazapado contra ella, contra Marilú, ¡contra Arturo!, como una fiera cobarde. O un Méjico encrespado, con las uñas expuestas y los dientes pelones, que se alegraba de verla volver, para devorarla.

Calles sucias, cantinas apestosas, la plaza escueta, la iglesita desolada, asándose en el horno de la estación de árboles entecos, sin hojas y sin frutos, bancas de cemento pesadas. Aquí y ahí soldados, de los de Calles, de los que matan al pueblo mejicano...

—¿Quieren hotel? —preguntó Banda, cortando las sílabas a pujidos.

—¡Sí! —contesta Margarita como una estúpida.

¡Qué chocante hotelucho! Híbrido. Injerto de mejicano y americano. Sus puertas enrejilladas de alambre fino, sus letreros en inglés y en español; su miseria a la mejicana.

La patrona, una vieja remozada, México-tejana.

—¿Quieren ustedes cuarto abajo, o arriba?

Margarita, queriendo cuanto antes meditar con su angustia a solas, cansada ya de todo, de trenes, de gringos, de mirones, y sobre todo de aquel ángel malo que se le acaba de aparecer, responde:

—¡Abajo!

Y se acomodan en una pocilga tórrida, con pujos de alcoba de gran hotel, con dos camas de limpieza dudosa, y un petulante lavabo de mármol, y dos sillones felpudos, que fueran de rico.

Don Guillermo se tumba en uno de ellos y cierra los ojos. Margarita tiende a Marilú en una de las míseras camas. El cargador espera a la puerta chacoteando con una criada. Margarita busca en su bolsa la moneda a pagar. Y ofrece a Atilano un medio peso.

—¡No, señora! —rehúsa éste.

—¿Pues cuánto es? —pregunta temerosa la afligida.

—Dos cincuenta —responde el otro, abusivo.

—Tenga.

—¿Vuelvo mañana?

—¡No!

—¿No pasan al otro lado?

—¡No!

—¿No se le ofrece ya nada?

—¡No!

Atilano se retiró pues, a fuerza de empujones con aquel “no” reseco. Y Margarita se sentó a respirar un momento para volver a pensar en el destino que le esperaba.

Su mente voló al instante hasta El Vergel. ¿Qué haría Arturo? ¿Cómo darle noticias? ¡Qué incertidumbre también horrible le atormentaría! ¡En qué peligro estaría él asimismo, en aquellos momentos peligrosos que preceden a las grandes rebeldías! Y sí, urgido por los acontecimientos, ya había saltado al campo de la lucha, ¡qué golpe tan fuerte para él sería el saber que ellos estaban aún a merced del enemigo!

Unas cuantas horas llevaba la cuitada mujer en aquel mutismo doloroso, ante el catafalco de todos sus temores, cuando una criada abrió la puerta de rejilla, y anunció una visita.

—¿Una visita? —se preguntó extrañada Margarita.

Una dama, ya entrada en años, de aspecto y modales finos, apareció ante ella.

—Señora —le dice—, tal vez es usted la persona que yo busco. ¿Puede recibirme?

Una leve sonrisa iluminó el demacrado rostro de Margarita.

—Perdone usted, su niñita se llama Marilú ¿verdad?

—¡Sí! —contestó más animada Margarita.

—El señor es su papá ¿verdad?

—¡Sí! —repitió Margarita. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Mi nombre no tiene importancia, soy la señora de López, pero tengo un encargo para usted, señora. El recado es éste, y permítame que no le diga ni quién, ni cómo me lo mandan; que le diga a la mamá de Marilú, “que por ningún motivo se detenga del lado mexicano”. Ese es el recado, señora, y yo de mi parte le ruego que lo atienda inmediatamente.

Don Guillermo había abierto los ojos. Al mirar a la dama hizo ánimo de incorporarse, saludando atentamente.

Margarita, que comprendió al punto la significación del recado aquel, se lo repitió a su padre.

—Señora —dice Margarita—, yo quería esperar unos días, que se recobre mi papá, pues no le han permitido pasar al otro lado.

—Señora —repite la visitante—, usted comprende que corre prisa que ustedes pasen.

—Pero yo no paso sin mi padre.

—Señora, permítame rogarle que pase usted, aunque el señor se quede de este lado. ¡Hágame usted ese favor!

—Sí, hija, ¡pasa tú! Yo espero aquí —añadió Don Guillermo.

—Pero ¿cómo lo dejo a usted, papacito?

—Señora —dijo la dama entrada en años—, permita usted que el señor se venga a mi casa. Ahí lo atendemos; pero usted debe pasar al lado americano.

—¡Hija mía, sí! ¡Pasa tú con tu hijita!

Llovieron los ruegos y las instancias. A la postre Margarita convino en dejar a su padre, instalado ya en la casa que le ofrecían, y pasar ella, hecha pedazos, con su Marilú, al lado americano.

—Entonces -dice Margarita a la señora- ¿le parece a usted que lo hagamos mañana, para descansar hoy aquí?

—Señora -insiste amablemente la dama-, yo ruego encarecidamente a usted que no pierda ni un minuto; pues hasta estas palabras que le digo me parecen ya muy largas...Créame, señora. Salgamos inmediatamente. Tengo coche a la puerta.

—Vamos -dijo Don Guillermo.

Al punto ocuparon el automóvil. La nueva señora lo abrevió todo: equipaje, liquidación. El carro partió. Llegó a una residencia de la calle Morelos. Un señor de respetable aspecto esperaba a la puerta. Se adelantó a saludar diciendo:

—No se bajen, váyanse luego para Eagle Pass.

—Pero es -dice la de López- que el señor está enfermo y no puede aún pasar.

—Pues quédese aquí el señor, y váyanse ustedes luego.

—Bajó trabajosamente Don Guillermo, y antes de que él llegara a la puerta del zaguán, el automóvil con las damas, la niña y las maletas, emprendió veloz carrera rumbo al puente internacional.

En el extremo mejicano del puente, presentaron nerviosamente sus tarjetas. Y siguieron adelante. Cuando el carro arrancaba de nuevo, sonaba agitadamente el timbre del teléfono de la oficina mejicana de migración. Un momento después, un oficial mejicano salía corriendo hasta media calle; pero el carro en que iba Margarita había ya cruzado la frontera...

XXIV EL ÁNGEL Y EL DIABLO

Las monjitas de Crest Hill, son unas lindas monjitas. Azucenas recogidas en mejicano jardín por la mano sagrada de un elevador de voluntades, trasplantadas sin estrépitos ni bullas a diversos lugares de la República, perfuman aquí y allí el ambiente de la escuela femenina, modelando en pauta de ciencia y virtud, muchos miles de almas...

Piedras Negras las vio llegar algunos años antes, y puso en su regazo los corazones de sus niñas... Y de un extremo a otro de la fronteriza ciudad, corrió, como una bendición, el elogio de las monjitas.

La racha sopló también sobre las fronteras. El Consejo de las virtuosas enseñantes acordó, para seguridad, partir la residencia entre las dos repúblicas. Trasladar el nido de las palomas al lado americano, y venir diariamente a la ciudad mejicana a proseguir el cultivo de otras almas.

Cruce diario de fronteras. Ver el sol en Méjico, y las estrellas en Estados Unidos. Vestir un rato de monjas, y otro rato de mundanas. Trabajar en Coahuila, y reposar en Texas. Tal fue la vida de aquella comunidad durante algunos meses.

Llegó el famoso febrero de 1926. El escobazo ahí fue más sencillo. Una mañana en que las monjitas, bien comulgadas, desayunadas y disfrazadas, pasaban con paso menudo el puente internacional, como de costumbre, el guardia mejicano se les interpuso, diciéndoles sencillamente:

—Madrecitas, tengo orden de que ya no pasen.

Las monjitas, sorprendidas, se arremolinaron, cuchichearon, volvieron a preguntaron obteniendo la misma respuesta, y convencidas de la determinación volvieron aquella mañana sobre la ciudad americana de Eagle Pass.

Y las puertas de la patria quedaron cerradas para ellas.

Cortada así la comunicación con las escuelas, éstas quedaron abandonadas. Y las monjitas se encontraron con algo más que con el destierro: se encontraron frente a frente con el fantasma de la miseria...

Sister Teresa se reveló entonces como una heroína. Directora de una comunidad de dieciocho monjas, ella que bogaba en plena juventud, incomunicada con Méjico, copada por la miseria, con la responsabilidad de la docena y media de vidas virtuosas, logró tomar su partido. Lo primero, erguirse ante la farsantada americana, que veía en todo mejicano un ser abyecto e inútil... Y sin remilgos de ninguna especie, organizó en el mejor teatro una Velada Concierto, dedicada a la sociedad americana de Eagle Pass.

El pelotón de gringos se alborotó. Las invitaciones estaban redactadas en inglés. Los números eran atractivos. La noche del concierto el teatro se llenó a reventar. *Sister* Teresa, "the darling sister", como la llamaron los periódicos, ofreció el festival en correcto inglés.

Acá dos americanos discútían, sobre si era americana o mejicana.

—Es mejicana, se apellida De Pablo.

—Pero habla muy bien, y es muy blanca.

Luego otras dos monjitas. Con su hábito y su toca, lo mismo que *Sister Teresa*, se acercaron al piano. La concurrencia hizo silencio perfecto. Aquellas monjas eran artistas.

Otros números de concierto. Luego – ¡horror! – un número de prestidigitación... Aquellas monjas lo adivinaban todo, lo descubrían todo... El público aplaudía estrepitosamente.

Terminó por fin la función, con el número más importante y práctico. *Sister Teresa*, al frente de su comunidad, en pleno escenario, anunció a la “cultura sociedad americana”, que quedaba establecido en Hill Crest un taller de arte y labores femeninas, a disposición de las familias, de los comercios, de las fábricas. La frase valiente, inolvidable, que quedó estereotipada en las rojas frentes de los gerentes americanos, fue esta, con que *Sister Teresa* cerró su discurso:

—*We want to work, and we know how to work!* – ¡Queremos trabajar, y sabemos trabajar!

Ahí mismo, al pie del escenario, Mr. Douglas y Mr. Jackson, y Mrs. Sterger, y otros lores y milores, se pusieron a las órdenes de *Sister Teresa*. Y algunos días más tarde las dieciocho monjas estaban clavadas frente a sus mesas largas y tersas, cortando pantalones y camisas de pacota para la *Texas Shirts and Pants Manufacturing Co.*

El problema económico estaba resuelto, con detrimentos, eso sí, de ojos y pulmones, gracias al talento de emergencia de la resuelta *Sister*.

Así pasaron los meses fatales para las mojas mejicanas. El provisional convento de Hill Crest, se fue adaptando a su nuevo destino. Antiguo y abandonado casino, sufrió, por mano de las religiosas, decente transmutación. Los salones grandes se dividieron en celdillas, con mamparas de manta y tabiques de cartón; el reseco jardín se llenó de plantas, las piedras se amontonaron formando una gruta de Lourdes; los corredores, abiertos a los cuatro vientos, vieron pasar huéspedes distinguidos y visitas aristócratas. *Sister Teresa* quedó hecha la consultora espiritual de las familias mejicanas y americanas, y su figura era contemplada con simpatía por *shirifs* y por *red caps*, cuando cruzaba las calles de la villa, guiando el *fordcito* de madera clara, modelo inconfundible que les había brindado un generoso donante.

El viernes aquel, primero de octubre de 1926, cuando las mojas jugaban al ratón y al gato, en el recreo de la cena, el carro

de la señora de López hizo su entrada en el jardincillo. La Hermana Teresa se apresuró a abrir la portezuela:

—Señora de López, ¡que milagro! Pase, señora de López.

—Permítame, Madre, que le presente a una amiga, y que le pida un favor.

—Margarita soler de Ponce – dijo la conocida viajera.

—Pero pasen, pasen – instó *Sister* Teresa, con su característica voccecita de cristal.

La señora de López era bien amada en aquella casa. A su rego, quedó instalada Margarita con Marilú, con toda caridad, con todo gusto, con toda comodidad.

Amaneció el siguiente día. Margarita había dormido algo mejor que las pasadas noches. Su primer pensamiento fue la salud de su padre. El sol, suave y misericordioso ya, se filtraba en línea horizontal al través de los visillos de la ventanita cuadrada. Ruido suave de pasos escuchó, y delicado golpe de nudillos a la puerta.

—¿Quién es? – preguntó.

Sister Teresa apareció ante ella. Frescachona, reluciente, empacada la rubia faz en el blanco níveo de la tiesa toca. Entró confianzuda y solícita, como quien entra a la alcoba de una hermana.

—No se preocupe por nada, señora. Duerma hoy todo lo que pueda. Le vine a dar los buenos días con la noticia de su papá. Habló ya por teléfono la señora de López. Dice que el señor está muy recobrado, y que durmió bien. El médico cree que ya mañana podrá pasar a este lado. No se vaya a levantar. Aquí le traen su desayuno, y descanse hoy con todas sus ganas. ¿Su niña, está bien?

E inclinada sobre el cuerpo de Margarita, *Sister* Teresa acarició dulcemente a la nena dormida.

Margarita sintió que su alma entera se hundía en un sublime baño de caricias. La breve mano de *Sister* Teresa le arregló los rizos que retozaban en la almohada, le dispuso mejor las mantas, y por último, acercó una silla y se sentó. Y platicó un momento, sin más finalidad que la de descubrirle todas las bondades de su corazón de religiosa mejicana desterrada.

Se retiró luego *Sister* Teresa, dejando en la alcoba un suave perfume de virtud y de amor.

Margarita se sintió confortada, y dio gracias a Dios. Luego, reclinó su linda cabecita tumultuosa en la cándida almohada, y volvió a dormirse, con un sueño tranquilo y confiado, como el de un niño en el regazo de su madre... Era el dos de octubre, la fiesta

del Ángel Custodio. Él ángel custodio para ella lo estaba siendo *Sister Teresa*.

A las diez de la mañana Margarita estaba en pie. Restaurada, remozada, bellísima. Abrió la graciosa ventana, y el sol se le metió como brazo de mar. Su cuarto estaba en alto. Al pie de su ventana se tendía el tejado del piso inferior, y sobre el tejado se tendía un panorama ceniciento, incoloro, gris, sin perspectiva, sin primer término, una lontananza muerta, el desierto insípido de Texas, monótono, quieto. La carretera lo trazaba a la mitad, con una ancha franja oscura lustrosa, recta, inmensa, infinita en cuyo lejano término aparecían de cuando en cuando puntitos negros, que iban acercándose, creciendo, resonando, zumbando, tomando contornos, y forma y figura de automóviles, rugientes, vertiginosos, que silbando entraban y se perdían en el campo visual oculto por el mudo y tieso tejado que sostenía su ventana...

Aquel paisaje no le decía nada. Por eso, frente a él, pudo entregarse de nuevo, sin distracción, a sus meditaciones...

—¿Se puede? – volvió a escucharse la vocecita de cristal.

—¡Adelante! – clamó Margarita con regocijo.

Y al entrar de nuevo *Sister Teresa*, Margarita la estrecho, y se la comió a besos.

Sister Teresa llevaba el periódico *La Prensa*, de San Antonio, Texas. La viajera lo cogió al punto y lo desplegó con ansia. Lo primero que se encontró, a quemarropa, fue con un retrato que reconoció inmediatamente– ¡Era el retrato de Arturo! En un óvalo pequeño, resaltaban sus rasgos enérgicos, robados al rostro del libertador Artigas. El retrato llevaba arriba esta lacónica inscripción: “Sublevado”. Abajo del cliché, en pequeñas negritas, se leía: “Ing. Arturo Ponce, antiguo alto jefe de la Cía. Explotadora de la Sierra de Michis, que según noticias de Méjico, se levantó en armas el jueves 30 de septiembre, en las inmediaciones de Zacatecas. El movimiento parece estar ramificado por diversos Estados de la República”.

Margarita se sintió helada. Bajó a la capilla, y sollozante oró por Arturo, y por los amigos de Arturo.

—¡Dios mío – decía –, tu bien lo sabes! Ha ido a la guerra movido por su fe, y por su virtud. ¡Defiéndelo, Señor, y dale el triunfo, que es la gloria tuya y la paz de la patria!

Al salir de la capilla, trémula, pálida, Margarita dijo a *Sister Teresa*:

—Madre, Madre, yo no quiero estar ociosa. Yo quiero trabajar también por la libertad de mis hermanos...

Ahí supo también la sufrida esposa, que su actual oasis había perdido de unos cuantos segundos. Con la noticia del levantamiento de Arturo, había llegado a Méjico la de la fuga de la dama – de Don Guillermo no se hablaba –, y el Gobierno Federal telegrafaba a todas las oficinas fronterizas la orden de detener a Margarita Soler de Ponce. La orden llegó en el momento que la señora de López urgía a Margarita. El Jefe de Migración no dio prisa al asunto, sabiendo que el tren había pasado ya con ella, y al tener noticia de que la referida había vuelto a Piedras Negras, al mismo tiempo que movía la policía, telefoneaba al puesto avanzado sobre el puente. El timbrazo que escuchó desde el coche, era nada menos que el grito amenazante contra ella.

Ella estaba a salvo; pero la amenaza batía sus alas negras sobre el anciano rezagado. La señora de López, por su parte, había tomado el partido de ocultarlo.

En estas y otras consideraciones, hilaba conjeturas Margarita, sentada en un banco del amplio y bruñido corredor, todo en madera, alegrado con tiestos blancos y enredaderas trenzadas en forma de telas de araña; cuando el negro pajarraco de sus desgracias, Atilano Banda, vuelve a hacer ante ella su siniestra aparición:

—¿No manda nada la señora?

—¡No! – volvió a contestar con asco Margarita.

—¿No se le ofrece nada para Don Guillermo?

—¡No! – repitió ella, sintiendo a la vez un frío glacial.

—¿Vuelvo más tarde?

—¡No! – volvió a contestar la dama con repulsión.

—¡Uju! – comentó con burla el ganapán.

Sister Teresa apareció.

La dama le contó la historia de Atilano, y el horror que le inspiraba.

—Pues aquí – dice *Sister* Teresa – se ha compuesto mucho. Nosotras le ayudamos, nos hace mandados, viene a la doctrina, y hasta confiesa y comulga...

Margarita se sorprendió. Atilano sabía ser hipócrita. En tierra de libertad, se había arrimado al mejor sol, al de la gente buena.

La esposa de Arturo cristianamente se cuidó de no externar su persistente desconfianza; pero la tenía, y muy fundada. Atilano Banda sabía que Don Guillermo quedaba del otro lado...

A los dos o tres días, Atilano hablaba largamente con un extraño individuo, en un hotelucho de Eagle Pass. Esa misma tarde, el tal individuo, de tipo almidonado, manejando un buen *roaster*, se presentó en Hill Crest, preguntando, en francés, por Mme. Margarita Soler de Ponce, y haciéndole llegar una tarjeta de visita, que rezaba así:

“Nicolás Ivanovich Tolmazoff, piloto aviador militar, ex-capitán del Regimiento de Lanceros de Obvospol. – Modern Hotel. Room Number 3. – Eagle Pass, Texas”.

Llegado que hubo a la presencia de Margarita el famoso tipo, hizo una linda inclinación a lo Versalles, y rogó a Margarita le permitiera expresarse en francés, pues no poseía bien el español. Margarita accedió, pues conocía esa lengua algo mejor que el inglés.

Nicolás Ivanovich Tolmazoff se desató entonces, con una delicadeza, con un tacto, que parecía un consumado diplomático. Comenzó por una breve autobiografía. Era ruso, fue su familia víctima del bolchevismo, él era algo noble, y ahora se encontraba en la frontera Méjico-Americana desempeñando algunas comisiones del Ejército Libertador.

Margarita se animó un poco.

—¿Quiere usted – le dijo en francés – que llame yo a *Sister* Teresa, para que escuche esta conversación?

—Madama – repuso el ruso –, lo que le voy a decir a usted debe encerrarse en el menor número de cerebros. Continúo, si usted me lo permite, Madama.

—Continúe usted.

Y continuó. Su verba era maravillosa. Si Margarita no sospechase de la perversa cola de Atilano metida en aquel negocio, habría hecho ahí mismo una barbaridad. El ruso aquel, según decía, estaba en comunicación con los jefes del movimiento católico. A Arturo lo conocía muy bien, y al doctor Valladolid, otro tanto. El era católico, y había vivido en Belice, conociendo al padre fulano y zutano, amigos de Arturo. El tenía que entrar a Méjico, a cooperar con la insurrección. Visitaría la región de Zacatecas, donde operaba Arturo. Por último, y esto era lo urgente, sabía que Don Guillermo estaba detenido de aquel lado, sabía que peli-

graba mucho ahí, y venía a ofrecer sus servicios para poner cuanto antes a Don Guillermo en un lugar seguro, esto es, del lado americano...

Margarita vio el cielo abierto. Y mostró su interés y agradecimiento.

—Pero necesitamos ganarnos algunos empleados, sobre todo, americanos. Yo tengo amigos, debo mostrarles alguna generosidad. Esto nos servirá para tenerlos propicios para futuros contrabandos de armas. Yo ruego a usted, Madama, contribuya con sus recursos al éxito de la empresa toda.

Margarita vio venir la sospecha de la explotación financiera.

—¿Y cuanto se necesitará para traer a mi papá?

—Madama —responde Ivanovich—, dígnese usted a poner a mi disposición unos cien dólares, y yo hare venir a su papá, trayéndole también la parte de dinero que no se haya empleado.

—Señor, me permite usted que reflexione, y mañana le resuelva a usted.

—Mire usted, Madama —responde el ruso—, la presencia de su papá en Piedras Negras es muy peligrosa. De un momento a otro es apresado, y aparte del peligro de su vida, puede traer trastornos al movimiento. Estos suelen ponerlos de rehenes, y explotar la piedad filial de los hermanos de usted, debilitando “nuestra” fuerza. Yo ruego a usted, Madama, reflexione y consulte, pero resuelva esta misma noche. Yo vendré de nuevo.

Con esto termino la extraña visita. Despedido el ruso, Margarita llamó al instante a la Madre Superiora, y le comunicó todo.

—¡Ay, señora! —dice *Sister* Teresa—. Hay tanta falsedad en la gente, hay tantos explotadores, que usted no se imagina el cuidado con que se debe caminar. Yo voy a pedir informes.

Fue, habló con el Padre Centurioni por teléfono, y este le dijo:

—Yo no conozco al tal ruso. El domingo asistió a la misa solemne, en el presbiterio, y luego me mando celebrar tres misas, dándome cinco dólares. Dice que es miembro de la Sociedad del Santo Nombre. Es todo lo que sé.

Conferenciaron, pues, la madre de Marilú y la Madre Superiora, y concluyeron, candorosamente, en dar al ruso cincuenta dólares, por lo pronto, dejando pendientes los demás.

Vino por la noche Ivanovich, tan fino y lleno de reverencias y de “madamas” como en la tarde; y sin retobos ningunos, antes concediendo toda la razón a las economías de Margarita, tomó y

guardó en su perfumada cartera el cheque por *fifty dollars* contra el National Bank of Commerce, que Margarita había ya firmado.

Al día siguiente trajo la noticia de que los médicos inferiores ya estaban ganados, pero el jefe se mostraba reacio, y sólo siendo espléndidos con él se sacaría partido, y para prueba, llevaba en su carro a uno de ellos. Margarita se dejó embaucar, y firmó un segundo cheque por otros cincuenta dólares. El depósito del Banco sufría fuertes dentelladas.

Pero había otra dificultad. La señora de López, más desconfiada que Margarita, no quiso descubrir el paradero de Don Guillermo. Fue menester sacar a Margarita una recomendación para Ivanovich. Este conferenció de nuevo con Atilano Banda, y ambos se trasladaron al lado mejicano. Una vez que hubieron localizado a Don Guillermo, Atilano se fue en busca del Comandante Militar de la Plaza, y prometió poner en sus manos a Don Guillermo, padre de unos sublevados, si le daban dinero para comprar a un ruso que lo custodiaba del lado americano. El Comandante consultó a Méjico, y por telégrafo le contestaron que dispusiera hasta de quinientos pesos. Se hicieron las buenas porciones con el Comandante y con el ruso, y éste volvió a buscar a Margarita, diciéndole acongojado que ya habían dado los callistas con Don Guillermo, y que en secreto le habían pedido un rescate de trescientos dólares. Margarita sintió la muerte. Pero ya turbada, y desolada, entre lágrimas y sollozos, firmó rápidamente un nuevo cheque, y lo dio a Ivanovich, siempre fino, y hasta compungido ante aquella desgracia, diciendo:

—Vaya usted, señor; y todo lo que sea necesario hágalo usted por la salvación de mi padre.

—De mil amores, madama, de mil amores.

Unos minutos más tarde un febril telefonazo de Piedras Negras ponía en conmoción todo el convento, y desgarraba de un golpe todas las esperanzas de Margarita. Don Guillermo había sido cogido, y sería llevado prisionero al lugar del levantamiento.

Y casi al mismo tiempo, por aquella negra y lustrosa carretera infinita, rumbo a la estepa gris que confina con el horizonte, en el *roaster* famoso, cambiados ya los *checks* por *currency*, vuela Nicolás Ivanovich Tolmazoff, piloto aviador militar, excapitán del Regimiento de Lanceros de Obvospol, llevado a su lado a su fiel compinche, el indiano de Sany, Atilano Banda. Ambos mascando chicle, y tarareando la canción:

*"We're down here in old Texas
Where you never have the blues;
Where the bandits steal the jitneys
And the marchals steal the booze".*

Por su parte Don Guillermo fue conducido a Sany. En Hill Crest, costó un triunfo detener y convencer a Margarita de no aumentar el mal, agregándose ella a la desgracia de Don Guillermo. Seis días más tarde, volvía Don Guillermo a pisar aquellas callejuelas, rodeado de cordón de soldados duros y fieros, y mirando interiormente por el desborde de todas las dolencias físicas y morales.

Se le exigió escribir o firmar una carta dirigida a Arturo y a sus hijos, pidiéndoles que depusieran las armas, para salvarlo a él de la muerte.

El noble viejo se irguió, y se negó a escribir la carta.

—Tengan seguro – les dijo en valiente arranque – que si no fuera un viejo, también andaría yo con ellos.

Entonces se logro enviar un correo a las sierras de Michis, llevando la oferta de amnistía, y la amenaza de fusilamiento de Don Guillermo.

Los muchachos y Arturo, sintieron la terrible prueba. Y concentrando toda la sublimidad de su espíritu, perfectamente controlado por la conciencia, contestaron: "El dolor por la muerte de nuestro padre, será una nueva ofrenda por la causa de Cristo".

Don Guillermo se sintió orgulloso de sus hijos.

Decretado ya el fusilamiento, Don Guillermo mostró deseos de recibir los Sacramentos. Y el Cura paralítico, que había logrado permanecer perfectamente oculto, a raíz de las alarmas, en gallardo gesto apostólico, se hizo conducir hasta la celda del reo. Don Guillermo se sintió orgulloso de su Cura. ¡Qué grandes figuras, pensó, nos brinda el cristianismo intrépido!

Confesó y comulgó. Pero el Jefe de la Guarnición se apoderó también del Cura.

Volvieron a ir los correos. Avisaron ahora el peligro del Cura. Pero los bravos rebeldes, persistieron en su actitud. "Si nos rendimos, también morirán los curas; si luchamos, resucitarán los curas muertos".

Las fuerzas sublevadas al grito de Arturo, tenía alguna responsabilidad. Y estando acordes con otros jefes de la misma re-

gión, como Quintanar, Barraza, Mora, y otros, se convertían en segura amenaza contra los resguardos desconcertados.

El Jefe callista de Sany, cumplió con la consigna recibida: ¡fusilar a los inermes!

Nada importaba entonces ni después, pasar sobre todas las leyes y sobre las garantías individuales. La fiera callista estaba herida, y sus dentelladas caían sobre carne indefensa. Ni juez, ni sentencia, ni delito, podrá la historia encontrar en los miles de ejecuciones que se hicieron en esos cuatro años de carnicería, cuando el General Brigadier Regino González comunicó a los habitantes de Cotija, Michoacán, que los que celebrasen bautismos o matrimonios, y oyesen prédicas, “serían irremisiblemente pasados por las armas”.

Había pues que darse prisa.

El fusilamiento, el martirio... vulgar, como todos. Como los que habían precedido, como los que seguirían. Con las horrendas lamentaciones del pueblo entero, con la desfachatez insolente de los oficiales, con la pasividad estúpida de la gente de tropa, con la heroica actitud de las víctimas. Don Guillermo, rodeado de antiguos criados, subiendo en un carricoche; el Cura, sostenido en su tradicional silla gestatoria. El pueblo, envuelto en un supremo gesto de terror, vibrando en una infantil indignación inofensiva...

Una calzada. Un árbol. Dos cuerdas. Don Guillermo se arrodilla frente al Cura, y le dice:

—Bendígame el padre de los pobres.

El Cura, sereno y ecuánime, contesta a Don Guillermo:

—Bendígame el padre de los héroes.

Bendición mutua de mártires, iluminada ya por la aureola celeste.

Don Guillermo se laza el cuello por su propia mano. El Cura coge la soga, y la besa con la misma unción con que besó la estola el día de su ordenación. El soldado, conmovido por aquel beso sacerdotal, en un rápido golpe de la gracia, deja la soga en manos del Cura, y resuelve en alta voz:

—¡Yo no lo amarro!

El oficial se acomode, y ata la cuerda fatal al cuello del Cura, tendido aún en su sillón.

—¡Viva Cristo Rey! – gritan al unisonó, con voz de trueno, las dos víctimas.

Los dos cuerpos comienzan a elevarse, paulatinos, siniestros. El Cura se desliza pasivamente sobre el sillón, roza el respaldo con las piernas, con los zapatos; el sillón, se mece, ya libre, indiferente, las mantas que cubrían las rodillas han caído por tierra. Don Guillermo pende recto, como una lanza. El cuerpo del Cura sufre una imperceptible contracción. Los ojos de entrambos están cerrados, y las cabezas quedan inclinadas.

Resuena entonces la descarga, y la sangre comienza a destilar, cayendo en la tierra como simiente de heroísmos.

—Ahora, a éste.

Y una nueva descarga deja también sin vida al soldado converso.

—He ahí a los tres enemigos – dice el, oficial.

Y luego petulante:

—“El ejército traidor, el clero intrigante y la plutocracia hidrópica de oro...”

XXV

LA VISIÓN DE LA PATRIA

El Viacrucis de Margarita no comenzaba con azotes, comenzaba con hachazos. El rudo golpe, agravado con la cobardía del procedimiento, con la previsión de nuevas hecatombes, con la conciencia del peligro y de las miserias actuales, le había partido ferozmente la misma chapa del alma. La linda rubia, de la noche a la mañana, se sintió descuajada de la vida, y arrojada de bruces entre las garras del despiadado vendabal.

Trasladada a San Antonio, Texas, por aquella carretera del plombagina que tantas veces contempló desde su bohardilla de Eagle Pass, sin más compañía que Marilú, y sin más credenciales que las señas de una familia amiga de las monjas de Hill Crest, seis meses más tarde, es el espectro de la mujer virtuosa, que bebe, diariamente, con infalible exactitud, el licor de las siete copas apocalípticas vertidas sobre la Babilonia mejicana...

Horrible punto de observación aquel de la ciudad tejana. Centro Histórico de los complots mejicanos, lleva en su faz la mueca burlona de todos nuestros fracasos. Visaje constante expresado en los altibajos de sus construcciones, en el contraste de sus edificios. Un skyscraper junto a una barraca; un *Medical Arts*

Building llevándose entre los pies al Museo de las Antiguas Misiones. La lisa llanada del Álamo Plaza, codo a codo con los dédalos de las calles Presa y Marquet. Indios mejicas, hablando inglés; y rubios irlandeses, mascullando español.

Hundida en un cuartucho de una casa de alojados en la calle Houston, con el zumbido insoportable de un ventilador ineficaz, en el fuego de infierno de la candente ciudad, con la inocente Marilú cosida a las faldas, así pasa aquellos días de junio de 1927 la hermosa victimada. Toda la historia de su Méjico trastornado se le mete por la ventana. Desde las noticias que entran volando en el paquete de periódicos locales, hasta las sonrisas frías de los desterrados que pasean su soledad por la calle bulliciosa.

La tormenta se enseñorea de la República. Todos los espíritus trepidan. Y la lucha se enciende en la vasta extensión. Los católicos armados están en plena brega. Son ya una fuerza improvisada, sacada del heroísmo abnegado e inerme, pero convertida ya en un valladar físico y en una esperanza de remota reconquista. Los Altos, en Jalisco, reverberan de gloria. Don Félix Barajas y Don Germán Vázquez, dan el ejemplo del catolicismo épico: Don Heraclio Flores, el de los ojos de profeta; el General Gallegos, Quintanar, Blanco, Dionisio Eduardo Ochoa, Mora, y otros muchos cristianos, como cruzados redivivos, conducen a miles de hombres armados al través del campo ignoto de los éxitos militares. La ráfaga de la defensa católica incendia los corazones en diez estados de la República. En Zacatecas el callismo palidece: ahí también hay hombres, y en primera línea esta Arturo

Pero Margarita no tiene noticias de él, ni de sus hermanos.

En el campo contrario, el callismo, enfurecido y picoteado, desahoga su rabia contra los inermes. Los martirios se multiplican. Las dichosas garantías constitucionales son holladas en cada una de sus palabras y de sus sílabas. La Iglesia Católica puede contar con nuevos mártires. La Liga defensora de la Libertad Religiosa se los brinda. Los sacerdotes, en masa, son conducidos a las prisiones, sin más delito que el del culto llamado clandestino. Treinta y dos sacerdotes duranguenses son internados en la prisión militar de Tlatelolco. Los fusilamientos se multiplican. El P. Mateo Correa ha sido muerto en Durango. El Padre Genaro Sánchez había sido ahorcado y arrastrado en Tamazulita; el Padre David Uribe, ha sido asesinado en Cuernavaca. El Padre Andrés Solá, el Padre Trinidad Rangel, el Padre José Isabel Flores,

degollados en Zapotlanejo; el Padre José María Rollo, ahorcado en Tecolotlán de Jalisco. Al lado de ellos habían ya caído tantos nobles seglares. Para esas fechas, junio de 1927, en unos cuantos meses, ya eran gloriosos los nombres del niño Agustín Ríos, de los jóvenes Nicolás Navarro, Ezequiel Padilla, José Valencia Gallardo, sobre cuyos retratos el Papa de Roma puso con su mano una frase de admiración: Salvador Calderón, que murió recitando una plegaria infantil; Anacleto González Flores, ¡el maestro! Tapatío de una sola pieza, joven símbolo, talento y acción, alma de santo y entereza de héroe, previó, prometió, ¡cumplió! Luis Padilla, el renombrado Secretario de la Unión Popular, los hermanos González Vargas, los hermanos Huerta; Manuel Bonilla, el del alma cristalina y foga, que escribe la última carta a la novia; el señor Pérez Larios, fusilado por creérsele sacerdote; el señor Chowell. Que murió perdonando...

Aquella humareda sangrienta, torre indicadora de la inmensa hoguera, es contemplada a diario por la desterrada, desde la ventanilla cuadrada del hotelucho... A sus pies, por las aceras bruñidas y candentes, el hormiguero humano con las intermitencias de la marcha señaladas por los semáforos luminosos, el río de automóviles, de grandes *trucks*, de tranvías, llena la calle de rectángulos grises y negros, que se deslizan por el estrecho canal de las vías. En aquel maremágnun bilingüe y multifacial, el enorme acento de desterrados vomitado sobre toda ciudad fronteriza o cercana, por la persecución de Méjico. Los múltiples sacerdotes mejicanos, que lograron salvarse del naufragio agarrados a la tabla de Texas, transitan melancólicos, encogidos, con la timidez vocacional retratada en el traje negro y mal planchado. Los cientos y cientos de civiles y antiguos militares ya exiliados, circulan en grupitos, comentando la última noticia, alentando la última esperanza, buscando en las vitrinas y en los grandes almacenes, con *Kress*, o con *Jockers*, la pista de algún empleo urgente ante la aguda situación económica. Son ya jóvenes guapos, católicos, escapados del cuadro fusilador por un golpe fortuito providencial; son periodistas, u hombres de acción, Caballeros de Colón desterrados o muchachos de la A.C.J.M. peligrosos, que ahora danzan en el macabro torbellino de la miseria y del destierro. Son ya antiguos empleados de casas reaccionarias, inmovilizadas por la penuria; estudiantes truncados en su carrera, que viven en la ciudad sanantoniana vendiendo sorbetes de nieve, o corriendo incesantemente tras un cliente incogible para colocar

una póliza de seguro... Mesnadas famélicas, descoloridas, anémicas, que dejaron su sangre y su corazón y su amor en las estepas patrias, en donde madre y hermanas y novias sufren y añoran en medio de los estrepitoso derrumbes del país entero...

Son ya los fantasmas de los héroes ocultos, de los caudillos católicos, los de la fe en la victoria que han dejado momentáneamente la trinchera, para venir a implorar el socorro financiero, el disimulo aduanero, el contrabando de parque, la cooperación financiera, la generosidad de los filántropos protestantes o la compasión de los americanos católicos. Vázquez Cisneros, el eximio periodista, cegado en flor ante la frialdad americana... Conspiradores benditos, aunque inexpertos destinados a fracasar no ante las metrallas de los callistas, sino ante la dolorosa hostilidad interna posible en todas las contiendas humanas...

Luego, bajo aquel ventanucho imperceptible, confundido entre el colmenar de ventanucos similares, también pasaban, de dos en dos, de tres en tres, humildes, mal vestidos, graves hombres maduros trajeados de negro; ancianos fatigados, acompañados de solícitos jóvenes... Margarita sentía la profunda compasión. La suprema vergüenza: la actitud de Méjico frente a aquellos hombres que ocupaban en la tierra el lugar de los Apóstoles... Eran los obispos mejicanos... Los que ella había conocido desde niña, el anciano Arzobispo de Méjico, cabello cano y ojos profundos, el Arzobispo de Michoacán, el Obispo de Huejutla, timbre de honor del Episcopado Mejicano. Y como ellos, los demás Prelados aventados a puntapiés por el perseguidor Gobierno...

Al través de esta procesión de espectros, la rubia observadora contemplaba, como un lampo de gloria y presagio de triunfo, la figura heráldica de su Arturo. No tenía noticias concretas de él, pero ella sentía en su pecho que Arturo vivía, y que luchaba, y que triunfaba, al lado del puñado de valientes, único comprensor de la situación caótica, de su origen y de sus remedios.

Margarita detestó la inacción. Cifró su orgullo y su consuelo en entregarse totalmente a la lucha, desde ahí, desde su destierro, desde su cuartucho, en donde Marilú tendía sus manecitas como queriendo coger el ideal impalpable de su madre.

Los dólares depositados en el *Bank of Commerce* volaban constantemente. A la casa de la invicta mujer llegaban los ruegos de los héroes impotentes, que proyectaban viajes costosos, entrevistas con altos personajes, conexiones con poderoso organismos,

contratos rápidos: los que iban a “entrar”, jugándose la vida en la frontera y en las ciudades. Ahí volvían, con el corazón desalentado, con las manos vacías... América, la vanguardia del humanitarismo, se cruzaba de brazos ante el tormento del pueblo mejicano. Los católicos americanos “no comprendían” por qué los mejicanos apelaban a las armas. Los sacerdotes y los obispos se horrorizaban de la actitud y rehuían toda aprobación decidida. Los caballeros de Colón norteamericanos juntaban millones para ayudar a Méjico, pero no daban ni un centavo para comprar armas y parque, lo único que hacía ya falta a los mejicanos. La prensa yankee, pagada por Calles, oscurecía la noción del caso Méjico. Y cuando los tenaces exiliados lograban, de centavo en centavo, arreglar un contrato clandestino de provisión de guerra, entonces, como una leona que despierta, caía sobre ellos la Ley de Neutralidad, apabullando el espíritu ya derrumbado, incautando el fruto de tanto esfuerzo, y extremando la miseria del cuerpo y del espíritu...

Un día Margarita recibió letras del doctor Valladolid.

“Señora -le decía-: ante todo mi alta admiración para la esposa del amigo y del héroe. Arturo triunfa: esta es la palabra. Dios está con él. Los hermanos de usted se glorían de luchar a su vera. La sombra de Don Guillermo, el mártir, los conduce y los ampara.

¡Si pudiéramos ayudarlos eficazmente! Si lográramos calmar su hambre de armas y de parque, única que sufren, su victoria se apresuraría.

Señora, por la sangra de su padre, por el amor de Arturo, por el futuro de su pequeña Marilú, yo le ruego acepte el nombramiento de agente confidencial de la Liga, en esas regiones”.

Margarita contestaba:

“Todo por Dios: todo por mi patria: todo por Arturo”.

—¿Ve usted ese carro? Es el de Don Francisco de los Monteros, millonario capitalino, el que dio a Calles veinticinco mil pesos para la J.M.C.A.

—¿Es católico?

—¿Católico...? No sé: lo que si es muy beato. Tiene oratorio particular, e invita a cuanto obispo pasa por Méjico.

—¿En dónde se hospeda?

—En el Gunter Hotel.

Aquella noche, en el lobby del Gunter Hotel, el hotel de los opíparos, Margarita, vestida de reina, esperaba al de los Monteros.

Los rasgos fisonómicos de la invicta se resentían ya tristemente de la incesante lucha.

Don Francisco de los Monteros, un chaparrito insignificante, color blanco, cara en rueda, cabeza calva, entró, llevando majestuosamente del brazo a su esposa.

Hablaron. Margarita llegó al grano, con delicadeza, con habilidad, con certeza.

El viejo se ecrespó, rechinó, explotó:

—Ustedes están echando leña al fuego, ustedes están llevando a esos muchachitos al matadero, ustedes están sosteniendo a esos bandidos...

—¡Caballero! —replicó Margarita—, soy esposa de uno de ellos, y hermana de otros... Mi padre acaba de ser asesinado por los callistas... Puede responder a usted que no son bandidos...

La esposa del estúpido intervino decorosamente.

—Señora— interrumpió—. Permita ofrecerle yo cincuenta dólares; pero rogándole los emplee en sus propios gastos, y no en sus actividades.

—Señora— contestó Margarita—, si yo no obtengo nada para mis actividades, permítame rehusar su ofrecimiento. ¡Para mí no quiero absolutamente nada!

Y de estas escenas, se repitieron a granel.

XXVI

UNA GOTA DE BALSAMO

Un día, por fin, un día lleno de luz, fresco, suave como nunca, llegó como un mensaje divino la carta anhelada. La primera en ocho meses.

Margarita lloro, tembló al tenerla en sus manos, la besó, cogió a Marilú, y la hizo arrodillarse para dar gracias a Dios.

Carta de las montañas, carta de un cristero, impregnada de ese sutil supernaturalismo que se observa al punto como característica de los católicos armados. Carta de un hombre transfigurado, de un héroe cristiano, que todo lo ve ya, al través del resplandor celeste de su Jefe Divino. Cartas inexplicables para las turbas pesadas, para los lastres humanos... Escritas con sangra y con alma, entre lampos de celestes visiones, con fuego de arro-

bamientos místicos. Dedos callosos, olientes a pólvora, escribiendo con el suave matiz de preclaro asceta; plantas sangrantes y enlodadas, que escalan cumbres de perfección interior, no lograda en la vida pasada de cristianismo pacífico. Letras divinas, y divinizadoras, en que el alma cristera asomada a la ventana de las heridas abiertas, sólo vive en Dios y lucha por Dios, amando todo al través de Dios, con la seráfica clarivisión de un Francisco de Asís o de un Juan de la Cruz... Hombres de hierro cosidos con la cruz de Cristo, leones de Judá, cuyas manos agarrotadas con el fusil redentor bajan a besar los ángeles del cielo...

Así, con ese recogimiento, respiró el perfume de amor Margarita, como quien lee el mensaje sagrado de un esposo nimbado ya con lumbres de cielo... Leyó:

“¡Viva Cristo Rey! Festividad de San Estanislao de Kostka.

Adorada:

Cada vez que releo tu cartita llena de valor, de abnegación cristiana, de amor y de ternura, siento que me va a estallar el alma de gozo. ¡Estoy orgulloso de ti, mi vida! No acabaré de darle gracias a Dios Nuestro Señor, de haberme dado semejante tesoro. Escríbeme, escríbeme, Sigue escribiendo con la misma sencillez, que se transparente tu alma sin velo ninguno. Todo lo escrito por mi linda mujercita me encanta, me enajena, me enloquece de amor. Dime sin temor como siempre tus penas, tus alegrías, tus temores, tus virtudes y tus defectos. ¡Cuánto te amo así como eres, oh vida de mi vida! ¡Bendito el Señor que ha santificado a cada paso y en cada etapa nuestra unión!

Verdad que fueron un soplo los meses que vivimos juntos, como me lo dices en tu cartita. ¿Por qué? Porque Nuestro Señor derramó a raudales su gracia en nuestra unión, y fuimos siempre felices amándonos con toda el alma. Recuerda, vida, que siempre hemos comentado las excelentes disposiciones con que fuimos a unirnos al pie del altar, y cómo el Señor nos ha mimado siempre. Entonces, ¿porqué se aflige tanto el amor de mis amores y cree que no va a poder resistir la separación? ¿No son acaso para nuestras almas las condiciones mismas de las otras épocas? ¿Nos amamos menos acaso? ¿Acaso ha muerto nuestro Dios, de quien recibimos todos aquellos mimos y todas aquellas gracias? Pues si él está vivo, viva está la fuente de su amor, y el nuestro es mayor, y nuestra unión mayor, y nuestra mutua comprensión es mayor que antes, mayor que nunca.

Cuántas veces he recordado, alma del alma, los pasos de nuestra vida... Aquella luna de miel, tan pura, tan cristiana, tan deleitosa. Eras mía, enteramente mía, en Dios, como yo lo era y lo soy en el, enteramente tuyo... Los dos sin sombra, sin perturbación, con todo el cuerpo y con todo el espíritu... ¿Recuerdas, linda mía, aquella primera ofrenda ante Dios, de nuestra casa y de nuestra alcoba? Cuando yo te recibí con la unción con que el sacerdote recibe la cándida hostia, para transformarte, divina, en fuente de otra vida... Aquel viaje, la visita al Tepeyac, donde María, la tierna Guadalupana, recibió la nueva protesta de nuestro amor inquebrantable... Margarita, Margarita, no, no estás lejos. Te siento junto a mí, el perfume de tus cabellos rubios en el hálito santo de mi vida; tú me hablas en las noches solemnes, en el silencio trágico, tú eres la que me repites el poema del amor hasta el sacrificio, que he jurado a mi Jefe Divino, Cristo... Flor de mi vida, cuánto recuerdo de aquel viaje todos los pormenores, todos los detalles... Todo contigo, todo en ti, los teatros, los cines, Chapultepec, sombrío y discreto, envolviéndonos como a dos novios; el lago, ¡el lago!, tu primera clase de remo, en que nos rociábamos algo de agua, sublime asperges de plena posesión... Tú casa, ¡ah! ¡Nuestra casa! Todo en ella hablaba de amor, amor apasionado, sin penumbras, sin eclipses. Cada pieza, cada corredor, cada árbol del jardín, cada piedra de los patios, las hojas y las flores, las abejas y los pájaros... Más tarde, nuestra hija Marilú, angelical pedazo fundido de nuestros corazones y de nuestras almas. Más tarde, tus enfermedades y las mías, tus penas y las mías, tus alegrías y las mías... todo cantando perpetuamente amor, siempre amor.

Santita mía, encantadora mujercita del alma; dices que con toda tu alma pides a Jesús, nuestro Redentor benignísimo, y a su Santísima Madre Inmaculada, que nos vuelva a reunir y nos deje vivir juntos. Bien que así se lo pidas; mas cuando dices que le prometes ser más buena, más abnegada y sacrificada que antes, dudo que lo consigas, pues ante Dios testifico que yo no he encontrado una mujer tan buena, tan abnegada y sacrificada como tú. Amor, ¿sabes en dónde te tengo oculta, y dónde te hallo a cada minuto de mi dura pero linda vida? Yo siempre te recojo de los pies santísimos de Cristo. De sus manos santísimas te recibo, te abrazo, te beso, te acaricio, y después de beberte, muy despacio, saboreándote con toda la plenitud de mi pasión y de mi espíritu, te vuelvo a entregar al Corazón Divino de Cristo, te encierro en él,

como vaso sagrado, y me duermo tranquilo soñando que vienes personalmente a recoger de mis labios, envuelta en mis besos, la sublime palabra: ¡Margarita mía, mía, te amo!

Sígueme abriendo, dulce lindita mía, las ventanas de tu alma, con tu propia sencillez; asoma a ellas los resplandores de mi ángel Marilú. Enséñale a rezar por su padre, por el alma, por la lucha, por la causa de su padre, que es la del Divino Amor, Jesús.

¡Margarita, con esta carta se va mi vida! Tórnamela pronto en otra tuya. Y espera confiada, volveremos a unirnos, eternamente unidos, si no en la tierra, en un cielo sin fin...

Un pobre soldado de Cristo Rey, eternamente tuyo. –Arturo”.

La amada cerró el mensaje, cerró los ojos, y se diluyó en el amor. Ríos de lágrimas brotaron de sus ojos magníficos. El recuerdo de la caricia pasada, apretó su corazón, sofocándole el aliento y helándole los pulsos. Aquel era un amor que hería, que sangraba con dardo punzador, encendido, quemante, desgarrador para cuya herida no había bálsamos, para cuyo tormento no había pausas, para cuyas lágrimas no había cauce; congoja sin sosiego, páramo sin oasis, noche oscura del amor, en que la única estrella que brillaba, como chispa microscópica, era la sonrisa de Marilú, rebosante de alegrías inconscientes...

La linda llorosa se tendió en el frío lecho, se acurrucó hasta meterse entre el pecho, como una paloma, el cuerpecito de Marilú, y confundió su noche interior con la noche imperturbable de los mundos...

Sobre la estatua yacente, el ventilador eléctrico regaba el zumbido de su burla; bajo el ventanuco, el desfile de espectros continuaba.

XXVII

LOS CONSPIRADORES

En la quinta de San Román, frontera al Colegio Militar de San Jacinto, en la ciudad de Méjico, hay una lechería ¡Gran noticia!

En el interior de los patios hay una bodega con forraje. Al fondo de la bodega, una puerta baja. Esa puerta da a una escalera. Y esa escalera de veinticuatro escalones, deja a uno en un sótano. Ese sótano está rodeado de puertas; el sótano se ramifica. Es un vestíbulo rodeado de cámaras. El vestíbulo se ilumina por una

claraboya que da las cuadras de la Secretaría de Agricultura. Una de las cámaras subterráneas está iluminada con luz eléctrica. El fulgor se difunde sobre una ancha mesa, llena de papeles, ajustrada con útiles de escritorio, libretas de papel perforado y tarjetas cifradas.

Al frente de la mesa grande, arrolladas las mangas de la camisa, está sentado un hombre. Aquel hombre es el doctor Valladolid. Aquella cueva es su oficina. La del Jefe del Comité de Guerra de la Liga Defensora de la libertad Religiosa.

El doctor Valladolid está transformado. Su indumentaria excéntrica lo confunde con un jardinero; su barbilla crecida le ha transformado completamente la fisonomía.

Cuando los centinelas del Colegio Militar lo ven pasar, no paran mientes en él. Los porteros de la vecina Secretaría de Agricultura, y de la Escuela Nacional de Maestros, no se preocupan por la gente vulgar que trafica con los forrajes de la quinta de San Román.

De la pequeña cámara interior ha entrado a la oficina un nuevo personaje. Pantalón blanco de dril; en mangas de camisa. Presenta un papel al doctor Valladolid. Son las últimas noticias de la campaña, captadas al servicio especial de la Secretaría de Guerra, del Gobierno de Calles.

El doctor Valladolid las lee sin pestañear. Señala algunos renglones con lápiz azul.

—Compañero, mire, saque luego estas noticias para el boletín.

El mecanógrafo escribió en seguida un encabezado.

“Reporte para....., a las 10.25 a.m. del..... sept./27.”

Los puntos suspensivos significan: una copia para el Comité General de la Liga, otra para la imprenta de “Desde mi sótano” y otra para el Boletín de Guerra de la Liga.

El mecanógrafo se puso a trabajar. El telegrafista volvió al escondite. El doctor Valladolid siguió hojeando papeles. Luego abrió un cajón y sacó una linda miniatura de la República Mexicana, toda claveteada con alfilerillos blancos, verdes, o rojos. Era el golpe de vista de un rico pastel, hecho por diestras monjitas, adornado con grajeas de varios colores. En el estado de Jalisco, entre las sombras del relieve de Los Altos, se veía más aglomeración de puntos coloridos. Guanajuato, Colima, Zacatecas, también ostentaban lunares rojos y blancos. En los demás estados, el pun-

teado era más aislado. El doctor Valladolid, cuidadosamente, colocó en el mapa dos nuevos alfileres, anotó en una libreta una fecha, guardó el juguete, vio su reloj, se levantó, se puso un sombrero de paja, salió del subterráneo, cogió un soporte de botellas de leche, y salió a la calle...

Por la noche, en un rincón del Palacio Postal, en medio del insoportable estrépito del agitado distrito citadino, el doctor Valladolid hablaba con otro individuo.

—Se gana, sí señor, se gana – decía el desconocido –, pero se gana muy despacio por falta de capital con qué movernos. Eso es lo que urge. La gente es buena, y es cumplidora; pero tiene que andar muy alcanzada. Si usted no nos arregla eso, nos la paga usted también. Las canillas son buenas, pero es mejor la palanca. Todos decimos lo mismo.

—¡Muy bien! –respondió el doctor Valladolid–. Tiene usted toda la razón. Pero esté usted cierto que no omitimos esfuerzo nosotros por hacernos de aceite, y de numerario. Vaya usted con la confianza de que seguimos haciendo la lucha, y que lo que vamos siguiendo es para el negocio. Aquí no se tira nada; lo que sucede es que todo mundo es tacaño. Pero no le hace, no hay que aflojar, y sigan ustedes, aun en el caso de que nos vieran pandeados.

*

El doctor Valladolid, flamante en su vestido de jardinero, salió del fastuoso Palacio Postal, joya de la arquitectura del tiempo de Don Porfirio Díaz. Detúvose una buena pieza de tiempo frente a la mole marmórea del inacabado Teatro Nacional. Las ocho de la noche se le echaban encima. El estrépito de automóviles y de tranvías eléctricos lo aturdiría; la oscuridad del adyacente parque de la Alameda lo contristaba.

La voz del cristero escapado de las montañas y deslizado como reptil entre las garras de la fiera callista dueña y señora de la Metrópoli, multifacial, omnipotente, avizora de todas las sospechas, inexorable ante todas las suposiciones; la voz del cristero, mensajero de los miles de cristeros cosidos al heroísmo de las barrancas, seguía resonando en sus oídos: “Se gana muy despacio por falta de capital con qué movernos. La gente es buena, es cumplidora; pero tiene que andar muy alcanzada”.

El doctor Valladolid no olvidaba que los agentes confidentiales en Filadelfia y en Brownsville, ensartados en la compra en grande de implementos de guerra, se deshacían en mensajes urgentes, cifrados, pidiendo lo imposible; cientos de miles de pesos para cerrar tratos de alguna significación.

En el libro de notar del doctor, en la orden de aquel día, mejor dicho, de aquella noche, estaba una entrevista lógicamente conectada con la entrevista del cristero.

Un camioncito de la Avenida de Hombres Ilustres recogió al doctor Valladolid del campo negro de sus meditaciones, y en un abrir y cerrar de ojos, lo trasplantó y lo volcó por la Avenida de Peralvillo. Caminó unas cuantas cuadras. Llegó a una casa de vecindad, tétrica y penumbrosa, Subió, casi a tientas, una ancha escalera de piedra con pasamano de hierro, y llamó a la puerta de un humilde departamento.

Se le introdujo. Y en la modesta salita, de ajuar de bejuco, quedó a los pocos instantes, frente a un hombre de grave continente, correcto, pasado de cincuenta años, que sin duda esperaba ya al visitante jardinero.

El hombre de los cincuenta años era un sacerdote expulsado de una Diócesis del Centro, en donde ocupaba el puesto delicado de Administrador de Bienes Eclesiásticos .

—He luchado, mi buen amigo, cuanto usted no se imagina... — dijo el sacerdote. Y con tristeza le digo que el negocio camina muy mal.

El doctor Valladolid sintió que se le helaban las plantas de los pies con aquella introducción.

Todo lo que ustedes han dicho es muy cierto, ¡todo! — prosiguió el sacerdote con pausada medida. Esas joyas de nuestra Catedral, postreras reliquias de los saqueos de otros tiempos, representarían, es muy cierto, la respetable suma que ustedes quieren invertir en los gastos de la defensa... Pero ¿qué quiere usted? Todavía no nos resolvemos a distraer de su objeto esas preciosas donaciones.

—¿Cuál es su objeto? —preguntó el doctor disimulando apenas su contrariedad profunda.

—¡El esplendor del culto divino! —contestó el sacerdote al punto.

—¿Y están sirviendo a su objeto?

—¡Ahora no, ya se ve! ¡Peligrarían!

—¡Desde 1913 –alegó el doctor– esas joyas están arrumbadas ¡Y, al paso que vamos, nunca volverán al esplendor del culto!

—Esa es mi opinión, y así lo comuniqué al Cabildo; pero ¿qué quiere usted?... Entre muchos, se opina de tantas maneras... Los canónigos tendrán eso por un sacrilegio...

—La sola custodia de Don José Borda, nos sacaría de inmensos apuros– observó desalentado el doctor Valladolid.

—¡Si, muy cierto!–añadió el sacerdote. El Banco de Montreal presta por ella un cuarto de millón de dólares. Pero ¡cuándo la rescataríamos!

—¡Cuando hubiera libertad!

—¿Y cuándo sería eso?

—¡O pronto, o nunca!

—¡Nunca! –añadió suspirando el sacerdote Administrador.

Y entonces ¿de qué sirven esas joyas?

Son depósitos sagrados.

—¡Precisamente! Y no deben estar expuestos a la rapacidad revolucionaria. ¿Recuerda usted, señor Administrador, qué fin tuvieron las otras joyas donadas por los fieles para el culto divino en nuestra Catedral de Méjico?

—¡Cómo no! ¡Fueron a parar a los banqueros neoyorquinos!

Y ¿Para quién fue el provecho?

—Para los juaristas anticlericales que las malbarataron.

—Una custodia fue rescatada por la ilustre Duquesa de Mier en Nueva York.

—Y ahora es joya célebre de la Catedral de París.

—Méjico no fue digno de ella.

—Yo sí creo– observó el sacerdote– que a ese peligro están expuestas esas cuántas riquezas que le quedan a la Iglesia.

—Con ellas se podría comprar la libertad que vale mucho más.

—Con libertad religiosa se salvan las almas. Con joyas múltiples se endurecen los corazones.

—Señor Administrador, yo creo que Dios me impone la obligación de insistir con usted... Tengo ante mis ojos la miseria heroica de nuestros cristeros. Un esfuerzo financiero nos pondrá inmediatamente en posición ventajosa.

—Y ¿qué quiere usted que yo haga?

—Que usted por su parte, vuelva a insistir con el Prelado y con el Cabildo.

—¡Es inútil!

—¿Inútil?... ¿Están o no están ellos por la justicia de nuestra guerra?

—¿Y acaso no son del parecer de que los que tienen recursos deben ponerlos a nuestra disposición?

—¡Sí lo están! Eso me consta.

—Afortunadamente, sí.

—Y entonces ¿por qué ellos no dan un valioso ejemplo, brindándonos ese socoro?

Porque ese tesoro no es de ellos: es de la Iglesia.

—¿Y la Iglesia quiere que nosotros fracasemos?

—¡No!

—Entonces ¿por qué nos abandona a la miseria? ¿Quiere acaso la Iglesia perpetuar su propia cautividad? ¿Quiere acaso la Iglesia remachar nuestras cadenas?

¡Señor Valladolid! Yo estoy con usted; pero mi influencia es muy reducida. Yo estoy seguro de que cada canónigo, el Prelado mismo, brindarían ese tributo si fuera propiedad personal... ¡pero es algo sagrado, algo que no es nuestro, algo de Dios!

—¡Sí! ¡Es algo de Dios! Como el incienso que debe quemarse en su honor; como los cirios que en su honor deben consumirse: como la sangra de los cristeros que en su honor se derrama... Algo de Dios, como las piedras para el templo, que en su honor se labran y se encuadran... Consúmanse esas joyas en incienso de pólvora, en cirios de heroísmo; háganse de esas piedras templos vivos de Dios, bajo el arco triunfal de la libertad religiosa...

—Los señores canónigos tienen un santo escrúpulo de trocar la finalidad de esas riquezas...

—¡No se tuerce esa finalidad imitando a santos tan grandes como a San Ambrosio y a San Cipriano!

¡Tiene usted razón! Los vasos sagrados de la Iglesia de Milán y de la de Cartago fueron quebrantados y vendidos...

¡Para redimir a los esclavos! —completó ansioso el doctor Valladolid. Nuestro caso en menos grave proporción.

—¡Sí! —reflexionó gravemente el sacerdote. También muchos concilios lo autorizan después expresamente.

—¡Luego se puede hacer!

—¡Pero aquí se trata de una guerra!

—Sí! De una guerra santa, como las Cruzadas.

—Siempre una guerra.

—Señor Administrador – observó el doctor Valladolid acercando un poco su silla–; en una guerra hay muchos gastos de aspecto caritativo. Hay viudas desoladas, también hay huérfanos hambrientos... Ese dinero augusto se necesita también para viajes, para agencias diplomáticas, sencillamente para correspondencia y mensajerías... Señor Administrador (y aquí el doctor Valladolid tomó un acento lúgubre), estamos luchando por la libertad en medio de un campo de hambre y desnudez, mientras ustedes reservan sus joyas sagradas para que se harten con ellas los callistas...

—¡No! ¡Eso no!

—¡Eso ha sucedido!

—¡Peo no por nuestra voluntad!

—Entonces... ¿por qué?...

—¡Muy cierto, doctor! Me lo está usted diciendo con los ojos; ¡por nuestra estupidez!

—¡Sea!

—Usted me conoce, doctor; yo soy amigo de la defensa armada; yo comprendo el ansia de ustedes; en lo personal, no quiero flaquear. ¡Mis joyas, las joyas de mi familia, las joyas de mi casa, esas serán para ustedes! Más aún, yo haré un viaje especial a la ciudad cabecera de mi Diócesis, y estoy seguro que el corazón del Prelado se abrirá a mis razones; y daremos lo nuestro, lo personal, él y yo, quizá algún otro canónigo. Pero lo de la Iglesia, ¡eso no! ¡Lo lamento, me repugna; pero no me atrevo a hacer ni a decir otra cosa!

—¿Cuándo puedo volver a molestarlo? –preguntó Valladolid.

—Ahora verá usted; hoy... ¿es lunes?

—¡Lunes!

—Jueves... sábado... ¡dentro de diez días!

—¡Puntual!

*

Esa misma noche, a las doce, en un jonuco de la calle de Santo Domingo, el doctor Valladolid, vestido ahora de catrín, despacha en una de sus oficinas sucursales.

En su carnet queda ya apuntada la fecha de la cita para diez días después.

Sobre la carpeta del escritorio ha encontrado, a la descuidada, un cartón secante. Sobre ese cartón están escritos estos signos, al parecer, insignificante: "2m. N."

Ya no se sienta al escritorio. Revisa el seguro de la puerta. En seguida descubre un gajo de machimbre en el guardapolvo de la pared que da al norte, y saca un papel doblado que ahí encuentra. Son dos mensajes que acaban de llegar.

Descifrados que son, dice así el primero:

“Agentes contrabando Puerto Vallarta necesitan urgentemente fondos. Equipo espléndido. Minutos contados. –Arturo Ponce”.

El otro mensaje reza:

“Banqueros Houston hacen magníficas ofertas sobre joyas. Urge el envío.– Margarita Soler de Ponce”.

El doctor Valladolid oprimió su frente con el puño crispado, y mordiendo las palabras, con un esguince de rabia solemne, exclamó:

—¡Diez días!... ¡Todavía diez largos, diez infernales días!

Púsose de pie. Dio algunos pasos de león enjaulado. Después, con un esfuerzo gigante de su voluntad, dominó su excitación, y arrastró a viva fuerza hasta el fondo de su alma, un retazo de serenidad rebelde. Quitóse el saco, colgólo sobre el respaldo de la silla. Sacó entonces su cartera, la abrió, y se quedó largo rato contemplando una fotografía. Una hermosa mujer joven rodeada de cuatro niños primorosos. El doctor besó ardorosamente cada uno de los rostros, y exclamó con acento de plegaria:

—¡Señor que no les falte el pan a mis hijos, mientras yo los abandono por tu causa!

Miró su reloj. Era la una de la mañana. Sacó de un ropero un catrecito de campaña; lo dispuso. Mató luego la luz, se tendió y cerró a fuerza viva los ojos, hasta hipnotizarse a sí mismo.

A las cinco de la mañana le despertaban los nudillos de un ayudante a la puerta.

Abrió. El ayudante traía las últimas noticias que llegaban. El ayudante las daba desalentado. En Huejuquilla acababan de fusilar al segundo de Epitacio Lamas. Se le había comprobado que pedía en los comercios camisas de manta trigueña para los cristeros... Y en Guanajuato habían identificado y muerto al agente de la Liga, Don Bibiano Martínez, que esperaba el dinero para un viaje importante a los estados norteños...

Los diez días del señor Administrador de Bienes Eclesiásticos, le retemblaban en el cerebro al doctor Valladolid, como diez asesinatos a mansalva, con diez mil esperanzas muertas...

—Mira, Agustín – dijo el doctor al ayudante–; combíname hoy mismo la cita con la señora O’Dónovan, para las once de la mañana.

A la hora fijada, el doctor Valladolid, todo vestido de jacket, era recibido en el saloncito de un mono chalet de la calle de Orizaba.

Una dama ya anciana, con distinción de reina y bondad de santa, tendió la mano al doctor Valladolid, saludándolo en inglés.

Aquel inglés no era el slang tejano; era el inglés de Oxford matizado con el acento de Dublín. El doctor Valladolid, con toda la distinción de un londinés, besó la mano de la amable dama. Aquella dama era Lady O’Dónovan.

¡Era irlandesa! ¡Sus abuelos habían luchado al lado de O’Connel en pro de la libertad de los católicos! Viuda de un rico industrial de Dublín muerto en Méjico, durante un viaje de comisión comercial, Lady O’Dónovan había escogido el rincón mejicano para pasar sus últimos años.

Rica, piadosa, experimentada y culta, había desde un principio visto con claridad la cuestión mejicana. Y en secreto para conservar su eficaz facultad, más de una vez había sacado a flote a los jefes de la Liga, de horrendos apuros financieros.

—Señora– dijo en elegante inglés el doctor Valladolid–, hemos procurado no abusar de su generosidad. Pero hoy las circunstancias son apremiantes. No nos dé usted una donación; sólo facilítenos usted un préstamo.

—¿Cuánto se necesita, doctor? –preguntó ansiosa la dama.

—Señora, por lo pronto 850 dólares.

—¡Dios mío, Dios mío! –exclamó la dama apretándose las blancas manos. ¿Y urgen mucho?

—Señora, tengo por cierto que dos días de retardo serían fatales. Se trata de un cargamento a flote, en el Pacífico, expuesto a mil vicisitudes. Los agentes de tierra nos piden con urgencia fondos para liquidar. Los “nuestros” mientras tanto están en la costa brava, esperando el desembarco, y están desarmados, y aislados. Hecho el desembarco, está todo a salvo. Pero los agentes esperan dinero. Por otra parte, nuestro agente en Houston necesita hacer un nuevo viaje a Nueva York para apresurar los trámites del empréstito grande.

¿Todavía no se resuelve eso? –preguntó impaciente la dama.

—Están indecisos, señora. Eso es horrible. Un inexplicable escrúpulo moral los retiene. No puede comprender la justicia de

nuestra defensa armada. Para respaldarse, desean nada menos que unas palabras explícitas del Papa de Roma. Todo nos hace a nosotros agotar el dinero, y prolongar los días del infortunio.

—Estoy triste, doctor —dijo condolida Lady O'Donovan—. Yo siento esta aflicción muy mía. En una persecución como esta, no hay mejicano ni irlandés; todos somos católicos, todos debemos ayudar como quien ayuda al mismo Buen Dios.

Quedóse un momento pensando. Luego agregó:

—Señor Valladolid... ¿qué, podríamos esperar hasta esta tarde? Usted sabe muy bien que yo soy toda para ustedes mis hermanos; pero en estos momentos me encuentra usted desprevenida... ¡Esta tarde tiene usted el préstamo de mil dólares! ¿Lo quiere usted aquí, o prefiere que se le sitúe en Estados Unidos?

—Señora, es ideal para nosotros tener el dinero en Estados Unidos.

—¡Muy bien! ¿Quiere usted darme las señas de su representante en Norte América? —añadió Lady O'Donovan presentando al doctor un memorándum.

—Si me permite usted, señora, le rogaría enviarlo en dos partidas.

Y escribió:

“To Mr. H.G. Ramers, Room 404, Pacific Hotel. San Diego, Calif. —Dólares 500.00”.

“To Mrs. Margarita Soler de Ponce... San Antonio, Tex.— Dólares 500.00”.

—Todo quedará hecho hoy mismo con plena discreción. Usted quedará satisfecho. Pediré al Banco que use su clave.

Quedóse la dama contemplando aquellos nombres.

—¿Margarita? —preguntó entre asombrada y conmovida

—¡Es nuestro brazo derecho! —comentó Valladolid triunfal.

—¿Y Arturo su esposo?

—Espera el armamento en Puerto Vallarta.

Lady O'Donovan, la anciana irlandesa que ya había obsequiado sus alhajas a la Liga de Defensa, dio un suspiro y añadió:

—Voy a mandar algo más a Margarita... ¡Esa mujer lo merece todo!

XXVIII EL INFORTUNIO ES VORAZ

Dos semanas más tarde, el alma de querube que lo merecía todo, dejaba la ciudad de San Antonio, bebía una vez más el cáliz de sus lágrimas en el corredorcito de pilastras de madera del Convento de Hill Crest, en Eagle Pass.

Sister Teresa y las demás religiosas consolaban, en fúnebre corrillo, a Margarita.

—¡Ánimo, señora de Ponce! —decía con valentía *Sister* Teresa. La reparación será breve, muy breve.

—¡Ay, Madre Teresita! —respondía la cuitada. Usted no puede saber lo que siente una madre... ¡Pero en fin (y aquí señalaba el cielo), ahí está quien lleva cuenta de nuestros sufrimientos!

El enorme autobús de las líneas Greyhound, con rechinado de palancas, cortó el gesto de Margarita. Abrió su grande puerta y tragó el cuerpo gentil de la linda. Irónicamente vistoso y alegre, echó a correr de nuevo, cargando con aquel manojillo de mirra, que devoraba a solas un nuevo dolor...

Las monjas, mientras tanto, corrieron al dormitorio de los huéspedes — una coqueta cajita de cristales y cartón—, y se acercaron de puntitas a la cama...

Un bultito empacado en blanco y rosa, se destacaba sobre el lecho, en deliciosa penumbra.

Sister Teresa se inclinó. Y sus labios virginales de monja se posaron sobre la seda de una frente de bebé que sonreía en medio de dulcísimas inconciencias...

¡Aquel bebé era Marilú!

¡Déjela usted con nosotras, señora —había dicho en varias cartas *Sister* Teresa a Margarita. El trajín de esas andanzas no lo debe sufrir Marilú, ni usted agravarlo con ella. Tendrá usted que estar expedita para muchas prisas, carreras y citas importantes. Y aunque partido el corazón, estará entera su mitad para salir triunfante de esos engorrosos problemas”.

Y ahí quedaba Marilú, hospedada en el Convento de Hill Crest, con su grave juicio de criatura de dos años. Se le señaló una *hermana pilmama*; se clavó a la vera de la cama la tablilla del horario que había de regir el uso de la tetera; y el número del teléfono del médico del Kinder, para cualquier novedad que ocurriera. El nombramiento de *pilmama* recayó sobre una monja anciana, que

había entrado ya grande a la religión, y que en el mundo había hecho de mamá con sus seis hermanos menores. Estaría pues algo práctica en achaques de pañales y chupones, de los cuales las demás monjitas no sabían ni jota.

Margarita, “la mujer que se lo merecía todo”, según Lady O’Dónovan, volaba mientras tanto por la carretera de Houston, derrumbada sobre el confortable sillón tendedizo, hundida la cabeza hirviente en el muelle cojín de plumas que la había ofrecido el negro camarero. Y oprimía entre sus brazos una sospechosa bolsita de viaje, que no quiso soltársela a nadie, y ni siquiera ponerla a sus pies en la alfombra del lujoso vehículo.

¡Pobre cabeza de margarita, taladrada física y espiritualmente con vahidos persistentes y con calenturones interminables! ¡Pobre corazón de triple mártir, descuajado sin piedad de las totales raíces de su amor! Una a una arrancadas, como las hojas de un trébol, las dulzuras de la patria, del esposo y de la hija, sólo viajaba en el vertiginoso autobús el tallo marchito de una desterrada, de una esposa sin Arturo, de una madre sin Marilú.

¿Y aquel problema sin pies ni cabeza que se encerraba en la bolsita de viaje? ¿Y aquel ovillo enredado que ella resuelta y valiente se había atrevido a probar de desenredar? ¡Conseguir dinero, mucho dinero, no para financiar la defensa armada en su conjunto, sino para financiar siquiera el sector en que operaba su Arturo!

¡Ella! Sin más aliento que su fe, sin más fuerza que sus plegarias, sin más interés que su amor, sin más recursos que los que iban misteriosamente encerrados en aquella bolsita que ella no soltaba a nadie, que apretaba entre sus brazos, que ni siquiera dejaba a sus pies sobre el pavimento alfombrado del gigantesco vehículo.

Después de largas horas de carrera, con ligeras detenciones en pueblecillos cuadrados, planchados, relumbrosos, llenos de aparadores y de boticas–neverías, y de estaciones de gasolina, entróse ya el solemne autobús por la populosa ciudad de Houston.

Los frenos funcionaban a cada paso, haciendo inclinar la doliente cabeza de Margarita. Automóviles, *trucks* y tranvías pasaban en pintoresca procesión agitada, frente a la enorme cabezota de cetáceo del Greyhound. Las campanitas de los semáforos retiñían en los oídos de la dama; las luces verdes y rojas le traían a la

memoria los colores humillados del pabellón patrio. El ambiente americano se rejuvenecía para ella en la distinguida ciudad, cuna de millonarios altruistas, albergue de católicos poderosos. Margarita sentía frío en los pies, sus rodillas delicadas hormigueaban. Sus brazos apretaban la misteriosa bolsita.

Una ola de sombra la envolvió toda entera, al envolver el carro todo que entraba ya en la lujosa estación. Margarita, entumida, sacudió la falda y el abrigo, y se apeó resuelta, formulando en su mente una plegaria.

¡Qué soledad aquella en medio del terrible bullicio! ¡Qué feliz aquella dama americana que entraba a la sala de espera, frente a Margarita, con su esposo y su hija! ¿Por qué ella, Margarita, no podía disfrutar de aquella felicidad? ¡Porque era mejicana!

Tres mozos le ofrecieron un taxi. Dos camareros le propusieron un hotel. Ella no les hizo caso. Se acercó a la casilla del teléfono y se encerró a solas con su bolsita de viaje, a solas con el intrincado problema que llevaba en la cabeza...

Temblando metió una moneda en el aparato, y giró el disco con febril resolución ...

*

El padre Jesuita Lamarck, otro irlandés, se había distinguido en los Estados Unidos por su comprensión de la cuestión mejicana. Los principales folletos y artículos que en distintas ocasiones aparecieron; el movimiento de los Caballeros de Colón encaminado a atenacear al cómplice Gobierno Americano, habían encontrado en el Padre Lamarck un poderoso propulsor.

Despachaba el Padre Lamarck su correspondencia, dictando las minutas a una secretaria, cuando el teléfono le llamó.

¡Era Margarita!

La cara apiñonada del sacerdote no mostró sorpresa ni extrañeza alguna. Parecía esperar de antemano semejante llamada.

–Mrs. Ponce –contestó el jesuita al aparato–, váyase luego al Lamar Hotel. Yo voy al instante.

Abrevió el Padre Lamarck el dictado que esperaba la secretaria. Tomó su sombrero negro de burgués, cruzó el corredorcillo iluminado perennemente con luz eléctrica, apagando los pasos en la mullida alfombra del pasillo y haciendo al mismo tiempo rechinar el pulimentado machimbre. Salió por la puerta del jardín,

limpio y bien cuidado, entróse en el *garaje*, y en un abrir y cerrar de ojos encendió el motor de su automóvil, y salió del *garaje* y del jardín y de la casa y de la calle, sin perder un momento de carrera, hasta detenerse en un patio de estacionamiento (*parking yard*) en las cercanías del lujoso hotel.

Al caminar ya a pie, se le atravesó una especie de perdulario mendigo, largo como espárrago, más bien sucio que limpio, con mediana chaqueta para ser pobre, y con toscos modales para ser honesto. Este hombre, al ver el alzacuello sacerdotal, abordó al padre, comenzando a rezar en pésimo inglés la eterna cantilena de los “trampas” americanos...

El padre, a poco andar, le alargó un medio dólar. El “trampa”, encantado de la vida le dio las gracias. Se detuvo, como el vago que no lleva rumbo fijo, mientras el padre entraba en el hotel.

En esos mismos momentos, a la puerta del enorme edificio, se detuvo un *taxi-cab*, y de él salió Margarita.

El “trampa” se la quedó viendo... Su boca murmuró algunas palabras, y la siguió.

Bajo la mirada displicente de los tiosos ujieres, colóse el “trampa” en seguimiento de Margarita, aparentando ir autorizado por ella.

De una oficina adyacente, se desprendieron entonces el Padre Lamarck y un apuesto caballero ya entrado en años. Ambos finamente saludaron a Margarita, y la acercaron a un estrado del *lobby*. El “trampa” se arrellanó en un sillón cercano, y paró cuanto pudo la oreja a la conversación. Unos momentos después Margarita y los dos distinguidos varones se levantaban y entraban en la oficina privada.

El “trampa” entonces, siempre bajo la desconfianza de los ujieres del hotel, salió del edificio, y en la primera *drug store*, se echó sobre el teléfono.

—¿Consulado de Méjico?... ¿El Cónsul?... ¡Soy un mejicano que he descubierto una buena pista!... ¡Mande luego un agente confidencial al Hotel Lamar!... ¡Urge!

El Cónsul frunció el ceño, y envió al secretario. En el pórtico del hotel se juntaron secretario y “trampa”. Este dió cuantos pormenores había observado, el nombre y apellido de la dama, y la finalidad de aquella entrevista. Todo lo que él sabía, todo lo que él había escuchado.

Lo demás lo hizo el Cónsul. Ató cabos. Telegrafió al Embajador Mejicano en Washington: telefoneó al *sheriff* de la ciudad.

Dos horas más tarde, cuando en un cuarto del lujoso hotel, tres o cuatro reconocidos millonarios cambiaban impresiones con Margarita, con el Padre Lamarck y con Mr. Manning, gerente del hotel, éste fue llamado violentamente a las oficinas del Condado. Y ahí se le comunicó que había una denuncia contra él, por estar-se violando, al abrigo del hotel, las famosas leyes de neutralidad.

Al día siguiente, Margarita, desolada, recibía la cortés visita de dos policías americanos, comisionados para interrogarla sobre la propiedad y procedencia de una buena cantidad de joyas antiguas que ella conducía en una pequeña valija de mano. Margarita, ¡claro está!, no pudo mostrar facturas ningunas; conformóse con alegar su legítima posesión. Pero el Cónsul, ya en plena inteligencia con la Embajada Mejicana en Washington, reclamó dichas joyas como propiedad de la nación representada por dicha Embajada. Las joyas quedaron depositadas ante "el justicia", mientras, cosa fácil, la Embajada Mejicana presentaba los únicos documentos necesarios: la ley confiscatoria y un inventario de nacionalización.

*

—¡Márchese usted para Europa, señora...! ¡Ahora mismo!... ¡Este país es un coloso, y este coloso está con Calles!... ¡Dejemos perder las joyas! ¡Que se pierda un cuarto de millón; pero usted salga cuando antes de este país!... ¡Aquí tiene usted dinero para su viaje; pero márchese usted!... Esta cuestión de la neutralidad es terrible, y luego, el paso de contrabando de joyas... ¡todo se acumula, todo nos pierde! ¡Una aprehensión de usted haría relamerse los labios a todos los enemigos de la Iglesia...! ¡Márchese hoy mismo, señora! Dentro de una hora parte el avión para Nueva Orleans le tendrán a usted listo su boleto, su pasaporte. ¡todo!... ¡Pero márchese, señora, márchese!...

Margarita no contestaba. Oía aquellas palabras del Padre Lamarck, pronunciadas con precipitación y con entereza en la oficina del mismo. Como un torbellino que la ofuscaba, como un ciclón de fatalidades que la sumía en idiotez angustiada... Se le vaciaba el alma en un abismo de dolor sin límites. La desorientación aguda sacudía su cabeza. Sus ojos lánguidos, rasgados, no encontraban dónde posarse que no miraran la palabra escalo-

friante; “fracaso, fracaso irreparable”. Y sólo descansaban pasajera y fugazmente en la mirada del jesuita que lindamente la consolaba con aquella nueva catástrofe de aventura... “¡Márchese usted, señora, márchese usted!”

La pobre tortolilla no pudo más. Se echó de codos sobre el escritorio del jesuita, hundió el rostro entre sus brazuelos forrados de seda oscura, y rompió a llorar...

El Padre Lamarck se enderezó con arrogancia. El sol velado de la mañana hirió sus lentes de sabio y sus cabellos encanecidos. Apretando sus labios, en visaje de compasión y de lamento, salió de la estancia.

Unos minutos después, volvía a entrar. Margarita se enjugaba ya las lágrimas.

—¡Vamos, señora! —dijo el Padre Lamarck con severa ternura. Yo mismo voy a llevarla a usted al campo de aviación.

Margarita se levantó. Vió sin mirar la estancia. El sol, la ventana, la puerta. Caminó como un autómata. Y tomó asiento en el automóvil, al lado del jesuita.

Al correr por la calle *State*, un torpe transeúnte hizo detener el carro con violencia.

El Padre Lamarck, irritado, gritó:

—¡Stupid!

Y al decirlo, identificó al “trampa” a quien había dado el día anterior la limosna de cincuenta centavos.

Urgida por el sacudimiento y por la palabrota, Margarita, espantada, levantó la cabeza. Y una reacción intensa se operó en todo su ser.

En aquel vagabundo reconoció la causa oculta de sus desdichas: era en persona el fatídico Atilano Banda.

Y fue entonces cuando comprendió que era preciso huir de aquella ciudad y del país mismo en que había hecho su pocilga aquel asqueroso demonio meridiano...

XXIX

SOBRE LAS OLAS

La revolución de Mejico ha sido la suprema zarandeadora de la vida. Familias y tiendas, cunas y mortajas, han volado por los cuatro vientos, al empuje de la salvaje marejada. El pueblo mejicano se ha convertido en una inmensa tribu nómada. Es el judío errante de la leyenda, que trota por los mundos en busca de sosiego que le niega la patria. Patriarcales familias de hondos rai-gambre, emigran hacia los infiernos tejanos o hacia los irónicos vergeles californianos. Ricos desheredados se aburguesan en los villorrios de España y de Francia. Madrid y París juegan a la pelota con exiliados mejicanos. Roma se llena de seminaristas y de obispos, de sacerdotes y fieles, que gastan su último ochavo en el penoso éxodo.

Conventos y colegios en masa trasponen las fronteras. Los abogados mejicanos cargan fardos en los muelles. Los médicos imploran limosna en las boticas gringas y los sacerdotes lavan platos en las cocinas de los hoteles yanquis.

Las grandes vías férreas y los mares inmensos son cruzados, en medio de mil angustias económicas, por los invictos líderes católicos que no renuncian aún al ideal de salvar a su patria.

Río Janeiro y Hong-Kong, Canadá y Australia han saludado a esos infatigables trotamundos, que exploran todas las latitudes invocando el auxilio del catolicismo mundial.

Comisiones y legacías llevan de aquí para allá a viajeros improvisados, que ayer no conocían sino el alero de la casa solariega. ¡Y todos vuelven al campo de la lucha, cargados de mensajes y parabienes, de augurios y promesas, que no remedian en nada práctico la estéril desolación de la desigual lucha.

La garra de Calles lo llena todo. En todas partes hiere, a todas horas lastima. La boca de ganso de embajadores y cónsules, le presta repercusiones infinitas. En cines y en pizarras de anuncios, en revistas y periódicos, en radios y altoparlantes, en cada ciudad de los cinco continentes, en todos los idiomas del mundo, el alarido callista resuena con toda la ignominia de su cobardía, con todo el descaro de sus falacias.

Satán zarandea al pueblo mejicano, como se zarandea el trigo en la criba. Y quien nunca pensó en su niñez y juventud, salvar los dinteles del hogar, tiende sus alas como paloma errante, por campos de ostracismo.

Margarita es testigo de estas realidades. ¿Quién se lo había de decir algunos meses antes? ¿Quién había de imaginársela como está ahora, reclinada de pechos sobre la borda de un buque de la *Cunard Line*, en Nueva Orleans, en ruta hacia La Habana?

Los ojos adormilados de la solitaria viajera se posan indiferentes sobre los bodegones del muelle, con sus enormes puertas; sobre las grúas, como tarántulas antediluvianas; sobre los sudorosos mozos de cordel que sube y bajan las escalerillas estrepitosas como matracas. Los oídos de Margarita se hunden inconscientes en el ruido ensordecedor de la partida; gritos y saludos del mar y de la tierra, zumbiar de volantes y de motores, cargas y descargas; silbidos de locomotoras y de *clacksons*; rugir de poleas, chorrear de agua de las calderas sobre el verdoso liquido del puerto... El alma de Margarita, ciega y muda en medio de aquel ruido y de aquella visión, evoca en una serenidad estoica todos los detalles de su propia vida... ¡Ante todo, Marilú! Capullo perfumado arrancado de su pecho; alma ajena a las desgracias de la vida mejicana, envuelta en seda y plumas en el estuche de Hill Crest, bajo el beso y la caricia de *Sister Teresa*... ¡pero que ella, Margarita, quisiera tener entre sus brazos, siempre ahí mismo sobre la cubierta del vapor, y estársela comiendo a besos toda entera, sencillamente porque es su hija!...

Arturo... ¡el esposo!, carne y alma de ella, se perfila en la fantasía de Margarita, recio y talludo como un héroe de leyenda, nimbado de gloria como un santo; pero lejano, inaccesible a aquellas manos que lo buscan para envolverlo en ternura, a aquellos labios que lo ansían para premiarlo con el fuego de mil besos...

La patria, el hogar... ¡todo perdido!, todo esfumado como la bruma que a su vera se tiende sobre las invisibles costas mejicanas... ¡Soledad y dolor! ¡Recuerdos de horas fugaces, punzantes como espinas! ¡Sensación perpetua de opresión, de vacío, de hambre y sed de justicia y de paz; de nostalgia de un bien que se pierde, que se pierde irremisiblemente...

*

¡Parece que tendremos buen tiempo...!

Margarita se sintió como un ave atrapada en pleno vuelo. Plegó sus alas surcadoras de cielo de tristezas, y se posó de prisa sobre el páramo funambulesco de la realidad.

Y con una sonrisa y voz amable, contestó también en inglés, a la voz que amablemente le sorprendía.

—¡Excelente!

Todos los viajeros experimentados saben iniciar, ensartar y asegurar un diálogo en la cubierta de un navío que zarpa, y guiarse una deliciosa amistad durante la travesía.

Margarita se encontraba frente a una dama algo entrada en edad, expedita, distinguida, a todas luces rica, que viajaba sola como ella, y que por tal motivo la había seleccionado a ella para dirigirle la palabra.

—¿Va usted a La Habana?

— ¡A La Habana! –asintió Margarita, luchando entre su cortesía y su anhelo de discreción y reserva.

—Es muy bonita ciudad, ¿verdad? ¿Usted no la conoce?

—¡No, señora!

—¡Ah! Es la primera vez que usted va.

—¡Si, señora!

—Es muy bonita. Yo creo que le va a gustar.

—Yo creo que sí, señora.

—¿Y va a estar mucho tiempo?

—¡Tal vez, señora!

—¿O va de paseo?

—¡De paseo más bien, señora!

La pobre Margarita comenzaba a entrapajarse. El amable interrogatorio, inofensivo para cualquiera, suele ser comprometedor para los exiliados de Méjico. Los monosílabos, las medias palabras suelen ser su salvación; a no ser que se resuelvan a bogar sobre el lindo mar abierto de una sarta de mentiras.

No era Margarita quien fuera a soltar candorosamente la lengua ante la primera persona que se le presentara ¿Podría acaso explayarse comunicándole luego quién era, de dónde venía y cuáles eran las razones de su viaje?

Afortunadamente, la dama la dejó luego.

Margarita tomó asiento en un sillón de cubierta, se envolvió los pies en una manta y se entregó a sedante somnolencia. Dormitó un poquito. Cuando abrió los ojos, el espléndido sol del Golfo de Méjico lo llenaba todo.

En la silla contigua, un hombre joven, moreno, había tomado asiento.

—¿Ha dormido algo señora? –preguntó a Margarita, buscando, como es claro, conversación.

—¡Sí, señor! –respondió ésta, otra vez temerosa.

Ahora se hablaba en español.

—¿Va usted nada más a la Habana, o va a regresar a Méjico?
—preguntó el caballero.

—¡A La Habana, por ahora!

—Usted es de Méjico, ¿verdad?

La preciosa comenzó formalmente a asustarse. Se rehizo, y contestó:

—¡Si soy mejicana!

—¡También yo lo soy! —dice el muchacho.

Margarita, para escaparse, optó por tomar la ofensiva:

—¿Y va a quedarse en La Habana, o va usted a Méjico? —preguntó siguiendo la misma pauta en el cuestionario.

—Voy a quedarme en La Habana.

—¿Está usted trabajando ahí? —preguntó luego Margarita, para no dejarle preguntar a él.

—¡Sí señora! Soy el secretario del Consulado.

—¿Del Consulado Mejicano?

—Si, señora. Me acaban de cambiar. Estaba yo aquí en Nueva Orleans.

—¡Ah...! —exclama Margarita, en un gesto de múltiple comprensión. Y dando un tajo al interrogatorio. Margarita añadió:

—Dicen que el Golfo de Méjico es muy peligroso, ¿verdad?

—¡Sí! —dice el secretario. Mi madre se quedó en grande apuro al saber que me iba yo a embarcar.

—¿Tiene su mamá en Méjico? —preguntó Margarita prosiguiendo el tema innocuo.

—Si, vive en Lagos.

—¡Ah, en Jalisco!

—Si, la tierra de los cristeros!

Margarita se puso alerta.

—¡Mi madre es una santa...! —prosiguió el secretario. A ella no le gusta que trabaje yo con el gobierno... Dice que Calles está excomulgado.

Margarita no contestó nada.

Aquel silencio humilló al joven, quien prosiguió:

—A mí tampoco me gusta andar con éstos... pero, la necesidad, pues... ¿qué hace uno?

Margarita ya no habló.

—Yo creo que lo de Méjico pasa pronto. Son cosas de Calles.

Silencio perfecto en los labios de Margarita.

—Por otra parte, a los cristeros ya los acabaron.

Margarita sintió frío, y ganas de ahorcar a aquel hombre; pero logró controlarse y mantener intacto su silencio...

—Uno de los más bravos, dicen que ya ni suena ni truena...

—¿Quién? —preguntó Margarita, quemándose por dentro, y pugnando por afectar la mayor ignorancia e indiferencia del mundo...

—El Ingeniero Arturo Ponce, que era de lo mejorcito... Yo lo conocí; fuimos compañeros en el Colegio de Belize...

Margarita se estremeció. Mil impresiones encontradas rompieron a borbotones en su pecho; pero a todas se sobrepuso la necesidad de la discreción perfecta.

Y heroicamente, Margarita volvió a callar.

A callar, y a soñar.

A soñar y a sufrir...

—¡Con permiso!

El enclenque se levantó de su asiento, y dejó a Margarita batiéndose con una gusanera de pensamientos...

*

—Hace buen tiempo, ¿verdad? —le dijo con garbo al pasar otro viajero, un gachupín.

—¡Sí, señor! — contestó lo más tibiamente Margarita, pidiéndole a Dios no se le ocurriera también venir a fastidiarla...

La que volvió después de un rato fue la primera dama, la distinguida. De todos los viajeros, tal dama fue la que pareció mejor a Margarita.

Había pasado la hora del almuerzo. El puente de cubierta se llenaba de gente y de ruido. Todo mundo se sentía satisfecho, comunicativo, locuaz; barriga llena, corazón contento.

Galantemente, la dama famosa invitó a Margarita a tomar café.

Al acercarse el camarero, Margarita observó que la dama hablaba a éste en francés.

—¡Oh! ¿Es que se habla por aquí francés? —exclamó Margarita con muestras de gozo.

—¡Sí! —dice la dama. Yo soy francesa, aunque mis padres son belgas. Usted me ha simpatizado, señora; aquí tiene usted mi nombre y casa en La Habana.

Margarita recogió con elegancia la tarjeta perfumada.

Mme. Ivonne de la Canorgue.

47, El Vedado.

La Habana, Cuba.

Al leer Margarita este nombre, no pudo disimular un relámpago de sorpresa, que inmediatamente reprimió con una sonrisa de agradecimiento deferente.

Al guardar la tarjeta en su bolsita marroquí, echó un vistazo a una carta que en la misma bolsita llevaba, y rápidamente leyó también en el sobre: "Mme. Ivonne de la Canorgue. -47, El Vedado.- La Habana, Cuba".

El relámpago de sorpresa se tiñó con matices de júbilo. Pero Margarita había aprendido la difícil ciencia de los pies de plomo; ¡hay tantos chascos posibles en este mundo!

Desde aquel instante Margarita se volvió toda ojos y oídos. Platicó con mayor simpatía, flechando sus miradas sobre cuántos detalles podía abarcar sin pecar de insistencia. El rico estuche en que la dama guardó sus anteojos tenía burilado el nombre *Ivonne*. Margarita anotó en su mente este detalle. En una vuelta que dio sobre cubierta, la exiliada mejicana revisó el orden de puestos del comedor. Ahí estaba el mismo nombre: Mme. Ivonne de la Canorgue.

—¡Si es! – se dijo Margarita.

Todavía, para mayor seguridad, ideó bajar al depósito de equipajes. Y en un cofre de viajera de lujo, encontró la etiqueta de cuero con el nombre mismo: "Mme. Ivonne de la Canorgue. -La Habana".

La ansiedad quedaba disipada. Aquella dama era realmente Mme. Ivonne de la Canorgue.

Margarita midió aún todos sus pasos. Y en un nuevo *tête a tête* que tuvieron en el *Saloncito Washington* del vapor, fue Margarita la que inició el interrogatorio:

—Diga usted, Mme. De la Canorgue, ¿usted conoce a los jesuitas de Nueva Orleans?

La dama iluminó su faz con un rayo de satisfacción.

—¡Ah! –dice–, son tan buenas personas... ¡tan buenas!

—¿Conoce usted al Padre Lethieyeux?

—¡Oh, como a mis manos! ¡Es de oro; es un santo!

—¿Lo vio usted esta vez?

—Entiendo que no está en Nueva Orleans, yo lo dejé en La Habana. Y como anduve tan apresurada, no pude ir a visitar la residencia.

—Yo tuve al placer de verlo. Y me recomendó saludar a usted, sí, precisamente a usted, a Mme. De la Canorgue. 47, El Vedado...

—¡Ah cuánto lamento no haberlo visto! Y ¿cómo está, señora, cómo está el Padre Lethieyeux?

—Bien, señora mía.

—Pues celebro que usted sea conocida del padre Lethieyeux. Ya mi corazón me decía que existía una corriente de simpatía entre usted y yo.

Y la conversación tuvo otro capítulo de más íntima comunicación que Margarita supo aprovechar para identificar plenamente a la referida dama, sin soltar, por supuesto, con rara maestría, prenda ninguna sobre su propia vida y persona.

Afortunadamente para sus planes, Margarita observaba que la dama francesa se le adhería. La buscaba dondequiera, no perdía la ocasión de dirigirle una palabra, una sonrisa. A todo lo cual, Margarita correspondía cariñosa y afable, moderando el secreto gozo que aquella amabilidad le producía.

En otro *tête a tête* de aquellas cuarenta y ocho horas memorables, Mme. De la Canorgue decía a Margarita:

—¡Si supiera el secretario del Consulado de Méjico quién es el que está jugando con él...!

En la mesilla frontera, frente al secretario, ante un tablero de ajedrez, se perfilaba la figura rubia de un burgués con incipientes mostachos bien peinados. El burgués portaba lentes, vestía de claro, correcto, intachable.

—¿Quién es? —preguntó Margarita aceptando la confidencia de la dama.

—Es un sacerdote español expulsado de Méjico, que ahora va de nuevo a meterse de incógnito. Es de los grandes brazos de la Liga de Defensa Católica.

Margarita recibió la revelación con un silencio significativo, que la dama observó finamente como un maravilloso rasgo de discreción.

—¿Usted es mejicana, verdad? —añadió.

—Sí, señora, contestó la discreta.

—Y es amiga del Padre Lethieyeux, ¿verdad?

—También...

—¡Ah! Pues puedo tener toda confianza con usted.

—¡Gracias!

Margarita completaba su record. Mme. De la Canorgue era una extranjera de confianza. ¡Estaba feliz!

Al siguiente día, el ajetreo del desembarco multiplicó las prisas y mutiló las conversaciones. La francesa se despidió cariñosamente de su nueva amiga sin haber siquiera conocido su nombre. Una vez más le repitió el ofrecimiento de su casa: 47, El Vedado.

—Tendré gusto en saber su alojamiento para invitarla a tomar el te —añadió bondadosa.

—Iré, señora, a ponerme a sus órdenes. Tengo especial interés en hacerlo —contestó Margarita ya más efusiva.

La cresta chata del Castillo del Morro cortaba los rayos de un sol calcinante. La media-lengua del nativo cubano comenzaba a escucharse por todas partes. Lanchitas de desembarco y motorcitos de gasolina aturdían con grito y con traqueteos. Margarita volvió a sentirse sola. Apretujaba por todas partes sobre la barandilla de cubierta, sintió renovarse en el alma todo el dolor de su triple destierro, y evocó en un hondo suspiro el triple amor de sus entrañas: su Marilú, su Arturo y... ¡su Méjico!

Arturo lo sabría pronto. Ella volvería también pronto. Inventaría un nombre supuesto, y valientemente cruzaría de nuevo el Golfo, desafiaría la fortuna metiéndose en el mismo Méjico, entraría por Matamoros, o por Tampico, se trasladaría a Piedras Negras, de ahí, extendería su brazo para recoger a Marilú... Después... tal vez la Capital, quizá las montañas, todas las torturas, todas las angustias, pero ¡con ellos!

Este último pensamiento la tonificó. Bendijo el fracaso mismo de las joyas y las mismas leyes de neutralidad de Estados Unidos, que la habían aventado a la Isla para optar ahí mismo por el regreso a la patria...

Tal racha de optimismo endulzó la amargura de la hora, y dulcificó el vaivén de la canoa, y suavizó ante sus ojos el color relumbroso de los negros y de las negras que desfilaban frente a ella, y aquietó la nerviosidad del muelle, y el trajín de los taxis y la caída en la Pensión de Familia, y tiñó de rosa el nuevo cuartucho de hotel, tieso y cuadrado, escueto y caluroso, remembranza trunca de aquel cuartucho de San Antonio de Texas; éste sin ventilador y... ¡oh dolor! sin Marilú...

Margarita se encerró. Con exquisita sangre fría sacudió y colgó su saco de viaje, se sentó en una poltrona, sacó su pañuelo, se acomodó bien, y... ¡a llorar!

Era un llanto consciente, calculado, medido, aplicado como receta de médico. Una necesidad psíquica, una urgencia fisiológica. ¡Ya tenía más de setenta y dos horas sin llorar! El esfuerzo se había prolongado. Estaba exhausta. El desahogo se imponía.

La misma soledad pesaba sobre su pecho como una pirámide brutal que encerraba todos los enormes pesos de sus mil aflicciones. La última vez que había llorado –lo recordaba perfectamente–, había sido en la oficina del jesuita de Houston. Y aquel llanto no le había satisfecho. Después, el avión. Nueva Orleans, los otros jesuitas, el barco, la dama; todos se habían conjurado para no dejarla en paz, para cortarle el resuello, para represar el torrente de sus lágrimas... ¡hasta ahí, hasta un cuartucho olvidado de un arrinconado hotel de una isla perdida en medio del océano... hasta ahí tenía un oasis fresco y caritativo para descargar el fardo interno de su llanto... Y lloró, con quietud, casi con deleite, casi con felicidad, con esa suprema fruición de las almas desposadas con el dolor; que aman el dolor como al esposo, como al amado, por fiel, por inseparable, por ser único que las acaricia sin fatigas, sin hastíos, sin pausas, sin enfriamientos... ¡Llorar...! ¡Qué lindo llorar aquel de Margarita! ¡Baño interior del alma consumida; ablución espiritual de efectos reconfortantes; bautismo regenerador en agua y en espíritu; llanto dulce, llanto amigo, paráclito, consolador, evocador... evocador taumaturgo de figuras lejanas, de siluetas precisas, de personajes adorados... ¡de ellos! ¡sí, de ellos, que venían bogando plácidamente sobre el mismo mar de lágrimas de los ojos femíneos! Ya estaban ahí. Margarita los veía envueltos como en cristales, como en diamantes, entre las mil iridiscencias de los copos de las lágrimas... ¡Llanto bendito! ¡Llanto prodigioso! ¡Ahí estaba él! Con sus pómulos enérgicos, retostados al sol de los heroísmos; con sus facciones rígidas, como Artigas el libertador argentino... ¡Y Margarita le habló!:

—¡Arturo...! ¡Arturo...! ¡Por ti, porque te adoro! ¡Sufro por ti, lloro por ti! Y gozo la dicha infinita de unirme contigo, mediante el abrazo caritativo de un mismo dolor... ¡Arturo, Arturo!... ¿me oyes? ¿verdad que sí? Mírame, abrázame... ¡aquí está tu Margarita!

Y la visión se diluía suave y plácidamente, sonriente, placentera, para acercar a los labios de la plorante el clavel perfumado de otro amor...

—¡Marilú...! ¡flor de mi vida, rasgón de mis entrañas! Duerme, hija mía, duerme... ¡sé feliz! ¡séaslo siempre para que premies las angustias de tu madre!

Como gotas de bálsamo, sobre la llaga dolorida de Margarita cayeron en tal hora y sazón las campanadas de una vecina iglesia. ¡No estaba pues sola! Se reanimó. Arregló sus breves equipajes, revisó los papeles de su bolsita de mano; se sacudió el polvo del camino trocando el vestido de viaje por otro de tarde; boina y guantes le dieron nuevo tinte de distinción y de recatada belleza, dejó el hotel y enderezó sus pasos a la iglesia cercana... Era la de Belén. Amplia, iluminada. El santuario festoneado de plantas tropicales, cuajado de lucecillas tumultuantes. En el centro del ostensorio dorado y altivo, la blancura divina de la Hostia manifiesta... ¡Todo era quietud! ¡Todo era silencio! La nave estaba aún vacía. Cristo esperaba a un alma. Y esa alma era ella...

En dulcedumbre y paz, frente al Amor que siempre informó los propios amores, Margarita posó la paloma torcaz de sus congojas, que se acurrucó encendida y enamorada entre el chubasco de ardiente caridad que brotaba de la herida abierta del Cristo...

XXX

HOJAS AL VIENTO

Mientras tanto, en la pendenciera república los fracasos estaban a la orden del día.

El demonio no duerme. Los callistas, miedosos como liebres, daban garrotazos de ciego sobre cada fantasma de sospechas, a fin de sostener el diabólico equilibrio que los soportaba sobre la punta de una espada.

Una portentosa cohesión satánica, explicada por el terror que ellos mismo sienten ante el Máximo Calles, les hacía darse la mano eficazmente al través de mares y de fronteras, de cárceles y de cuarteles.

Así fué como a la camarilla de Calles llegó la noticia del zarpazo sobre las joyas, y hasta el inventario detallado de piedras y

valores que constituían los preciados tesoros de Margarita, que, a decir verdad, no eran sino unas muestras precarias de lo que un poco más tarde podría aportarse a la causa.

La Secretaría de Hacienda callista confrontó los datos con los inventarios que poseía sobre los bienes de los templos. Inventarios unos obtenidos del clero, otros guisados conforme a la voz de la calle.

Una jauría de sabuesos fue lanzada sobre toda la extensión de la República, y no pasaron muchos días sin que alguno rastrearra el viaje del reverendo Administrador de Bienes Eclesiásticos a la ciudad de X...

Agentes de Hacienda y de Gobernación se presentaron ante obispo y canónigos con el inventario en la mano. Revisaron las cuatro baratijas que había, y concluyeron que todo estaba en regla. Pero recibiendo a poco órdenes de descubrir joyas escondidas de que hablaban las antiguas consejas populares, se echaron a cuestas la tarea de dar con el tesoro de Alí Babá, que tal vez existiría en criptas y alacenas.

¡Y esto fue catear! Cada pobre señor canónigo tuvo de día y de noche en su casa media docena de soldados que pulsaban candados, descerrajaban puertas, piqueteaban paredes, horadaban muros; aquí escarbaban, allá demolían, desbarajustándolo todo, buscando el sarcófago escondido de las manos muertas...

¡Pobres iglesias! ¡Pobre catedral! Las bóvedas eran perforadas. Los grandes cuadros eran rasgados. La cripta de los cadáveres fué profanada. Los féretros de obispos y prelados fueron resquebrajados...

¡Hasta que un día...! ¡En la casa de una hermana del Administrador de Bienes Eclesiásticos, dieron los afortunados canallas con la ansiada "relación". ¡Todo estaba ahí! Todo, aunque poco, lo que la Iglesia había salvado de los saqueos juaristas... ¡Intacto, empacado, listo para el transporte...!

¡Todo lo que los canónigos no quisieron soltar para la defensa de la Iglesia! ¡Todo lo que habría repleto de fuera y de victoria a las huestes cristeras...! ¡Todo lo que fue motivo de escrúpulos y de tardanzas y de demoras...! ¡Todo voló en un santiamén, en tres o cuatro costales, a las cajas fuertes de la Comisión de Bienes Intervenidos, con rumbo hacia un posible museo de historia religiosa, o, lo más probable, hacia los camerinos de las coristas favorecidas por la *pelocracia* reinante...

Y fue tal la ignominia del despojo, que el Gobierno mandó retratar el fácil botín custodiado por una tropa de genízaros; con esta falsa inscripción que acrecentaba la rabia de los defensores desoídos, despojados y desastrados: “Tesoros de la Nación robados por los canónigos de la Catedral de X... y donados a los rebeldes cristeros. Fueron rescatados en una victoriosa acción de guerra por las fuerzas del Gobierno”.

El doctor Valladolid se mordía los puños de rabia. Y no sabía si ir a acogotar a todos los señores canónigos de X... o acogotarse él mismo que había consentido en el estúpido plazo de los diez días del Administrador...

Se reunió aquella noche el Pequeño Comité de la Liga Defensora; se revisaron las posibles fuentes de ingresos, y se tomó la resolución cuasi desesperada de enviar un representante activo, convencido, enérgico y de confianza plena, a hacer cuajar el famoso préstamo que se sancochaba estérilmente en las arcas de ciertos banqueros neoyorquinos.

Y el elegido fue Arturo.

“Dejará usted al mando de sus fuerzas al Jefe Epitacio Lamas, y por la vía de San Francisco, California, guardando perfecto incógnito y prosiguiendo por la ruta del norte, se identificará usted en Nueva York con el Sr. Reyes Alexis. Los intereses de la Liga exigen que la presencia de usted en aquel país sea ignorada aun por las mismas personas de la familia”.

Así hablaban en uno de sus párrafos las instrucciones confidenciales.

*

“La Habana, 10 de agosto de 1928.

Arturo adorado:

Tal vez a tu Celestial Rey Cristo Jesús has tú pedido la gracia de las llagas divinas para tu mujercita... Toda mi fuerza consiste en que te he encontrado a ti... siempre a ti, mientras más me hundo en mi dolor. Ya sé lo que es tu soledad. Yo también estoy sola, ¡sola! ¿Comprendes toda la amargura que en estos momentos destila mi pluma al escribir esta palabra?... ¡No! ¡No has muerto! ¡Nuestra Lulú no ha muerto! Vive, y vive feliz en la dicha envidiable de su inocencia; pero ambos están muy lejos de mí. Nuestras amiguitas de Eagle Pass la miman, mientras tú y yo penamos... ¡Arturo, sé grande, sé noble como has sido hasta hoy! ¡Sólo ese

pensamiento me eleva en mi pequeñez y me sostiene en mi desmayo!

Yo también voy a luchar a tu lado, a mil leguas de tu cuerpo valiente y vibrante; pero enredada en el candente lazo de tu amor único e irrompible...

No me preguntes qué hago aquí. Sábetelo únicamente que soy tuya, que soy un pedazo de ti; que te amo, que sufro y lucho... Luchar es el deber, sufrir, ese es mi orgullo. Los fracasos me espolean. Busqué dinero para ti, y encontré el exilio. Los detalles no importan; pero el exilio mismo me dará lo que busco para ti. ¡Arturo triunfador, quiero triunfar contigo! ¡Quiero llevarte fuerza y vida! ¡Buscaré, lucharé, llamaré de puerta en puerta; pediré limosna, pero tú tendrás el auxilio material que necesitas... ¡Mañana me embarco para Europa! He hablado mucho con damas experimentadas y caritativas. He encontrado almas que te conocen a ti y a mí, y a todos los mejicanos angustiados. ¡Bélgica me abre sus brazos! Introducida por los belgas, modelo de católicos sociales, recorreré Alemania, Holanda, países católicos luchadores; Inglaterra la rica, Irlanda la heroica... ¿Por qué no he de encontrar el tesoro que me niega la América gigante pero sorda! Quizás en este mi viaje angustioso y desolado esté la salvación de Méjico. ¡Arturo, mi vida! Di a tus hermanos, a tus amigos, a los de la ciudad, a los de las montañas, a las madres, a los niños, a los sacerdotes, al pueblo todo, diles que no desmayen, que luchen, que resistan... Tal vez el auxilio está cerca. Los que han luchado hambrientos y descalzos ¿por qué no han de triunfar equipados ya y municionados? Adiós, Arturo: ruega por mí y ruega por Lulú.

Te mando en esta carta el horno de mil besos.

Tu
Margarita

*

Y mientras el vapor correo, rumbo a Veracruz, llevaba en las entrañas la palpitación de la carta encendida allá lejos, muy lejos, en los linderos del Canadá, como una culebra de hierro verdoso, volaba sobre el vértigo de campos y montañas el macizo convoy de la *Overland Route*, llevando en su seno, entre centenares de rubios viajeros, a un hombre morenos de frente altiva y limpia, ojos de ónix y esguince de héroe. Había cruzado valles y espesuras, había burlado la vigilancia fronteriza y tendía el vuelo de su

ilusión hacia Nueva York, la ciudad monstruo que podía financiar con una astilla de sus riquezas la formidable lucha de todo un pueblo por su libertad.

Entre tanto, en otro rincón del mundo, Marilú, flor de angustia, sonreía en su cunita de Eagle Pass, tendiendo sus manecitas en busca de dos corazones lejanos e impalpables...

¡Margarita, Arturo, Marilú! ¡Tres rincones de un mismo corazón! ¡Tres víctimas de un mismo crimen! ¡Tres glorias de una misma patria!

XXXI

BRISAS DE OPTIMISMO

El viaje se realizó sin novedad exterior. Un amplio y quieto mar, y un perpetuo sol espléndido... ¡Bogar, bogar!

Noches saturadas de luna.

El "Cuba" (el Cuba, como se le llamaba a bordo) tocaba costas de Francia en dos semanas de navegación.

Las amigas belgas que habían enredado y amparado a Margarita, se habían portado con todo el esmero que el compromiso requería. Boletos y viáticos, fineza y cariño, todo habían brindado a la "*simpatique mexicaine du paquebot*", que supo conquistarlas.

Los planes fueron diestra y serenamente preparados. La Liga Femenina Católica, de Bélgica, encabezaría la campaña financiera. Sobre las actividades de Mr. Giovanni Hoyois y de Mr. Piccard; grandes directores de los jóvenes belgas, se volcaría el sesudo entusiasmo femenino acaudillado por Mlle. Emptinne, la infatigable jefe belga. La simpatía de que Bélgica goza en el mundo civilizado, bastaría para conectar con esta acción a las poderosas organizaciones católicas de Europa. Y mediante estas grandes corporaciones, el contacto paciente, gradual y razonado con los grandes ricos católicos, haría en éstos vibrar todas las fibras del alma caritativa hasta vaciar sus sacos de oro en pro de la causa mejicana; y Margarita, quizá pronto (así lo pensaba ella), obtendría el poderoso empuje económico para sostener, activar y hacer triunfar la campaña que conducía su Arturo.

Esquemas y croquis, minutas y listas, planos e itinerarios; todo quedó guisado por las activas damas durante las interminables horas libres que deja el farniente de un viaje de mar.

Quando pues Margarita quedó instalada en los aposentos de la *Maison Sociale*, en la *Rue duMidi*, en Bruselas; cuando corrió las cortinillas de encaje de Brujas y cerró las típicas persianas de su ventana; cuando la acarició aquel nuevo aposento tibio, discreto, adornado con flores en vasos de Sevres y con cuadros imitaciones de la escuela de Rembrandt; cuando sentada frente al acicalado *secrétaire* "Luis XV" recordó a Arturo y Marilú, Margarita se sintió confortada y reanimada. No estaba ya solo su Arturo. Ella, Margarita, estaba con él, y con ella estaba toda Europa... Y sobre la luna veneciana del *secrétaire* zanconcillo y esbelto, miró Margarita, en amorosa evocación, los perfiles del héroe que al frente de un pueblo triunfante, entraba en las grandes ciudades mejicanas al grito de "¡Viva Cristo Rey!"

A las dos semanas de permanencia en la distinguida Bruselas, el alma de nuestra amiga rebosaba de optimismo la herida cicatrizaba con bálsamos de caridad. De frente ante la vida, con la mano suavísima de mujer puesta en el timón de una empresa gigantesca, el camino por recorrer provocaba una dulce sonrisa en el rostro que había llorado tanto.

Todo hablaba de triunfo. Todo presagiaba el retorno completo de la felicidad. Periódicos tan críticos como la *Libre Belgique*, llevaban a diario a los ojos de Margarita, la cuenta de los triunfos cristeros. Goroztieta asumía ya el mando supremo de la cruzada mejicana. La lucha iba ostentando todo un gran cuerpo organizado. ¡Qué a sus anchas se envolvería en gloria el Arturo de Margarita! Noticias concretas no había a cerca de él. Pero las medias letras de la información europea hablaban muy claro para Margarita, de los victoriosos combates en las costas de Jalisco... ¡Ese era el campo de Arturo; él debía ser el héroe! Y que pronto escalaría los últimos peldaños de la gloria militar cristiana!... Cuando ella, Margarita, les situara a los jefes de la Liga unos buenos millones de libras esterlinas, reunidas como con escoba, entre tantos ricos de tantos países, de tantos negocios, ¡de tanta simpatía por la cuestión mejicana...!

¡Tardes de primavera de bulevar...! ¡En que las hojas de los árboles abanican el rostro de Margarita asomada a la ventana abierta del primer piso de la *Maison Sociale*... Abajo, el tráfico en retumbos de motor y en carcajadas de chicuelos... Las muchachas belgas taconeaban valerosas por la ancha acera pulida y sonora, de cemento reluciente... Los gendarmes se pasean tiesos y arrogantes, como cadetes de escuela militar, siempre de gala; los gi-

gantes omnibus rebosan de gente bien vestida, hasta el copete sus azoteas... Ahí van en formación veinte niñas uniformadas, todas rubias, todas bellas, custodiadas por dos monjas de la Visitación. Los pajarillos de los árboles se cogen a gritos con las chicuelas... Acá, bajo el balcón, del zaguán de la *Maison Sociale* sale el Padre Meer Poel, el del cráneo atravesado por una bala germana, el gemelo del Padre Doncheur en el servicio militar de las trincheras.

Los voceadores de periódicos le saludan con cariño. Ese sacerdote es el que la saludó a ella, apenas presentada, con estas inolvidables palabras:

Pourquoi n'avez vous pas encore tué Calles? –¿Por qué ustedes no han matado todavía a Calles?

Margarita proseguía saboreando desde su mirador la delicia de una nación católica: virtud, riqueza, libertad, ¡paz!; dones todos brotados a chorros de esa fuente progresista que se llama el catolicismo social...

Allá adentro, mientras tanto, en las salas del departamento brindado a Margarita, las damas comisionadas por la *Femme Catholique Internationale* disponían la propaganda, la correspondencia, los temas de conferencias y de proyecciones; todo el armamento de papel que debía empapar a Europa entera en un grito unánime: ¡Vida para Méjico!: “*Vita-México*”, cifra de iniciales de la futura omnipotente “Unión Internacional de Todos los Amigos de Méjico”.

Cómo no había Margarita de solazarse en su risueño oasis, si todo le hablaba de victoria, de triunfo de su fe, de vida de su patria, de reconquista de su Arturo y su Marilú...

¡Marilú...! Hasta este nombre le consolaba. Las monjitas de Eagle Pass, al través de los Padres de Houston, ya habían hecho llegar a Margarita la reproducción gráfica de todas las gracias de la pequeña... Y un álbum monísimo, de retratitos de afición, presentaba a la madre lejana, todas las más deliciosas poses de la chiquilla... “Lulú en su cuna”, “Lulú coge flores”, “Lulú sonrío”, “Lulú quiere ser monja”, “Lulú y su perro”, “Lulú tiene buen apetito”, “Lulú...”

*

Las maniobras europeas se desplegaron con aparatosa rapidez. La “mexicaine”, como el vulgo llamaba a Margarita, estaba

sorprendida de la ductilidad de la gran masa europea... Los católicos de Bélgica, los de Alemania, hasta los de Francia, entraban en ebullición Los boletines de Lovaina la informaban diariamente del éxito de la campaña de opinión. Enormes “afiches” en las grandes y pequeñas ciudades de Francia, hacían a la gente crispas los puños contra Calles. Los literatos belgas, en masa, derramaban protestas candentes contra el martirio de la nación mejicana.

Los católicos alemanes, prácticos, concienzudos, se aplicaban con toda madurez a estudiar y a comentar el caso de Méjico. Lo cogían en sus manos, lo examinaban en todos sus contornos y aristas, y lo arrojaban encendido sobre la marejada de cabezas rubias, como la gran lección objetiva del catolicismo contemporáneo. Las famosas maniobras de otoño de los católicos germanos, en 1928, habían adoptado como tema central esta palabra única: “Méjico”.

Margarita, ya conocida en los cuarteles generales del catolicismo, militante, fue invitada a Alemania, como una prueba viviente, como un testimonio de carne y hueso que pudiera ser enfáticamente por los sesudos oradores de los mítines gigantescos...

Arrolladora se presentaba la campaña mejicana... La viajera se mecía plácida en alas de ensueño. ¡Si! Europa se estremecía. Como una noble fiera prestaría a los católicos de Méjico, personificados en Arturo, su zarpa desgarradora. Los tiranos sucumbirían; el pueblo sería libertado. Eso y no otra cosa le metían por los oídos a Margarita, las cadenas de asambleas monstruos, con miles y miles de ciudadanos, de ciudad en ciudad, por todo el Rhín, por Baviera, por Prusia, con grandes oradores de Universidades, el Padre Mariaux, el Padre Hendrichs, el Príncipe de Lowenstein; que exhibía a Calles y a los callistas en toda su detestable desnudez neroniana, y a los católicos armados en toda su épica taumaturgia...

¡Ahí esta Margarita, entre el apretujamiento de una manifestación, en el riñón de Baviera, en Munich, la legendaria ciudad coraza de los católicos alemanes! ¡Ahí va, cortejada por las sonrisas y las frases de una comité de la *Arbeiter wohl*. “Das Mexicanische, Das Mexicanische”, se escucha por todas partes, mientras se adelanta y sube hasta el tablado central, adonde luego entra bajo una tormenta de aplausos el Nuncio de Baviera y un grupo de colosales Obispos Alemanes... ¡Margarita está por volverse loca una vez más!

Los colores vivos de las púrpuras, el mar de cabezas rubias, el humo mismo del tabaco que no escasea y hasta la espuma misma de la cerveza que se sirve, se paga y se bebe en plena sala, sin poca ni más pena, todo recuerda a Margarita la epopeya del catolicismo alemán que tantas veces le ponderará Arturo. Aquella lucha contra el Canciller de Hierro, aquellas persecuciones, aquellos triunfos; después, la exuberante, seria e ilustrada vida católica, la libertad para la Iglesia, los nobilísimos colegios y universidades, la fuerza legislatora en el Reichstag; la paz, la riqueza, la ilustración; todo respetado, todo floreciente, como lo estaban publicando aquellos profesores tiesos, aquellos mineros y cocheros vestidos de etiqueta, aquellas mamás risueñas y robustas, aquellas muchachas sanotas y sonrientes, mundo multicolor, vibrante, que se acomodaba presuroso entre mesillas y bancos, tras tribunas y escaleras, para escuchar la conferencia de aquella noche, la que iba a dar el Príncipe de Lowenstein sobre la Persecución Religiosa en Méjico. Y todos estiraban cabezas y pescuezos para enfocar la cabecita de la “mejicana”, sí, aquella de la boinita carmesí y del abrigoito claro; casi tan blanca como la Presidenta del Comité Femenino de Munich, que no se cansaba de platicar con ella en francés.

Con el rabillo del ojo, en medio de las expresivas sonrisas de anuencias tributadas a la interlocutora, Margarita escudriñaba todos los detalles de la atmósfera que la rodeaba. ¡Qué sala aquella del *Hofbraulhaus*! Aureos estucos encuadrando en el artesonado, escudos medioevales con heráldicas herrumbes, decorativas imágenes de santos, como los de las viejas capillas bávaras; bustos en bajo relieve, inscripciones en gruesas letras góticas; en el fondo, sobre el pórtico de la servidumbre, en un amplio mural, el panorama de la ciudad valiente, unos soldados y campesinos tremolando una bandera, y sobre la ciudad y sobre la bandera, la figura de la Virgen María, la misma Virgen que ella había conocido en los colegios salesianos, con el mismo Niño Jesús, con el cetro, con la luna bajo sus pies, con el resplandor envolvente...

Los pensamientos de Margarita se atropellaban. Su atención se multiplicaba. Aquí el golpe de este germano que manaba religiosidad hasta en el decorado de una sala de cervecería; aquí la interesante relación de la Presidenta del Comité de la Mujer Alemana, que en francés proseguía su enorme plática sobre los católicos del tiempo de Bismark; y más cerca, íntimamente cerca, la

evocación placentera del amado, de Arturo, el lejano campeón mejicano que la contemplaba a ella, sin duda, en las noches de vela y en los días de campaña, a quien ella reservaba el cofre desbordante de los triunfos, de los aplausos, de los cheques con miles de libras esterlinas, que ya llegaban, que ya se dibujaban, que ya se atropellaban en aquellas fiestas sonoras, comprensivas, todas enderezadas al fin sublime de la defensa católica de Méjico.

¡No cabía duda! Las lágrimas habían sido ahuyentadas por las esperanzas, y los suspiros habían sido cortados por los aplausos. Los meses de la gira por Alemania eran señalados diariamente con la piedrecilla blanca de los mejores augurios. ¡Telegramas de adhesión! Conglomerados humanos de miles y miles, acordaban el mensaje de simpatía para Méjico personificado en la bella juventud de Margarita. Una muchacha irlandesa se había acomedido a trabajar a su lado como secretaria de “la mejicana”.

—*Madame*, otro telegrama de Holanda. Quieren que la dama de Méjico se presente en Amsterdam... Otro de Dublín. La Irlanda entera pide a Margarita... Una carta de Italia: unos muchachos de Las Marcas quieren darse de alta en el ejército de los católicos... Tres periódicos piden una entrevista sobre la situación mejicana... Bélgica está impaciente por brindar a *madame* la fuerza de su acción católica... El Padre Rutten, senador del reino, desea saludarla... Un millonario de Flandes propone hablar con *madame* sobre algo más práctico...

Y la bella desterrada, encendía sus pupilas en la visión de ensueño... ¡La cruzada! ¡Clermont! ¡Pedro el Ermitaño! ¡Godofredo! ¡Toda la Europa combatiendo ya al lado de Arturo, en la nueva jornada contra el “turco”...!

Los banquetes sucedían a los banquetes. Las recepciones se prodigaban. Ahí estaban los escritores más connotados, los prelados más laboriosos, los sacerdotes más destacados. En todas partes, al paso de la exiliada, la prensa fustigaba con mayor brío al tirano de Méjico, y batía palmas ante Margarita, “la mujer pálida, personificación de un pueblo”.

*

—Y noticias de su esposo ¿no ha tenido?
Margarita no sabía si suspirar o enorgullecer.

—¡Imposible, señora, imposible! –contestaba. Ni siquiera sabe quizá si estoy yo aquí. Mis cartas deben hacer muy largos caminos.

—¿Y el bebé? ¡Qué lindo será el bebé!

Margarita sonreía encantada, y así encantada, sacaba monamente un pañuelo de encaje y se limpiaba los ojos bruscamente humedecidos...

Ya en la intimidad del hospedaje, en la soberbia residencia de linajudas directoras de obras católicas, venían las confidencias, discretas y medidas; la exhibición de pequeños retratos. ¡Marilú!: “Lulú coge flores”... “Lulú y su perro”... “Lulú y su perro”... “Lulú...”.

Un día –esto fue en Munich– Margarita se resolvió a enseñar el retrato de Arturo.

La señora Dortman, dueña del famoso Hotel Leinfelder, tomó en sus manos el retrato y lo contemplo con noble simpatía.

—Me recuerda –exclamó– a un héroe de Sudamérica.

—¡Artigas! –sugirió satisfecha Margarita.

—¡Artigas! –confirmó la señora. ¡Una amiga mía de Montevideo lo adoraba!

Sábanas purísimas acogieron las tibias suavidades de la infatigable mejicana. Una medrosa luz, filtrada entre pétalos de rosa, besó el encaje de la pijama cándida. Margarita pensó en Dios, en su patria y en su Arturo... La linda carterita marroquí quedaba sobre la mesa de noche. Y el retrato de Arturo y Marilú, acompañabanla en el sueño.

—¡Triunfaremos! –exclamó convencida Margarita–. Y volveremos a estar juntos, y besar juntos a Marilú... ¡Dios lo puede todo!

Y el arrullo de su anhelo, se durmió también aquella noche.

XXXII
EL VIAJERO MISTERIOSO

La Estación Central de Munich no se cansa de volcar sobre la ciudad bávara la canastilla de sus hormigueos humanos.

Minuto por minuto, con la precisión ultramatemática, los trenes azules y los trenes grises se desangran satisfechos entre jadeos de lumbres y transpiración de vapor. Las banderitas y los semáforos en los corredores encementados, rezan sucesivamente los nombres de todas las grandes ciudades europeas.

El gusano interminable del mundo viajero se desliza multicolor, tembloroso, erizado de valijas, salpicado de uniformes militares y de plumas en los sombreros tiroleses. Este gusano humano no ruge, no vocifera. Es callado, es meditativo en medio de su constante carrera. Sólo le acompaña el ruido de un nutrido taconeo.

Ya llega a su agujero. Se hunde por la luminosa entrada del subterráneo reluciente, todo lleno de letras góticas y de flechas dirigentes. ¡Aprisa, aprisa! Todas las seudovértebras del infinito gusano palpitan con vida propia, con vida múltiple. ¡Aprisa, aprisa!... El gusano está lleno de caras serias. Sus miles de poros son bocas cerradas. El silencio del gusano infunde temor. Parece que medita en empresas futuras terribles.

En el amplio túnel subterráneo, el inmenso gusano se entretrevera con otros gusanos similares. Sin entremezclarse, sin desviarse, sin confundirse. Ya son diez, veinte gusanos paralelos, todos veloces, algunos en direcciones contrarias: ciempiés interminables, de patitas ágiles, brillantes, con brillos de charol, con destellos de zapatillas con brocado... Ya vuelve el gusano a salir a la luz del sol cenital. Veinte o más puertas le ofrecen salida; pero él no varía su ruta. Compacto prosigue su carrera. Los taconeos de la pintoresca larva resuenan ya con mayor amplitud. El silencio se rompe. Bocinas y clamores de niños, lo turban... De pronto, la dislocación general... El gusano se quebranta, se desborda, se disuelve; sus anillos se desconectan... Son familias que se emancipan del apretado cordón humano. Las maletas siguen protegiendo el anillo dislocado. Otros anillos se disgregan en pedazos, se volatilizan en células... Son individuos que viajan solos, empacados en el paletó de cuadritos, atrincherados tras medrosos espejuelos, escudados con sobados portafolios...

Una de aquellas células del gusano destripado se abrocha el gabán, asegura la bolsa del equipaje, entrega al guarda-andén el boleto consumido, y aparece en el amplio escenario que la Estación Central de Munich eleva, como en un teatro a la famosa *Ban-hof Platz*.

A un lado del viajero abren sus puertas afelpadas los autobuses de los principales hoteles. Los aurigas tiesos, cuadrados, gorra en mano, esperan la elección que haga el pasajero.

El nuestro no encoge. Se entra en el autobús más cercano. Se instala en el asiento, y espera indiferente la marcha. El pasajero no sabe si son muchos o pocos los que lo acompañan. La ciudad le importa muy poco. Ve sin mirar. Con la misma indiferencia desciende en el lujoso hotel, y se deja llevar a una cámara; y ya solo, se encierra, se quita el gabán y se tumba en el lecho.

¡Está cansado! ¡Viene de muy lejos...!

Hase dormido toda la tarde... ¡Hamburgo, Erfurth, Nuremberg...ahora Munich! Bien vale la pena un corto descanso antes de proseguir. La tarde piadosa le conforta. El sueño le refresca y le anima. El mozo que le lustra el calzado, desconoce aquella manufatura. Echa de ver que el extranjero lleva en la faz la sombra de lejanos bosques... ¡y que no habla alemán!

Ya en el sosiego de la noche, el pasajero, acomodado en una butaca de la biblioteca del hotel, se concentra sobre la carta de los itinerarios...

¡Munich... Trento... Verona... Florencia...!

Todavía le queda un largo camino.

Encerrado de nuevo en su cuarto, hace en una hoja de papel prolijos cálculos sobre cambios de moneda, gastos de hotel de viajes; cuenta los billetes, los cheques de viajero; anota, suma, resta, guarda cuidadosamente. Y en seguida, como quien se tiende sobre un jardín de flores, expone a la luz de la lámpara unas hojas purísimas de papel de lino, y escribe con el alma, con la sangre, con el aliento:

“Ángel mío:

Doy gracias a Dios porque te amo con toda la ilusión, con todo el candor de nuestros amores primeros. Mis frecuentes mensajes y letras, son gotas destiladas del rebosante amor... ¡Linda! ¡Qué rico y sabroso es para mí el sufrir con mis sueños y el soñar con nuestro amor! Todo lo que me rodea está frío. Es nieve la blancura de mi lecho. Son hielo los rostros de las gentes. Fríos son

mis senderos, y frías las sonrisas de los que me rodean... Sólo en el interior de mí mismo hay fuego apacible; porque ahí estás tú, encanto mío, delicia de mi vida, fuego y ventura, dulcedumbre intensa de bendecido amor...

¡Vida! Todo me habla de ti. Cada día y cada noche es una nueva primavera de mi cariño. Te amo con el rendimiento juvenil de la primera carta, con la veneración íntima del primer beso, con la pasión íntegra de la primera posesión... Yo no creo en las prosas de la vida, cuando todo para mí está orlado con el halo de tu ser... ¡Reina, reinita mía! ¡Dueña y señora! ¿Sabes cuál es mi único sacrificio, cuál es mi más grande tentación? ¡La de caer de rodillas ante tu recuerdo, y adorarte! ¡Pero Dios me protege; y mi conato de idolatría se disuelve en ferviente dilección...! ¡Tú lo eres todo para mí! ¡Todo lo divino pasa por tus manos! Dios me ha dado este único mandamiento: ¡amarte!... El hombre maduro quiere como no supo querer el joven ni el niño. El niño quiere con la ilusión: el joven quiere con la esperanza; ¡el hombre maduro quiere con el alma!...

¡Lejana amiga! ¡Lejana amada! Te siento aquí, a mi lado; te siento dentro de mí. Por ti lucho, por ti brego; me hago pedazos por ti. Eres la flor de mis fragancias, eres la visión de mis ensueños; emblema de mi vida, ángel, santa, ostensorio de todo lo amable, de todo lo adorable... En tu alma busco a Dios... Estás muy lejos: como todo lo celeste, como todo lo inaccesible. ¡Voy hacia ti! ¡Envolverte una noche! ¡Vestirte con caricias y con besos! ¡Cuándo?... ¡Reina! Tú que eres santa, pregúntalo a Dios, y revélame el tiempo misterioso de nuestra mutua nueva posesión soñada..."

*

A la mañana siguiente, aquel hombre dejaba el Hotel Leinfelder. Y de nuevo en la Estación Central, volvía a incrustarse dentro del gusano humano, para tomar, confundido entre cientos de viajeros, el tren de Verona en ruta hacia Roma.

Cuando aquel hombre pagaba la pensión del hotel, la Señora Dortman, a la sazón en la taquilla, encontró rasgos conocidos en aquel rostro moreno, grave y enérgico...

Parecióle recordar los rasgos de Artigas el héroe sudamericano...

Tentada estuvo de contárselo aquella misma tarde a Margarita...

XXXIII EL VATICANO DE NOCHE

La estación Términi de Roma, lo recibió con la grosería de sus estrépitos. Trepidaban los andenes, bufaban las máquinas; la enorme bóveda de cristales ahumados prestaba a los ruidos sonoridades horrorosas. Todo mundo gritaba. ¿Era aclamación? ¿Era rechifla? Aquí los carros de equipajes daban encontrones a los viajeros; ahí, viejas “contadinas”, cargadas de maletas, seguidas de viejos atontados, cerraban el paso en el estrecho embanquetado de cemento. Los carabineros, de dos en dos, rebosaban el nivel de las cabezas humanas, con el triángulo emplumado de sus sombreros de ordenanza, y lucían entre los pliegues de la esclavina azul, la blancura problemática de sus manos enguantadas.

Sobre las rejas de la salida, el mundo italiano se aupaba entre sudores y codazos, apretado entre los hierros con la presión de su curiosidad. *Boy scouts*, “versaglieri”, muchachas del Ejército de la Defensa de la Mujer, monjas, frailes, seminaristas, soldados coloniales, camisas negras, chiquillos voceadores: todos los tipos, todos los colores, kaleidoscopio mundial característico de Roma, triplicaba los mareos del viajero fatigado. ¡Aquello no era fiesta, ni *meeting*, ni demostración! ¡Era el bullicio normal, la agitación mímica, perpetua en la enorme familia infantil de Mussolini!

Cruzó en vulgar taxímetro la Plaza del Cinquecento. A su paso, la Fuente de las Náyades se deshacía en torrentes de arco iris.

Llegado al primer hotel de pacotilla, pidió al portero el uso del teléfono.

Respondieron.

—¿El Doctor Ortega?... ¿Recibió usted un cable de Nueva York firmado por Cientocho?... ¡Aquí estoy ya!: Albergo Torino, Vía Marsalla... ¡Muy bien!

Media hora más tarde, otro taxímetro se detenía a la puerta del hotelucho. En un par de minutos, el viajero se identificó cuidadosamente ante el Doctor Ortega que era a la sazón en Roma, el Secretario General de “Vita-México” (Unión Internacional de Todos los Amigos de Méjico).

Juvenil, ojos azules, inquieto el ademán, ágil el porte, modesta la indumentaria, el Doctor Ortega habló:

—¡Vámonos inmediatamente! ¡El Cardenal nos espera esta noche!

*

Un guardia suizo en la penumbra de una escalera de caracol, en el rincón de un patio privado del Vaticano. Pasos del lado del Cortille di San Dámaso. ¡Golpe de alabarda, que repercute en la espira de mármol! Y que es contestado por toda una cadena de guardias suizos, como tramo en tramo.

Dos sombras más que dos hombres. Sombras que se alargan y se untan en la pared y se acumulan en círculo bajo la farola del corredor privado, a la vista constante del guardia suizo en turno. Sombras que brotan de nuevo de entre los pies de ambos visitantes, y se alargan más y más, y se estrellan contra una puerta de caoba oscura, quieta y callada, y tras las sombras los dos hombres, y una mano que se extiende sobre la sombra y sobre la puerta, y un botón oprimido, y un estrépito de timbre interior que escandaliza la quietud de la penumbra y el misterio de ambas sombras...

La puerta se ha abierto. Una lengua de luz barre los zapatos lustrosos de los dos visitantes.

—¿El Cardenal?

—Está cenando —contesta, sin soltar el aldabón de la puerta, un hombre gordo, sencillo, extrañado.

—¡Queremos entrar!

El hombre gordo examina a los visitantes de pies a cabeza.

—¿Sois forasteros? —pregunta. ¡Ah vamos! —irrumpe al conocer a uno. ¡Sois los mejicanos! ¡Pasad!.

Un vestíbulo miniatura. Demasiado pobre para un cardenal. ¡Y en pleno Vaticano! Una mesita con recado de escribir, en un rincón. Una consola alta y amplia, cubierta de rojo una bandeja, sobre la bandeja un bonete de moaré rojo, en la pared un paño con las armas de Su Eminencia... Huele a macarrones... Por ahí cerca parlotea un loro.

El italiano gordinflón entra en la cámara. Se oyen cuchicheos. Vuelve a salir. Introduce a los mejicanos a una salita de recibo. La salita es pobretona. Es la sala particular de Su Eminencia el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Su Santidad Pío XI.

Aparece por fin Su Eminencia. El rostro acartonado no sonríe; los ojos observadores se posan entrambos individuos. Saluda con frialdad, con indiferencia.

El Doctor Ortega hace la presentación en italiano:

—El enviado de Méjico que anuncié a Vuestra Eminencia.

—¡Bueno – responde secamente el Cardenal en castellano, indicándole unos asientos, y añade: –¿Qué cosa quieren los mejicanos? ¿qué cosa piden los mejicanos a la Santa Sede?

—Eminencia –habla el recién llegado–, sólo una cosa pedimos a la Santa Sede, y es ésta; que acepte nuestra inmolación: que nos deje morir en testimonio de fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

El rostro del Cardenal, duro, enérgico, inmutable, aparecía hasta despreciativo. Pero la mano del Cardenal buscó en el bolsillo un pañuelo, y secó los ojos torvos que, a pesar de la frialdad del rostro se habían humedecido...

Un silencio sustancioso envolvió la escena. El Cardenal, sin modificar la glacial expresión de su rostro, animó la confianza con estas palabras:

¡Siga, siga! ¡Diga todo lo que quiera decir!

—Eminencia, ante todo, quiero confrontar con la mente de la Santa Sede, nuestros puntos de vista, los puntos de vista de la Liga Defensora de la Libertad, de Méjico.

El Cardenal secamente mueve la cabeza, como quien anima.

El desconocido prosigue:

—¡La vida de Méjico está cosida a su catolicismo!

El Cardenal frunció el ceño momentáneamente. En aquel funcionamiento, localizó en su magín la geografía de Méjico, y la historia de las misiones, de la colonia, de la independencia de Méjico, desde Juan de Tecto hasta Agustín de Iturbide. Tres siglos testificaban la verdad de aquella sencilla afirmación.

El viajero prosiguió lenta y concienzudamente:

—Un plan diabólico está fraguado en el extranjero, para debilitar a Méjico; para lo cual es necesario romper la espina dorsal de Méjico, que es su catolicismo.

El Cardenal volvió a fruncir el ceño. El Doctor Ortega, que contenía la respiración durante las jugosas pausas, adivinó que por la mente del Cardenal desfilaba toda una serie de personajes históricos: Poinsett, las Logias Yorkinas, las Logias Anfictiónicas...

—Una minoría mañosa, de generación en generación, segunda en Méjico mismo ese plan, y realiza la catástrofe permanente...

Los personajes históricos según desfilando por la mente del Cardenal. El Doctor Ortega los veía. Eran Gómez Farías, Benito Juárez, Lerdo de Tejada...

—El éxito de esa minoría se debe al uso de la fuerza bruta...

Carranza, Obregón y Calles aparecían de cuerpo entero brillando una zarabanda en la cabeza del Cardenal.

El Cardenal hizo un elogio mudo de la clarividencia del deponente, acariciándolo de pies a cabeza con una mirada escrutadora.

El visitante prosiguió:

—La Liga Defensora de la Libertad, de Méjico, profesa que es deber del ciudadano católico defender la vida de su patria y el tesoro de su fe, y que para ello, es indispensable “desarmar” al agresor de la fe y de la patria.

Su Eminencia aquietó la cabeza. Repitió mentalmente las palabras oídas, y al fin, aprobó, sacudiéndola dos veces.

—Existe en Méjico un gran número de fuerzas latentes cristianas y patriotas —añadió el mejicano.

El Secretario de Estado se reacomodó en su sillón vetusto, sin despegar la mirada de los labios que hablaban.

Estos continuaron:

—Organizar esas fuerzas, ejercitarlas y dirigirlas a reprimir a esa minoría traidora y pagana, para abrir cauce a la vida católica que es el ambiente vital de Méjico, ese es el objetivo de la Liga Defensora de la Libertad.

Su Eminencia conoció que ahí se cerraba la síntesis de los puntos de vista. Rompió entonces su silencio con esta pregunta:

—¿Usted es abogado?

El visitante dolientemente replicó:

—No, Eminencia; ahora soy agricultor.

Y luego, como corrigiendo, añadió con viveza:

—¡Era agricultor ¡ ¡ahora soy soldado!

El Cardenal lo volvió a revisar de pies a cabeza, cerciorándose de que estaba en presencia de un “cristero”.

Este continuó:

¡Permítame ahora Vuestra Eminencia, expresar nuestra congoja.

¡Siga, siga! —repuso el Cardenal con gesto animador.

—La Liga Defensora de la Libertad tiene un fatal enemigo interno: la medrosidad de algunos de los más destacados elementos católicos, medrosidad que les hace lisonjear y defender a los mismos enemigos de la patria y de la Iglesia.

El Cardenal se acartonó. Su cabeza dejó de moverse. Sus ojos se quedaron clavados en el interlocutor, que libérrimamente continuó:

—Han disimulado la clara enseñanza de la Iglesia sobre la defensa armada: han condenado sigilosamente nuestra actitud; la han desacreditado y ridiculizado las más veces. Han matado todo sentimiento de entereza cristiana cuando ésta irrumpe aún en medio de la timidez de las filas creyentes... ¡Eminencia, la Liga Defensora de la Libertad, de Méjico, pide al Santo Padre una palabra eficaz que quite de encima de nosotros este enorme peso del catolicismo medroso...!

El Cardenal no se conmovió. No se inmutó. Frunció dos veces el ceño. Contempló más al enviado, con los ojos muy abiertos. Bostezó, haciéndose la señal de la cruz en los labios. Y preguntó secamente.

—¿Usted cuándo deja a Roma?

—Puedo dejarla esta misma noche, Eminencia, si mi misión ya está cumplida.

—¿Está hospedado con usted? —interrogó al Doctor Ortega que, sorprendida, no supo ni qué contestó.

Y por último, al visitante:

—Descanse unos días en Roma. Si lo necesitamos lo llamamos.

Estas últimas palabras las pronunció el Cardenal ya de pie, dando así por terminada la audiencia.

—Adiós, adiós — dijo por toda despedida.

Y al Doctor Ortega hizo esta deferente indicación:

—¡Tráigalo a que visite los museos!

Salidos los mejicanos, el Cardenal cogió un trozo de papel y escribió con lápiz unas palabras. Luego se echó el papel en el bolsillo.

*

A la mesa de un restorancillo de la Plaza de San Pedro, se instalaron los visitantes. El viajero se mostraba callado, reflexivo, preocupado. El Doctor Ortega, por el contrario, se mostraba comunicativo, locuaz. Tal que dijo:

—¡Disipemos las penas, mi amigo! ¡Garzón!... ¡Una botella de Marsella...!

A la mañana siguiente el viajero se sintió reconfortado. El insomnio, rumiador de ideas, y de palabras, y de expresiones, y de imágenes, todo en torno del Cardenal, había sido breve. Y el sue-

ño reparador le disponía a recibir de plácemes el claro sol que se cernía por las persianas.

Al bajar al salón le sorprendió la presencia de un personaje que le esperaba. Era un jesuita. Venía a saludarlo, tenía amigos en Méjico, interés por las cosas de Méjico, y se informa con el viajero sobre la situación, y más que todo, sobre sus negocios en Roma.

Una discreción elemental hizo al viajero no entregar prenda ninguna.

El jesuita insistió un poco más; hizo por jalarle la lengua; pero el viajero amable y finamente, evadió el tópico.

El jesuita, por su parte, tampoco dio siquiera su nombre, conformándose con presentarse como “un padre de la Compañía”. La discreción del viajero le cautivó. En eso andaba.

—Pues bien – añadió–, mi objeto es sugerirle a usted una visita al Padre General. ¡Véalo! Eso hará mucho bien a los mejicanos. Diga usted al Doctor Ortega que lo lleve esta tarde a las tres.

El eximio viajero comenzaba a darse cuenta de las tramas romanas: su presencia era considerada, su persona era estudiada. No había que cantar victoria; pero sí había que marchar a la conquista de las costumbres.

La Curía Generalicia de la Compañía de Jesús estaba a la sazón aún a la vera del Colegio Germánico. Momentos antes de las tres, el Doctor Ortega y su amigo descendían de una victoria de alquiler de caballito cansado, y se entraban bajo el alto portalón. Ambos iban de etiqueta: chaqué gris, pantalón rayado, botas de charol. El conserje del Colegio se deshizo en inclinaciones. Una patrulla de estudiantes alemanes, vestidos con sotana roja, formados de dos en dos, pasó junto a ellos sin saludarlos.

Los dos mejicanos fueron introducidos. Ortega conocía los andurriales. Un patio intenso, un vestíbulo, anchas escaleras, largos corredores, una antesala, otra, ¡una puerta cerrada! El Doctor Ortega, algo nervioso, oprimió un botón. Y sonó el timbre.

Y la puerta se abrió. La abrían en persona el famosísimo Padre General de la Compañía de Jesús.

El viajero entró al aposento del gran jesuita. El Doctor Ortega saludó al Padre General y se quedó en el vestíbulo atusándose estoicamente unos bigotes que no tenía...

¿Qué se habló en el interior de aquel aposento sagrado? ¿Cuáles fueron las palabras de comprensión y de consuelo que el hombre fuereño escuchó de labios del bondadoso anciano, luminoso jefe de la clarividente Compañía de Jesús? Sólo podemos

decir que el visitante, estaba anonadado. ¡Aquel hombre de Dios lo sabía todo, todo! ¿Cómo llegaban a su mesa de general todos los datos que con tanto secreto custodiaba la Liga? ¿Cómo conocía los diversos matices de la resistencia católica, y en dos palabras sintetizaba cada una de las etapas de la lucha? ¿Cómo sabía señalar la clave exacta de las confusiones, y el enigma de los fracasos? ¿Cómo tenía presente la identificación y la hoja de servicios de aquel turista que apenas hacía veinticuatro horas que pisaba el suelo romano?

—A nosotros no nos toca combatir —decía ya al fin el jesuita—; pero si nos toca bendecir vuestras espadas, y orar. Méjico debe orar mucho: tiene una clase de enemigos que no se vencen en el campo militar, que se vencen únicamente con la oración y con el ayuno...

Después de un espeso coloquio de veinte minutos, rico mensaje del espíritu, lluvia de consuelos y de esperanzas muy altas, el amable General descendió al terreno de los comedimientos sociales, y agregó:

—Es necesario que usted salude a Mons. Borgongini. Una visita extraoficial. Mañana, a estas horas. Búsquele en el Vaticano, en la Secretaría de Negocios Extraordinarios. Procure ir en traje de calle. Le basta presentar esta tarjeta.

La tarjeta estaba escrita de antemano, y guardada bajo llave en un cajoncillo del escritorio. La sacó el Padre General y la mostró al visitante.

—Está bien así, ¿verdad?

Ni el Doctor Ortega conocía aún el nombre que ahí estaba escrito. El visitante no se inmutó, guardó la tarjeta en su cartera, y se despidió filialmente del Padre General.

¡La tarjeta, bajo el nombre impreso del sumo jesuita, tenía manuscritas estas palabras: "*Rilasciata alla sua Eccellenza il Signore Arturo Ponce*"!

*

“¡Margarita!... Anoche fui feliz. Soñé contigo. Lejos de ti, sentí en transportes la seda de tus manos y la miel de tus besos... El día fue bonancible para mí: aurora de una noche de posesión romántica... Las distancias no existen. Te siento cerca de mí, a todas horas, en todas partes. Siento la suavidad de tu pecho de pluma, paloma mía; el candor de tus ojos de cervatilla inmaculada; el

fuego enardecido de tus amplexos de esposa, la paz suavísima de nuestra mutua intimidad... ¡La fecha feliz se acerca! Mi alma está plena, y su plenitud me anuncia victorias soberanas. ¡Poseo la verdad!; la verdad de tu amor, la verdad del ideal patrio. Roma me envuelve como madre solícita, me conforta y me bendice. Di a mis hermanos que luchen, que luchen sin rendirse... ¡Dios está con nosotros! Querube mío, besa mil veces a Marilú. Dile que tienda al cielo sus manecitas puras, pidiendo a Dios volver a tener patria y hogar, un padre y una madre juntos y felices... ¡Amada, amiga, esposa...!

Dobló la carta con caricias, cerróla con besos, y en el vaivén de un suspiro, se imaginó un pueblecito de la frontera americana, un convento hospitalario, y en él dos querubes salvados del naufragio; dos amores inmensos y profundos: una hija y una esposa: ¡Marilú y Margarita!...

XXXIV

LA DICHA INASIBLE

¡Era Arturo! ¡Era Arturo!

La historia de la actual crisis mejicana está llena de estas peregrinaciones inesperadas, de estas peregrinaciones inesperadas, de estas mudanzas bruscas de fortuna y de destino. La sedentaria vida latina, en Méjico se ha transformado en existencia nómada. Nadie está quieto. Nadie vive en su casa. Los ranchos se vacían. Las ciudades truecan su población. Los pobres andan en campaña, los ricos se escabullen, los malvados se pasean y los buenos se destierran. La sacudida es enérgica. Nadie queda en su terruño, La miseria, la guerra, la epidemia, la persecución, la defensa, la política, la traición la bonanza revolucionaria, traen de aquí para allá al ciudadano mejicano, al padre, a la madre, al estudiante, el hacendado, al soldado, o al cura. Los desechos del vendaval son arrojados a las más distantes plazas. Los panoramas varían, y los caminos se multiplican. Todo mundo viaja. Y viaja sin pretenderlo, sin gustarlo. Con el alma en un hilo, la miseria en el bolsillo, la ansiedad en las entrañas. Viajeros forzados, zambutidos en trenes y en barcos, hasta sin sombrero, por una hábil maniobra del "Ejecutivo". Viajeros fugitivos, a lomo de mula, por escondidas serranías. Viajeros sorprendidos, enviados adonde menos se imagina-

ban, con misiones diplomáticas de tirios o troyanos. Viajeros sin ton ni son, ricachones imperturbables que giran por el mundo entero mientras se pacífica Méjico. Viajeros improvisados en busca del hijo plagiado, o el esposo desterrado, o del auxilio pecuniario ofrecido. Los idiotas viajan de rancho en rancho; los mediocres de pueblo en pueblo; los más avispados, de ciudad en ciudad. El radio de las evoluciones se amplía según la importancia del personaje. Los curas y los capitanes cambian de provincia; los obispos y los diplomáticos van y vienen de Europa. Y siendo muy difícil encontrar a nadie en su propio terruño es lo más frecuente toparse con el antiguo vecino, en un campo petrolero de Tejas, o en un policromo almacén de novedades en París, o en una galería de pinturas en Roma o en Florencia.

El judío errante reencarna en cada mejicano del tiempo de Calles. La dispersión es la orden del día. Las familias se disgregan, los esposos se separan, los destinos se bifurcan; las carreras se derrumban, las vocaciones se estrellan, los planes se enmarañan: la revolución se gloria de haber sido verdaderamente una revolución.

Y todos los prófugos y volátiles se ignoran entre sí. Destruídas las comunicaciones, se retraen las epístolas. Vienen luego la inseguridad, la censura, la propia discreción, el temor; todo hace romper las ligaduras entre amigos y amigas y hermanos, reduciéndose toda correspondencia al telégrafo sin hilos de los suspiros y, entre gente devota, a la invisible cadena de las oraciones. Añádanse a esto los disfraces, los seudónimos, los retoques, precauciones, desconfianzas en todas partes, hasta en el extranjero; y se comprenderá el aislamiento de un mejicano que viaja por deber o por heroísmo, y que a veces, pasa rozando su dicha, su amor, su ambición o su ilusión, sin darse cuenta, sin sospecharla, soportando duramente la desolación en el alma y el hambre formidable del espíritu, cuando está a medio palmo de la soñada beatitud...

Tal conciencia y estado de ánimo produce al principio en estos seres otro fenómeno psicológico: el espejismo de los amores, la ilusión óptica del espíritu. Y créese ver en teatros y en cafés, y en iglesias o en bulevares, ya al padre, ya a la esposa, ya a la amiga... ¡Idénticos! El andar, la sonrisa, el gesto, todo ornamentado por el diestro pincel de la ilusión que reproduce los detalles que faltan.

En cambio, los viajeros veteranos, por reacción, surge el hábito del positivismo cruel, de la perpetua incredulidad ante la visión, del domeñamiento constante del alma y del cuerpo que sienten bríos de lanzarse a saludar, a desengañarse, a cerciorarse de la objetividad de un sueño azul o de una ilusión rosada.

Arturo, aún mil veces alucinado, nunca creyó en la vecindad de Margarita. Margarita en cambio, sí soñó con una sorpresa del otro mundo; y se arrulló con un “ojalá”, cuando alguien en Munich le platicó de un viajero moreno que llevaba en su faz los rasgos de Artigas... ¡Hasta le escribió a Arturo, a las montañas de Jalisco, contándole aquellas “ilusiones inverosímiles”!...

*

Entre tanto, en Roma, después del romántico paréntesis de los recuerdos tiernos, el alma de Arturo asumía de nuevo gallardamente su misión diplomática.

Navegando entre brumas, sin ninguna fórmula expresa que asirse, desempeñaba su misión con el simple hecho de frotar su personalidad contra cada peñón enhiesto de la Corte Romana. Provocar su propia discusión, y quedar en acecho de la impresión causada: esa era su táctica. El no pedía socorros financieros al Papa, él no anhelaba una definición pontificia sobre la guerra santa de Méjico; érale suficiente hacerse oír. Y ya lo había conseguido; ponerse al alcance del Pontífice para pulsar su sentir, para auscultar sus simpatías.

Todas las impresiones de Roma estaban en su favor. El Cardenal escuchaba, y no reprendía. El General de los Jesuitas consolaba, y no condenaba. Los periódicos de Roma seguían informando sobre la sangrienta persecución. Los profesores de la Universidad Gregoriana, con la mayor sencillez, citaban la guerra cristera de Méjico, como un caso típico de defensa contra un injusto agresor. Un grupo de Obispos mejicanos, a la sazón en Roma, publicaba en la prensa italiana sus puntos de vista a favor del heroísmo mejicano. El Papa lo sabía, y el Papa, veinticuatro horas más tarde, los llamaba a su presencia para preguntarles paternalmente por su salud...

Al eco de estas consideraciones, al siguiente día, en punto de las tres de la tarde, Arturo era recibido familiarmente por Monseñor Borgongini Duca, en un saloncito de la Secretaría de Negocios Extraordinarios, en el Vaticano. Se trató, naturalmente, de

Méjico; pero no del Méjico en guerra, sino del Méjico pintoresco, del de las montañas altivas, del de Chapultepec y Xochimilco. El distinguido juvenil prelado conocía y apreciaba aquellas bellezas de la patria perseguida. Ni una alusión a Calles, ni a la guerra, ni a los obispos, ni a nada.

Con encantadora simplicidad, Monseñor invito luego a Arturo a recorrer las dependencias, contemplando cuadros, ponderando joyas de arte; y amistosamente le fue introduciendo a salones interiores que comenzaban a perder el aspecto de oficinas de un dicasterio romano...

De pronto, interrumpió el Prelado una descripción, para preguntar *ex abrupto* a Arturo:

—Usted no ha saludado al Papa, ¿verdad?

—No lo he saludado aún, Excelencia – respondió Arturo.

—¿Y lo querría saludar ahora?

Iba a objetar Arturo la falta de traje de etiqueta, cuando Monseñor Borgongini Duca añadió:

–Déjeme probar si es posible.

Y al instante desapareció tras una puerta, dejando a Arturo aplanado bajo la sorpresa. Arturo rehizose instantáneamente, y se dispuso a sacar el mejor partido de la hora. Todo aquello, para Arturo, tuvo trazas de una deliciosa emboscada.

Apareció de nuevo la radiante figura del simpático Secretario de Negocios Extraordinarios, trayendo en sus labios la frase ya adivinada por Arturo:

¡Qué fortuna! ¡Si se podrá saludar al Papa!

Entró pues Arturo conducido por Monseñor Borgongini dos habitaciones más adentro, ¡y cayó de hinojos oprimiendo entre las suyas las manos del Papa que le esperaba con la más impresionante ternura reflejada en los ojos...!

—¡Bravo, bravo!– dijo el Papa con una lenta gravedad entusiasta y augusta– ¡que Dios bendiga a ustedes los mejicanos! ¡y a usted muy particularmente, y a su esposa, y a su familia, y sus empresas y su patria...!

Y al decir esto, el dulce Pontífice abrazaba a Arturo que permanecía de rodillas. Arturo no pudo más, y se llenó de lágrimas. Y al sentir la bondad del Padre Santo que mencionaba a su familia hecha pedazos, Arturo habló así al Papa:

—¡Padre Santo! Una bendición especial para ellas: para mi esposa Margarita, para mi hijita Marilú.

Lloraba el Papa, Arturo lloraba y lloraba el monseñor. Y en medio de aquella trilogía de impresiones, el Papa, grave y donosamente exclamó, acariciando la cabeza del caudillo:

—¡Sí, una bendición especial para ti, para Margarita y para Marilú! ¡Diles que el Papa les envía la bendición del valor y de la fidelidad: —*La benedizione del coraggio e de la fidelità...*

Disipáronse los celajes del Tabor. Y ya solos en la antesala Monseñor Borgongini y Arturo, aquél le dice:

A nadie vaya a decir que ha visto al Papa.

*

—¡El Papa está con nosotros! —clamó en las más altas voces interiores el espíritu de Arturo. ¡Mentira la desaprobación! ¡Mentira la displicencia! ¡A luchar! ¡Banderas desplegadas! ¡Paso de vencedores! ¡La santa cruzada! ¡Viva Cristo Rey!

Volver a América, Invencible, irreductible, Armado caballero de Cristo en la Roma de los Papas, Lleno del fuego de Dios: apto para convencer a todos los recalcitrantes; fuerte para conquistar a los millonarios católicos de Estados Unidos: con credenciales de convencimiento para ganarse a Nuncios y a Diplomáticos, Universidades y Casas Bancarias; ¡para plantar sus reales en Washington, y ahí cortar el cordón umbilical de los callistas...! ¡Ah! ¡Cuánto bien le habían hecho la bendición y las palabras del Papa...!

Voló, más que corrió, a la Plaza de San Silvestre y en las oficinas del italcable depositó para la Liga Defensora de la Libertad, por los debidos conductos, un mensaje con esta única palabra: “¡Adelante!”

Luego acudió a la Plaza de Venecia, a las Oficinas Generales de Navegación:

—Hay dos vapores que salen el día cinco para América. Uno el *De Grase*, que sale de Saint Nazaire directo a Nueva York; otro, el *Ile de Capri*, que parte del Havre, tocando La Habana.

—Quiero el que va directo a Nueva York.

—Muy bien. El *De Grasse*. A salir de Saint Nazaire, el cinco de abril, a las doce meridiano.

Al siguiente día Arturo tomada a las doce del día el expreso Roma-París; para seguir inmediatamente Saint Nazaire, a Nueva York, ¡a la lucha! ¡al triunfo!

Y ya solo en su compartimiento se puso a urdir —¡pobrecillo!— si sería posible ya de Nueva York, darse una descolgadita a la

frontera mejicana por el rumbo de Eagle Pass, para sorprender, ¡dicha inefable! a Margarita y Marilú...

*

Al correr de los mismos días, por su parte, el encanto de Margarita se diluía infatigable en un primor de sonrientes actividades.

La cooperación de la mujer católica belga, y de la alemana, estaba en marcha. Los círculos intelectuales tomaban a pechos la divulgación del problema mejicano, para romper la ominosa conspiración del silencio acordaba por la grande prensa masónica. Los minúsculos cónsules mejicanos estaban acallados. Sus declaraciones de cliché caían en descredito. Hasta los chiquillos de las escuelas las reconocían como garrafales disparates: "En Méjico no hay persecución ninguna. Los obispos de Méjico, que son todos extranjeros, han sido desconocidos por el clero indígena. Esta es toda la cuestión religiosa, sin ninguna importancia para el Gobierno" (iii).

En cambio, el espionaje y la chismografía continuaban en grande. La valija diplomática llenaba siempre a Méjico con nombres de viajeros o exiliados que trabajan a favor de los católicos perseguidos. El Gobierno mejicano llegó a pedir la extradición de Margarita; pero las Cancillerías de Bélgica, de Alemania, y hasta la de Francia se rieron de él. Margarita estaba protegida por las leyes en cualquier rincón de los países civilizados.

De Arturo, es evidente que Margarita no tenía noticias particularmente: pero el aspecto general de la lucha, del torrente avasallador del heroísmo de la creciente fuerza armada, y de la certeza de la victoria, todos los días le hablaban las medias palabras de los cables y las represalias callistas contra los inermes.

La gran colecta europea en favor de los católicos de Méjico, estaba planeada. Un sector de siete naciones entregaría los millones colectados personalmente a ella, para financiar la campaña de Jalisco y Michoacán, donde según sus pensares. Arturo se fogueaba y agigantaba como héroe nacional. El dinero sería situado a California, el armamento transportado a Puerto Vallarta; las divisiones cristeras barrerían la costa entera del Pacífico, a la voz del Jefe invencible, Arturo. Otras naciones, movidas indirectamente

por Margarita, respondían de las finanzas para los cristeros del Golfo... ¡Todo se encumbraba! ¡La victoria se dejaba venir!

¡Es preciso –así pensaba Margarita– estar presente a la gloriosa resurrección. Desfilan a la vera de los triunfadores, y para ello, desafiar el destino y volver a Méjico, internarse en las serranías, y buscar a Arturo, mirar de cerca cómo guerrea, amarlo sobre las trincheras, entusiasmar a sus cosacos, adelantarle la victoria, henchir el pecho de aire vital en las montañas altivas, para clamar con fuerza en la parada del gran triunfo, el grito de la victoria, de la fe y del amor...

¡Volver pues a América! Tal fue también el pensamiento de Margarita. ¡Recoger de paso a Marilú, antes de comerse a besos a su Arturo...!

Tomada tal resolución, se hundió en el agua de rosas de plácido optimismo. Todos los subsiguientes pormenores de su vida, fueron ya contemplados al través el cristal de su ilusión fundada. Una voz interior le decía muy fuerte al espíritu que el invierno se iba, que la tórtola ya cantaba en el hueco de las peñas, que la lluvia ya cesaba, que las flores despuntaban en el riñón amoroso de la tierra...

Todo Bruselas cantaba con ella; los jilgueros de los bulevares, los chiquillos de las escuelas, el cielo entoldado con nubes y ramajes, el ambiente fresco y acariciador, las campañas vetustas de Santa Goudoule, la banda de música de la Plaza de la Bourse; todo sacudía el espíritu de la amada y de la amante; todo le hacía prelibar en ilusión y en inconsciencia la proximidad del amor, aún invisible, aún impalpable... ¡Era la primavera!

*

¡Arturo! ¡Si supieras del dulce sueño que duermes en mi pecho! ¡Si escucharas el arrullo perpetuo que te canto, sobre la cuna inconfundible de mi propio corazón...! ¡Si sintieras los mimos con que te contemplo, y la ternura con que te encubro, como un tierno querube que sueña envuelto, cual en encajes de príncipe, en las mismas telas de mi alma! ¡Arturo...! ¡Surge al conjuro de mi varita mágica, príncipe azul de mis ensueños, padre de mi hija, invisible y cercano amado y no sentido, surge...! ¡Rompe el cendal de mi destino negro e ilumina la tristeza de mis ojos...! ¡Arturo! Luchador y triunfador. Esculpido con híspidos contornos sobre la roca

viva de la epopeya cristera: erguido, transportado, como una estatua, sobre el caballo tembloroso... Tus plantas besadas por el Océano, tu frente oreada por las brisas michoacanas; tus glorias entonadas por las montañas de Jalisco... ¡Arturo... conquistador! ¡Abre tus brazos, que en ellos va a lanzarse tu Margarita!

Y así cantando y así soñando, entró en las Oficinas de la Casa Cook, en Bruselas. ¡Y pidió pasaje para América!

El empleado comedidamente consultó las tablas navieras. Y dijo, como el *ritornello* de otras palabras que ya conoce el lector:

¡Hay dos barcos que zarpan el día 5 de abril para América: uno de Saint Nazaire, directo a Nueva York; otro del Havre, tocando en La Habana.

Margarita cambió unas palabras con Mlle. D'Emptine que la acompaña.

El empleado continuó:

El *De Grasse* es el que sale de Saint Nazaire; y el *Ile de Capri* es el que sale del Havre. Son éstos.

Y tendió a las damas unos prospectos con ricas fotografías de ambos navíos.

Margarita, la soñadora, cogió los folletos, y por no desairar al empleado, los hojeó. En una fotografía del *De Grasse* posaba una linda pareja en viaje de recreo. El, altivo, fornido; ella, colmada de felicidad. Y Margarita suspiró: ¡qué felices serían ella y Arturo si alguna vez viajaran así juntitos!

Si en el mundo existieran sortilegios y maleficios, si trasgos y quimeras gobernarán los destinos de los mortales, diríamos que en aquel instante, todas las hadas y los gnomos, los amuletos y las sortijas de la suerte, trabajaban a doble máquina, cada cual en su órbita, para decidir la suerte de Margarita.

Estaba a dos palmos de su dicha. Una elección, una palabra, eran para ella los mismos brazos de Arturo. Todas las campanitas del amor sonaban en las alturas conjurándola, sugiriéndole, empujándola a escoger el bajel de su dicha, la nao de su amor... Porque ella que soñaba con su dicha, ignoraba que la tenía al alcance la mano. Por eso no temblaba, ni se excitaba, y seguía contemplando fríamente los anuncios de entrambos vapores, que no le quemaban los dedos, que no le cortaban el aliento...

Volvió a hablar con Mlle. D'Emptine, y vuelta ya al empleado dice con la sencillez de la inconsciencia:

—Entonces, yo quiero el... *Ile de Capri*, el que va para La Habana.

—Muy bien – dice el empleado. El que sale del Havre el cinco de abril a las seis de la tarde. Tome usted asiento.

La suerte de Margarita estaba echada. Pasó junto a su dicha, y sin conocerla, le volvió la espalda.

Los gnomos y las hadas, y todo el mundo de los conjuros y de los sortilegios, huyó descorazonado, ahullando, carcajeando...

Y por la misma ruta, y el mismo día, a unas cuantas leguas marinas de distancia, el *DeGrasse* y el *Lle de Capri*, se mecían blandamente sobre las olas del Atlántico. El *De Grasse* llevaba a Arturo; el *Lle de Capri*, a Margarita...

¡Dos corazones que adorándose y buscándose, sin darse cuenta, se habían apartado el uno del otro!

¡¡Fatalidad!!

**LIBRO
TERCERO**

XXXV

¿Y MARILÚ?

—¡Hermanas!... ¡Hermanas! ¿Dónde está Lulú?... ¿Dónde está Lulú?... ¡Hermanas, hermanas! ¿Quién tiene a Lulú?... ¡Hermana Emilia! ¡Hermana Emilia...! ¿No está Lulú en el huerto?... ¡Hermana Francisca! ¡Vaya por favor, a ver si está Lulú con los conejitos...!

—¡Hermanas!... ¡Hermanas!

—¡Hermanas, hermanas! ¿Quién ha visto a Lulú?... ¡Busquen a Lulú!... ¡Por Dios hermanas! ¿quién cogió a Lulú?

—¡Lulú!... ¡Marilú!... ¡Lulucita!... ¡Pichita!... ¡Lulú! ¡Hermana Consuelo! ¿no está ahí Lulú?... ¡Lulú!... ¡Hermanas, hermanas! ¡Por Dios, no parece Lulú!... ¡Vaya a ver al gallinero, Hermana Lorenza! ¡En la cuevita de Lourdes!... ¡En la cuevita!... ¿Nada?... ¡Jesús mío!... ¡Aquí esta hace un rato!... ¡Estaba dormida en su camita!... ¡Hermana, diga a las novicias que se pongan a rezar!... ¡Pronto, Hermana Dolores!... ¡Lulú!... ¡Encantito!... ¡Pichita, Pichita! ¡Responde, vidita, dónde estás!... ¡Mira qué bonitos juguetes te trajeron!... ¡Pichita! ¡Pichita!... ¡Hermana Francisca! ¿qué pasó?

¡No está! ¡No está!

—¿Ya buscaron en la sala? ¿Detrás del piano?... ¿Detrás de los muebles?... ¿Detrás del macetón grande?... ¡Corra, Hermana Ángela!...

—¡Lulú!... ¡Marilú!... ¡Pichita!... ¡Lulucita!... ¡Hermanas, por Dios! ¿Qué hacemos, hermanas?... ¿Ya buscaron en el pozo?... ¡Por Dios!... ¿Nada?

—¡Nada!

—¡Santo Dios!... ¡Virgen de la Soledad!... ¡Lulú... ¡Lulú!... ¡Hermanas, busquen; busquen bien!... ¡En todas las piezas; en todos los rincones!... ¡Todo mundo rezando y buscando!... ¡San Antonio bendito!... ¡Virgen de la Soledad!... ¡Lulú!... ¡Lulú!... ¡Lulú!...

¡Responde, mi alma!... ¡Contesta, vida mía!... ¡Hermana Francisca!, ¿qué pasó?

¡No parece!... ¡No parece!

—¿Ya buscaron en el cuartillo de la escalera?... ¿Y en el guardarropa?... ¡Corran si está con la mujer del jardinero!

—¡Hermana Francisca!...

—¡Nada!

—¡Hermana Lorenza!...

—¡Nada!

—¡Hermana Dolores!...

—¡Nada, nada!

—¡Busquen, busquen; otra vez busquen! ¡En todas las piezas, en todos los rincones, debajo de cada cama, detrás de cada banco, en la capilla, en el huerto...! ¡Dios mío!... ¡Qué angustia!... ¡Lulú!... ¡Lulucita!... ¡Pichita!... ¡Pichita!...¡Andenle, hermanas! ¡No se paren!... ¡Busquen, busquen!

—¿No estará con las Noriega?

¡Hermana Dolores! ¡Volando!... ¡Al teléfono!... ¡que no sean malas; que nos digan!... ¡Ustedes mientras, sigan buscando! ¡No se cansen! ¡Virgen de la Soledad!... ¡San Antonio bendito!

—¡En el garaje!

—¿No han buscado?... ¡Corran... corran!... ¿Qué pasó?

—¡Nada!

—¡Nada!

—¡Tampoco!

—¡Nada!

—¿Quién la tenía ahorita?

—¿Quién la estaba cuidando?... ¡Hermanas, respondan!... ¿Quién la había visto?

—¡Estaba en su camita!

—¿A qué horas?

—¡A las tres! ¡Dormida!

—¿Qué dijeron las Noriega?

—¡Qué no, que ahorita venían!

—¡Busquen, busquen, hermanas!... ¡No hay quien descanse!

—¡Ahí están las Noriega!

—¡Las Noriega!

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa!

—¡Que no parece Lulú!... ¿No la tienen ustedes?

—¡No Madre!

—¡Anden no sean malas!

- ¡No Madre! ¡De *veritas*! ¿Desde a qué horas se perdió?...
- ¡A las tres estaba en su camita!
- ¡Santo Dios!... ¡Telefoneen a la policía!
- ¡No, porque hacemos escándalo!... ¡Primero a buscar, a buscar...! ¡Hermanas, no se queden pensando! ¡A buscar, todas a buscar otras vez!... ¡Virgen de la Soledad, que parezca Marilú!
- ¡Lulú!... ¡Lulú!... ¡Pichita!... ¡Pichita!...
- ¡Qué! ¿Ya andaba sola?
- ¡Sí, cómo no!
- ¿No saldría a la carretera?... ¡Por Dios, un automóvil!
- ¡Hermanas, hermanas, asómense a la carretera! ¡Vamos a buscarla!
- ¡Pregúntenle al de la estación de gasolina!
- ¡Yo no sé inglés!
- ¡Yo tampoco!
- ¡Pues usted!
- We look for a baby!*
- A baby?... No baby!*
- ¡Déjenlo, no sabe!
- ¡No le apura!
- ¿No parece?
- ¡No parece!
- ¡No se pongan a llorar, hermanas; busquen, busquen!
- ¡Si ya no hay dónde buscar!...
- ¡En el vecindario, en la calle, en todas partes!
- ¿No han visto ustedes a Lulú, a la niña que tenemos en el convento?
- ¡Epa! ¡Casimira!... ¿Qué si no has visto a la criatura del convento?
- ¡No!
- ¡Que no!
- ¡Por Dios! ¡Estamos rendidas! ¡Virgen de Guadalupe, que no vaya a suceder una desgracia!
- ¡Hermanas, no lloren; busquen!
- ¡Ay, Madre! ¿Y si se pierde?
- ¡Nada que se pierda! ¡A buscar otra vez a buscar!
- ¿Y las Noriega?
- ¡Fueron por las Salazar!
- ¡Gran Dios, qué agonía! ¡Ya todo Eagle Pass se va a dar cuenta!...

—¡Hermanas, no se queden como lelas...! ¡Vamos! ¡A buscar, a buscar, hasta que se mueran de andar buscando!

—¡El teléfono... el teléfono! ¡Corran!

—¡No la hemos encontrado!... ¡Si, ya buscamos!...¡Si ya preguntamos!

—¡Hermanas, yo ya no puedo...! ¡Ay Virgen de la Soledad...!

—¡Madre Superiora!... ¡Madre Superiora!

—¡Pronto...! ¡Traigan alcohol...!

—¿Qué pasa!

—¡Se desmayó la Madre Superiora!

¡El teléfono, el teléfono, otra vez...!

—¿Llamo al doctor?

—¡No, ya vuelve!

—¡Madre!... ¡Madre!

—¡No se alarmen!... ¡Sigán buscando... ¡El teléfono...! ¡A ver qué razón tienen!

—¡Nada, nada!... ¡Qué congoja; qué angustia!

—¡Todas a la capilla!... ¡todas! A rezar, a llorar, a pedir!

—¡Santísimo Sacramento!

—¡Enciendan las velas!... ¡Virgen de la Soledad!... ¡Qué congoja! ¡qué angustia!

—¡Lulú...! ¡Lulú...! ¡Pichita...! ¡Pichita...!

—¡Las Salazar!... ¡Las Noriega!... ¡El Señor Cura!

—¡El teléfono!... ¡Corran!

—¿Noticias?

—¡Ningunas, ningunas!... ¡Hay que dar parte!

—¡Hay que dar parte!

—¡Hay que pedir auxilio!

—¡Sí, hay que pedir auxilio!

—¡Hermanas!... ¡Vuélvanse a la capilla! ¡Hasta que aparezca, hasta que aparezca!

—¡Dios mío!

—¡Qué angustia!

—¡Lulú!...

—¡Marilú!...

—¡Lulucita!...

—¡Pichita!...

—¡Pichita!...

—¡Pichita!... ¡Ay...!

*

Y así pasó la tarde en un vuelco del alma, y en un sollozo de opresión. El horario del convento fue turbado, las oraciones tergiversadas, la clausura franqueada, el silencio abolido, las novicias confundidas con las profesas, las sirvientas con las visitas; lloridos en todos los rincones, revoloteos de hábitos en todos los pasillos, tintineo constante del teléfono, deserción en las cocinas, anarquía en los claustros, abdicación en la superiora; rogativas comenzadas y nunca acabadas, en la capilla. Portazos de automóviles en los jardines. El refectorio desierto a la hora de la merienda; la sala de costura toda revuelta; las fuerzas de las monjas, agotadas; todos los pies hinchados, todas las cabezas calientes, todos los ojos empapados, y las gargantas reseca y los corazones hechos un guiñapo... ¡Una catástrofe cada vez más cierta! ¡Una hecatombe cada vez más evidente! ¡Marilú, el encanto, la delicia del convento; la joya depositada, el ángel libertado; Lulú, la Pichita, cifra de la ternura colectiva del beaterío, depósito sagrado, mil veces recomendado con lágrimas y besos de una santa: Margarita; esposa de un héroe: Arturo... Lulú, la prenda de los mil amores... -los temores cristalizaban- ¡había desaparecido!...

—¡Aquello era horrible!

*

A las diez de la noche el Convento de Hill Crest era una desolación. Las novicias y las profesas, recogidas en sus lechos de tabla, mantenían los ojos bien abiertos, y alerta los oídos y ahogaban sollozos irreductibles con puñados de sábana...

En el locutorio, tres o cuatro visitas quietas, tías, mudas. En el vestíbulo, carreras de puntitas. Dos religiosas en vela, y la Madre Teresa (*sister* Teresa) en movimiento continuo, con los ojos rojos, hinchados ya, recorriendo como una visión fantástica, los cuatro puntos cardinales del convento y sus alrededores... Los automóviles entraban y salían. Aquello parecía un velorio. Pero un velorio sin cadáver, sin cirios, sin deudos, sin carroza, sin flores; más que un velorio: la esencia de una pena, el desnudo coguelmo de una desgracia...

¡Llegaron, por fin! ¡Ya era tiempo! Bajaron de un automóvil todo blanco con lucécitas verdes y rojas en los guardalodos... Eran varios: como cinco o seis. Todos fornidos, empaquetados. Bajo la tenue lámpara del vestíbulo brillaron las estrellas metáli-

cas sobre la solapa del uniforme de kaki. Sus rostros eran rosados, sus ojos azules, su gesto enérgico, su porte cortés, sus maneras amables...

Sonaban los zapatonos en el entarimado, y las voces en toda la casa.

¡La policía...!

Esta palabra, como pajarillo desaletado, brincó de cama en cama en el dormitorio de las novicias.

—¡El Condestable...!

Esta otra palabra resonó en el recibidor, donde las tres o cuatro visitas tiesas se incorporaron y salieron.

En el vestíbulo se hizo un pequeño tumulto de ansia y curiosidad.

El Condestable, un viejecito vestido de civil, quedó hablando en el jardín con la Madre Teresa. Los policías, conducidos por otra monja, recorrieron la casa. Inspeccionaron la alcoba, la camita de Marilú, las paredes, las puertas... Salieron luego al corredor oscuro, encendieron sus linternillas eléctricas y observaron los alrededores: la puerta de servicio que daba al campo despoblado; los solares quietos, agazapados como felones a las espaldas del convento... y allá, a lo lejos, como una sospecha, como un guiño malicioso, los primeros faroles de la ciudad de Piedras Negras, ya al otro lado de la frontera, ya sobre tierra mejicana...

—*I get!* (Ya me doy cuenta) —dijo sentenciosamente el *Sheriff*, señalando hacia la frontera del califato de Calles.

Las monjas no lo habían sospechado. No habían tenido calma ni tiempo para las hipótesis.

Volvieron los policías a subir a su automóvil. Sólo quedaron en el recibidor el Condestable con un *deputy-sheriff*. Recogieron retratos de Marilú, anotaron detalles de su persona, nacionalidad, procedencia, sus padres, ocupación de sus padres... y al llegar a la noticia de que Arturo era combatiente en Méjico, la sospecha sugerida por los faroles temblorosos y legañosos de Piedras Negras, se hizo más grave...

En las oficinas de la ciudad se reunieron de nuevo Condestable y gendarmes. El servicio de pública seguridad entró en acción. Se revisaron los informes sobre huéspedes de los hoteles, los récords recientes de policía, las listas de "trampas" y de vagos... Se confrontaron todos los registros. Se pidieron informes sobre los personajes desconocidos.

Al día siguiente las investigaciones proseguían. La noticia ya había cundido. El azoro era general en la pequeña ciudad americana. Todo el mundo conocía y quería a Marilú. Muchas familias admiraban a su madre, algunas conocían los heroísmos de su padre. La voz popular y el sentido de la multitud formularon su juicio inmediatamente: la zarpa negra de las cuestiones de Méjico estaba metida en el asunto. Se ataron cabos, se urdieron y clasificaron chismes, cada quien aventuró, husmeó, denunció, y como resultado provisional de la espontánea y pública inspección, ya descartadas las exageraciones y las sospechas gratuitas, sólo quedó en limpio, como pista de la grave sospecha bien fundada, el hecho siguiente:

Que dos individuos de no muy buenos antecedentes habían sido vistos en Eagle Pass por aquellos días. Y que aquellos dos individuos habían desaparecido. Que uno de ellos era un tal ruso que en otros tiempos firmaba: Nicolás Ivanovicht Tolmasoff.

Y que el otro era un individuo con todas las trasas del perulario mejicano, que en los registros de la policía de Texas estaba anotado con el nombre de Atilano Banda.

*

Sister Teresa puso un agitado mensaje a los Jesuitas de Nueva Orleans; éstos lo pasaron por cable a La Habana; desde La Habana, Mme de la Canorgue lo radió a Bélgica; y de allá contestaron que Margarita venía ya en camino...

XXXVI LA PATRIA CRUEL

El *Ile de Capri* atracó en la Perla de las Antillas. En el muelle esperaba Mme. de la Canorgue. Margarita descendió tan jubilosa, tan feliz, que la francesa le tuvo lástima, y no le dió ni media palabra de la noticia... Se conformó con aconsejarle, pues veía a las claras su ilusión, que no se entretuviera en ir a Estados Unidos, que se metiera en Méjico, y se lanzara hasta las serranías flagrantés de Jalisco donde sin duda Arturo se vestía de gloria...

Y fraguados los piosos embustes en las oficinas de migración, en las aduanas y en los cuestionarios, Margarita se dirigió valientemente a Méjico, entrando por la mismísima “tres veces heroica” Veracruz, añadida a otra familia de inmigrantes.

Hospedada en el Hotel Diligencias, salió un rato a recrearse en el amplio mirador. Sentóse en un ancho canapé de mimbre, y cual distraída cogió un periódico que yacía ocioso al alcance de su mano... Despegó sus ojos del plácido azul inmenso del océano, y los posó sin interés en la hoja periódica... De pronto, sin preverlo sin esperarlo, como al golpe de un rayo, sintió que el mundo entero se hacía añicos contra su propia linda cabecita, y perdió el conocimiento, derrumbándose sobre el canapé en medio del consiguiente alboroto de los presentes...

Aquel periódico americano de Brownsville traía en primera plana el retrato de Marilú, con un breve relato del crimen... Algunas de sus prendas infantiles habían sido encontradas en las orillas del Río Bravo; las señales digitales denunciaban al mismísimo Atilano Banda... Este se había internado en territorio mejicano...

*

Al golpe anonadador de su congoja, Margarita dio al traste con el incógnito, cruzando telegramas, como desgarrones del alma, con las monjitas de Eagle Pass. Y fue entonces fácil para el genio del mal localizarla y relamerse con el rico partido que de la acción salvaje podía sacarse.

Sola... entre el genio desconocido. Incomprendida, aunque compadecida por los provisionales amigos de barco y de hotel, con una desgracia sobre el pecho, y una empresa complicada en la frente volcánica... ¡El momento llamaba a la locura! ¡Consuelo insospechado en las desgracias inefables! Pero Margarita hubo de resistir aún el tormento de sus cinco sentidos estropeados, pero enteros; la tortura de su mente normal para medir los insondables abismos de su miseria abrupta. Su alma devota, instintivamente buscó a Cristo. ¡Y la negra realidad de la ciudad sin iglesias y sin sacerdotes, le despachurró el alma...!

Su resolución rápida: llegar luego a la ciudad de Méjico, pronto, sin plan definido, sin saber a qué puerta llamar. Llegar, sí, a la Capital, llorar por calles y por plazas, hasta dar providencialmente con una mano taumaturga que la condujera a los brazos de Arturo... ¡Y después, morir! Ya no pedir a nadie cuentas de su

desgracia de madre, ni al cielo ni a la tierra... ¡Consumirse, inmortalarse, como una pavesa, como un holocausto, sobre el altar de fuego del pecho de Arturo!...

Y así es como en la mañana del día 22 de abril del año de gracia de 1929, tomaba resignada, abstraída, el tren de Méjico, el de las cumbres de Maltrata, el de la Barranca de Metlac...

Las grandes penas se mitigan con otra pena. Las angustias se borran unas a otras; la intensidad creciente del dolor, amortigua el dolor mismo. Una llaga sobre otra llaga, cicatriza. El corazón cuitado tiende sus brazos implorando la misericordia de un nuevo dolor. Siente entonces, al menos, el orgullo de su mérito, la dicha suprema de poner las plantas sobre las pisadas mismas de Cristo flagelado que alivió con las heces la amargura de su cáliz...

Por eso Margarita sintió la paradoja de un alivio, cuando – lo que siempre temía–, antes de partir el tren de Veracruz a Méjico, dos oficiales callistas comenzaron a pedir la identificación de diversas damas, hasta dar con ella, y atentamente, en lo que cabía, rogarle acompañarlos a las oficinas de la Jefatura.

Otra dama se acomodó a ir con Margarita; pero fue despedida por los oficiales. Margarita, ovejuela inerme, ya insensible, imperturbable, caminó entre los dos genízaros hasta la comandancia situada en la misma estación. Ni se dio cuenta del silencio de muerte que reinó en el pasaje entero mientras ella se perdía de vista.

En la Jefatura, el Coronel le ofreció asiento. Se disculpó, y le comunicó la orden que él había recibido, de hacerla conducir a Jalapa, la capital del Estado de Veracruz, no en calidad de prisionera, no; sino de testigo para un cambio de impresiones con el Gobernador. Estaba mientras tanto, en libertad; podía hacer lo que quisiera e ir a cualquier parte, con tal de que en el primer tren saliera a Jalapa, y, en Jalapa, comunicara su domicilio a la Secretaría del Gobierno del Estado.

Mansamente, con una mansedumbre trágica, escuchó Margarita la consigna. No lloró; sus ojos estaban exhaustos. No suspiró: su pecho estaba endurecido. No cayó: sus rodillas estaban tiesas. No respondió: su lengua estaba atáxica.

¡Estaba libre!... ¡Valiente libertad! Libertad de pajarillo enjaulado; de corza atada. Volvió a sentir sólo un anhelo bien definido: ir a la soledad de una iglesia para dar rienda suelta al torrente de

su dolor... ¡Pero estaba en Méjico, y en el Estado de Veracruz, la ínsula de Tejeda, el sin Dios...!

Entonces, una única esperanza la animaba. Tarde o temprano, Arturo le recibiría en sus brazos; y el mutuo amor sembraría en su alma la flor del consuelo...

*

Por aquellos ojos quebrados, por aquellas pupilas muertas no entraron las bellezas rutilantes del camino. Nubes y cielo, flores y cumbres, en vano golpearon con su atractivo... La dulce doliente se solazaba en imágenes lejanas: en el querube arrebatado por el monstruo... ¡La zarpa eterna que saluda a los mejicanos virtuosos a las puertas de la patria!

Un nuevo fenómeno se operó en el alma de la elegida. Algo como un hambre de padecer, un extraño deleite en el padecimiento mismo, una especie de sadismo del espíritu... Semejante a los grandes místicos,, que desgarran sus carnes con azotes y con cilicios, para liberar el alma, para acercarla a Dios, así Margarita sintió claramente el hambre y sed de nuevos, de muchos padecimientos morales... Su cuerpo estaba intacto, pero su alma estaba desflecada... Sólo el dolor, el hermano dolor, la acariciaba vorazmente y la acercaba más y más al heroísmo de Arturo, a la inocencia de Marilú...

Jalapa... ¡Quién lo hubiera pensado! ¿Qué tenía que hablar a su corazón aquella ciudad insignificante, olvidada hasta por los mismos turistas, apenas mencionada en las correspondencias oficiales? Visita forzada, con vigilantes a diez pasos: recomendaciones con acento de órdenes y reclusión disfrazada, en una casa de huéspedes. A continuación, un cita en el Palacio de Gobierno.

Nada de gendarmes, nada de atropellos, nada de empujones, Una especie de conducción automática, a la que Margarita no resistía, como impulsada por la fuerza inmanente de su ingente dolor.

El conserje indiferente frío, ignorando a la mártir, desconociendo a la heroína, la introdujo en la oficina del Secretario de Gobierno, del Estado de Veracruz, quien la recibió con la usual displicencia con que ahí son recibidos los peticionarios de cada día.

Pero al identificarla –confesémoslo– cambió de actitud. Y se revistió de atención y cortesía: ¡estaba ante una dama!

El tema era difícil si quería llevarse con gentileza: Pancho Villa, por ejemplo, no se había sentido en aprietos.

—Señora –dijo el Secretario– el Gobierno del Centro y el del Estado tienen noticias de usted, y de la desgracia que usted lamenta en la persona de su hijita...

Al oír esta última palabra, Margarita levantó los ojos, cual despertando de un sueño, y miró el rostro de quien le hablaba.

—El Gobierno del Centro y el del Estado tienen ya noticias del paradero de su niña. La fatigada mirada de Margarita se iluminó, posóse con agradecimiento sobre la faz de su interlocutor serio y atento, hasta creyó encontrar en él rasgos de un animal racional...

—¿Viva?– preguntó.

Y sin esperar respuesta, dejó sentir en sus oídos, de un golpe, todos los repiques de un domingo de Pascua.

—¿En dónde está, señor?

Y al preguntar esto, dió permiso a sus ojos de crear nuevas lágrimas para celebrar la fiesta de su esperanza...

El Secretario persistía en su urbanidad. Y frente a aquellas lágrimas de mujer inocente, a quien él, sin quererlo, comparó con un retrato de su propia madre, sintió la lengua entrapajada para abordar la sustancial parte del asunto...

—¡Qué desgracia, señora, que este lamentable asunto se haya complicado con la cuestión política! Y la intromisión de algunos elementos interesados, hace el Gobierno imponer a usted y a nosotros, ciertas condiciones.

—¿Para encontrar a mi hija? – interrumpió Margarita, viendo abrirse la puerta un nuevo suplicio.

—Precisamente– respondió el Secretario.

—¿Es posible?– preguntó Margarita.

—¡Crueldades, señora! Lo reconozco, pero no está en mis manos el evitarlas. Y añadí ya más entrenado:

—El Gobierno, señora, sabe perfectamente que usted es la esposa de Arturo Ponce.

Margarita levantó de nuevo la mirada, y no pudo reprimir un profundo suspiro.

—¿Dónde está Arturo? –preguntó vivamente.

—Persevera en su actitud rebelde.

El rostro de Margarita volvió a iluminarse. Todos los soles del heroísmo de Arturo, se encendieron de un golpe en sus entrañas.

¿Y luego...? –añadió la mártir, desafiando ya resueltamente al destino...

—El Gobierno desea dar a usted una comisión.

—¿A mí...? –preguntó extrañada la bella– ¿Qué comisión?

—¡La de hacer que Arturo Ponce se rinda...!

¡Hasta entonces sonrió Margarita! ¡Aquella sonrisa era todo un reto!: era toda una respuesta, una réplica, un torrente de vocablos que aquel hombre, y su Gobierno del Estado y su Gobierno del Centro, merecían.

Enderezó la linda cabecita llorosa, tocada con el ingenuo primor de un sombrerito belga, y sin vacilar, sin titubear, sacudiéndola, contestó lisa y llanamente:

—¡Eso no!

Aquellas dos palabras penetraron en el espíritu del gobiernista, como dos estiletes de acero. ¡Y comprendió de un vistazo, que aquella mujer tampoco se rendiría nunca!

—¿Y mi hija? ¿Qué van a hacer ustedes con mi hija?

Al decir estas palabras. Margarita comenzaba a inflamarse como tigresa herida en sus cachorros. El solo recuerdo de Arturo la llenaba de fuerzas nuevas, era ella reconocida, pues, como beligerante, era ya colega de Arturo, el lazo de la guerra por Cristo los unía ostensiblemente... ¿No había ella anhelado caer en los brazos heroicos de Arturo, y a su vera luchar infatigable? ¡Ea pues! Tal era el puesto de combate: una aspillera, un pedazo de trincheira, sobre el mismo frente, contra el mismo enemigo, ella con él, Arturo en las montañas de Jalisco, ella en un salón del Palacio de Veracruz... ¡Si Arturo lo supiera!... ¡Y tú, Marilú; ángel en el mundo o en el cielo, luchando también en el medio del abrazo invisible de tus padres...!

—Su hijita de usted, supongo yo –contestó el Secretario–, no corre ningún peligro. A usted de todas maneras se le ruega considere despacio la respuesta del Gobierno. Usted pueden volverse a su hotel, y esta tarde debe venir aquí de nuevo para reanudar este cambio de impresiones...

Salió la dama augusta, aturdida la cabeza, descentrado el espíritu. La esperanza de la vida de Lulú, y el sedimento amargo, presagio de horrible contienda. Cruzó una o dos salas, entre doble

valla de mesas con máquinas de escribir, manejadas por muchachas de diversos semblantes.

Al salir ya al corredor, una mecanógrafa se inclinó al suelo e hizo ademán de recoger algo que llevaba ya en la mano, y dijo en voz inteligible:

—¡Señora, esto ha de ser de usted!

Y entregó una tarjeta a Margarita. Cogióla ella y agradeció. Ya en el coche de alquiler, la leyó. Traía escrito en máquina un renglón que decía así: “¡No se deje, señora; todas rezamos por ustedes!”

La oportuna voz de aliento entonó sus fuerzas todas. Reaccionó. Volvió a la realidad, a la terrible realidad, a la heroica realidad. El sutil fluido de la solidaridad católica, penetró todos sus nervios. En plena lucha, en plena brecha, había que luchar; había que sufrirlo, que arrostrarlo todo, ¡hasta la vida!, ¡hasta Lulú! Y al pensar esto último, un rebelde sollozo entró en lucha con su altivo entusiasmo. La frase de una mecanógrafa la reconciliaba con todos aquellos ojos que ella sintió como alfileres al salir del aula del Secretario; la reconcilió con la ciudad misma, al parecer fría e indiferente, y con el Estado de Veracruz, que antes era ya para ella una región apóstata. Las víctimas, las almas de fe, estaban también ahí, y rezaban “por ellos”. Sí, por ella, y por Arturo, y por Lulú, y le daban ánimo para resistir: ¡No se deje, señora!” Y Margarita, desde el fondo de su alma, dio gracias rendidas a la muchacha valiente que, poniendo en peligro su carrera, su pan de cada día, pan de ladrones, pero siempre pan, arriesgando tal vez el alimento de una madre anciana, se había resuelto a escribir aquello en su misma máquina de oficina callista, y a entregárselo casi en las mismas barbas de Tejeda...

Cuando Margarita volvió aquella tarde a la entrevista, urgida por una llamada telefónica, ya no entró con el espíritu arrastrando como había salido; antes lo llevaba en vilo, como un sacerdote porta la Custodia... Y hasta le pareció que los empleados, o por lo menos, las empleadas, a hurtadillas, la aplaudían, la bendecían, y que de todas las máquinas de escribir, brotaban en conjunto la misma frase animadora: ¡No se deje, señora: nosotras rezamos por ustedes!” Y la fe soberbia de los primeros siglos la robusteció, allá cuando San Pedro estaba con cadenas, y en la Iglesia toda, sin intermisión, se hacía oración por él...

El Secretario le esperaba. Y al primer golpe de vista, el Secretario comprendió que su ovejuela se agigantaba.

Margarita tomó la palabra:

—Señor – le dijo–, no puedo menos de ratificar lo que dije esta mañana. Yo nunca aceptaría la encomienda de pedir a Arturo que se rinda. No me permite esto mi condición de esposa cristiana.

Iba a proseguir. La inspiración retozaba en su ánimo; pero la discreción le hizo ver que ya estaba dicho todo.

—No se trata ya de eso – contestó el Secretario, buscando, a más no poder, otro camino.

—¿De qué se trata entonces? ¿De ayudarme a encontrar a mi hija?

¡Precisamente!

¡Veamos cómo! –preguntó Margarita, como quien se bate en plena lid.

El Secretario volvió a titubear, buscando la mejor palabra para el segundo embate.

Margarita lo esperaba en guardia.

—Señora– le dice, iniciando una sonrisilla sardónica–, el Gobierno del Centro y el Gobierno del Estado tienen noticias de las personales actividades de usted en Europa.

—¿Y bien?... –urgió Margarita, sintiendo súbito hormigueo en las rodillas.

—No hay por qué palidecer– añadió el Secretario, descendiendo poco a poco de su atenta urbanidad de la mañana–. El Gobierno sabe antes que usted misma, la suma de dinero que en un banco de California está depositada desde ayer, a disposición de usted.

Margarita sintió una triple impresión; de sorpresa de júbilo y de pesar.

—No es mucho para una guerra – continuó el Secretario–; son unos cincuenta mil dólares que usted destina para “su Arturo”... Ahora bien, como usted ve, señora, es un “*imperativo elemental*” para el Gobierno, el impedir que ese dinero vaya a atizar la *lumbrecita* de la revolución cristera...

¡Qué mal le sonó a Margarita aquel diminutivo! ¡La hirió más que si la hubieran insultado!

—El asunto es pues éste –continuó el callista–: el Gobierno por mi conducto exige a usted firme un documento endosándole ese dinero.

¿Es decir, que ese dinero se lo pase yo al Gobierno?

—Si, esto es: que el Gobierno le quita a usted ese dinero.

—Pero ese dinero no es mío, —replicó Margarita.

—¿De quién es entonces?

—De los cristeros. ¡Quítenselo a ellos!

—Pero es que usted misma, señora, está representando a los cristeros; por eso se lo quitamos a usted.

Hay que notar que, a la altura de esta conversación, Margarita recuperaba ya una sangre fría portentosa. El Secretario, en tanto, daba ya de mano a su forzada finura y galantería.

—En ese caso —dice Margarita, descubriendo triunfalmente una tangente—, yo representaré a los que quieran ayudar a los cristeros. Si esto es impedido, es lo natural devolver ese dinero a los donantes.

—Eso se haría en tiempo de paz, señora; pero no en tiempo de guerra. ¿Cree usted que vamos a soltar el pájaro cuando lo tenemos en la mano?

—¡No lo tienen ustedes todavía en la mano! ¡Todavía no firmo!

—Pero firmará usted, ¿no es cierto?

Y tal diciendo, el Secretario tomó un libro de cheques del *Bank of America*.

La primera idea que a la vista del cheque en blanco, como una ola, subió a la cabeza de Margarita, fue la de resistirse a firmar. Firmar era entregar el dinero, y eso era poner la soñada victoria de Arturo en manos de los callistas.

—He dicho, señor, que yo no puedo disponer de ese dinero.

—Señora, es que usted olvida que se trata de libertar a su niñita.

Margarita se estremeció.

—Usted ha dicho —replicó— que mi hija no corre ningún peligro. ¿Entonces?...

—Eso supongo yo; pero si usted no facilita con su asentimiento, la manera de libertarla, contra todo mi buen deseo, la restitución de su niña puede irse retardando... Señora, al Gobierno no le hacen falta cincuenta mil dólares; lo único que pretende es, naturalmente, restarle fueras al enemigo. ¡Con la firma de usted o sin su firma, esos cheques desviarán esa suma hacia nosotros! La firma de usted será sencillamente para obtener la libertad de su hijita.

—¿Sin mi firma? – preguntó Margarita.

Sonrió el Secretario ante la ingenua pregunta.

—Muy sencillo, señora, cualquier empleada puede escribir el nombre de usted, y sobre esa firma ponemos el sello de la Tesorería del Estado, o de la Nación, y negocio arreglado. Nomás que así, automáticamente, usted renuncia a nuestra cooperación para salvar a su hija.

Ya era tiempo de llorar. Rodeada de angustias, acosada entre dos espadas, como corza herida, la linda víctima inclinó su cabecita cuanto pudo, y lloró intensamente por unos segundos. El Secretario, mientras tanto, para distraerse encendió un cigarro.

Margarita presto enjugó sus lágrimas, y valerosa continuó la brega:

—Permita Dios, señor, que ustedes se den cuenta del mal que hacen a la nación entera...

Dijo entre sollozos, y, agotada, pidió el libro de cheques del *Bank of America*, y firmó varios de ellos, ya escritas las sumas, y en blanco el renglón del beneficiario...

¡Qué gusto se iban a dar los diversos interesados en el negocio!

Todavía el Secretario le devolvió uno de los cheques. Era de mil dólares; las sobras del robo cuantioso, como un homenaje a la víctima...

—¿Y mi hija? – preguntó con moribunda ansiedad Margarita.

—Su hija de usted– contestó el Secretario ocupando sus manos con los cheques y la comisura de sus labios con el cigarro–, su hija de usted le será entregada en Matamoros de Tamaulipas. Lleve usted esta tarjeta, la presentará usted al Jefe de Aduanas, y él le dará a usted nuevas indicaciones...

Cuando Margarita volvió al hotel, la desolación de su alma era espantosa. Sin cenar, sin descansar, hurgó su bolsillo, conto el dinero disponible, consultó el itinerario, y sin más obsesión que Marilú, combinando trenes y aeroplanos, llegó en dos días a la triste ciudad de Matamoros, cayendo en ella como una flor marchita que se desprende del tiesto.

De oficina en oficina fue llevando el clamor de su angustia, hasta obtener, al parecer el logro de sus afanes. Se le dieron unas señas y un nombre: “Doña Chona, en la Rinconada de la Salina”.

Un coche de alquiler, todavía de caballito, la puso inmediatamente en la dichosa Rinconada: un barrio abyecto y miserable,

en el que cuatro o cinco chamaquillos harapientos, al unísono, le señalaron la casuca de Doña Chona.

Caía la tarde. En la casuca se encendía la primera candela. En el rincón opuesto al brasero de *atolería*, Doña Chona vieja y mal encarada, recibió con sorpresa, casi con disgusto, la presencia de Margarita.

Cuando se enteró del asunto:

—¡Ah! – contestó como quien ya sabe de qué se trata.

Y secándose las manos en el delantal, hosca y desabrida, dice a Margarita.

—Venga pues pacá.

Salió de la cocina y entró al corral de la casa. Margarita la siguió muda, temblando. El corral era inmenso, lleno de guijarros, rodeado de bardas podridas. Vieja y dama caminaban en silencio. El inmenso corral daba entrada a otro corral con trazas de basurero. La noche lo envolvía ya. En el último rincón se veía como una choza. Margarita sintió un toque de esperanza.

De pronto, la vieja se paró en seco a la orilla de la barda, y señalando con acritud dos piedras grandes, que anidaban en un montoncillo de tierra removida, dijo con voz ronca y salvaje:

—¡*Ahí sta!*!... ¡La agarró la tos ferina! ¡No me dan pa curarla! ¿Yo qué culpa tengo?

Todo esperaba Margarita menos semejante estrujón del alma. Su cuerpo todo abrió paso al aturdimiento. Se petrificó por un instante, desafiando los ciclones que parecían atropellarse en sus oídos, mirando enajenada las dos piedrotas, sin percatarse más de la figura desgalichada de la vieja bruja que se retiraba indiferente, mascullando palabras ininteligibles, después de haberle partido a ella la chapa del espíritu...

Poco a poco inclinó su cabecita encendida, dejó desmayarse sus finas rodillas, cayó de hinojos sobre el anómalo sepulcro, y ocultó su rostro y sus manos bañadas en lágrimas, entre la fría aridez de las dos piedras...

La noche tendió sobre ella la piedad de sus sombras... Allá lejos, rompió el silencio macabro la ronca sirena del puerto...

XXXVII

DE UN ERIAL A OTRO ERIAL

¿Cuánto tiempo permaneció ahí? ¿Desmayada? ¿Dormida? Ella sólo recuerda que sintió frío, un frío muy intenso; y que era ya la madrugada, cuando la misma vieja la rebulló con estas extrañas palabras de mísero consuelo:

—Tenga, bébase estas hojas de naranjo...

Margarita cogió el humilde jarro, y apuró, ávida, el agua aromosa, caliente y dulce...

—Véngase pacá! —dijo la vieja con hosca voz que quería parecer de compasión.

Margarita la siguió como una autómeta. El triste basurero le había quitado la vida. En la pobreza de la cocina sobre una silla de cuero viejo, se sentó Margarita abstraída, muda. Doña Chona traficaba con tiestos y cacharros, con leños y *metates*, hablando a media voz consigo misma. Luego dejó oír ya sus soliloquios a Margarita:

—Pos ahí me la trujieron... Yo le dije a Don Atilano que me diera pa'l dotor; no me hizo caso, yo l'hice cuantas luchas pude, ¡yo qué culpa tengo! Ahí hasta me quedó debiendo el pelao ese...

La angustiada madre dejaba caer aquellas amargas palabras sobre el oído del alma, que las transformaba en gotas de miel, recuerdos de la prenda perdida...

Después, poco a poco, fue iniciando un interesante interrogatorio, en el que hizo a la vieja describirle punto por punto, minuto a minuto, los días últimos del ángel adorable...

La vieja volcó el cesto de sus recuerdos buenos y malos, los rasgos de la chicuela, su azoramiento, su llanto, su tos, su fiebre, su agonía; los desaires y los olvidos de Atilano Banda que nunca le dijo de quién era la niña, y que prometió pagarle buen dinero.

Ya más domada la vieja, abrió un baúl de palo viejo, y entregó a Margarita una camisita de seda, única reliquia que de la niña conservaba.

Con la prenda en sus manos, Margarita volvió a llorar; pero su llanto fue ya reposado, suave y tranquilo como una ofrenda pacífica en el altar de Dios.

Después dio varias vueltas hasta el asqueroso lugar del cuasi sepulcro. Pensativa volvió a pasar largos ratos contemplando aquellas piedras, símbolo de la infamia. Pensó luego en la maldad

rastrera de aquel hombre Atilano Banda, y en la desvergonzada solidaridad de los mismo gobernantes... Después pensó en Arturo, único punto luminoso que para ella quedaba en la noche oscura de su vida...

No salió de la casuca sino para comprar flores, para cubrir aquellas piedras que ella sentía pesarle sobre el pecho. Al Salir se encontró con que el coche de alquiler la esperaba aún, el cochero había dormido ahí, como su caballo, con la esperanza de un pago bueno. Margarita no lo escatimó. Hasta la vieja hosca recibió un donativo de la madre generosa, con el encargo de cuidar y ocultar la tumba, hasta que ella y Arturo vinieran a recoger los restos, para depositarlos amorosamente en huerto sagrado vecino al santo hogar, cuando a Dios pluguiera...

*

Y partió de aquella ciudad fatal. Como un bólido aquel fragmento de corazón, ajeno a la vida maldita que le rodeaba, voló hacia las tierras gloriosas donde suponía encontrar a Arturo. Cruzó media república, asfixiada entre el dolor propio la pestilencia ajena; llegó a las reverberantes tierras tapatías; cambió trenes por carruajes, carruajes por bestias, posó en mesones y parajes; desafió escoltas y puestos de avanzadas callistas, hasta dar por fin en los ranchos desiertos y en los poblachos incendiados de la religión heroica de los Altos de Jalisco...

Firme en su travesía, no tardó en llegar a los bosques salvajes, en los cuales bendijo a Dios, cuando al grito inesperado de un centinela: "¿Quién vive?", su mozo de camino contestó incontinenti: "¡Viva Cristo Rey!"

¡¡Estaba en las tierras de Arturo!!

Por frondas y vericuetos fue conducida a los cuarteles generales de Huejuquilla. Los jefes cristeros la llenaron de atenciones. Pero ninguno acertaba a precisar la región en que en esos días operaba personalmente Arturo.

Fue entonces remitida a la costa, y consignada al Jefe Epitacio Lamas, cuya base de operaciones se conocía y a quien se reputaba ayudante de Arturo.

Y al llegar la agónica peregrina, tras tantas leguas y tras tantas penas, se encuentra con el hierro frío de la cruel información:

Arturo había dejado el mando hacía más de seis meses, y había ido al extranjero en comisión de la Liga Defensora...

Anonadada, desalentada, decepcionada, desesperada, preguntaba una y otra vez:

—¿Cuándo?

—Desde el año pasado.

—¿Adónde?

—Al extranjero.

—¿A qué parte?

—A los Estados Unidos, después dijeron que iba a Europa...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me negaste ese consuelo?... Quizá pasamos el uno junto al otro... ¡Gran Dios! ¿Por qué fuiste tan cruel con tus hijos?... Pero... hágase tu voluntad...

*

Vida de campamento, y vida de ilusiones fracasadas. Luto en el alma y ausencia en el espíritu. Rodeada, es cierto, de bondades y de respetos, alentada con triunfos guerreros, consolada con poesía de piedad, con Sacramentos de campaña, distraída con el ajeteo de la feroz e incesante epopeya cristera, así rumió Margarita su fragmento de corazón, mientras Arturo la recibiera. No le quedaba en este mundo más que él. Sus mismos hermanos habían ya sucumbido en medio del relámpago glorioso.

Mas ya los anuncios y las esperanzas se multiplicaban. Las relaciones procedentes de la Liga Defensora bosquejaban las felices nuevas. Arturo debía volver, pronto, muy pronto; sus soldados lo esperaban ansiosos, con la espada en alto; y su esposa, una sorpresa, lo aguardaba con la llaga sangrante, abierta, implorante... No todo era desgracia. Alrededor del corazón hecho añicos, la patria se iluminaba con el lampo cada vez más glorioso y prometededor, de la lucha redentora...

La historia de sus gozos y sus penas creaba en Margarita un impulso fecundo para nuevos heroísmos. Las madres cristianas la veneraban como mártir, como caudillo, como sabia, como distinguida; símbolo de la patria atormentada por un perdulario (Atilano Banda: símbolo de la Revolución)...

*

Un día –fue esto a mediados de junio de 1929– hasta el lejano cuartel cristero fue a buscar a los Jefes Católicos una noticia desconcertante: ¡la Jefatura de la Liga Defensora ordenaba cesar el fuego y rendirse...! Noticias posteriores hablaban de unos tratados de paz entre la Iglesia Católica y el Gobierno Revolucionario. La Iglesia reanudaba el culto, los sacerdotes aceptaban el registro; el Gobierno ofrecía la amnistía a los soldados cristeros que se rindieran incondicionalmente...

¿Era esto posible? ¿Detener la marcha cuando el gobierno callista caminaba a su estrago? La Iglesia pactaba. ¿Era un pacto victorioso? ¿Era una aceptación de la derrota! ¿Era una tregua? ¿Era un armisticio? ¿Era una conversión constantiniana? ¿O era una apostasía general? ¿Era un júbilo o era una hecatombe? ¿Ponía el Papa la Iglesia a los pies de Calles? ¿O ponía el perseguidor la Revolución a los pies de la Iglesia?

En el centro del inexplicable debate, concordaban un Presidente Revolucionario y un Delegado Papal: ambos ansiosos de una tregua. Tregua aceptada y aplaudida a ciegas por los que sólo ambicionaban respirar y vivir; por los que no habían luchado; por la anónima masa de los pasivos. Tregua explotada con dolor, por los que habían jurado odio perpetuo a la Iglesia. Tregua recibida con desaliento y con desconfianza por los que habían jurado luchar hasta romper las cadenas que oprimían a las almas.

Los sacerdotes se rendían; aceptaban el registro impuesto por Calles. Los obispos se rendían: reducían sus sacerdotes al número determinado por el grupo borrachento de la Legislatura de cada Estado...

Algunos precipitados quisieron ver en esto un conflicto teológico. No hubo tal. La concesión del Papa combinada con el “mea culpa” hipócrita del Presidente Interino Portes Gil, basta para reconocer la ortodoxia de cada sacerdote patentado.

Pero ¿y la libertad de la Iglesia? ¿Se obtenía? ¿Se garantizaba?

El Papa había exigido como garantía de la futura reforma de la ley persecutoria –objetivo irrenunciable– la devolución de los templos, de las residencias sacerdotales, y la amnistía sincera para los valientes cristeros... Y Portes Gil, al oído de los intermediarios, había contestado que sí, guiñando al mismo tiempo el ojo a Mr. Morrow, el Embajador de los Estados Unidos, y a la jauría perseguidora que lo contemplaba escandalizada.

No había error teológico; pero sí había error psicológico. El Papa y los Obispos no son necesariamente infalibles cuando suponen honradez y sinceridad en el Truhán en Jefe de una Cáfila...

Los cristeros desconfiaron al punto. Menos teólogos y menos diplomáticos, pero más sagaces y más valientes, levantaron ansiosamente la mano para interrumpir la candorosa voz de confiada aceptación. Pero fue tarde. Entonces, disciplinados y fervientes, pues que la Iglesia renunciaba a ser defendida por ellos, ¡se rindieron también! ¡Habían desafiado a Calles con las armas en la mano; ahora, más heroicos, lo desafiaban con los brazos cruzados...!

Y entre los repiques de campanas que alegraron a los corazones sencillos y superficiales, y que llenaron la República entera saludando la renovación de los cultos suspendidos por tres años, Margarita, bebiéndose las lágrimas, se preguntaba:

—¿Y mi hija? ¿Y mi padre? ¿Y mi párroco? ¿Y mis hermanos? ¿Y mi hogar? ¿Y las leyes persecutorias? ¿Y los planes satánicos? ¿Y la raza maligna de los Atilanos Banda? ¿Y todo el heroísmo de mi Arturo?

*

Sea como fuere, el desbarajuste, se efectuó. Arturo petrificado, lo contempló desde California, presenciando las falanges de curas mejicanos ayer exilados, que se atropellaban en los trenes por volverse inmediatamente a Méjico, adonde eran llamados por sus obispos, como si ahí no hubiera pasado nada... E informado luego por la Liga, de la desorientadora paz y de la suspensión de las hostilidades, sólo quedó en él, obviamente, el ímpetu de ir a sacar de angustias a Margarita.

Voló hasta San Antonio, Tejas, y de ahí a Eagle Pass, ¡y se estrelló con el abismo de desgracias por él ignoradas!: la ausencia trágica de Margarita y de Marilú, con todo el corolario del crimen y de la cobardía...

No pensó entonces sino en internarse en Méjico para redimir a Margarita, para revivirla, para vengarla.

Pero en la frontera mejicana se le pidieron sus pasaportes.

¡Y no los tenía!

Loco ya, violento, alegó su carácter de cristero que se acogía a la amnistía.

Los oficiales de las Oficinas Mejicanas de Migración, cruzaron telegramas, consultando el caso con la Presidencia de la República.

¡Y la Presidencia de la República dispuso que al Ingeniero Arturo Ponce se le cerraran las puertas de la patria...!

XXXVIII LAS HERMANAS "BI - BI"

La soledad de Margarita fue desde entonces doblemente espantosa.

Trasladóse a la ciudad de Méjico, fastidióse en salas y antesa-las gobiernistas, imploró la supuesta influencia de algunos obispos con Portes Gil; pero las puertas de la patria no se abrieron para Arturo.

Esta temporada de iracunda ociosidad fue escogida por la Providencia para poner a Margarita sobre la ruta de excepcionales destinos.

A la verdad, en esa época negra y sombría, propicia para las grandes metamorfosis, quiso la Providencia que Margarita entrara en contacto con un cenáculo extraño de mujeres bravías, católicas de cepa, antiguas combatientes, que habían quedado congeladas por los arreglos en el momento mismo en que planeaban su formidable cooperación con los ejércitos cristeros.

Formaban estas mujeres la famosa Brigada Invisible comandada por la Srita. Pachita Arroyo, a quien la Liga Defensora reconocía el grado de Generala, con facultades para beligerar según su leal saber y entender, en cualquier punto de la República.

Esta Brigada Invisible, verificados los arreglos y acogida la amnistía, tomó en sesión secreta el acuerdo siguiente que transmitió a todas sus ramificaciones: "Mantenerse a la expectativa; quedar siempre en guardia; atizar los ideales".

Automáticamente quedó la Brigada constituida en una sociedad doblemente secreta exclusivamente por elementos femeninos.

Margarita, templada en el sufrir, fogueada en el lugar, aun se sintió desconcertada en el seno de aquella agrupación inexorablemente tremenda. Era la primera vez que tocaba el hierro y el

fuego de una inmisericorde organización femenil, que fuera fanática si no contara con su concienzudo pensar, y fuera criminal si no estuviera envuelta en los cegantes resplandores del Cristo...

Ni los más valerosos cristeros osaron tales planes; ni los más hondos místicos planearon tal inmolación; ni los más sesudos teólogos ordenaron tan rectamente la conciencia; ni los más preclaros filósofos de la historia comprendieron tan exactamente la situación; ni los más clarividentes sociólogos prescribieron tan radical remedio; ni los más sagaces guerrilleros dispusieron tan hábilmente la triunfal emboscada.

Se llamaban entre sí “Las Hermanas “BI-BI”.

“BI-BI” era cifra de “Brigada Invisible–Brigada Invencible”.

El secreto era férreo. Ni el confesor ni el esposo debían conocer sus actividades. Sólo se les permitía, para quietud de su amor o de su conciencia, pedir permiso “para cooperar con la Liga Defensora en la forma más privada que se pudiera”.

Durante el periodo álgido de la persecución, las Hermanas BI-BI, a la vez externamente colaboraban con los cristeros en el aprovisionamiento, espionaje, propaganda y hasta en la campaña, fundaron como obra substancial y básica, una cadena de círculos de estudios. En estos círculos se estudiaban y demostraban conclusiones tan terribles y espantosas, que cualquier incipiente salía de ahí con los pelos de punta.

Al círculo de estudios le daban el nombre de “fragua”.

En dicha *fragua*, más agudas que los hombres mismos, las Hermanas BI-BI forjaban planes y recalentaban convicciones cuya arriesgada ejecución pondría el rápido triunfo en manos de los cristeros, y por tanto, de los católicos.

A Margarita, después de todos los pasos previos, se le reveló un interrogatorio de los usados en la fragua de las Hermanas BI-BI.

Decía así:

—“Hermana, ¿cuál es el tema de nuestro presente estudio?

—La cooperación de la mujer en la actual lucha armada por la libertad religiosa.

—¿Estás ya convencida de la licitud de esta lucha armada?

—Si lo estoy; porque es la sencilla defensa contra el injusto agresor.

—¿No es una rebeldía?

—No lo es. Al contrario, es una obediencia a una autoridad superior, la de Dios. El rebelde es el tirano.

- ¿No es pecado perturbar la paz?
—Si lo es, y el tirano es el que la perturba. Nuestra guerra tiende a restablecerla.
—¿Qué cosa es la paz?
—La paz es la tranquilidad del orden.
—¿Puede lícitamente la mujer tomar las armas en una guerra justa?
—Si puede. La historia sagrada y la profana celebran la gloria de las mujeres guerreras.
—¿Cuándo es mayor la gloria de la mujer guerrera?
—Cuándo la causa es más elevada.
—¿Por qué causa luchan los católicos en Méjico?
—Por el Bienestar temporal y eterno del pueblo mejicano.
—¿Y la débil mujer puede cooperar con éxito práctico?
—Si puede, acudiendo a la maña más que a la fuerza.
—¿De qué manera?
—Obrando con *sigilo* y con *acierto*.
—¿Qué es *sigilo*?
—El sigilo es la esencia de la emboscada.
—¿Qué es *acierto*?
—La elección de los puntos vulnerables ventajosos.
—Poned, hermana, unos ejemplos.
—La cabeza, en el individuo; los jefes, en el ejército.
—¿Qué cosa es campo de batalla?
—El lugar donde tienen encuentro los beligerantes.
—¿Debe ser necesariamente un bosque de palmeras?
—¡No!
—¿Puede ser una montaña o una llanura?
—Puede ser una llanura o una montaña
—¿Puede ser una plaza o una calle?
—Puede ser una calle o una plaza
—¿Puede ser *unsalón* o una *alcoba*?
—Puede ser una *alcoba* o un *salón*.
—¿Qué cosa es lo esencial?
—La elección hecha por el beligerante.
—¿Deben elegirlo de común acuerdo ambos beligerantes?
—No es esencial. De hecho uno de los beligerantes es quien elige, especialmente en la *emboscada*.
—¿Cuántos soldados deben contender en un encuentro armado?

- Muchos o pocos; esto no muda la especie moral del ataque.
—¿Puede combatir uno solo?
—Sí puede. Ya sea contra muchos, o también contra uno solo.
—¿Puede en la guerra justa el beligerante usar arma blanca?
—Sí puede.
—¿Está prescrito por la moral el *tamaño* del arma blanca?
—No está. Puede ser grande como una lanza; mediana como una bayoneta; pequeña como una navaja, o *mínima* como una *aguja*.
—¿No cambia el aspecto moral si se usa una aguja en vez de una bayoneta?
—No cambia.
—Decid, hermana Bi-Bi, ¿cuándo están prohibidas las armas envenenadas?
—Cuando atormentan sin matar; pero no cuando matan sin atormentar.
—Poned un ejemplo en que la débil mujer pueda cooperar eficazmente con el ejército cristero.
—El plan de la Señorita Manzano.
—Explicad.
—Disfrazándome de casquivana, escurriéndome en un sarao de gente perseguidora, bailando con determinado alto jefe de la persecución, y arañándole, como casualmente, con un alfiler envenenado...
—¿No es esto horroroso?
—Delos *casos de guerra* es el que presenta *menos horror*".

*

En cada uno de los círculos de estudio de las Hermanas Bi-Bi había una "instructora", sigilosa y sagazmente documentada. La doctrina de los teólogos católicos sobre el tiranicidio, se la sabían todas al dedillo.

Aún sin haber consultado a ninguno de los sacerdotes de su respectiva localidad, no se sabía ni cómo, pero conocían perfectamente las prelecciones del teólogo Francisco Suárez, de Santo Tomás, del Cardenal San Roberto Berlamino... El escalofriante Padre Mariana, el famoso teólogo de las Universidades de Nápoles, de París y de Roma... ¡no se diga! Era para ellas tan familiar como el Padre Riplada.

En sus *fraguas* se recitaban frecuentemente los textos puntuales de tan grandes maestros.

Se apagaba la luz, se dejaba una mísera candela, y la instructora decía:

—¡Nuestra fragua está oscura y está fría! ¡Queremos luz, queremos calor! ¡Hermana Bi-Bi, ilumínanos y caliéntenos con la lumbre del Padre Mariana!

—Y la hermana Bi-Bi de pie, con entereza, recitaba así:

—Esto dice el Padre Mariana: “Es innegable que puede apelarse a la fuerza de las armas para matar al tirano”.

Entonces encendían otra candela y quemaban unas astillas de madera en un brasero.

—Más luz y más calor, hermana Bi-Bi; pide al padre Mariana más luz y más calor.

—Esto dice el Padre Mariana —proseguía la recitadora: “Para matar al tirano, bien se le acometa en su palacio...”

—Y todas repetíanse unas a otras al oído:

—“Bien se le acometa en su palacio...”

—“Bien se le acometa en su palacio...”

Se encendía otra candela, y ponían más astillas en el brasero.

—Hermana Bi-Bi, ¡luz, más luz, más calor, más calor!

La oradora lentamente agregada:

—Esto dice el Padre Mariana: “Y si así o exigieren las circunstancias, sin que de otro modo fuese posible salvar a la patria, matar a hierro al príncipe como enemigo público; matarle por el mismo derecho de defensa y por la autoridad propia del pueblo, más legítima siempre y mejor que la del rey tirano.. Dado este caso no sólo reside esta facultad en el pueblo, reside hasta en cualquier particular que, abandonada toda especie de impunidad y despreciando su propia vida, quiera empeñarse en ayudar de esta suerte a la república”.

A estas palabras, se levantaban todas, y repetíanse mutuamente en secreto:

—“Hasta en cualquier particular...”

—“Hasta en cualquier particular...”

—“Que despreciando su propia vida...”

—“Que despreciando su propia vida...”

—“Quiera empeñarse en ayudar de esta suerte a la república...”

—Quiera empeñarse en ayudar de esta suerte a la república...”

Encendían entonces toda la luz, y volcaban las últimas astillas sobre el brasero.

A esta organización quedó incorporada Margarita. Sin más obligaciones por entonces que las de ilustrarse en estas terribles doctrinas, tan cristianas como alarmantes. Pues las Hermanas Bi-Bi habían recibido la orden de suspender en lo absoluto toda acción, mientras la Jefatura de la Liga Defensora no autorizara de nuevo a la “general”, para poner la maquinaria en movimiento.

Por las manos pues de Margarita, como por las de todas las Hermanas Bi-Bi, pasaron también las copias mimeográficas de las lecciones del famoso teólogo Suárez. Así se explicaba que todas las Hermanas Bi-Bi tenían en la punta de la lengua las famosas disertaciones de la *Defensio Fidei*, trasladadas al pie de la letra de la Edición de Vives hecha en París, en 1859, con las citas textuales de la página 677 del tomo 24. Las que sabían italiano poseían y estudiaban el libro Conceptos Políticos de la “*Defensio Fidei*”, que acababa de publicar Renato Vuillermin, en la Editorial “Athena”, de Milán, en plena era de Mussolini.

Libros, anotaciones, datos, esquemas meramente teóricos, tenían en constante actividad mental a las Hermanas Bi-Bi, empapándolas incesantemente en este plan condicional:

Que si, burlados los arreglos y las esperanzas en ellos fundadas, era menester a los católicos volver a la lucha, la grande cooperación de las Hermanas Bi-Bi consistiría en suprimir sigilosamente a los jefes perseguidores, según las órdenes que fueran recibiendo.

El ocio forzado y molesto de Margarita en la Capital, la dedicó por completo a los estudios planeados por esta organización. Primero por distraerse luego por curiosidad, más tarde por serio afán de ilustrarse en esas materias, y finalmente, por un deseo vehemente de prepararse para la conquista de la libertad religiosa, en la cual había luchado y fracasado gloriosamente su adorado Arturo.

XXXIX
LOS BRAZOS DEL AMADO

El, entre tanto, comía ceniza y masticaba hieles más allá de la frontera, matando el tiempo y ganando el pan en oficios medio-cres que lo desesperaban.

Hasta que por fin, tras mil agencias de la bella dolorida, a la Presidencia de la República se le pegó la gana de extender su pasaporte de ingreso al grandioso Arturo.

—¡Pobre Margarita! ¡Con qué displicencia recibió los tales papeles! ¡Pobre Arturo! ¡Con qué indiferencia se enteró de ellos! ¡Almas zarandeadas que llegan a perder el apetito de su propio bienestar! ¡Ambos avergonzados, derrotados, fracasados, extenuados! ¡Negra transposición de un encuentro soñado entre los intrépidos de un triunfo que no se realizó!

Pero el amor hizo su deber, y en medio del desaliento social, regó la tímida planta de la mutua adhesión. Emergió el cariño tanto tiempo refrenado, y ambos corazones vibraron como arpas, en busca del mutuo complemento. Y aquí y allá, una en Méjico, otro en Tejas, volvieron a soñarse el uno al otro, a desearse a buscarse... ¡Todo se había perdido menos al pecho de la paloma ni los brazos del galán!

Y nueva juventud floreció en ambos, regada con linfas de inquietud y de impaciencia; cultivada con el rumiar de antiguas ternuras – dormidas ya en el alma como en un palimpsesto–; recuerdos dulces del apenas probado hogar junto a la esperanza de nueva paz pobretona y raquítica, pero sedante y cariñosa... El fidelísimo espíritu conyugal daba tremendos aletazos... Los dolores sufridos mantenían las heridas abiertas, que pedían a gritos el cautiverio de los amantes labios en flor... ¡Suave gimnasia del sentimiento! ¡Premeditado entrenamiento del corazón!

Todos los amores muertos y perdidos: el amor de la hija sacrificada, del padre y hermanos inmolados, de las ilusiones frustradas; todos renacían acumulados sobre un solo objeto; el cónyuge. Y Margarita y Arturo, de polo a polo templaban sus cuerdas al unísono, lamentando en isócrono ritmo, el destino que los había traicionado en Europa, y espoleándose con este recuerdo para la próxima revancha del amor que de nuevo se les prometía...

Margarita se despidió a las volandas de sus amigas de la Capital. Volvió al olvidado terruño como un ángel precursor; el raso de sus alas perfumó las brisas del erial muerto de Sany, en espera de Arturo, quien planeó desde luego hundirse sólo en ella, en el paraíso perdido de “El Vergel”.

Y el tropel fatal de los mundos empuñó, por fin, sobre ellos, ambicionado día del encuentro.

Para Margarita todo fue nervios y alboroto. Dos mozos y dos amigas acompañaron a la esposa trémula, en un desvencijado carricoche que en la Estación de Cantuna debía esperar el tren de Cañitas.

Un aumento de nerviosidad, un temblor de rodillas y de manos, cuando Margarita columbró la humareda del tren.

—¡Por fin, llegó desvencijándose el convoy! El corazón de Margarita retumbaba. Los ojos se le fueron por todas las ventanillas de todos los coches. Los labios se le secaron.

Bajaron dos o tres rancheritos, después de un currutaco, después... ¡nadie!

Un momento de impaciente espera, y el tren se puso de nuevo en marcha.

—¡Arturo no llegó!

Margarita sintió la necesidad de desmayarse. Arturo no venía.

Y parar colmo de su desolación, el que había llegado en la forma de un deleznable currutaco, el que pasó junto a ella, pretencioso, sin conocerla y, mejor aún, sin saludarla, era nada menos que el infame mala sombra de su vida, ¡el mismísimo Atilano Banda!

La amargura del alma se sensibilizó en la amargura del paladar... Y volvió desolada y descaecida al poblacho.

Sólo se consoló cuando en Sany le entregaron un retrasado telegrama:

“Margarita, leve contratiempo en Cañitas me detiene un día más. Llegaré mañana. Te besa

Tu Arturo”.

Aquella misma tarde –anomalías usuales en Méjico– un piquete de soldados se presentó a catear la casa en que Margarita debía recibir a Arturo. También fueron cateadas las casas de algunos amigos de Arturo. Comprobado que no había armas, los

soldados se habían retirado. Estas investigaciones en Sany, se relacionaban con la demora de Arturo en Cañitas.

Al siguiente día, las amigas de Margarita se opusieron a que fuera de nuevo a la estación. Se envió el carricoche, y fueron algunos mozos y amigos.

¡Arturo llegó! ¡Fornido, imponente!

Pero con él bajaron del tren cuatro soldados y un teniente. Y con él llegaron hasta Sany en el carricoche.

¡Margarita rompió a llorar! ¡También Arturo lloró, cuando la estrechó en sus brazos!... Y en ellos, Margarita se desmayó, única nota elocuente en aquel descolorido recibimiento. No pudo resistir el golpe de la dicha acompañada de tan negros presagios.

Vuelta en sí, en la alcoba, rodeada de amigos y de parientes, oía que Arturo, cariñosamente la reanimaba:

—¡Vidita, no hay que temer! No estoy preso. Esos soldados estarán dos días aquí mientras el Jefe de Operaciones revisa mis papeles de amnistía. Reposa mientras tanto... *El Vergel* nos espera... ¡Seremos felices *otra vez!*

Y sólo tal palabra hacía sonreír a Margarita.

“Seremos felices otra vez...” ¡Cuántas recónditas dulzuras escondían semejantes palabras, que sembraban flores de esperanza sobre el peñasco seco del persistente temor!

Por fin, la nube disipóse. Margarita supo que el ave negra de Atilano Banda se había ausentado inmediatamente; y noticias llegaban de que el retén apostado en la casa del amnistiado, ya recibía órdenes de retirarse.

¡Y se retiró!

Celajes de bienandanza iluminaron la senda de Margarita. Aquella mañana bromeó y charló más a su sabor con Arturo; charlas insuficientes, con hambre de intimidad que no había sido lograda por el trajín de las enhorabuenas y los testigos constantes de vista.

La aurora se encendía en ambos corazones. Arturo, ambicioso y sediento de su legítima dicha, libre ya de los centinelas, se marchó a *El Vergel*, a reedificar el nido destruido, a suavizarlo con plumas, a adornarlo con flores, para recostar en él – ¡después de tal sufrir!– a Margarita...

Hasta los viejos criados percibieron el soplo de resurrección...

Fatalmente, la nueva noche de bodas se posponía. Un nuevo viaje corto de Arturo a Zacatecas, se imponía aún para los últimos enjuagues de la amnistía. Pero valía la pena a entrambos esperar, una esperanza que meditaba la futura consolación, que la prelibaba, la saboreaba casi, para hacerla mañana más plena.

¿Quién puede ya separarnos? – pensaba Margarita-. ¡El es mío y yo soy suya!... Solitarios cruzamos tanto mundo... Hoy llama a mis puertas, atisba a mis cancelos... ¡Suena ya el pestillo, se abre la celosía!... ¡Ven, amado, ven! ¡Pasó el invierno!... ¡Nuestro huerto se inunda de frescas pomas! ¡Tu caricia es más suave que un cervatillo, y tus besos más dulces que el vino exquisito!... “Eché de menos en mi lecho al que ama mi alma... Andúvele buscando y no lo encontré... ¿No habéis visto al amado de mi alma?... ¡Cuando he aquí mi adorado!... ¡Asile, y no le soltaré hasta haberlo hecho entrar en la alcoba de la que me dio la vida...!”

Y en un próximo bello atardecer de otra tarde abrilena, subió la amada por la vereda serpentina, bañada en opulenta luz de sol, como una columnita de perfumes, de mirra, y de incienso y de aromas... Subió, sabrosamente apoyada en el amoroso brazo férreo de Arturo, y llegó *El Vergel*, cortejada por vírgenes amigas cual por nueva comitiva nupcial, y entró como dulce reina restituida al risueño *chalet* de otros tiempos, que se moría de ansias y de soledad... Y cantaron mil pájaros, y aromatizaron mil flores, y el negro nubarrón del pasado terror se disolvió en finísimo polvo de estrellas, y en serenos regocijos de las almas hermanas que acompañaban a Margarita de nuevo, hasta el umbral de su felicidad...

Todo se aquietó. Despidióse la última visita, que ya estorbaba. Apagóse la última externa luz.

El nido de amor tomó un color opalino, efecto de un rosado gusano incandescente...

Mal cerró Margarita la puerta y la ventana de la alcoba, y veloz se arrojó en los brazos de Arturo...

Y él se la comió a besos... Besos en las orejas, besos en las mejillas marchitas de sufrir...

La arrancó luego de sí, cariñosamente, y con voz solemne le dijo:

—Margarita, ¡de rodillas! ¡Demos gracias a Dios por todo lo que hemos padecido!

¡Qué dulce fue aquella oración! Suave y unciosa, sabrosa y rica, con destilación de lágrimas sedantes que resbalaban plácidas

y se adormecían sobre la risueña seda de la colcha intacta... La figura de Marilú pasó entonces por ambas mentes, y los esposos la saludaron, la miraron, la contemplaron alternando con los ángeles los inmensos regocijos de Dios... La imagen de la Virgen de Guadalupe, con sus manecitas juntas, les sonreía, y les señalaba con su mirada el ángel de su pena, como un retrato de la hijita sacrificada...

—¡Bien, Margarita! - interrumpió levantándose Arturo. ¡Pasó el invierno para nuestro amor! Llegó la primavera... ¡vivamos!

Asentado en recio sillón, en mangas de camisa, contemplaba Arturo extasiado la figura columbiana de la esposa... ¡Tanto tiempo soñada! El destierro, las agonías, la habían herido, la habían ajado. Su frente y sus mejillas estaban marcadas por una palidez melancólica; sus ojos delataban el excesivo y largo llorar... ¡Pero estaba adorable! El dolor había centuplicado los encantos de su espíritu y hasta la suavidad de su carne.

Trajinaba la melancólica beldad, entraba y salía de la alcoba disponiendo el lecho y el cuerpo para el reposo santificado y fecundo.

Charlaba, charlaba feliz y confiada, con cadencias como gorjeos, con acentos de campanitas de cristal, llevándose los ojos y alma entera de Arturo que la contemplaba complaciente, venerante, respetuoso, como a una santa, como a una mujer sobrehumana...

¡Qué breve era la noche para tan dilatado dialogar!

¡Cuántos largos capítulos tenía la inmensa novela de los pasados días...!

—Haber pasado cerca de ti, y no mirarte, en Alemania...

—Haber podido encontrarte en el mismo barco, en Francia...

Y luego el recuerdo de los sucesos remotos: los primeros mártires, la fuga primera, el destierro, los fracasos...

Margarita, mientras tanto, aparecía ya ataviada con finísimo cendal, de largura y de pliegues griegos, que la envolvía en todos los candores de inocente vestal...

Acercóse al sillón de Arturo y le cogió la firme cabeza. El recogió aquellas dos manos perfumadas y les besó, una a una, las puntitas de los dedos. Le acomodó los rizos de la frente, los pliegues de la gorguera sobre el pecho; y como frase pinacular de

cariño, arrancada de lejana reminiscencia, al mismo tiempo que la coronaba de besos quietos y apacibles:

—¡Jahel!- la dijo - ¡Jahel!

Y oprimiendo la linda cabecita contra su velludo pecho, efusivamente, añadió:

—¡Tan pura tan niña, tan dulce como entonces...!

En medio del suave amplexo, mejilla con mejilla, Margarita exclamó:

—¡Jahel...! ¿Por qué me dices así?

—¿No te acuerdas, encantito? Eras también un ángel, mejor dicho, una artista; no: una heroína como hoy. Tenías doce años... En el Colegio de la Inmaculada...

—¡Ah sí!... Ya me acuerdo; cuando maté al enemigo del pueblo de Dios, con una clavo y un martillo... ¡Ya me acuerdo!... ¡Jahel... Jahel! ¡Qué bonito nombre!

—Te veo y te siento la misma. El mismo candor, la misma mirada, el mismo vestido oriental... Desde entonces fuiste mi paloma...

En suave confidencia Margarita acariciaba el desnudo cuello de Arturo. La abertura masculina facilitaba las incursiones inocentes. Tentando entonces un escapulario de la Virgen del Carmen, que Arturo llevaba:

—¡Tu escapulario...! -dijo. No te lo quites nunca. El que muere con él, ya sabes, tiene abierto el Paraíso... Te voy a hacer uno nuevo, bordado...

La mano de lirio tropezó de pronto con algo rugoso en la epidermis, cerca de la clavícula.

—¿Qué es esto? -preguntó sorprendida, descubriéndole el busto. ¿Una cicatriz? ¿Te hirieron alguna vez?

Sonrió Arturo orgulloso y satisfecho.

¿De eso te alarmas encanto? Mira: esta es una; y esta, otra, y aquí otra, y aquí...

Y ante los ojos azorados de Margarita fue descubriendo cinco gloriosas cicatrices de cinco gloriosas heridas: cerca de la clavícula, en el brazo izquierdo, en la pierna derecha...

—¿Es posible?- preguntaba Margarita. ¡Y nunca me lo dijiste! ¿Y por qué no me llamabas para curarte?... ¡Pobrecito! ¿Y ya estás enteramente bueno?

—¡Enteramente!

—¿No te duelen ya nadita?

—Allá un poquito en invierno; pero no más.

Y seguía la interesante relación de las bregas cristeras, siempre Margarita en los férreos brazos.

La Luz semimuerta, el cansancio, el bienestar, la calma de la noche, el aroma de las enredaderas, la hora avanzada (los gallos habían cansádose de cantar), todo quietamente cerró los párpados de la adorable que se durmió como un niño en los brazos de Arturo, y cerró también los ojos de Arturo que dormitó con el tesoro de amor sobre su pecho.

Despertó Arturo tras breves instantes, y viendo a su ángel dormido, suavemente, delicadamente, se levantó con su florida carga, y depositó el grácil cuerpo de la bella durmiente sobre el suavísimo colchón de pluma; y se quedó largo rato contemplándola de pies a cabeza...

Estatuaria, gentil. Recordóle el mármol yacente de Cecilia en las Catacumbas de San Calixto.

—¡Mi Jahel!... ¡Mi Margarita! – exclamó con todo el fuego de su alma.

También para él llegaba la hora de acostarse. Eran casi las dos de la mañana.

Y pensó en disponerse para el lecho...

XL

UN CAPITULO SIN NOMBRE

En aquel momento rasgó el silencio de la noche plácida y tentadora, el rugido lejano de un automóvil, que con ansias e intermitencias de motor achacoso, llegó hasta *El Vergel*, entró en el cuadro central de la hacienda y se detuvo no muy lejos del nido de amor.

Los perros todos del rancho despertaron y comenzaron a ladrar.

Arturo contemplaba aún a su ángel dormido...Ebúrneos brazos, entreabiertos labios: toda candor, toda castidad. Cubierta por la túnica talar, peplo tenuísimo arrancado de una ánfora ática, bajo el cual se asomaban los níveos pies descalzos...

Oyó entonces que desde el soportal, alguien sonaba suavemente las maderas de las ventanas, y cautelosamente lo llamaba:

—¡Don Arturo, Don Arturo...!

Impropia era la hora. El esposo, para no hacer despertar a Margarita, acudió luego a la puerta.

—¿Quién anda aquí? —preguntó en secreto aunque con energía.

Contestó en voz baja el importuno alumbrando el rostro de Arturo con una linternilla eléctrica:

—Le traemos un mensaje de la Liga de Defensa. Nos lo dieron en Cañitas y nos urge comunicarlo. Yo soy de los que andaban con Usted en Vallarta...

—A ver -. Dijo Arturo con toda una montaña de desconfianza.

—Aquí el compañero es el que tiene la palabra - añadió el desconocido-. Voy a decirle que se arrime.

El desconocido corrió a llamar al compañero que en el raquí-tico automóvil esperaba, y se montó con él en el carro.

Arturo esperaba ya en pleno patio abierto de la hacienda, recordando con tristeza que la Jefatura de Operaciones lo había dejado desarmado en lo absoluto...

A la luz pobretona de las estrellas pudo observar un "fordcito", desmantelado, sin toldo ni capacete.

Los mensajeros dieron la vuelta al carro, despertando a los perros que aún pudieran dormir. Los faroles de la máquina iluminaron de paso la figura grandiosa de Arturo que los esperaba. (Paréntesis de frialdad y escalofrío en medio de la noche deleitable de su reconquista).

Apuesta rutilaba la figura del caudillo. Sereno, impassible; firme en sus pies descalzos con botas montañosas; el robusto pecho descubierto bajo la recia camisa cazadora desabrochada; los brazos desnudos, nervudos, napoleónicamente cruzados... ¡Pose magnífica para un héroe que recibe los fuegos de la inmortalidad!

El deleznable automóvil se acercó corriendo...Tomaba ya el pavoroso aspecto de un diabólico escarabajo gigantesco. No se detuvo... Pasó junto a Arturo acelerando súbitamente la carrera de embrujado...

¡Fue el momento fatal! Arturo sintió un feroz tentáculo infernal que le atenaceó las piernas y le arrancó del piso. Su cuerpo fornido azotó instantáneamente sobre el pavimento. En una fracción de segundo miró que todas las estrellas del cielo le barrían los ojos. Sus manos se desflecaron como pajuelas, sus dedos buscaron donde asirse y sólo rasguñaron un listón de tierra dura que

huía vertiginosamente quemándole y robándole las uñas... Espaldas y hombros, pecho, faz y vientre se desgarraron en la feroz violenta raspadura que en cortos instantes le arrancó las ropas, y le desolló la piel, y le rayó los tejidos todos y los huesos... Y su cabeza augusta chocando y rebotando en infinidad de piedras, hundiéndose en la oscuridad de la muerte...

Volaba el carro con vértigo demoníaco, se zarandeaba en baches y en pedregales llevando tirante la feroz reata de lazar, en cuyo extremo, arrastrado por el suelo se había ya hecho añicos el cuerpo heroico del cristero mil veces invicto.

¡Allá en torno del rancho, sólo quedaba una pestilencia de gasolina y una algarabía de perros...!

*

Sobre el lecho, Margarita estremeció su cuerpecillo de paloma. Y se incorporó de un vuelo, clamando:

—¡Arturo, Arturo!

Salió al soportal, y su olfato fino percibió el olor del combustible y el hedor de una tragedia; sus oídos escucharon el trepidar ansioso del automóvil...

Volvió a gritar:

¡Arturo, Arturo...!

Y en la soledad fatigada del rancho le contestaron los ladridos de los perros...

Desolada volvió entonces a la alcoba, buscó en el lavatorio, en el comedor:

—¡Arturo, Arturo! —clamando siempre.

En la alcoba estaba el sombrero, el chaquetín de cuero de gamuza... Margarita oprimió sus manecitas junto al pecho, y comenzó a sollozar:

—¡Arturo, Arturo...!

Salió entonces del *Chalet*, y como una visión, recorrió el patio de la hacienda, con los pies descalcitos, acometida por el frío de la madrugada, siempre clamando cada vez con más fuerza y con más congoja:

—¡Arturo, Arturo!

Y la algazara de los perros le respondía con cien ladridos...

Corría la niña sin rumbo fijo, cuando su piecico tropezó con algo que había visto brillar en el suelo. Ansiosa lo levantó. ¡Era el

reloj de Arturo, con la cadenilla reventada!... Lanzó un grito, y como una loca emprendió entonces desenfrenada carrera en la dirección que había marcado el automóvil, llorando y clamando sin cesar:

—¡Arturo, Arturo...!

El camino era hosco, las sombras agrias, el relente ofensivo; los ladridos de los perros, entretejidos con aullidos, eran la única música que se escuchaba. Las leves plantas del angelito, que semejaba un fuego fatuo, presto comenzaron a sangrar.

Anhelante, sollozante trotaba, trotaba, insensible al agujijón de los guijarros, al raspón de los peñascos; con la vista hipnótica clavada en una remota lontananza, con las manecitas crispadas sobre el tul de la túnica recogida hasta las rodillas para aligerar el movimiento de los sangrantes pies... Y trotaba, y trotaba infatigable, clamando como loca más y más:

—¡Arturo!... ¡Arturo...!

El rancho quedó atrás. Los ladridos de los perros continuaban. Aquí y allá se encendió una miserable cachimba; y una que otra vieja entreabrió la mugrienta puerta para informarse de lo que pasaba...

Y los perros, persistentes, ladraban y aullaban...

Mientras tanto, la cuitada gacela corría y corría. El sollozo entrapajaba, la garganta:

—¡Arturo!... ¡Arturo...!

El grito brotaba ya ronco y extenuado.

En medio de la sombra, Margarita adivinaba el camino, olfateaba la ruta del carruco, Creía, en su amorosa insensatez, que Arturo era robado y que ella lo alcanzaría y lo rescataría. Y corría con nueva fe y renovada constancia, cortando por veredas y veredas, para eliminar las curvas del camino de rueda.

—¡Arturo!... ¡Arturo...!

Y al grito desgarrante, las zarzas contestaban agitándose a su vera y golpeándola y arañándola, y rasgándole el cendal, con crueldad inefable, como si fuera un pecado aquella sublime locura de la esposa infortunada...

Una hora llevaba en su apresurada carrera. Las rodillas le flaqueaban, los pies le reventaban por todos los poros: sangre y espinas signaban el marfil de sus piernas delicadas. La túnica se desgarraba, el aliento se le acababa: sólo quedaba entera en ella la imagen del amado a quien buscaba y el amor de la esposa fidelísima...

Y siguió su carrera... En medio de una naturaleza enemiga, trepando cercas de peñascos, salvando alambrados con púas que le robaban los guiñapos del cendal y los bucles de la cabellera, dejándole en cambio, paralelas desgarraduras en la piel de seda... El viento la sacudía con saña. Su cuerpecillo todo tiritaba como una pluma. De los arbustos espesos y negruzcos escapaban las lechuzas burlándose de ella con siniestros graznidos... Un peñasco imprevisto la derribó. Manos y brazos sufrieron la bofetada de la gleba. Se levantó, ansiosa, veloz, y siguió corriendo y trotando, ya muy por encima de sus fuerzas y de su natural vigor... ¡Sola! ¡Nadie la seguía! ¡Nadie la acompañaba! Los mismos ladridos de los perros se habían acallado para dejarla abandonada en el colmo lacerante de la soledad...

Los luceros se cansaron de aquel espectáculo monótono, fastidiáronse de aquel estribillo "¡Arturo, Arturo!", y se fueron uno a uno escabullendo u ocultando tras nubecillas importunas... ¡Ni una luz, ni un consuelo! Margarita, siempre magnetizada, siempre abstraída, se apretaba las sienes, esperando, contra toda esperanza despertar de aquella horrible pesadilla y encontrarse en su lecho de pluma y en la paz de su amor... Mas la pesadilla se aferraba, la golpeaba más y más con los zarzales, la entumía con el cierzo, la ahogaba el alma con la conciencia de la terrible privación...

La carrera era extenuante, la fatiga insuperable. Pero la maga del dolor sacaba nuevas fuerzas. Ahora comenzaba a formular hipótesis. Todo lo imaginaba, menos la verdad. Todo le parecía verosímil, menos la realidad: Arturo plagiado, Arturo robado, fugado, escapado...

Sentía la tentación de dejarse caer, dejarse morir; sentía el ansia de un desmayo reparador. Pero el ímpetu hacia Arturo la encendía de nuevo, y seguía, ya desjarretada y hecha pedazos, la horrible carrera inacabable...

*

Con la máxima timidez, la tenuísima prima claridad de la mañana iluminó el maltrecho erial y la figura fugaz de la corza herida. Margarita se reanimó. En medio suspiro dio gracias a Dios que de ella se apiadaba iluminando la senda en pos de Arturo... Y juntó sus postrimeras energías, y siguió firme y tenaz la inverosímil carrera...

—¡Arturo!... ¡Arturo...! —repetía aún con el aliento que le quedaba, clavando fijamente su vista quebrada en la lejanías de la distancia...

Así llegó a la ancha abertura de una muralla de peñascos donde el camino se bifurcaba. Sorprendida se detuvo un momento. La claridad precursora de la aurora iluminaba ya suficientemente la escena...

Electrizada. Margarita volvió el rostro en derredor buscando cuál camino seguir, cuando sus ojos, desencajándose, se detienen en un bulto informe botado junto a los negros peñascos de la muralla... Un nuevo grito dilacerante se arrancó entonces de su pecho; corrió hacia el trágico hallazgo, rugiendo como una enajenada, y se arrojó de bruces sobre él...

¡Aquello no era Arturo; era el amasijo de su cadáver...! Un tórax y una cabeza desnudos de lienzo y de piel; unos brazos descarnados hasta los huesos; una cara con fragmentos de carne remanente, tallados los huesos mismos; unos últimos mechoncillos de pelo sobre un cráneo deshecho: reliquia del valiente, apenas reconocible por las botas y porciones del pantalón revolcado...

Margarita abrazó todo aquello. Sacudió y besó aquel cráneo deshecho. Le gritó entre sollozos una vez más:

—¡Arturo!... ¡Arturo...!

Frenética, lo acarició repetidas veces, con las manos, con sus propias mejillas que sufrieron el araño de los huesos astillados: le acarició con la frente, le acarició con los labios ávidos y hambrientos, hasta que consumida, al fin, dejó caer, ya sin sentido, los pálidos despojos de su belleza sobre los espantosos despojos de su amor...

En aquel momento despuntó la aurora...

**LIBRO
CUARTO**

**XLI
LOS FELONES**

La deslealtad de la Revolución se ostentó más descaradamente desde entonces.

Pero más al desnudo también se exhibió el manso candor de los jerarcas católicos, en quienes la sencillez de la paloma había eclipsado toda la astucia de la serpiente.

Los famosos arreglos con Portes Gil dejaron a la Iglesia metida en un callejón sin salida: este callejón eran las fauces mismas del demonio revolucionario.

El gran disparate objetivo cometido en Méjico, lo fue en 1929. Pero era lo más acertado el cometer ese disparate. Porque era imprescindible; porque era la consecuencia lógica y obligada de otros muchos disparates.

El disparate de la irresolución llevó al derrotismo; de éste se pasó al miedo, y del miedo a la rendición. Sin más atenuante que la ofuscación suscitada por la trepidación del espíritu.

Las autoridades religiosas, en su mayor parte, no se rindieron. Tienen la gloria de haberse mantenido firmes en su posición de estira y afloja.

No podían tampoco rendir sus armas, porque nunca las empuñaron.

Pero hicieron rendirse a los sacerdotes, registrándolos como placas de automóviles, e hicieron rendirse a los cristeros avisándoles que no se necesitaban para nada.

Y se echaron en brazos de Portes Gil, el más grande talento político revolucionario, creyendo que Portes Gil tenía palabra y que podía cumplir su palabra.

¡Sí! ¡Qué ingenuidad! “Las leyes – dicen que dijo Portes Gil – serán aplicadas sin espíritu sectario, y las reformas se irán haciendo poco a poco”.

Y desde entonces, la actividad eclesiástica se dedicó a exaltar la paz ficticia, a reprimir a los católicos inconformes, y a inyectar

en el pueblo mejicano nuevas dosis crecidas de paciencia fatal, de timidez crónica, y de turbación y consiguiente desaliento.

Y cuando la Revolución miró a su enemigo en el garlito, entonces escupió su palabra de 1929, se arremangó el brazo carnicero, cogió de nuevo el chicote ignominioso, y proclamó desvergonzada:

¡Católicos fanáticos, católicos estúpidos! ¡Si hasta ayer os azotamos con látigos, desde hoy vamos a azotaros con escorpiones!

Los más conspicuos cristeros amnistiados, uno a uno fueron cayendo, como Arturo, víctimas de asesinatos misteriosos.

El asesinato de Gabino Flores, en Tepatitlán, fue la pauta de muchos otros.

La Revolución, como Pilatos, se lavaba las manos. Inquiría ligeramente, sobreseía las causas, echaba tierra a los procesos y se tapaba los oídos.

Mientras tanto, su plan de decapitación continuaba impertérrito.

El Estado de Tabasco, por su parte, a voz en cuello proclamaba que no había envainado el alfanje perseguidor. Sobre la persecución afirmó el choteo. Y en las barbas mismas de Portes Gil que había donado la rama de olivo a la Iglesia Católica, Garrido Canabal derribaba Iglesias, quemaba “fetiches”, y arrancaba hasta las cruces de las sepulturas.

Para evidencia de los que esperaban las “reformas favorables poco a poco”, la danza macabra recommenzó. El 25 de julio de 1931 fueron asesinados en Veracruz el Padre Acosta y el Padre Landa porque enseñaban el catecismo. En Irapuato, meses más tarde, fue muerto a puñaladas el Padre Lawers por mano de un comunista.

Cundió luego el entusiasmo carnicero, y ya despojada la causa católica de la fuerza de sus cristeros, se echó de nuevo sobre ella la avalancha troglodita. Rodolfo Calles, en Sonora, barría con todo asomo de respeto al ciudadano creyente, y el mismo Portes Gil, que el 21 de junio de 1929, con toda la mayor oficialidad que le cabía, publicaba estas palabras: “Gustoso aprovecho esta oportunidad para declarar públicamente, con toda claridad, que no es del ánimo de la Constitución, ni de las leyes, ni del Gobierno de la República, destruir la identidad de la Iglesia Católica, ni de ninguna otra, ni intervenir en manera alguna en sus funciones espirituales”, ese mismo Portes Gil, mediante el Partido Nacional Revo-

lucionario declaraba públicamente la guerra a las creencias, y mediante la Secretaría de Educación, editaba libros impíos para uso de las escuelas, al tiempo que el Periódico Oficial exponía listas enteras de nuevas iglesias arrebatadas.

La burla estaba consumada. En el vecino horizonte se perfilaba la *escuela socialista* que Calles el ponzoñoso había de proclamar con su grito de Guadalajara, en el quinto aniversario de los arreglos de paz: “Debemos apoderarnos ahora de las conciencias de los niños y de los jóvenes; porque pertenecen a la Revolución”. Y a su vera se bosquejaba la hora tenebrosa que azoraba a la república con la pesadilla de los Camisas Rojas...

*

Así las cosas, los pocos cristeros que quedaban saltaron de nuevo a la lucha por un deber elemental de conciencia. Y en medio del camposanto de sus jefes asesinados por la espalda, llamaron de nuevo a las filas a los huesos áridos de los católicos de ayer...

Y la brega comenzó de nuevo. Desfalcada, terriblemente desigual. Cristeros heroicos, sin armas, sin huestes, sin apoyo, ¡hasta sin esperanza! Sin más clarín de órdenes que la conciencia.

Y al momento mismo, como una secreta ráfaga de optimismo y de nueva fuerza para luchar y para triunfar, se dieron la mano en silencio, y se dirigieron en la penumbra, decididas, persuadidas, irrefutables, las brigadas de Pachita Arroyo, las terribles “Hermanas Bi-Bi”.

“La jauría perseguidora – tal era su punto de vista–, está azuzada por unos cuantos *chinchés*. Las Hermanas Bi-Bi cooperaremos con el Ejército de la Guardia Nacional, suprimiendo a cada uno de estos *chinchés*. Aceptamos como recompensa todas las subsiguientes torturas personales aquí en la tierra, y una corona eterna en los cielos. Para Nuestra patria destinamos el éxito: la represión del mal y la libertad para el bien”.

*

Cuando la primera emisaria de las Hermanas Bi-Bi llegó a Sany en busca de Margarita, allá por mediados de 1933, la información que obtuvo a quemarropa fue ésta:

—¿Usted busca a Margarita la viuda de Ponce? Ya no vive aquí en Sany. Vive en Sombrerete. ¡Está de criada en la casa de las Torres!...

La historia, en efecto, de los últimos tres años, para Margarita se condensaba en pocas palabras: tras el luto sangriento, el despojo inicuo. Sin casa, sin campos, sin herencia, ni familia, apeló al trabajo de sus manos y de su mente; pero en vano luchó con la ruina social y política: Fundó una escuelita de kínder, y se la devoró la ley; puso un taller de costura, y se lo mataron las contribuciones; pensó en bosquejar un gabinete de peinados, y resultó multada. Se arrimó a una familia caritativa, y la caridad se cansó. Pidió auxilio al nuevo párroco tolerado, pero al párroco tolerado lo corrieron. Hasta que el día menos malo huyó desolada a Sombrerete, y obtuvo el puesto mísero de criada en medio de una familia única que podía darse tales lujos.

La Hermana Bi-Bi, al encontrar a Margarita en el zaguán de la casa de las Torres, se echó a llorar abrazándola. El acerbo dolor de tres años estaba dibujado en el rostro de la heroína, y la miseria económica en su cuerpo y en sus vestidos todos. De su linajuda distinción sólo conservaba el tesoro de su comunión con Dios. Por eso vivía en paz con su conciencia, y fiel al recuerdo de su Arturo.

La comprensión fue rápida, Margarita entrevería que su misión era ya consumir el sacrificio, a fin de evitar radicalmente a todas las madres y esposas de Méjico, las tétricas amarguras que ella había saboreado hasta las heces.

Y en nombre de Dios, confirmó el juramento que años atrás había hecho de “cooperar con la Liga de Defensa en la forma más secreta y eficaz posible, cumpliendo fielmente las órdenes emanadas de la Comandancia de las Hermanas Bi-Bi”.

La vida entonces le sonrió de nuevo, porque palpablemente sentía que su Arturo la miraba, la aplaudía y la esperaba.

La tersura de su conciencia no se menoscababa en nada. Si algún sacerdote tímido la hubiere pretendido disuadir, ella sencillamente lo habría compadecido...

Para sostener su espíritu inhiesto, y vivir recordando el último cariñoso nombre que Arturo le dio en la noche memorable de sus segundas nupcias truncadas, volvió su pensamiento hacia *Jahel*, cuyo nombre y cuyo poema, asidua dibujó en su propia mente. Y más tarde, buscó y encontró entre los restos de una Biblioteca particular, el libro de la Sagrada Escritura, en que se exal-

tan las glorias de tal bíblica heroína; y lo estudió con devoción, con amor, con espíritu de propio renunciamiento sobrenatural, purificando cada vez con mayor esmero, su intención de servir a su Dios y a su patria, con la astucia de una Judit, con la sabiduría de una Débora, con la agilidad de pensamiento de la misma Jahel...

*

La revoltura, mientras tanto, había puesto de moda la acción de ese personaje característico en las neronerías mejicanas: el *chinche*.

El pestífero insecto se reprodujo en toda la República, y a él, más que a otros elementos, se debió la nueva septicemia nacional.

Los *chinchés* en todas partes se dieron su nueva orden del día; hacer la barba a Calles y a Garrido, acuciando el talento iconoclasta.

Atilano Banda, por tanto, reapareció en la escena, Instigador conspicuo y cómplice comprobado en el asesinato de Arturo, había paseado su desvergüenza impune por la provincia entera, hasta ir a dar a un puesto mediocre, el de capataz en Jefe de la Mina de Gualterio, a dos pasos de *El Vergel*, de la cual resultó Gerente por una Compañía Americana, el ya conocido ruso Nicolás Ivanovitch Tolmasoff.

Posteriores enjuagues de elecciones para diputados locales hicieron facilísimamente triunfar al candidato señalado por la Compañía Americana y escogido por el ruso. Y tal candidato no fue otro que el pelagatos mismo de Atilano Banda.

Luciéndose al punto, en la Capital del Estado de Zacatecas: por sus majaderías "antifanáticas", denuncias de escuelas catequísticas, despojos burlescos de iglesias, levantando las enaguas a las Vírgenes, y poniendo cigarros en los labios de los Cristos; expresiones tabernarias en los discursos de los mítines y otras habilidades de *ejusdem furfuris*; presto llegó a ser figura de primera magnitud en medio de la epilepsia revolucionaria. Y corriendo el año fatal de 1933, en que el garridismo abría ancho horizonte a los chinchés de todas las categorías, el pueblo entero de Zacatecas señaló a aquel individuo como el ave negra de la región y el corazón más negro en sus planes: cabeza demoníaca constituida en amenaza constante para la sociedad entera.

En tales coyunturas, una enfermedad o renuncia del Gobernador del Estado dejó vacante el puesto, y el Congreso Local, incontinenti y unánime, dio la investidura al hombre maldito.

¡Y el *chinche* Atilano Banda quedó constituido en Gobernador Constitucional Interino de aquella Entidad Federativa...!

Ya dueño del timón, planeó el infernal todo un sistema de opresiones omnímodas, que nadie podía ya tolerar y que exigían inaplazablemente una eficaz resistencia.

Mientras los supervivientes cristeros se batían denodadamente en la periferia del Estado, todo el demás mundo sufrido sentía la necesidad, la justicia de reprimir a aquel hombre, como un requisito de liberación, como un golpe estratégico en defensa de los católicos, como una lección y advertencia para los demás perseguidores, como una parte de un plan de reconquista secundado análogamente en la república toda.

El bravo Comité de Zacatecas, de las Hermanas Bi-Bi, entró en acción. Envío la acusación en regla a la Comandancia Central, ésta conferenció con los Jefes de la Defensa Armada, y éstos declararon que el ataque público o privado contra aquel hombre era perfectamente legítimo y proficuamente estratégico.

Así fue como al punto, la Hermana Instructora, usando las claves requeridas, comunicó a todas las Hermanas Bi-Bi de Zacatecas, el siguiente mensaje:

"In solidum. Objetivo inmediato urgente: Atilano Banda".

En su respectivo hogar de la ciudad, cada muchacha juramentada tembló y lloró. El deber tocaba a sus puertas. El horror material del hecho, el miedo lúgubre de la personal inmolación, envolvió a cada Hermana Bi-Bi por los cuatro costados. Pero se rehicieron, y comenzaron a planear, cada quien con el mayor secreto, la destrucción de aquel bribón del averno.

Margarita, por su parte, aunque acongojada también frente a la orden de las Bi-Bi, se consolaba por estar lejos de la ciudad domiciliar del reo, y no sentirse así afectada inminentemente por el acuerdo.

Cada Hermana Bi-Bi esperaba la noticia del golpe que al librar a la patria de un bandido, la librara también a ella de la feroz obligación...

Un día Margarita sintió frío en las venas al recibir la noticia: Atilano Banda “el Ciudadano Gobernador” visitaría antes de cuarenta y ocho horas, la ciudad de Sombrerete. Margarita tembló. El reo entraba en el terreno de su jurisdicción. La hora del supremo cumplimiento se avecinaba también para ella. Era su deber inexorable tomar sus posiciones.

Tal pensamiento la desazonó, la puso fuera de sí, intranquila, agitada. ¡De la teoría a la práctica hay la distancia que de la vida a la muerte!

Comprendió entonces qué cómodo es para los católicos el zafarse de los deberes duros, pretextando la ilicitud de ciertos pasos, y cómo es el miedo al deber el que oscurece en Méjico los razonamientos morales. Le vino también entonces la tentación de consultar sobre la vigencia de su obligación. Pero al punto recordó que consultar ya era *dudar*, y dudar ya era *flaquear*, y flaquear ya era *traicionar*.

Fue a la iglesia y oró. Pidió a Nuestro Señor le quitara de enfrente el cáliz de su amargo compromiso. Dios podía hacerlo evitando el viaje del monstruo, llamándole a cuentas por otros medios.

Volvió a sus quehaceres. Las amas notaron la desazón. Las muchachas de la casa le daban broma:

—¿Te acuerdas de que Atilano Banda te pretendió? ¡Ándale, ahora ya es gobernador!

—¡Calla! —decía otra menos cruel—. ¿No ves que Banda le mató a su esposo?

Todo lo recordaba Margarita, y todo le punzaba y atormentaba. Vinole un nuevo escrúpulo. Ella estaba agraviada por Atilano Banda. Había peligro de viciar su compromiso de Bi-Bi con un sentimiento de venganza. Pero su conciencia al punto le gritaba. No es tu escrúpulo el que se opone: es la flaqueza humana la que te invade...

Optó entonces por dejar que las circunstancias la aconsejaran, ya dolorosa y displicentemente resuelta a cumplir su juramento: pero también resuelta a no precipitarse.

¡Llegó por fin a Sombrerete el fante Gobernador! Margarita en sus habitaciones de servicio sintió un malestar atroz. Le contaron que había llegado muy rodeado de soldados. Esto la

tranquilizó un poco: no habría sido práctico su individual complot.

Pero esa misma tarde, ¡cosa imprevista! vinieron a buscarla de parte del *Club de los Gatos*. Habría baile esa noche, y, como de costumbre la llamaban para ayudar a lavar vasos y copas en la trasantina del Casino.

El baile, por supuesto, iba a ser en honor del hampesco huésped.

En sus condiciones de simple sirviente. Margarita no tenía pretexto para rehusar; pero la conciencia, a gritos, le hacía ver cómo las circunstancias la iban empujando para hacerla enfren-tarse con su juramento. Su carne y su espíritu experimentaron mortal agonía, privada cruelmente del consuelo de la expansión.

Al salir de su casa esa noche procuró no pensar en el pavoro-so problema. Iba con su vestido fuera de moda y sus zapatos ro-tos. Sólo llevaba consigo, como única joya, una medalla de Cristo Rey, que había sido tocada al heroico pecho del Padre Pro.

Las rodillas se le deshacían, y se obstinaban, con persisten-tes calambres, en recordarle lo que ella no quería recordar; que tenía un pacto muy grave que cumplir ante Dios y ante la patria.

Las piedrecillas del rudimentario pavimento, le herían al través de la suela transparente de sus zapatos de pobre. Con ella se cruzaban, de cuando en cuando, grupos de muchachas boru-quientas que volvían de la sala de peinados o de la casa de las atareadas modistas.

El conserje del Casino la esperaba ya impaciente. Había en la cocina muchas pilas de copas, vasos, platos y fuentes, que debían ser puestas inmediatamente en orden. El jefe de cantina prepara-ba apresuradamente las ringleras de botellas, un mozo daba los últimos trapazos a las mesitas de dominó, y otro se afanaba en partir los grandes blocks de hielo, clavando sobre ellos con un ancho martillo de madera, el largo agudo clavo de acero. La vista de aquel clavo y de aquel martillo infundió a Margarita un impre-visto escalofrío siniestro.

El salón del baile, ampliado con un corredor, alfombrado con manta blanca emparafinada, estaba listo para la danza. Colgajos de papel *crepé* disimulaban las manchas y cicatrices de las vetus-tas paredes mal encaladas.

Margarita no atendió a nada de esto. Sola, triste y pensativa se hundió en su lavatorio y procuró distraerse con el chorro bulli-cioso del agua de su fuente, y el alegre tintineo de sus copas cris-

talinas. Y al compás nutrido de aquellas campanitas de cristal, recordó punto por punto todos los pasos azarosos de su vida... Y en todos, se vió víctima inocente de un hombre perverso, encarnación vulgar del genio del mal... Pensó también que su desgracia no era única, que ella era el símbolo de un país entero víctima de un grupo de precitos. Suspiró doliente y honda; con un suspiro que era ansía de redención, no ya de redención propia, pues que su cáliz estaba consumido, sino de redención para todas las almas que penan en medio del desolado país... Bendijo entonces la lucha de la defensa, y al punto, en medio de tal pensamiento, se dibujó con toda claridad en su mente, como en el zig-zag de un relámpago, el puesto duro y heroico que habían escogido las Hermanas Bi-Bi, y la misma centella le escalofrió el espíritu y le tronó entre las sienes, al recordarle una vez más, que ella era una de aquellas Hermanas Bi-Bi, y que sobre ella pesaba el horrendo glorioso compromiso...

Noticias rápidas, medias palabras de mozos que entraban y salían, le iban dando noticias de la inminencia de la fiesta, que para ella se iban traduciendo en incontenible castañeteo de dientes...

Ya se oía el rasguear de las cuerdas, el trémolo de los timbales, los pizzicatos de los violines que se afinaban...

Un estruendo de aplausos serviles y de gritos con repercusiones en la cantina adyacente, le anunció la entrada del verdugo vil al salón de baile. Margarita se estremeció, y soltó una copa que se hizo pedazos contra el suelo. La orquesta entonces irrumpió con la populachera marcha "Zacatecas". Y el torbellino se desencadenó con todas las características mejicanas de los tiempos...

En los salones de servicio la agitación febril empezó desde luego. Carreras de los cantineros, entradas y salidas de los danzantes. Trajín que se resolvía en quehacer incesante para Margarita, única clavada en el lavadero constantemente, lleno de nuevos trastes y cristalerías...

El trabajo abrumador la distrajo unos momentos, y amortiguó los martillazos que le sonaban en la nuca. El estruendo de la fiesta arreciaba. El chorro perenne de agua cristalina se encontraba con los pálidos dedos de Margarita asidos a las copas centelleantes que se bañaban, mientras sobre el zinc del lavabo se estrellaba la confusa algarabía, mezcla ensordecedora de valsés y de

charlas en el salón de la danza, y de palabrotas y puñetazos en el bebedero vecino.

El diapasón subía con el avance de la noche. Las últimas canciones de Lara eran coreadas por las muchachas de más “beligerancia”, reclinadas sobre el hombro del compañero civil o militar...

Atilano Banda se daba vuelo, rodeado de mujeres lisonjeado por los amigos; todos le habían perdonado sus fobias; todos le rendían los honores de sátrapa...

De pronto, hasta los oídos de Margarita llegó el estampido de unos disparos. Un silencio solemne, instantáneo, los siguió. La cantina quedó vacía. Margarita frente a su lavado, sintió que se la aligeraba de un peso enorme.

—Ya cayó— pensó casi con palabras.

Relajante respiró, suponiendo lo más verosímil para ella: que la sentencia contra Banda había sido ejecutada, y que ella, felizmente, quedaba absuelta del horrendo compromiso.

Pero en unos momentos, las charlas renacieron, la música continuó y el alboroto recuperó su diapasón. Había sido una ligera riña sin consecuencias. Un diputadillo había herido levemente a un coronel. La fiesta seguía.

Margarita se desconsoló. Por su mente había pasado la figura audaz de otra Hermana Bi-Bi que la hubiera precedido. Pero la ilusión se desvanecía.

Volvió a descansar sobre ella la responsabilidad de la tremenda ejecución: *In Solidum...*

¡Qué noche más terrible! Noche de hecatombe en el cerebro: noche de prolijo e hirviente pensar; brasas en la mente y hielo en el cuerpo; tentaciones supremas de flaquear, apuntaladas con conatos de argumentos, todos dictados por la prudencia de la carne... Margarita – su mejor partido de emergencia – optó por ensordecerse de nuevo, y se encaprichó en aturdirse con el tráfigo voraz que absorbería el trabajo activo de cuatro mujeres juntas...

Por su parte, Atilano Banda, alias el Señor Gobernador, había entrado perfectamente en copas. Alborotado con tanto honor, había acabado por encerrarse en un cuarto con unos cuantos amigos de confianza, y ordenar desde allí, botellas y más botellas de coñac y de tequila...

Las infamias que se planearon en aquel cabildo de beodos, no son para contarse; asaltos crudos de *camisas rojas*: incendios

de templos, asesinatos de curas, expulsiones y encarcelamientos de creyentes: expropiaciones, multas; todos los latigazos con torcidas de escorpiones... El encumbrado *chinche* firmaría jactancioso los decretos...

Sonaron las tres de la mañana. El baile terminaba. Como fin de fiesta, la música fue conducida por un grupo de calaveras, para llevar "gallo" a las muchachas bonitas. La concurrencia se evaporó. Los cantineros se apresuraron a terminar su misión acumulando montones de trastos por lavarse, en el gabinete que ocupaba la atormentada Margarita.

Y aquel manojito de mirra, ahora taciturno y triste, roído sordamente por un remordimiento larvado, quedó solo en la última dependencia del edificio, acomodando en largas hileras el inmenso ejército de la cristalería.

Su conciencia comenzó entonces acremente a acusarla. Recordó la infortunada que, a pesar de sus convicciones en cuanto a la defensa católica y a pesar de su fidelidad acendrada hacia las Hermanas Bi-Bi confirmada con juramentos y más juramentos, ella no había hecho nada, no había movido pie ni mano, ni siquiera había proyectado un paso para obedecer el mensaje urgente e inmediato que en aquellos momentos había todo pendido sobre ella. Y un nuevo oscurecimiento y más agria desazón la puso en conflicto con ella misma. Y en vergüenza palpable ante el imperativo de su Dios, de su patria y de su Arturo.

—¿Prevariqué? — se preguntaba desde el fondo estremecido de una sollozo.

Terminó su trajín. Acomodó las toallas, maquinalmente; la azotaba duramente la conciencia dejándola desolada y helada, como la de una apóstata. Acabó de poner cada cosa en su sitio, formulando, casi inconscientemente, una plegaria de contrición, un nuevo ofrecimiento a Dios, un nuevo ánimo resuelto al sacrificio cuando hubiere otra nueva oportunidad, para reparar la ignominiosa, la fatal negligencia de aquellas horas vergonzosas...

Para buscar un abrigo, abrió la puerta de la alacena. Con el aturdimiento se equivocó, y abrió otra puerta del mismo gabinete. Y con gran sorpresa, se encontró frente a un aposento ignorado, del Casino. En aquel aposento, cuya entrada ordinaria daba a otra parte, estaba encendida la bombilla eléctrica, y sobre un lecho descompuesto se destacaba perfectamente el cuerpo dormido de un borracho... Boca abajo, el brazo izquierdo colgando; el ves-

tido de etiqueta, estrujado; las piernas largas, sobrándole de la cama; la pistola pavonada, asomándole sobre el cuadril derecho...

Margarita se sacudió de pies a cabeza. Lo había reconocido perfectamente. Aquel borracho era Atilano Banda, que había sido momentáneamente abandonado por los suyos enfrascados en los “gallos”.

La ajetreada mujer sintió que el mundo se le venía encima. Miles de ojos llorosos y de manos pálidas le señalaban aquel hombre, y le repetían el mandamiento de las Hermanas Bi-Bi; un estrépito de volcán, le repetía la palabra “apóstata” que ella creía haber merecido unos momentos antes: y otro grito de su conciencia la restallaba con las palabras de contrición, que suave y fervorosamente acababa de pronunciar... Y entró en el aposento como hipnótica, y se convenció en medio de los zumbidos pavorosos de su cerebro, de que aquel era Atilano Banda, y miró con claridad terrorífica la pistola que del cinto pendía, uno de los rayos feroces que zigzagueaban en su conciencia, y le dijo que su deber sería cumplido en medio segundo mediante el hábil manejo de aquella arma...

En el mismo instante el miedo rejuvenecido la aplanó. Recordó, en medio de la tormenta de su cerebro, que ella nunca había manejado tales armas, y que sería sorprendida y fracasada. Y antes de tomar una nueva resolución, en medio de la tempestad espantosa de su espíritu, quiso escapar, y salió de la estancia...

A la puerta se detuvo. Todas las fuerzas del Bien, que empuja, y del Mal, que detiene, se hacían añicos en su cabeza. Petrificada sobre el umbral de la puerta, volvió a mirar el cuerpo del borracho. Allá afuera resonaron los lejanos pasos del conserje. Acá el borracho pareció rebullirse. Margarita se sintió yerta. Azorada, temblorosa, ya para estallar fuera de sí, la cuitada giró la vista en torno, sin saber qué buscaba, oprimiendo como inconsciente, contra su pecho, la medalla de Cristo Rey que había sido tocada al cuerpo heroico del Padre Pro. En aquel momento sus ojos descubrieron sobre la basta caja del hielo, dos insignificantes instrumentos que fueron para ella toda una renacida inspiración: el afilado estilete de acero y el ancho martillo de madera, con que se parten los grandes trozos de hielo... Sin vacilar entonces, ya como enagenada, cogió con una mano el largo y fino clavo y con la otra el martillo, rápida y silenciosa se entró de nuevo en el aposento fatídico, tanteó febrilmente el occipucio de Atilano, apuntóle a media pulgada con el estilete, y levantando cuanto pudo el mazo

con la mano derecha, dio un martillazo con todas sus fuerzas, hundiendo el reluciente clavo hasta la empuñadura sobre el cráneo del infame...

El *chinche* se contrajo como un reptil, y quedó exánime a los pies de Margarita.

XLIII EL DICTAMEN SAGRADO

La noticia de la muerte de Atilano Banda ha paralizado los nervios de todos los neroncetes, ha acogotado todas las provinciales ansias persecutorias; ha consolado a toda la gente honrada y dado nuevo vigor a los luchadores católicos.

Margarita ha sido buscada por mar y tierra. Hasta hoy se ha sabido la noticia de su aprehensión. Ha sido conducida a Zacatecas, y está encerrada en la Cárcel del Estado.

Está en paz con su conciencia.

En espera del minuto del poder de las tinieblas, se tranquiliza y se fortifica contra los posibles futuros escandalosos, leyendo y releando esta página de la Sagrada Escritura (Libro de los Jueces, cap. V. versos 24 y siguientes):

¡Bendita entre las mujeres, Jahel, esposa de Haber Cineo!
¡Bendita sea en su pabellón! Pidióle Sísara agua, y le dió leche, y en taza de príncipes le ofreció la nata... Con la izquierda cogió un clavo y con la diestra un martillo de obreros, y mirando dónde heriría a Sísara en la cabeza, dióle el golpe y taladróle con gran fuerza las sienas. Cayó Sísara entre los pies de Jahel, quedando tendido en tierra exánime y miserable...

¡Perezcan, Señor, como Sísara todos tus enemigos; y brillen como el sol en oriente los que te aman...!

¡Y estuvo después todo el país en paz por cuarenta años!..."

Fin

Glosario

A

- **Abatir.** Humillar. Derribar, echar por tierra. Inclinar, tumbar.
- **Abrojo.** Planta de tallos largos y rastreros, con frutos esféricos armados de fuertes púas. Cardo estrellado.
- **Abyecto a.** Despreciable, vil en extremo.
- **Acanto.** Planta con hojas largas, rizadas y espinosas. Ornato hecho a imitación de las hojas de esta planta, característico del capitel del orden corintio.
- **Acendrado.** Cualidad de una conducta pura y sin mancha ni defecto.
- **Acequia.** Zanja o canal por donde se conducen las aguas para regar y para otros fines.
- **Achechínque.** Regionalismo procedente de la palabra achichínque, persona que siempre acompaña a un superior y que sigue sus órdenes.
- **Ágata.** Cuarzo lapídeo, duro, translúcido y con franjas de uno u otro color.
- **Ahíta.** Importuna, pesada, indigesta.
- **Ahító (a).** Saciado, harto. Importuna, pesada, indigesta.
- **Aleve.** Con alevosía. Alevosía de un particular a otro.
- **Algazara.** Ruido, gritería, aunque sea de una sola persona. Ruido de muchas voces juntas, generalmente por alegría.
- **Alquería.** Casa de labor, con finca agrícola.
- **Amancebamiento.** Trato amoroso e íntimo entre hombre y mujer no casados entre sí.
- **Amplexo.** Abrazo.
- **Ánfora.** Medida antigua de capacidad. Cántaro alto y estrecho de cuello largo, con dos asas, terminado en punta, usado por los antiguos griegos y romanos.
- **Antinomia.** Contradicción entre dos principios racionales. Contradicción entre dos preceptos legales.
- **Aparcería.** Trato de quienes van a la parte en una granjería.
- **Aparcero.** Persona que tiene aparcería con otra.
- **Apoteosis.** Enalzamiento de una persona con grandes honores y alabanzas. Escena espectacular con que finalizan algunas funciones teatrales de géneros ligeros. Manifesta-

ción de gran entusiasmo en una celebración o acto colectivo. Concesión de la dignidad de dioses a los héroes.

- *Archimandrita. Jefe o superior de una comunidad.*
- **Ardid.** *Artificio, medio empleado hábil y mañosamente para el logro de un intento. Mañoso, astuto, sagaz.*
- **Arenga.** *Discurso pronunciado para enardecer los ánimos.*
- **Arrequintar.** *Apretar fuertemente con una cuerda o vendaje.*
- **Asceta.** *Persona que practica la perfección espiritual, ensalzándola y recomendándola.*
- **Ascu.** *Pedazo de materia sólida y combustible que por la acción del fuego se pone incandescente y sin llama.*
- **Áspid.** *Víbora que apenas se diferencia de la culebra más que en tener las escamas de la cabeza iguales a las del resto del cuerpo, es muy venenosa y puede alcanzar hasta dos metros de longitud, de color verde amarillento con manchas pardas y cuello extensible.*
- **Atenacear.** *Atenazar. Torturar, afligir. Arrancar con tenazas pedazos de carne a alguien como suplicio.*
- **Auparse.** *Levantarse, subirse. Enalzarse, enaltecerse.*
- **Avilantez.** *Audacia, insolencia.*

B

- **Badulaque.** *Persona necia, inconsistente. Persona impuntual en el cumplimiento de sus compromisos. Afeite compuesto de varios ingredientes. Chanfaina.*
- **Baldón.** *Injuria, oprobio o palabra afrentosa.*
- **Barbarie.** *Rustico, falto de cultura. Fiereza, crueldad.*
- **Barbotar.** *Barbotear. Barbullar, mascullar.*
- **Batahola.** *Bulla, ruido grande.*
- **Batiboleo.** *Batahola, algazara, desorden.*
- **Belfo.** *Persona que tiene más grueso el labio inferior, como el de los caballos. Cada uno de los labios de una persona, especialmente el de abajo, cuando son muy abultados. Cada uno de los labios de los caballos o de otros animales.*

- **Birriado.** De mala calidad o aspecto.
- **Bogar.** Remar. Conducir remando.
- **Bolchevique.** Comunista. Miembro de la fracción mayoritaria y más radical del partido socialdemócrata ruso, a partir de 1903.
- **Borreguismo.** Actitud de quien, sin criterio propio, se deja llevar por las opiniones ajenas.
- **Bouquet.** Buqué. Pequeño ramo de flores. Aroma de los vinos de buena calidad.
- **Boycot.** Boicot. Exclusión a una persona o a una entidad de alguna relación social o comercial para perjudicarla y obligarla a ceder en lo que de ella se exige. Impedir o entorpecer la realización de un acto o de un proceso como medio de presión para conseguir algo.
- **Breñal.** Sitio de breñas. Porciones de tierra quebrada entre peñas, y poblada de maleza.
- **Broncíneo.** De bronce o parecido a él.
- **Bohardilla.** Buhardilla. Ventana que se levanta por encima del tejado de una casa y que sirve para alumbrar un desván.

C

- **Cabezada.** Golpe dado con la cabeza.
- **Cachaza.** Aguardiente de melaza de caña. Espuma que suele producir el caballo al tascar el freno. Desvergüenza, descaro.
- **Cachemir.** Tejido de pelo de cabra, a veces mezclado con lana.
- **Cachenez.** Prenda de vestir que se pone al cuello como adorno o abrigo.
- **Caldeaba.** Caldear. Animar, estimular el ánimo de un ambiente o reunión. Excitar, apasionar el ánimo de quien está tranquilo e indiferente. Hacer que algo frío aumente su temperatura.
- **Canicular.** Perteneciente a la cánicula, periodo en que es más fuerte el calor.
- **Cantón.** Tela de algodón que imita al cachemir, y tiene los mismos usos.

- **Capitel.** Parte superior de la columna y de la pilastra, que las corona con forma y ornamentación distintas, según el estilo de arquitectura a que corresponda.
- **Carramplón.** Fusil.
- **Catafalco.** Túmulo adornado con magnificencia, el cual suele ponerse en los templos para las exequias solemnes.
- **Cimitarra.** Especie de sable usado por los turcos y persas.
- **Cinamomo.** Árbol exótico y de adorno, su madera es dura y aromática. Según unos, es la mirra, y otros, es la canela. Flor de la canela.
- **Clarivisión.** Acción de discernir claramente las cosas. Penetración, perspicacia.
- **Clarividencia.** Facultad de comprender o discernir claramente las cosas.
- **Claveteada.** Adornada o guarnecida con clavos de oro, plata o algún otro metal. Herretear.
- **Clerófogos.** Cleróforo. Anticlerical.
- **Cogüelmo.** Colmo.
- **Coletó.** Vestidura hecha de piel, por lo común de ante, con mangas o sin ellas, que cubre el cuerpo, ciñéndolo hasta la cintura.
-
- **Coloso.** Persona que por sus cualidades sobresale muchísimo.
- **Collados.** Depresiones suaves por donde se puede pasar fácilmente de un lado a otro de una sierra. Tierra que se levanta como un cerro, menos elevada que el monte.
- **Compelido.** Obligar a alguien, con fuerza o por autoridad, a hacer algo que no quiere.
- **Comprensor.** Persona que comprende, que goza la eterna bienaventuranza.
- **Concierto.** Buen orden y disposición de las cosas.
- **Consistorial.** En algunas ciudades, villa principal, ayuntamiento o cabildo secular.
- **Constreñido.** Obligado, compelido por la fuerza a hacer algo. Oprimido, reducido, limitado.
-
- **Contertulio.** Tertuliano, persona que concurre con otras a una tertulia.

- **Corcoveo.** Desigualdad, torcimiento o falta de rectitud. Salto que dan algunos animales encorvando el lomo.
- **Corrillo.** Cerco que forma la gente donde se juntan a hablar, separados del resto de las personas.
- **Credencia.** Mesa o repisa que se pone inmediata al altar, a fin de tener a mano lo necesario para la celebración de los divinos oficios. Aparador en que se ponían los frascos de vino y de agua que había de beber el rey o algún superior.
- **Crencha.** Raya que divide el cabello en dos partes. Cada una de estas partes.
- **Criba.** Cuero agujereado que sirve para limpiar el trigo u otra semilla, del polvo, tierra y demás impurezas.
- **Cuchitril.** Dícese de una habitación estrecha y desaseada.
- **Cuitado a.** Afligido, desventurado. Apocado, de poca resolución y ánimo.
- **Currutaco.** Muy afectado en el uso riguroso de los modales y de las modas.

Ch

- **Chalchihuites.** Collares de pequeños adornos de jade verde.
- **Chalet.** Vivienda unifamiliar con jardín.
- **Charretera.** Divisa militar de oro, plata, seda u otra materia, que se sujeta al hombro por una presilla y de la cual prende un fleco como de un decímetro de largo.
- **Chaquetín.** Chaqueta.
- **Chic.** Elegante, distinguido, a la moda.
- **Chinela.** Zapato sin talón, de suela ligera, que sólo se usa dentro de casa.
- **Chiveritos.** Niños pequeños.

D

- **Dantesco.** Escena, situación, etcétera, que causan espanto. Perteneciente o relativo a Dante y/o a su obra.
- **Degüello.** Procurar con el mayor ahínco perjudicar a alguien. Degollar, cortar el cuello a personas.
- **Deleznable.** Despreciable, de poco valor. Poco durable, inconsistente, de poca resistencia. Que se rompe, se disgrega o se deshace con mucha facilidad.

- **Denodado.** *Intrépido, esforzado, atrevido.*
- **Derechura.** *En provecho propio o por capricho.*
- **Descuajado.** *Arrancado de raíz. Desesperado, caído de ánimo.*
- **Despacioso.** *Espacioso. Ancho, dilatado, vasto.*
- **Despropósito.** *Dicho o hecho fuera de razón, de sentido o de conveniencia.*
- **Diabolismo.** *Diabólico. Pertenece al diablo. Excesivamente malo.*
- **Diapasones.** *Intervalo que consta de cinco tonos, tres mayores y dos menores; y de dos semitonos mayores, diapente y diatesarón.*
- **Dilección.** *Voluntad honesta, amor reflexivo.*
- **Discreteo.** *Cuchicheo, comentario con aire confidencial.*
- **Displicencia.** *Desagrado o indiferencia en el trato. Desaliento en la ejecución de una acción, por dudar en su bondad o desconfiar de su éxito.*
- **Drug store.** *Tienda, farmacia.*

E

- **Ebúrneo.** *De marfil. Parecido al marfil.*
- **Eclampsia.** *Pérdida más o menos completa de las facultades sensitivas e intelectuales, de carácter convulsivo, que padecen principalmente los niños y mujeres embarazadas o recién paridas.*
- **Eclosión.** *Brote, manifestación, aparición súbita de un movimiento cultural o de otro fenómeno histórico, psicológico, etc. Romperse de su envoltura para permitir el nacimiento de algún animal.*
- **Efluvio.** *Emanación, irradiación en lo inmaterial. Emisión de partículas sutilísimas.*
- **Elegía.** *Composición poética del género lírico, en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro acontecimiento digno de ser llorado.*
- **Empréstito.** *Préstamo que toma el estado o una corporación o empresa cuando está representado por títulos negociables o al portador.*
- **Endriago.** *Monstruo fabuloso, con facciones humanas y miembros de varias fieras o bestias.*

- **Enjuto.** Delgado, seco, de pocas carnes. Parco y escaso, tanto en obras como en palabras.
- **Ensemble.** Juntamente.
- **Enteco.** Enfermizo, débil, flaco.
- **Entrapajarse.** Envolverse.
- **Epicúreo.** Que sigue la doctrina de Epicuro. Entregado a los placeres.
- **Erial.** Tierra sin cultivar ni labrar.
- **Escarapela.** Divisa compuesta de cintas de varios colores formando lazadas alrededor de algún punto que se coloca como distintivo sobre un sombrero, morrión, etcétera.
- **Escuetao.** Descubierto, libre, despejado, desembarazado. Seco, estricto.
- **Espatarrar.** Despatarrarse, tumbarse.
- **Esplender.** Resplandecer.
- **Estentóreo.** Voz o acento muy fuerte, ruidosa o retumbante.
- **Estertores.** Respiración anhelosa, ronca o silbante, propia de la agonía y del coma.
- **Estío.** Estación del año que astronómicamente principia en el solsticio de verano y termina en el equinoccio de otoño.
- **Estoico.** Fuerte, ecuánime ante la desgracia.
- **Expedido a.** Libre de todo estorbo. Pronto a obrar.

F

- **Falacia.** Engaño, fraude o mentira con que se intenta dañar a alguien. Hábito de emplear falsedades en daño ajeno.
- **Fantoche.** Muñeco grotesco movido por medio de hilos. Persona grotesca y desdeñable.
- **Fardos.** Bulto grande de ropa u otra cosa, muy apretada, para poderlo llevar de una parte a otra.
- **Felcado.** Que forma una curvatura semejante a la de la hoz. Manojos de hierbas que pueden cogerse con una mano.
- **Florituras.** Adornos en el canto o en cualquier ejercicio, o adorno en otra cosa.
- **Frontis.** Fachada o frontispicio de un edificio o de otra cosa. Muro del frontón contra el que se lanza la pelota.
- **Frontispicio.** Fachada o delantera de un edificio, de un mueble o de alguna otra cosa. Página de un libro anterior a la portada.

- **Fruición.** *Goce muy vivo en el bien que alguien posee. Complacencia, goce.*
- **Fúlgida.** *Brillante, resplandeciente.*
- **Funambulesco.** *Actuado con habilidad, especialmente en la vida social y política.*

G

- **Ganapán.** *Hombre que se gana la vida llevando recados o transportando bultos de un punto a otro. Hombre rudo y tosco.*
- **Garbosa.** *Airosa, gallarda, bien dispuesta. Magnánima, dadivosa.*
- **Garlito.** *Caer en el lazo, en el engaño, en la trampa.*
- **Geme.** *Jeme. Distancia que hay desde la extremidad del dedo pulgar a la del índice, separado el uno del otro todo lo posible, equivalente a unos doce centímetros.*
- **Genízaro.** *Soldado de infantería, y especialmente de la guardia imperial turca, reclutado a menudo entre hijos de cristianos. Miembro del cuerpo de policía.*
- **Gestatoria.** *Que ha de llevarse en brazos.*
- **Gleba.** *Terrón que se levanta con el arado. Tierra especialmente cultivada. Terreno cubierto de césped.*
- **Gobiernista.** *Partidario del gobierno. Perteneciente o relativo al gobierno.*
- **Gofir.** *Gofio. Inadmisibile.*
- **Gozne.** *Bisagra metálica. Herraje articulado con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas al quicial, para que al abrirlas o cerrarlas, giren sobre aquel.*
- **Grave.** *Grande, de mucha entidad e importancia. Serio, que causa respeto y veneración. Que se distingue por su decoro y nobleza.*
- **Grave continente.** *Grande, serio, persona que practica la virtud de la continencia. Aire del semblante y actitud y compostura del cuerpo.*
- **Grupas.** *Ancas de una caballería.*
- **Guedeja.** *Logros. Cabellera larga. Melena del león.*
- **Guijas.** *Piedra lisa y pequeña que se encuentra en las orillas y cauces de los ríos y arroyos.*

- **Guisa.** *Modo, manera o semejanza de algo. Voluntad, gusto, antojo. Clase o calidad.*
- **Guisado.** *Útil o conveniente. Disgustado, displicente, desazonado. Dispuesto, preparado prevenido de lo necesario.*

H

- **Hálito.** *Aliento. Soplo suave y apacible del aire.*
- **Haz.** *Superficie*
- **Hecatombe.** *Mortandad de personas. Desgracia, catástrofe. Sacrificio solemne en que es grande el número de víctimas.*
- **Heliografía.** *Sistema de transmisión de señales por medio del heliógrafo.*
- **Heliográfico.** *Perteneciente o relativo al heliógrafo o heliografía.*
- **Heliógrafo.** *Instrumento para hacer señales telegráficas por medio de la reflexión de los rayos del Sol en un espejo movable.*
- **Hierático.** *Dicho de un estilo o ademán. Solemnidad extrema, aunque no sea a cosas sagradas.*
- **Hito.** *Fijar la vista en un objeto sin distraerla a otra parte.*
- **Hueras.** *Jueras. Harnero espeso de esparto para limpiar o ahechar el trigo.*
- **Huero.** *Vano, vacío y sin sustancia.*
- **Huso.** *Instrumento manual para el hilado.*

I

- **Iconoclastas.** *Se dice de quienes niegan y rechazan la merecida autoridad de maestros, normas y modelos. Herejes del siglo VIII que negaban el culto debido a las sagradas imágenes, las destruía y perseguía a quienes las veneraban.*
- **Ignaros.** *Que no tienen noticias de las cosas.*
- **Ignoto.** *No conocido ni descubierto.*
- **Ijada.** *Cada una de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas.*

- **Ijares.** *Ijada del hombre y de algunos mamíferos.*
- **Impoluta.** *Limpia, sin mancha.*
- **Ímprobo.** *Trabajo o esfuerzo intenso, realizado con enorme aplicación.*
- **Inexorable.** *Que no se puede evitar. Que no se deja vencer con ruegos.*
- **Inicua.** *Malicia, injusticia grande.*
- **Iridiscencia.** *Que brilla o produce destellos. Que muestra o refleja los colores del arcoíris.*

J

- **Jacobinos.** *Partidarios franceses, de la época de la revolución, encargados de dirigir la educación de los ciudadanos. Demagogos partidarios de la revolución.*
- **Jarana.** *Diversión bulliciosa y alborotada.*
- **Jayán.** *Persona de gran estatura, robusta y de muchas fuerzas.*
- **Jocundo.** *Alegre, plácido, agradable.*
- **Jonuco.** *Espacio que hay debajo de la escalera de una casa.*

K

- **Kinder.** *Jardín de infancia, guardería.*

L

- **Lastre.** *Juicio, peso, madurez.*
- **Lampo.** *Resplandor o brillo pronto y fugaz, como el de un relámpago.*
- **Legacía.** *Empleo o cargo de legado. Negocio encargado a un legado.*
- **Lontananzas.** *Lejanías.*
- **Luengas.** *Largas. Longuísimas. Lejanas.*

M

- **Macarrónico.** *Latín, usado de forma burlesca y defectuosa. Lenguas, usadas de forma notoriamente incorrecta.*

- **Machimbre.** Suelo o piso artificial de las habitaciones, calles o caminos
- **Maga.** Se dice de aquella que vive y trabaja en el campo.
- **Magín.** Imaginación.
- **Majadas.** Estiércol de animales o excremento humano. Lugar donde se recoge por la noche el ganado y se recogen los pastores.
- **Maremágnum.** Abundancia, grandeza o confusión. Muchedumbre confusa de personas o cosas.
- **Matrona.** Madre de familia, noble y virtuosa.
- **Mediero.** Persona que va a medias en la explotación de tierras, cría de ganado u otras granjerías del campo.
- **Mesurado.** Proporcionado, arreglado de modo que nada le sobra ni le falta. Moderado, modesto.
- **Miasmas.** Efluvios malignos que, según creencias, desprendían los cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas.
- **Miente.** Pensamiento. Gana o voluntad. Venir a la imaginación. Consideración, meditación, recapitación sobre algo con particular cuidado y atención. Recordar algo.
- **Mieses.** Cereales de cuya semilla se hace el pan. Tiempo de la siega y cosecha de granos. Muchedumbre de gentes convertidas a la fe cristiana, o prontas a su conversión.
- **Ministróle.** Administróle, hacer tomar un medicamento.
- **Modorra.** Somnolencia, sopor profundo.
- **Montaraz.** Que anda por los montes, o se ha criado en ellos.
- **Muezín.** Muecín. Musulmán que convoca desde el alminar (torre de las mezquitas).
- **Muelle.** Delicado, suave, blando.

N

- **Náyade.** En mitología, cada una de las ninfas que residía en los ríos y en las fuentes.
- **Neófito.** Persona recién admitida a la religión. Persona recién convertida a una religión.

- **Nereida.** Cada una de las ninfas que residían en el mar, y eran jóvenes hermosas de medio cuerpo, y peces en lo restante.
- **Nesciencia.** Ignorancia, necedad, falta de ciencia.
- **Nimbando.** Rodear de nimbo o aureola una figura o imagen.
- **Nimbo.** Aureola.
- **Nimbado.** Con aureola.

O

- **Obsidiana.** Roca volcánica de color negro o verde muy oscuro, con el que los indios americanos hacían armas cortantes, flechas y espejos.
- **Ochavo.** Octavo. Octava parte de un marco de plata, equivalente a 359 cg.
- **Ósculo.** Beso de respeto y afecto.
- **Ostensorio.** Custodia que se emplea para la exposición del Santísimo en el interior de las iglesias o para ser conducida procesionalmente llevada por el sacerdote. Parte superior de la custodia, donde se coloca el viril.
- **Ostracismo.** Destierro político acostumbrado entre los atenienses. Exclusión voluntaria o forzosa de los oficios públicos, a la cual suelen dar ocasión los trastornos políticos.

P

- **Páramo.** Lugar sumamente frío y desamparado. Terreno yermo, raso y desabrigado.
- **Parapeto.** Especie de chaleco, que defiende de los golpes de los enemigos el pecho de los soldados.
- **Pasquines.** Escritos anónimos que se fijan en sitio público, con expresiones satíricas contra el Gobierno, persona particular o corporación determinada.
- **Patochada.** Disparate, despropósito, dicho necio o grosero.
- **Pazguatismo.** Simplismo que se pasma y admira lo que ve y oye.
- **Pebetero.** Recipiente para quemar perfumes. Recipiente en el que arde una llama ceremonial.

- **Pelocracia.** Doctrina política favorable a Calles y a sus guachos pelones.
- **Penachón.** Cosa que tiene forma o figura de penacho. Vanidad, presunción, soberbia.
- **Pendolear.** Propio del péndulo.
- **Perdulario.** Vicioso incorregible.
- **Pétrea.** De piedra, roca o peñasco.
- **Plácemes.** Agrados, placeres, gustos. Felicitaciones.
- **Plombagina.** Grafito.
- **Poltrona.** Silla.
- **Pomas.** Frutos del árbol. Manzanas.
- **Preclaro.** Esclarecido, ilustre, famoso y digno de admiración y respeto.
- **Procaz.** Desvergonzado, atrevido.
- **Proscenio.** Parte del escenario más inmediata al público, que viene a ser la que media entre el borde del mismo escenario y el primer orden de bastidores. Lugar entre la escena y la orquesta.
- **Proxeneta.** Persona que obtiene beneficios del amancebamiento de otra persona.
- **Pullman.** Confortable sala de tren.
- **Punición.** Acción y efecto de punir.
- **Punir.** Castigar a un culpado.

Q

- **Querube.** Querubín. Persona de singular belleza.

R

- **Radiosa.** Que despide rayos de luz.
- **Raigambre.** Conjunto de antecedentes, intereses, hábitos o afectos que hacen firme y estable algo o que ligan a alguien a un sitio.
- **Ramonear.** Dícese de los animales, pacer las hojas y las puntas de los árboles, ya sean cortadas antes o en pies tiernos de poca altura.
- **Rapazas.** Muchachas de corta edad.
- **Rastrillo.** Verja levadiza que defiende la entrada de una fortaleza.

- **Real.** Moneda, con valor fraccionario de distinta denominación. Dinero.
- **Rebumbio.** Ruido retumbante.
- **Redivivo.** Aparecido, resucitado.
- **Refocilar.** Se dice de algo que calienta y da vigor. Regodear, recrearse en algo grosero.
- **Religiocidas.** Se dice de aquel que mata religiosos y a todo lo referente a la religión.
- **Repulsa.** Negativa de lo que se pide o se quiere. Desprecio de algo.
- **Reps.** Tela de seda o de lana, fuerte y bien tejida, que se usa en obras de tapicería.
- **Retama.** Mata que se distingue de la común en tener blancas las flores.
- **Retiñir.** Dar sonido vibrante con metal o cristal.
- **Reticencia.** Efecto de no decir sino en parte, o de no dar a entender claramente. Reserva, desconfianza. Dejar incompleta una frase, dando, sin embargo, a entender, el sentido de lo que no se dice, y a veces más de lo que se calla.
- **Rielaba.** Vibraba, temblaba. Brillaba con luz trémula.
- **Ristre.** Hierro ingerido en la parte derecha del peto de la armadura antigua, donde encajaba el cabo de la manija de la lanza, para afianzarlo en él. Objeto empuñado dispuesto para ser utilizado.
- **Rueca.** Maquinilla para hilar.
- **Rutilante.** Que brilla.

S

- **Saetilla.** Copla que se canta en algunas procesiones. Manecilla del reloj. En una brújula, flecha que se vuelve hacia el polo magnético.
- **Salem sapientiae.** Sal de la sabiduría.
- **Sarao.** Una reunión nocturna de personas de distinción para divertirse con baile y música.
- **Sayones.** Verdugos que ejecutaban las penas a que eran condenados los reos. Hombres de aspecto feroz. Ministros de justicia que tenía por oficio ejecutar los embargos.

- **Sedición.** Alzamiento colectivo y violento contra la autoridad, el orden público o la disciplina militar, sin llegar a la gravedad de la rebelión. Sublevación de las pasiones.
- **Sempiterna.** Que durará siempre. Que no tiene principio ni tendrá fin. Perpetua.
- **Septicemias.** Afección generalizada producida por la presencia en la sangre de microorganismos patógenos o de sus toxinas.
- **Sierpe.** Culebra de gran tamaño. Vástago que brota de las raíces leñosas. Persona muy fea, o muy feroz o que está muy colérica.
- **Sky scrape.** Cielo pintado.
- **Slang.** Lenguaje especial entre personas de un mismo lugar, oficio o actividad.
- **Sombrerete.** Sombrerillo. Parte superior (sombbrero) de los hongos.
- **Statu quo.** Estado de cosas en un determinado momento.
- **Subterfugio.** Escapatoria, excusa artificiosa.

T

- **Talega.** Saco o bolsa corta y ancha, de tela, que sirve para guardar cosas. Cantidad de mil pesos duros de plata. Caudal monetario, dinero. Conjunto de pecados que tiene al quien que confesar.
- **Tamizaba.** Tamizar. Depurar, elegir con cuidado y minuciosidad.
- **Tangente.** Valerse de un subterfugio o evasiva para salir hábilmente de un apuro. Escaparse, irse, salirse.
- **Taumaturgo a..** Mágico. Mago o persona que practica la magia.
- **Teas.** Astillas de madera muy impregnadas en resina, que, encendida, alumbra como un hacha.
- **Teodolito.** Instrumento de precisión que sirve para medir ángulos en sus planos respectivos.
- **Tertulia.** Reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar o recrearse.
- **Téte a téte.** Frente a frente. Cabeza a cabeza.
- **Tiesto.** Vasija de barro o de cualquier clase.
- **Timorato.** Tímido, indeciso, encogido. Persona que se escandaliza con exageración de cosas que no le parecen con-

formas a la moral convencional. Que tiene temor de Dios y se gobierna por Él en sus operaciones.

- **Tirio.** Natural de Tiro. Perteneciente a esta ciudad de Fenicia. Partidarios de opiniones o intereses opuestos.
- **Tizón.** Palo a medio quemar. Mancha en la estimación o en la fama.
- **Tizonazo.** Golpe dado con un tizón. Tormento de fuego en el infierno.
- **Toca.** Prenda femenino de tela con que se cubre la cabeza. Ceñida al rostro lo usan las religiosas, viudas o algunas señoras casadas. Sombrero de ala corta.
- **Torcaz.** Paloma.
- **“Trampas”.** Persona que con actitud de salir de sus deudas o apuros va contrayendo nuevos compromisos o deudas.
- **Trasegar.** Transmitir. Mudar de un lugar a otro.
- **Trinchera.** Gabardina de aspecto militar.
- **Trocar.** Cambiar.
- **Tropel.** Muchedumbre que se mueve confusamente, en desorden ruidoso.
- **Troupe.** Grupo de personas que van juntas o que obran de forma similar.
- **Truck.** Camión.
- **Tumultuoso.** Que está o se efectúa sin orden ni concierto.
- **Tuxedo.** Saco, chaqueta.

U

- **Ufano.** Alegre, satisfecho, contento. Que procede con resolución la ejecución de algo.
- **Ujier.** Portero, empleado que tramita ciertos asuntos.

V

- **Vahído.** Desvanecimiento, turbación breve del sentido por alguna indisposición.
- **Valladar.** Obstáculo de cualquier clase para impedir que sea invadido o allanado algo.
- **Vermes.** Gusano, y en especial, lombriz intestinal.
- **Vermicular.** Que tiene gusanos o vermes, que los cría. Que se parece a los gusanos o participa de sus cualidades.

- **Vivacs.** Vivaques. Guardias principales en las plazas de armas. Paraje donde las tropas vivaquean.
- **Vocinglero.** Que habla mucho y vanamente. Que da muchas voces o habla muy fuerte.
- **Vulgo.** Conjunto de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial.

Y

- **Yantar.** Almuerzo, comida del mediodía.
- **Yerbajales.** Terrenos cubiertos de hierbas.

Z

- **Zamarra.** Prenda de vestir, rústica, hecha de **piel con su lana o pelo. Piel de carnero.**

JORGE GRAM

INDICE

LIBRO PRIMERO

- I. Cielo sin nubes
- II. Un poco de historia
- III. El bautismo de fuego
- IV. El "tío" y sus aventuras
- V. Cuando el traqueteo
- VI. Frente a las "Cuatro Milpas"
- VII. El "chinche"
- VIII. La trayectoria del pillo
- IX. Sigue el día de campo
- X. ¡Zas!
- XI. Banderitas y gallardetes
- XII. El amor pide posada
- XIII. Mar adentro
- XIV. Memorias de un soñador
- XV. El áspid en la floresta
- XVI. El caballero de la lanza en ristre

LIBRO SEGUNDO

- XVII. Luna de miel
- XVIII. Berceuse
- XIX. Carramplones
- XX. Un diálogo jugoso
- XXI. Ante el Nerón redivivo
- XXII. En la tormenta
- XXIII. Hacia el destierro
- XXIV. El ángel y el diablo
- XXV. La visión de la Patria
- XXVI. Una gota de bálsamo
- XXVII. Los conspiradores
- XXVIII. El infortunio es voraz
- XXIX. Sobre las olas
- XXX. Hojas al viento
- XXXI. Brisas de optimismo
- XXXII. El Viajero misterioso
- XXXIII. El Vaticano de noche
- XXXIV. La dicha inasible

LIBRO TERCERO

- XXXV. ¿Y Marilú?
- XXXVI. La patria cruel
- XXXVII. De un erial a otro erial
- XXXVIII. Las Hermanas “Bi-Bi”
- XXXIX. Los brazos del amado
- XL. Un capítulo sin nombre

LIBRO CUARTO

- XLI. Los felones
- XLII. ¡Jahel!
- XLIII. El dictamen sagrado

Glosario